EL DÍA QUE NO MIRÓ NADIE

Alberto Pertejo-Barrena



GOOD BOOKS

EL DÍA QUE NOMIRÓ NADIE

Alberto Pertejo-Barrena



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, total o parcialmente, sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo las expresas excepciones previstas por la ley.
Todos los derechos reservados.
Impreso en España. Printed in Spain.
Título original: *El día que no miró nadie*

© Alberto Pertejo-Barrena
© GoodBooks, sello de The Market Band S.L.
Calle Nardo, 53, Soto de La Moraleja, Alcobendas, 28109

Primera Edición, 2026
ISBN: 978-84-129372-6-8
Depósito Legal: M-8048-2026
Portada: El Factor X

A mi padre, que siempre estuvo y sigue estando.

A mi madre, porque es y será muy importante para mí.

A mi mujer, que se merece mucho más de lo que le doy.

A mis hijos, que cuando los miro, sé que he hecho algo bueno en la vida.

A mi hermano y a su familia. Porque somos un equipo.

A mis amigos, ellos y ellas; esos cabrones entrañables.

DRAMATIS PERSONAE

Lola Barrena: Teniente de la Guardia Civil. UCO
Juan Paones: Sargento Primero de la Guardia Civil. UCO
Maite Crespo: Cabo de la Guardia Civil. UCO
Javier Sobarriba: Comandante, Jefe del Grupo de Delitos contra las Personas, y superior de Lola Barrena. UCO
Alejo Aláiz: Coronel, Jefe de la UCO
Cantelar: Capitán de Criminalística. UCO
Carlos Esteban: Cabo primero de la Guardia Civil. UCO
Daniel Cortina: Cabo primero de la Guardia Civil. UCO
Manuel García de la cruz, *Manu*: ex novio de Lola Barrena. Capitán de la Guardia Civil. UCO
Brigada Castillo: Departamento de personal de la UCO

La helen, felipe, Julián, Susana, Juancho, Ana, Amaia, Aitor, Ana, Javier, Alonso, Rafa, Mer, Leti, Thomas, Juan, mamen: Amigos de la teniente Lola Barrena.

Malena Morán: Influencer asesinada en Tapia de Casariego.
Lucas Zárate: Chef asesinado en Tapia de Casariego.

Luis Maldonado: Guardia Civil. Tapia de Casariego
Lucía Morata: Guardia Civil. Tapia de Casariego
Manuel Sánchez: Brigada, jefe del puesto Tapia de Casariego

José Míguez: Capitán, jefe de la unidad de Policía Judicial de la Comandancia de Asturias
José Miguel Sevilla: Cabo Primero de la unidad de Policía Judicial de la Comandancia de Asturias
Tomás Duarte: Cabo Primero. Comandancia de Asturias

Manuela vega: jueza de instrucción, del Juzgado de primera Instancia de Castropol
Mercedes Inclán Rivas: Funcionaria de la Oficina de Asilo y Refugio

Lucio Fernández, *El Nano*
Yoel Herrera, alias *Hércules*
Adela Martínez, alias *Erika Bum*
Francisco Cruz, alias *Pacorro*

Miren Górriz
Andoni Iriarte
Mikel Garmendia

LA NOCHE DONDE TODO TERMINÓ

El corazón me golpea tan fuerte que siento cómo retumba en las sienes. No puedo apartar los ojos del cuerpo de Lucas. Está ahí, en el suelo, con ese agujero oscuro en el abdomen del que brota sangre espesa. Sus ojos abiertos me miran sin ver nada. *Joder, joder, joder*. El sonido del disparo todavía retumba en el aire.

Las lágrimas me nublan la vista. Intento respirar pero es como si tuviera una piedra enorme apretándome el pecho. El pulso se me dispara, se me acelera tanto que me da miedo que el corazón me rompa el pecho. Noto cómo la sangre me late en las sienes con golpes sordos que me aturden.

Los encapuchados giran la cabeza hacia mí. *No. No, no, no*. Solo puedo negar con la cabeza, ni siquiera articulo la palabra. Uno de ellos porta la escopeta. La misma que acaba de destrozar a Lucas. El cañón negro me apunta ahora a mí. Veo el agujero oscuro, ese círculo perfecto que parece tragarse toda la luz de la habitación. Tengo que apoyarme en la pared para no caerme.

Pienso en mi padre. En las veces que le mentí. En todo lo que no le conté. En las cosas que hice mal. Pienso en lo decepcionado que va a estar cuando tenga que identificarme. Demasiados errores…

Respiro rápido, con ansia, pero es como si no sirviera de nada. Siento la presión en las sienes aumentar, como si alguien me apretara la cabeza con una tenaza. Me zumban los oídos. Doy un paso lateral. Tanteo con la mano la pared, buscando la puerta que sé que está ahí, a mi espalda. A un metro. O metro y medio. Si consigo llegar, si consigo salir, quizás pueda correr, gritar y que alguien me oiga. Pero el encapuchado avanza un paso hacia mí. El

cañón de la escopeta se mueve conmigo. Me dice algo, pero no lo entiendo o no lo escucho. Me apunta directo al pecho. Veo el dedo en el gatillo, cómo se tensa. Giro sobre mí misma. Intento correr. *Por favor, no, no*… me escucho gimotear

El disparo me revienta los oídos. Siento el impacto antes de entenderlo. Es como si alguien me golpeara con un bate en el abdomen. Un golpe sordo, brutal, que me dobla hacia delante. Me derrumbo. Caigo de rodillas. El dolor no llega todavía, el cuerpo no me responde. Mis manos encuentran la herida húmeda y caliente. Levanto la vista. Veo al encapuchado acercarse. Me apunta a la cara. O al cuello.

Pienso en mi padre otra vez. En su mirada triste cuando le dije que me iba a vivir sola. En las llamadas que no contesté. En todas las mentiras. En todo lo que hice mal. En todo lo que no debí hacer nunca.

El segundo disparo me arranca el aire de los pulmones. Esta vez sí noto el dolor de golpe. Es agudo, feroz, me desgarra por dentro. Me llevo la mano al cuello. No puedo respirar. Intento tragar aire pero solo sale un gorgoteo horrible, húmedo, que me aterra más que los propios disparos. Me caigo hacia un lado. La mejilla toca el suelo frío. Veo las patas de la mesa y las botas de los encapuchados alejándose. Y a Lucas, muerto, con los ojos abiertos mirándome.

El mundo se oscurece. El zumbido en los oídos se hace más fuerte, más agudo, hasta que de pronto se corta y solo queda silencio. Un silencio espeso. Profundo. Ya no tengo miedo. Solo frío. Mucho frío.

PRÓLOGO

Esta salía en el *TikTok*

Tapia de Casariego. Asturias
7 de noviembre. 08:35 horas

Descubrir un par de cadáveres nada más empezar la patrulla no es lo habitual, y sorprende. Ni el paseante curioso que en medio de su caminata mañanera se ha detenido enfrente de la casa donde se ha cometido el crimen, ni tampoco la patrulla de la Guardia Civil, se imaginan lo que ha pasado en esa casa. Estos últimos han llegado hace unos diez minutos, avisados por un vecino que se quejaba de los ladridos continuados y nerviosos de un perro, sobreexcitado por algo. Pero cuando han venido, se han encontrado con algo completamente diferente. El perro ha seguido ladrando insistentemente en una de las casas y por eso Maldonado, el más veterano, decidió bajar y echar un vistazo. Así han descubierto los dos cuerpos que yacen en el salón de la casa.

Por ahora, el guardia Maldonado solo puede decir que se trata de un hombre y una mujer, ambos de entre treinta y cuarenta años. Y los dos, asesinados por disparos de escopeta, por lo que parece a simple vista. No ha querido hacer una inspección ocular en condiciones, porque no es ducho en la materia. Tampoco se ha atrevido a acercarse a los cuerpos, no sea que meta la pata. Ella, la muerta, es morena, con una melena hasta un palmo más abajo de los hombros, de complexión atlética y delgada. Piernas largas y ropa de marca. Al menos, por la etiqueta del pantalón vaquero de más de trescientos euros que sí se le ve. Él, de la misma edad, de complexión fuerte y pelo con un corte degradado, abundante y rubio. Luce una barba de varios días, pero no puede verle más datos físicos, porque tiene la cara vuelta hacia la pared.

—Vaya panorama —dice mientras mira la escena y se rasca la cabeza. Se ha quitado la teresiana, que mantiene en la mano izquierda mientras murmura—. Tarda el brigada…

Morata lo ha llamado cuatro veces, pero solo a la tercera le ha cogido el teléfono. Que estaba en la ducha, le ha contestado malhumorado, como es habitual en el suboficial jefe del puesto.

—Sí, está de camino —contesta la guardia todavía aturdida por la visión de ambos cadáveres.

—Pues que se dé prisa, que esto me da muy mal rollo —comenta Maldonado, en medio de un resoplido.

La guardia Morata asiente varias veces con rapidez, pero no quita los ojos de los dos cadáveres. Es joven, de poco más de veintipocos años y tiene la cara lívida y pálida por la escena. Ha salido hace un par de meses de la academia de guardias y bautizarse, como quien dice, con dos asesinatos, impone.

La casa tiene unas vistas al mar desde un pequeño promontorio, como sucede en numerosas ocasiones con las construcciones que se realizaron antes de que se prohibieran determinados enclaves de la costa asturiana. Se escuchan un par de voces y el sonido de la sirena de un coche patrulla.

—Parece que ya llegó Sánchez —pronuncia Morata en un susurro, pestañeando varias veces para intentar recomponerse.

El brigada es muy estricto con ella y no quiere parecer una pavisosa, aunque se haya encontrado con los dos muertos para desayunar. Así que respira hondo y se hace una composición de lugar. Y con Maldonado tampoco se relaja. Por alguna razón, a ambos les trata con algo de tirantez su superior. Quizás es que son jóvenes y él ya no. O cualquier otra razón, porque con Sánchez no se sabe.

La muerta está en el suelo del salón, entre la mesa y la televisión. El pelo moreno le oculta parcialmente la cara. Parece atractiva, piensa por un momento Maldonado, aunque aquel pensamiento le parezca que tiene un punto macabro. El cuerpo del hombre está perpendicular al de la mujer, con la cabeza orientada a la pared y en dirección a la cocina.

La pieza del salón no es muy grande, pero con la cocina incorporada es parecida a toda la superficie de donde vive Maldonado, que vuelve a rascarse la coronilla. A él le hubiera gustado vivir en una casa de campo, lo suficientemente cercana al cuartel como para no gastarse medio sueldo en las idas y venidas, pero lo que encontró era caro o necesitaba reforma. Así que optó por lo sencillo y cómodo. Un apartamento que, en realidad, es un estudio, con el dormitorio, salón y cocina, todo seguido y separado por toscas celosías de madera.

Donde han aparecido los muertos es un chalet unifamiliar, con una parcela de alrededor de cuatrocientos metros, desde la que se ve el mar azul oscuro y ligeramente embravecido de esa parte de España. Está en la ladera que baja de un promontorio, salpicado por algunas casas más de similares características. Es una buena zona, sin duda. Cerca del pueblo y excelentes vistas al mar Cantábrico. Este chalet sí que le hubiera gustado a Maldonado, pero seguramente no le daría su sueldo para pagarlo, piensa rascándose una vez más la coronilla. De nuevo vuelve a pensar que debe hacer el curso de cabo e intentar ascender.

La guardia Morata se acerca hasta donde está Maldonado y se queda mirando otra vez a ambos cuerpos. Allí no suele suceder nada relevante, más allá de algo de ajetreo en los meses de verano. Se puede decir que es un destino relativamente aburrido, si no fuera porque últimamente van muy justos por la falta de efectivos. Pero, quitando las riñas de alguna noche de viernes o sábado, algún altercado vecinal o la no muchas veces disposición de los vecinos a cumplir reglamentos o normativas, apenas hay delitos reseñables. Hace poco han detenido a un conocido de la zona con casi cuatrocientos gramos de cocaína, escondida entre galletas y paté. Y asesinatos en los últimos años, Maldonado que lleva ya varios años destinado en el puesto de Tapia de Casariego, recuerda dos. Pero hace tiempo de ambos.

—No hay mucha sangre, ¿no? —susurra Morata sin apenas entonación, que, como Maldonado, no se atreve a acercarse más.

Su compañero se limita a asentir despacio. Se fija en su compañera, todavía blanca y un poco aturdida por la visión de los

cadáveres.

—Quien los mató debió entrar a la terraza desde fuera. No por el interior —le indica él con un movimiento vago de la mano.

—¿Cómo lo sabes? —le pregunta Morata sin quitar la vista de los muertos.

—No parece haber sangre en el pasillo. Ni huellas. Solo aquí… —Eleva las cejas ligeramente.

—Podía estar ya dentro de la casa, ¿no? —apunta Morata.

—También —admite Maldonado con laconismo ausente.

En ese momento se escucha la voz de Sánchez llamándolos. Ambos se dirigen hasta la puerta y ven el todoterreno donde ha llegado el brigada y el cabo Terrazos. Los dos se detienen a la puerta del chalet, mientras el suboficial jefe del puesto, con andares decididos, se coloca frente a ellos y pone los brazos en jarras.

—¿Qué tenemos? —pregunta Sánchez—. Terrazos, que no se acerque esa gente. —Se vuelve en medio de la frase y señala al cabo el pequeño grupo de personas que se ha arremolinado observando la escena de los todoterrenos de la Guardia Civil y sus puentes de luz azulada destellantes.

—Buenos días, mi brigada —saluda protocolariamente Maldonado—. Llamaron diciendo que un perro no dejaba de ladrar. Como estábamos cerca, nos acercamos y… —le explica finalizando con un gesto significativo.

—¿Y qué tiene que ver eso con esto? —señala Sánchez con la barbilla hacia la casa donde están los cadáveres.

—No lo sé, mi brigada. El perro ya no está… marchó —señala con la barbilla hacia la calle—. Era un callejero que venía aquí a comer. Tiene una escudilla con pienso —explica—. Bajamos a echar un vistazo, llamamos al timbre y al no contestar nadie, dimos un rodeo por el jardín hasta la terraza. La puerta corredera estaba abierta y nos los hemos encontrado.

—Joder… —murmura el suboficial—. ¿Y los cadáveres?

—Ella es morena. De unos treinta y tantos. Delgada, complexión normal. Él, más alto y robusto, misma edad…

—¿Pareja? —vuelve a preguntar Sánchez ya acercándose a la puerta acristalada de la terraza.

—Ni idea. —Maldonado encoge los hombros mientras acompaña al brigada hasta donde se ven los cuerpos en el salón. No entran y se quedan de nuevo a esa distancia prudencial que antes han guardado Morata y él.

—¿El perro? Lo mismo ladraba por esto —pregunta Sánchez y señala a los dos cadáveres.

—Es lo que suponemos, mi brigada —vuelve a explicarse Maldonado, como excusándose—. Hay una escudilla y un pequeño barreño con agua en el jardín. Lo mismo, quien viviera aquí le daba de comer y por eso venía a la casa… —añade.

—¿Habéis tocado algo?

—Nada, mi brigada —contesta Morata con rapidez, asumiendo que la pregunta iba por ella, que a ojos de Sánchez es todavía demasiado novata y nunca dejará de serlo.

—Voy a avisar al puesto para que nos ayuden a acordonar esto. —El brigada, mientras habla, saca su teléfono móvil y espera tras pulsar a uno de los contactos. A los tres segundos empieza a hablar con órdenes rápidas y directas—. Quesada, que se vengan para aquí echando hostias, Márquez, Peleteiro y Canales. Hay que organizar todo este cisco. Llama también a la comandancia y les dices que tenemos un par de muertos en Tapia. —El suboficial se queda escuchando lo que le dicen—. Sí, claro. Tiene que venir un equipo de criminalística y los de policía judicial—. Se vuelve a detener un instante—. Nosotros llamamos a su señoría y al forense. —Y seguidamente, marca al juzgado y al médico.

Cuando termina la conversación, hincha el pecho, se quita la teresiana dejando ver una cabeza ya algo despoblada, y resopla. Un homicidio allí no es usual y ellos no están preparados. Sánchez lleva también bastantes años en Tapia, más que Maldonado. Es de por allí y conoce aquella tierra perfectamente. Las disputas vecinales o las peleas no suelen acabar en muertes. Lo más grave que suele suceder es que algún *babayu*[1], borracho y con pocas luces, le haya sacudido a la parienta. En ese caso, lo meten al calabozo hasta que su señoría dictamina lo que se deba hacer con él. Pero muertos, no. Él sí vio unos cuantos cuando estuvo destinado en Galicia. Allí no era

raro que algún narco se pasara y terminaba dándole al gatillo. Sánchez es un veterano que ya vislumbra de cerca la jubilación. Se ha hecho una casita con vistas al mar cerca y su único deseo es terminar tranquilamente los dos años y medio que le quedan, para poder sacar su barca y pescar todos los días por allí. No aspira a más.

Antes de entrar ha dado un repaso visual a la casa. Es moderna, de esas de ventanales amplios, pocas paredes y con decoración minimalista. O eso dicen, porque a él le parece que es como si estuviera decorada como un piso piloto. Él no entiende de muebles, cuadros, alfombras y todo eso. De eso se encargaba Trini, su exmujer, pero desde que se fue con aquel tipo que le debió pegar un par de buenas sacudidas en el colchón, no ha vuelto a colgar un cuadro ni cambiar ningún objeto de la casa. Era de sus padres y, por suerte, Trini no tiene ningún derecho sobre ella, así que la piensa alquilar y compensar la jubilación. No tuvieron hijos, porque ella es estéril. Le espera un final de etapa en solitario, con los cuatro amigos, su barca y algún perro que se agenciará por ahí. Un par de muertos, piensa, le vienen mal porque los jefes, con estas cosas, suelen presionar mucho.

Mira de nuevo a ambos cuerpos y aprieta los labios. Finalmente se acerca despacio al cadáver de ella. Es el más veterano y curtido de todos los que están en el salón, además de su superior. Se supone que algo debe hacer a ese respecto. Se agacha a menos de medio metro de ella y eso hace que tanto Maldonado como Morata se atrevan a acortar la distancia de prudencia que hasta ese momento han mantenido. Sánchez coge un bolígrafo del bolsillo del uniforme reglamentario y aparta un poco el pelo de la cara con cuidado.

—Joder, esta salía en el *TikTok*.

Maldonado y Sánchez miran a Morata, que todavía tiene los ojos como platos.

1
En los juzgados

Madrid.
15 de noviembre. 10:48 horas

El comandante Sobarriba acaba de colgar el teléfono con un pequeño resoplido. La llamada era del coronel Aláiz, jefe de la Unidad Central Operativa de la Guardia Civil. Le acaba de transmitir que debe trasladar un equipo de investigación a la zona de Tapia de Casariego, en Asturias. Les han pedido su participación en la investigación de Malena Morán, una mediana *influencer* asturiana que ha aparecido asesinada, junto a un varón de nombre Lucas Zárate, en Tapia de Casariego. Algún problema de comunicación entre los de la comandancia y la juez de instrucción, junto con una mala relación que viene de lejos, ha provocado la llamada y el toque de corneta para que la UCO se haga cargo. Pero como el comandante se imagina, hay algo más. La juez de instrucción debe ser muy suya; una tiquismiquis con aspiraciones políticas, lo que ha provocado que algún preboste local haya levantado el teléfono y puesto firmes incluso a los de las estrellas de ocho puntas. Conclusión, que debe mandar a hacerse cargo de la investigación a un equipo desde Madrid.

Hace ocho días, aparecieron los cadáveres de Malena Morán y Lucas Zárate. Porque son dos los muertos, aunque la prensa esté haciendo caso omiso —o casi— del de él. La mujer, relativamente famosa, ha hecho que el caso saltara a los medios enseguida y ya hay varias elucubraciones, incluso teorías conspiratorias, fomentadas y alimentadas por los tertulianos de todo a cien, de esos mismos medios de comunicación. De la investigación se iba a encargar la Comandancia de Asturias, por empeño directo de su teniente coronel, cercano al ascenso y con ganas de que las estrellas en su

hombrera aumentaran cuanto antes. Pero alguien de la política local ha decidido lo contrario y que sean otros quienes acarreen con las consecuencias de salir en las televisiones. Eso, y lo que de verdad subyace, que son las malas relaciones de los de policía judicial con la juez de instrucción encargada del caso. Por lo tanto, se ha solicitado el apoyo de la UCO. Por suerte, la prensa no ha hecho mucho caso, porque ni ella era suficientemente famosa, ni él. En ese aspecto, eso que ganan, se dice a sí mismo el comandante.

Sobarriba recuesta la espalda en el sillón y piensa en quién mandar. Tiene al subteniente Molina ocupado en un caso de asesinato en el Levante español. Al teniente Saavedra con dos muertes que pueden estar enlazadas. A Campillo y a su equipo, desplazados a Baleares con otro tema. El teniente Buezo lleva una semana en Burgos y al brigada Castrillo aquí en Madrid, pero en medio de un juicio complicado, lo que le imposibilita estar viajando. Le quedan Barrena, que acaba de solucionar un caso en la Sierra de Madrid, y Monsalve, un veterano que ya calza espolones, pero que huele a un juez garantista o complejo y le sale urticaria. La verdad es que la teniente, tras resolver el caso asignado durante el verano, se ha mostrado eficaz y muy dispuesta. En tres meses ha resuelto otros dos y ayudado a encauzar un tercero que llevaba rondando por las mesas de la unidad, cerca de ocho.

Con la mano derecha acariciando su barbilla, como suele hacer cuando reflexiona, piensa en los pros y contras de meter a Barrena en esto. Porque el caso, intuye, es complicado. Teme que este sea el caso en el que Barrena se atasque y no consiga avances. Volvería a ser pasto de comentarios y críticas de parte de algún compañero de la unidad. Incluso podría utilizarse por la oposición, para atizar a su todopoderosa madre, porque los ánimos en la política española están muy radicalizados.

Barrena es guapa, lista y con intuición, pero todavía algo novata. Obviamente, iría con Paones y Crespo, más veteranos. Monsalve tiene mucha experiencia, sabe sacar de donde casi no hay. Pero es seco, huraño, poco dado a la imagen pública y mucho menos a trabajar con jueces como la que toca en este caso. Lleva muchos años en la unidad y quizá se ha ganado el derecho a que no

le caigan marrones de este tipo. O al menos, en menor cantidad que al resto. Sumado a eso, Monsalve tiene al equipo en cuadro, porque la cabo Almansa se acaba de casar y eso le ha hecho pedir un nuevo destino más acorde con una familia y sus deseos de tener descendencia. Y su segundo, el sargento Rodríguez, está de baja por una operación de ligamentos, que le va a tener inoperativo un buen tiempo.

Habría una opción, que sería meter a Monsalve con Barrena, pero aunque lo niegue, el subteniente es de los que más ha criticado y llamado por alguno de sus numerosos motes a la teniente. Así que Sobarriba desecha esta posibilidad de inmediato. Con un nuevo resoplido, se yergue en el sillón y decide que mandará a Barrena y a su equipo, aunque mantendrá en la reserva, por si acaso, a Monsalve y lo que queda del suyo. Y le volverá a pedir a Aláiz que necesitan más equipos de investigación. Con un gesto decidido, coge su teléfono móvil y marca el número de la oficial.

—Barrena, ¿qué tal ha ido el juicio?

Acabo de salir de los juzgados, adonde he ido a declarar respecto a un asesinato cometido hace un año en un pueblo de Toledo. Entonces fui de apoyo al equipo de investigación. La cosa es bastante evidente, pero el abogado defensor se ha empeñado en ponerlo absurdamente difícil, quizá para justificar la alta minuta que debe cobrar. Ayer lo hicieron los compañeros de la unidad que llevaron el peso de la investigación, pero yo lo hago hoy, debido a que la sesión se alargó excesiva y torpemente por culpa de dicho abogado defensor. Sin embargo, por mucho que lo intente, el ADN, un par de grabaciones amparadas por el juez instructor, las escuchas y los posicionamientos del teléfono móvil, el testimonio de un examante y unos movimientos de cuentas corrientes bastante sospechosos, creo que harán muy complicado que un jurado no declare culpable a esa mujer, por mucho que se empeñe su letrado de caro traje italiano.

A la salida me he encontrado con Alonso, que ha venido a otro juicio. Generalmente, no suele entrar a sala, pero esta vez ha

acudido con un compañero.

—Un buen cliente del bufete —me aclara con esa sonrisa tan bonita que tiene.

Me acuerdo de mi padre en ese momento y en la turra que me dio durante el verano, calificándole de buen candidato a yerno.

—Yo he venido a declarar en un juicio —le digo.

—¿Todo bien?

—Sí. El tema está muy claro.

—¿Lo pillaste tú? Al malo, me refiero.

Sonrío, porque me hace gracia escuchar eso, cuando hasta hace pocos meses era una completa apestada en la unidad.

—No, yo fui de apoyo —le contesto.

—A ver si un día nos tomamos algo —comenta de nuevo sonriendo.

—Sí, claro. Por mí, encantada.

La verdad es que Alonso me cae muy bien. Y es mono, me digo. Pero sigo estancada tras lo de *Manu*. No me apetece quedar con nadie, ni siquiera para ver si puede haber chispa. Me da pereza, aunque sé que debo pasar página. Tengo una especie de apatía sentimental que ni siquiera *La Helen*, que me ha presentado ya a dos compañeros de su trabajo, ha logrado que deje atrás. Y el hecho de ver a *Manu* cada dos por tres por la unidad, siendo el responsable de personal, me da sarpullidos. No es que dude de mí, ni de que jamás volveré con él, pero últimamente es el comentario usual entre las féminas de la unidad. El capitán buenorro se ha hecho un hueco en las tertulias de café de máquina. Nadie sabe que estuvimos saliendo, incluso viviendo juntos durante casi un año, hasta que le pillé con una conocida común de fin de semana de sexo campestre. *Más cuernos que el capote de un torero, Mariloli.*

—Tenemos que vernos, de verdad —me insiste de nuevo con la sonrisa en su cara.

—Me lo apunto y quedamos un día todos los de Marbella.

Finalmente, nos despedimos con dos besos. Huele a colonia varonil y con estilo. Le miro la espalda, ancha y bien formada. Cierro los ojos y pienso que debo salir de ese atolladero sentimental en el

que he caído tras lo de *Manu*. En ese momento suena mi teléfono móvil.

—Barrena, ¿qué tal ha ido el juicio?

—Buenos días, mi comandante —le saludo, aunque él no lo haya hecho. Hemos mejorado mucho la relación, pero a veces sigue sin tener esos detalles mínimos—. Todo bien.

—Perfecto. —Carraspea y duda. En ese momento me doy cuenta de que me va a decir algo—. Te voy a mandar a Asturias. —Se queda en silencio. Yo también.

Cuando termina de referirme mi nuevo caso, me quedo pensativa. Me viene bien alejarme de Madrid y dedicarme a investigar un asesinato. No me apetece seguir en la misma dinámica de cenas, copas y risas absurdas con gente que, en el fondo, no me termina de importar. Llevo desde verano quedando con algunos chicos y sé que ni es mi estilo, ni me llena esa forma de vida. Pero algo en mi interior, una especie de afán tonto de revancha contra *Manu*, me termina venciendo y aceptando citas y salidas que no me llenan.

Llego andando al parking y me percato de que tengo un mensaje de *La Helen*. *Cacho perra, cuéntame el pelo y la señal de lo de ayer.* Sonrío, pero no de felicidad. Por alguna razón me acuerdo de Alonso y siento algo de rabia interna. Creo de verdad que hombres como él merecerían que les diera una oportunidad y, sin embargo, me cierro a ella para no romper una amistad o relación cercana. En cambio, sí me dejo llevar por momentos y situaciones que, cuando pasan y se acaban, no tienen ningún sentido para mí.

Y es que anoche estuve con alguien. Un chico que conocí en la exposición de Leti, una conocida. Mi amiga nos invitó a la galería de arte donde mostraba sus cuadros y, después de tres vinos y un par de horas de charla, terminé en su cama. Por eso *La Helen* me pregunta lo que sucedió, porque no he querido decirle nada. No me encuentro cómoda con haberme acostado con un casi desconocido. Y sé que *La Helen* no me va a reprochar nada. Soy yo misma quien lo hace. Anoche —y ha sido la segunda vez que me voy con alguien —, quise olvidarme de todo y abandonarme a algo que no solía hacer ni siquiera de más jovencita. Debo pasar página y es una

completa imbecilidad sentirme frustrada por los cuernos y la rabia interna que me sigue consumiendo. El hecho de que *Manu* sea ahora el capitán encargado del personal de la unidad tampoco me ayuda. Es el nuevo guapo oficial, y escuchar los comentarios de las mujeres, sus chismes, chascarrillos y rumores de conquistas, reconozco que me sobrepasa. No son celos, porque no guardo ningún sentimiento hacia él, pero confieso que siento molestia cuando hablan de todo ello. La rabia y el desapego que me produce verlo, superan cualquier atisbo de recuerdo amable o de nostalgia pasada. Lo que me jode, dicho pronto y mal, es que parezca que yo soy la perdedora y él el ganador. Yo no consigo seguir con una vida sentimental que me satisfaga y *Manu*, en cambio, va de cama en cama, disfrutando una soltería ganada por su infidelidad con Blanca. Que, por cierto, por lo que me han contado, sigue con su novio tan tranquila y sin mostrar remordimiento alguno.

No soy de ese tipo de chicas que se acuesta con el primero que ve. O no era. Tampoco tengo nada en contra de quien lo hace. Sé que es normal enrollarse con alguien y no darle mayor importancia, pero cuando he salido, a eso de las dos de la mañana, de la casa del chico con el que me acosté ayer, no me he gustado. Tampoco soy una mojigata, ni pretendo dar lecciones a nadie, aunque confieso que me encuentro más a gusto en una relación seria, normal, de novios o de pareja.

Cierro los ojos y recuerdo exactamente el momento en que terminamos de tener sexo y él intentó estar agradable y atento conmigo. Justamente ahí, en el instante en que se apagó la vena salvaje de la carnalidad y empezó el atisbo de complicidad, sentí una necesidad imperiosa de irme y regresar a mi casa. Aquella cama ni era mi lugar.

Arranco el coche y por alguna razón me llegan las caras de Gonzalo Olave, el juez instructor de Marbella, y la de Alonso. El primero me ha llamado varias veces en los dos últimos meses. Incluso vino un fin de semana a Madrid y cené con él. Estuvo amable, simpático y dispuesto a intentarlo conmigo, aunque no dijera una palabra al respecto. Se mostró prudente, pero una sabe ver esas cosas. No termino de verlo como una posible pareja. Tiene

bastante buen fondo, pero no me provoca ese cosquilleo en las tripas que necesito para empezar a pensar en alguien. También se me aparece la cara de Alonso, porque noto que cuando me llama con cualquier excusa relativa a la gente de Marbella, percibo interés en mí. Es más mono que el juez y quizá más mi tipo. Pero sigo sin verlo. Quizá soy una tonta que busca un enamoramiento antiguo, de esos que empiezo a pensar que ya no existen.

El lector de matrículas hace que se levante la barrera, y al salir a la calle, me pregunto si no tendría razón mi padre con lo de que Alonso sería un buen yerno y me debería otorgar la oportunidad de conocer a alguien. Justo estoy pensando en esto, cuando me entra una llamada del chico de ayer. Me detesto a mí misma por haberle dado mi teléfono. Él no tiene la culpa; soy yo, y por eso no le cojo la llamada, que dejo que se extinga mientras empiezo a conducir por Madrid, camino de la unidad.

2
Las últimas playas

Tapia de Casariego. Asturias
17 de noviembre. 09:10 horas

Hemos llegado al aeropuerto de Oviedo hace apenas quince minutos. Rosa Maté nos ha conseguido unos vuelos muy baratos que hemos aprovechado, aunque haya sido en una de esas líneas aéreas de tan bajo coste como de escasa comodidad. Al menos, nos hemos quitado cinco o seis horas de conducción, entre carretera y paradas para descansar. Nos han comunicado que nos espera un coche que nos recogerá y que conduce un cabo primero de nombre Duarte.

Paones va hablando por teléfono con su mujer y Maite Crespo acaba de disimular un bostezo. La he visto dar un par de cabezadas en el avión y deduzco que va cansada. Por lo visto —comentarios de máquina de café—, debe tener algún rollete con alguien y por lo que se dice, también con tricornio. Sé que no es lo aconsejable, pero yo lo hice, aunque nadie lo sepa. Por alguna razón que ahora veo acertada, *Manu* y yo preferimos llevarlo con mucha discreción.

—¿Cansada? —me atrevo a preguntarle.

—Un poco. No he dormido bien —se limita a decirme.

Aunque hemos avanzado en la relación, Crespo y yo no terminamos de encajar totalmente. No me puedo quejar y es una excelente investigadora, pero siento que no termino de pasar con nota alta su examen. Con Paones es diferente. No es que seamos uña y carne ni que nuestra compenetración sea perfecta, pero el acople ha sido, y es, más suave y sintónico que con la cabo.

Miro a Crespo de soslayo. No es nada fea, aunque sus facciones sean un poco duras y mantenga un permanente semblante serio. Viste pantalón vaquero ajustado, zapatillas, una camisa blanca sobre camiseta del mismo color y una chaqueta tres cuartos acolchada de

invierno, azul marino. Lleva un bolso de tela, amplio y en bandolera. Apenas se maquilla, al menos, las veces que la he visto conmigo de viaje. Su cuerpo es atlético, vigoroso y se nota el ejercicio. Me pregunto si será verdad lo de su supuesto ligue con tricornio. *Eres una cotilla de manual, Mariloli.*

Andamos los tres hasta salir de la terminal y vemos, en efecto, a un hombre joven, bastante alto y delgado, que sostiene un papel con nuestros nombres, sin señalar grados ni que seamos guardias civiles. Tiene el pelo corto, tirando a castaño y los ojos color terroso oscuro. Muestra una sonrisa algo inexpresiva, que parece una calcomanía. Nos acercamos a él y enseguida se yergue mínimamente y saluda con una ligera inclinación de cabeza.

—Buenos días, mi teniente.

—Buenos días. Duarte, ¿no? —le contesto torciendo el cuello y alzando la mirada.

Más alto que la matrícula de un avión, Mariloli.

—Sí, cabo primero Duarte.

—Ella es la cabo Crespo y aquel —señalo a Paones que sigue hablando con su mujer—, el sargento primero Paones.

Se limita a asentir ligeramente y a señalarnos la salida.

—Tengo el coche ahí —nos dice—. El capitán Míguez irá al puesto de Tapia.

—Podíamos haber ido nosotros a verlo —le comento.

—El capitán lo dispuso así. Tenía que terminar un par de gestiones en la comandancia —me contesta el cabo primero Duarte con una media sonrisa y encogiendo ligeramente los hombros—. En Tapia de Casariego tenemos los dos vehículos que les podemos dejar y las tres habitaciones que nos pidieron.

—Muchas gracias, pero con un vehículo hubiera ido suficiente —le contesto sonriéndole.

—Por si tienen que hacer pesquisas de forma separada.

Se nos une Paones, que se presenta, y el cabo primero Duarte le saluda de forma muy parecida a como ha hecho conmigo. Dejamos los equipajes de mano en el maletero del todoterreno civil con el que nos recoge, y nos sentamos. Yo, delante, Paones y Crespo, en los asientos de detrás.

Durante el trayecto, Duarte se muestra concentrado en la carretera y poco hablador. Pertenece desde hace poco al equipo del capitán Míguez, que es el responsable de Policía Judicial de la comandancia. No quiero decir que se muestre distante, pero no le noto un tipo comunicativo ni abierto.

—Esto en verano estará lleno, ¿no? —pregunto mientras miro por la ventanilla del automóvil.

—Sí, aunque no masificado. Y las de por aquí son las últimas playas asturianas. Ribadeo, un poco más allá, ya es Galicia —contesta Duarte sin quitar los ojos de la carretera.

—¿Hay alguna novedad sobre el caso? Entiendo que todo sigue igual, ¿no? —le pregunto.

—Hoy hablaron de la muerta en un programa de cotilleo de la televisión autonómica. Y se filtró que viene la UCO —nos dice mientras enfila el coche a la autovía, saliendo del aeropuerto.

Muchos de mis compañeros dicen que antes, cuando la unidad no era tan famosa, se trabajaba mejor y con más libertad. Ahora parece que cuando acudimos a cualquier sitio, estamos obligados a resolver en pocos días los crímenes.

—¿Y qué se cuece en esos programas? —pregunta Paones.

—Nada nuevo —dice mientras conduce con soltura—. Insisten en lo del robo… —añade encogiéndose de hombros.

Tenemos claro, por el informe preliminar que hicieron los agentes del puesto de Tapia de Casariego y posteriormente corroboraron los desplazados desde la Comandancia de Asturias, que el móvil no fue el robo. La razón principal es que Malena Morán, relativamente conocida en el mundo de las redes sociales y del postureo mediático, muere de dos disparos de escopeta. Lucas Zárate, el hombre que estaba con ella en la casa, de uno que le alcanzó el pecho.

—El que disparó, tiró a bulto y a unos dos metros como mucho. A ella dos y a él, uno. —Había dicho Paones nada más leer el informe preliminar del forense.

Maite opina como él y yo, la verdad, lo mismo. No solo cuadra, sino que es lo que suele suceder estadísticamente.

—Eso nos hace pensar que es una automática. —Discurrió Maite, que es el único punto que nos genera dudas—. Si le quitas el limitador o el tope, puede cargar cinco cartuchos.

El móvil del robo, aunque lo cotilleen los programas locales de televisión y en las redes sociales hubiese gente que le daba credibilidad, está prácticamente desechado. Es verdad que no se ha encontrado el bolso ni la cartera de Malena, con varias tarjetas de crédito y algo de dinero en efectivo, y que el tal Lucas tampoco llevaba la suya. Sin embargo, hay dos cosas que hacen sospechar que no fue un robo. La primera, que los ladrones no suelen matar. Y menos, con escopetazos de por medio. Lo habitual, cuando hay heridos por disparo en un robo, es que estén provocados en medio de un episodio de nervios y con rapidez para conseguir el botín del robo. Pero es complicado que este termine convirtiéndose en un homicidio o un asesinato. Un ladrón, generalmente, no suele utilizar una violencia desmedida, salvo que vaya drogado o con el síndrome de abstinencia. Cogen lo que ven de valor y se largan cuanto antes. Sobre todo, los que son ladrones de oportunidad y no de los que planifican asaltos a casas de futbolistas o famosos.

La segunda razón por la que desechamos el robo es porque el supuesto ladrón ni siquiera subió al piso de arriba, donde estaba su dormitorio y en donde descansaba en la mesilla y a la vista, un reloj *Tag Heuer Connected E5* de unos mil quinientos euros, algo de dinero en metálico en el cajón, un ordenador de pulsera para bucear *Suunto*, de fabricación finlandesa, que en el mercado de segunda mano podría costar unos cuatrocientos euros, y un bolso de *Louis Vuitton* de alrededor de mil quinientos. Es decir, que eran ladrones muy poco profesionales. A él sí le quitaron la cartera y el reloj deportivo de unos quinientos euros.

Malena Morán era conocida por ser una mujer presente en redes sociales. Solía crear polémica con sus contenidos y aunque no excesivamente importante ni de postín, sí lo suficiente, como para generar controversia, rumores y ser invitada a algunos *podcast* y programas de televisión locales, sobre todo. Lucas, en cambio, no pasaba de ser un pequeño empresario hostelero con menos de mil seguidores en redes sociales. Sus negocios, por lo que nuestros

compañeros habían podido comprobar, no iban mal, pero tampoco le granjeaban una situación boyante y adinerada con los réditos y beneficios. Era un pequeño empresario dueño de dos restaurantes y un *food truck*. De posición acomodada, soltero y habituado a salir con mujeres. No tenía, al parecer, relación con Malena Morán, más allá de conocerse por haber intercambiado alguna palabra o tomar una copa.

El suceso tenía varias incógnitas, para empezar. Por ejemplo, conocer qué hacía allí Lucas Zárate con ella. Una de las hipótesis era que fuera un ligue casual. Otra posibilidad, que se estuvieran viendo para, por ejemplo, una colaboración en redes sociales. Pero ni la hora ni el sitio eran los habituales en estos casos.

Media hora larga es lo que le ha tomado al cabo primero Duarte para llevarnos hasta el puesto de Tapia de Casariego. El cuartel está enclavado en un pequeño alto, desde donde se ve parcialmente el puerto y el mar. Es una construcción sencilla, de modesto tamaño y que, como nos habían dicho, no tiene habitaciones para alojarnos. Por eso hemos reservado en una casa rural, a menos de un kilómetro, y que no solo se ajusta al presupuesto de nuestras dietas, sino que incluso nuestros compañeros de Tapia nos han conseguido un precio especial. Nos han dicho que desde ahí se ve también el mar, y eso me alegra, porque como soy de Madrid aquello me atrae. No sé si les pasa a los que nacemos en el interior, pero a mí en concreto, sí. Dormir escuchando las olas o quedarme absorta ante una costa quebrada me hipnotiza, la verdad.

Aparcamos dentro del recinto de la casa cuartel, después de que un guardia nos salude reglamentariamente. Cuando entramos, compruebo que el edificio no es nuevo, pero se le ve cuidado. Allí, en su despacho, nos recibe el brigada Sánchez, jefe del puesto. Es un hombre de mirada vacuna, cansada y lánguida. Tiene algo de sobrepeso y el uniforme ya le queda tirante en el vientre. El pelo entrecano le escasea y lo lleva bastante corto por los lados. Le calculo unos sesenta o por ahí. Se levanta y me saluda con una voz pausada y de escaso tono.

—Buenos días, mi teniente.

Sabe quién soy, porque no ha dudado en saludarme directamente con mi grado y posando la vista un par de segundos más de lo necesario. De nuevo sospecho que mi fama, aunque bastante mejorada, me antecede. El repaso visual ha sido rápido, poco perceptible. Cuando termina, me señala con la mano una de las sillas que enfrentan a su mesa.

—El sargento primero Paones y la cabo Crespo —les señalo—. A Duarte supongo que le conoce.

—Sí, nos vimos en más de una ocasión —me contesta refiriéndose al cabo primero. Con Juan y Maite se limita a dar un ligero movimiento de cabeza en señal de saludo.

Me siento, cruzo la pierna derecha sobre la izquierda y carraspeo brevemente. No es que se haya hecho una mala investigación, sino que entre la ambición del antiguo teniente coronel y la poca simpatía que se profesan el capitán Míguez y la jueza de instrucción, ha provocado nuestra presencia allí.

—Brigada, lo primero que le tengo que decir es que no venimos a enmendar la plana a nadie. Solo a ayudar a resolver este caso. —Es bueno que la gente que está en los puestos y al pie del cañón no nos vea a los de Madrid, y en concreto a la UCO, como los listillos que llegan a enseñar a los paletos. El brigada se limita a asentir, pero no dice nada—. Y lo segundo, como es natural, necesitaríamos repasar todo lo que se ha hecho hasta ahora para tener una idea precisa. —Cuando termino compongo una ligera sonrisa. En esto he aprendido que se gana más así que siendo un poco borde.

Sánchez se retrepa ligeramente en su sillón, coloca los antebrazos en la mesa del despacho y se pasa los dedos por los labios. Me mira y se toma unos segundos en contestar.

—En realidad, nosotros tuvimos poco que ver. Fue la comandancia quien tomó enseguida el caso.

Eso es cierto, pero también que fueron ellos los que hicieron la primera inspección ocular y que estuvieron, al menos algunos guardias, al servicio de los investigadores que desplazó allí el capitán Míguez.

Abro mi libreta y repaso las notas que fui tomando desde que el comandante Sobarriba me adjudicó el caso. El disparo que le causa

la muerte, de forma rápida, a Malena Morán, es en la parte inferior del cuello, justo en el área de la arteria carótida. Hay otro en el abdomen, pero que no la pilla de lleno y tampoco es letal. La herida que le causa la muerte no es precisa por la dispersión de los perdigones, pero suficientemente concentrada, ya que se hizo a unos dos metros, seccionando la arteria, pero debido a la posición del cuerpo y la forma en que se realizó el ataque, el flujo sanguíneo se ha contenido, resultando en una hemorragia interna significativa pero externamente, mucho más mínima. A pesar de la falta de sangre visible, la severidad del daño vascular fue fatal, ya que la pérdida de sangre interna le llevó a la *influencer* a una rápida muerte por shock hipovolémico. Murió entre nueve o diez horas antes de encontrar el cadáver. Es decir, la data que fijó el forense fue a las doce y media de la noche.

La herida que termina con la vida de Lucas Zárate se encuentra en la parte lateral del abdomen, en el área del hígado. Es, lo mismo que la herida letal de Malena, un disparo hecho de cerca, este a un metro escaso y que ha penetrado en la cavidad abdominal, dañando fatalmente el hígado, un órgano altamente vascularizado. Aunque la herida tampoco presentaba un sangrado externo significativo, la perforación del hígado sí le provocó una hemorragia interna masiva. A Lucas Zárate la muerte le sobrevino en cuestión de minutos debido a la pérdida de sangre en el interior del cuerpo. También sabemos que Malena y Lucas mueren en donde fueron encontrados, es decir, no los desplazaron ni movieron. Testigos que vieron a la pareja entrar, y el análisis de la escena forense, así nos lo corroboraban. Incluso el montante gastado en la gasolinera, cinco euros con cincuenta y cinco céntimos, eliminaba definitivamente la teoría del robo.

—Es extraño a primera vista. Lo de la gasolinera no cuadra mucho con una muerte por encargo. Los sicarios profesionales no suelen hacer eso… —digo volviendo a leer mis notas.

—Ese vehículo se detuvo en la gasolinera de la carretera camino de la autovía, en Castropol. No echa combustible, pero se acercó a la ventanilla a pagar una cantidad. Al menos que se vea, tampoco compra nada. Tenemos las cámaras, aunque no son de muy buena

calidad y el enfoque no es el mejor. Es un utilitario normal, un *Peugeot 206*, de color azul oscuro y el hombre que lo conducía y pagó sale de espaldas, incluso con postura que parece forzada y con una sudadera con capucha, además de una gorra de béisbol roja que le oculta la cara. Cuando paga sí se le ve la cara, algo difusa, pero es desconocida, nadie sabe quién es. Hay una segunda persona en el coche, en el asiento del conductor. Parece alto y más grande que el que sale, pero no se le ve nada de nada. El coche es robado, por cierto. La denuncia se hizo esa misma tarde, a las ocho, en una comisaría de Gijón. Se puede decir que esa segunda persona que se la ve en el coche es un varón, de unos treinta años y complexión fuerte. El que permanece dentro, nada. No se le ve… Tenemos la matrícula, pero no hizo recorridos por zonas de cámaras. Y no hay huellas. Poco más tenemos —nos aclara Duarte, aunque esos datos los tenemos por el informe solicitado en su momento para coger el caso nosotros—. No es normal que gente profesional pague con tarjetas de quien acaba de matar. Pero no podemos descartar el encargo o que a alguien se le fue la cabeza.

—Del robo de ese coche, ¿se sabe algo? —pregunta Crespo.

—Que apareció carbonizado a las pocas horas. Totalmente calcinado, aunque se encontró un mechero tipo *Zippo*, que se salvó de las llamas.

—Lo usarían para prenderle fuego —opina Paones.

—Seguramente —corrobora Duarte.

—Volviendo a la gasolinera —intervengo—, ¿nadie le pudo reconocer al hombre que pagó esa cantidad?

—Nos pasamos por la gasolinera a preguntar, pero de noche es autoservicio y el que estaba de guardia apenas se fijó en él —apunta Sánchez con su tono de voz cansino y hasta perezoso.

—Habrá que ver todo de nuevo. He leído las declaraciones del trabajador de la gasolinera. A esas horas los surtidores estaban en modo prepago y no lo tuvo cerca en ningún momento, salvo cuando paga. En las cámaras sale de lado, nunca de frente al que le cobró. Y pagó cinco euros con cincuenta y cinco. Muy extraño.

—Así es —corrobora Duarte mi comentario.

—Como dice la teniente, es muy raro. Quizás debía esa cantidad a los de la gasolinera, pero es una cantidad muy pequeña —secunda Paones—. Sería la primera vez que nos encontráramos con un profesional tan torpe, detallista y honrado a la vez.

—Puede ser —interviene Sánchez con desganada placidez, y mientras reposa la espalda en el respaldo del sillón.

Duarte se limita a asentir.

—Tampoco nos cuadraba a nosotros. Estábamos en ello, cuando nos pidieron pasar el caso a la UCO —puntualiza este último con una media sonrisa forzada.

Detecto que no ha hecho ninguna gracia que el caso acabe en nuestras manos, a pesar de la mala relación con la juez.

—¿Hay alguna otra posibilidad? —Insisto con el brigada.

—Siempre la hay —se limita a añadir Sánchez hinchando el pecho en un gesto que mezcla desidia y poco interés—. Pero nosotros ya no intervinimos.

Sánchez no dice nada más. Me aguanta la mirada y no se inmuta. Me temo que no va a ser fácil con él. Es obvio que no quiere verse metido en la investigación y que el escaso tiempo que le queda antes de la jubilación lo quiere pasar con la mayor tranquilidad posible, sin sobresaltos ni incordios de superiores.

—Tenemos testigos que nos confirman la hora de llegada y una llamada para denunciar —es un detalle que me sorprendió desde el primer momento— el ruido de los ladridos de un perro… —comento, dejando la frase sin terminar.

Sánchez hincha el pecho y arruga el entrecejo antes de iniciar la contestación. Se pasa la lengua por los labios, tamborilea levemente los dedos de su mano derecha en la mesa de su despacho y, por fin, comienza a hablar.

—No paraba de ladrar y se tiró a una motocicleta que pasó. Llevaba más de una hora así. Un vecino llamó.

—¿No es cosa de los municipales? —interviene Crespo.

—Aquí… nos llaman por cualquier cosa —explica Sánchez sin inmutarse—. Sobre el tema de los testigos, se les identificó, investigó y tomó manifestaciones a ambos. —Lo dice con un gesto

pastueño, pero que incluye algo de fastidio e impaciencia, por la ligera percusión de sus dedos.

—Volveremos a hablar con todos ellos —resuelvo con tono firme. Quiero que el brigada me considere la responsable de la investigación y que no me pliego a él—. Sé que se hizo lo correcto —miro en ese momento con mucha fijeza al suboficial—, pero tenemos que repasar todo.

Sánchez me observa y calcula si yo puedo ser peligrosa o no. Debe llegar a una conclusión negativa, porque se limita a encoger ligeramente los hombros y a mantenerse en silencio. Antes de venir, en la unidad, me han dicho que se ha comprado una barca con motor, con la que suele pescar los fines de semana, esperando que pasen plácidamente sus últimos meses de servicio. No desea, por nada del mundo, que esa última etapa de su vida benemérita se vea alterada ni comprometida. También, que está de vuelta de todo, y que yo represento trabajo extra que no desea asumir, aunque no tenga más remedio. No entorpecerá, pero tampoco tendrá un cohete en el culo para moverse.

En ese momento se escuchan unos pasos y un par de saludos que provienen del pasillo. La puerta se abre sin ningún toque de aviso previo y aparece la figura de un hombre delgado, pelo canoso y no muy abundante, mirada prieta, quijada angulosa y semblante serio.

—Buenos días, soy el capitán Míguez —se presenta entrando en la sala y clavando sus ojos en mí, obviando casi completamente a Paones, Crespo, Sánchez y Duarte

Obviamente, también sabe quién soy. Quizá sea por mis motes y los rumores de enchufe que hay en la unidad. Pero no, tras la sonrisa de aprobación y burdamente canalla, veo que, de nuevo y una vez más, mi físico me juega una mala pasada.

3
Una mema integral

Tapia de Casariego. Asturias
17 de noviembre. 10:24 horas

El capitán Míguez es un hombre bastante delgado, incluso flaco, enjuto y de mirada despierta. Aparenta unos cuarenta y largos años. *Menos carne que un viernes santo, Mariloli*. El pelo le clarea dejándole una frente amplia y los ojos se muestran inquietos y vivaces, en medio de una nariz prominente. Cuando se acerca desde la puerta entorna levemente los ojos, fijando su vista en mí, tras posarla, solo de soslayo, en mis compañeros.

—A sus órdenes, mi capitán —digo levantándome e irguiéndome, lo que puede ser aceptable vistiendo ropas de civil.

—Buenos días. Barrena, ¿no? —me dice alargándome la mano derecha para saludarme.

—Sí —le aguanto la mirada—. Teniente Barrena.

Durante otro segundo más, mantiene la mirada y el silencio. Después, se gira y observa a Paones y a Crespo, también de pie.

—Ellos son el sargento primero Paones y la cabo Crespo. También de la UCO, mi capitán —le aclaro, introduciendo a mis compañeros.

—Buenos días —les digo tendiéndoles también su mano.

Tras un nuevo segundo de silencio, comienza a hablar. Se le nota que ejerce el mando con naturalidad y que disfruta cuando tiene la seguridad del momento.

—Lo primero, bienvenidos a Asturias. —Todos asentimos, él incluido—. Lo segundo, que dos asesinatos no son la mejor excusa para conocerlos. Y lo tercero, aunque esto no sea lo adecuado, van a tener que lidiar con una mema integral. Me refiero a su señoría.

Vuelve a dejar un silencio expectante en la sala. Ni Sánchez ni Duarte dicen ni hablan lo más mínimo y se mantienen, lo mismo que nosotros, a la expectativa. Pero el capitán Míguez, tras terminar de pronunciar aquello, conserva un mutismo forzado, alargando la expectación que ha provocado.

—Digo esto —arranca tras remarcar una nueva pausa, dejando claro que es el dominador de la escena y de que le gusta alguna dosis de protagonismo—, porque con su señoría, la juez Manuela *Vaga*, digo, Vega, llevamos dos casos más, además de este. Y tenemos uno en concreto, que se nos puede complicar si no nos permite intervenir algún teléfono o colocar una baliza de seguimiento. Nuestro teniente coronel está encima de este tema, incluso moviendo hilos con la fiscalía. Y claro, a nuestra juez eso no le gusta. Por eso, o por cualquier otra razón —hace un gesto algo exagerado e irónico—, la comunicación con esta togada ha sido siempre, por así decirlo… complicada —añade elevando ligeramente las cejas—. Y en lo que a este caso respecta, nuestra opinión es que alguien, no profesional, se ha cargado a la señorita Morán y al señor Zárate. Lo del robo no se sostiene. Y lo único que nos descuadra es lo de la gasolina. Aunque puede que sea una burda acción para despistarnos. Hay una mujer que vio aparcar un coche como el de Lucas Zárate a eso de las nueve, aunque él no bajó del vehículo, pero sí a ella salir de la casa, montarse en el coche e irse. Y un paseante nocturno con su perro los vio regresar a las doce. Esos son los únicos testigos que tenemos y que nos ayudan a situar la hora de salida y llegada de la casa de ella. Y sobre el coche que se ve en las grabaciones de la gasolinera, fue robado forzando la puerta el día anterior en Gijón. Hay denuncia de ello e intentamos investigar y rastrear ese coche, pidiendo la colaboración de la siempre bien ponderada Policía Nacional, ya que como saben esa ciudad es su zona. No arrojó ningún resultado. El dueño es un octogenario, que más allá de que haya dudas sobre si se le debería o no seguir renovándole el carné de conducir, no hay nada que rascar. —En este momento respira y se balancea sobre las puntas y talones de sus pies, mientras compone un gesto de concentración—. Para finalizar, como entenderéis, nos pusimos a investigar también las amistades y

familiares de ambos asesinados. El de ella se limita a su padre. Es hija única, sin hermanos, ni primos cercanos. Un par de tíos que viven lejos, uno en Francia y otro en Valencia. Sin apenas contacto. El padre se mostró afectado, pero entendió nuestra labor y colaboró. El día del asesinato comprobamos que estaba en Oviedo. De la familia de él tampoco obtuvimos nada. Viven en Laredo, su madre y un hermano. Y de los vecinos, pues muy poco también. Solo están ocupados dos chalets cercanos, ahora en temporada baja. Se les tomó manifestaciones y tampoco sacamos nada. Uno es un periodista que trabaja para varias empresas desde su salón y la otra vivienda la ocupan un matrimonio de jubilados. El periodista es quien llamó a nuestros compañeros de aquí —señala con la barbilla a Sánchez— y los jubilados usan tapones para dormir. Al parecer, los dos roncan. —El capitán nos mira despacio a los de la unidad central —. Todos, familia y vecinos, nos dejaron de forma voluntaria sus teléfonos móviles, hicimos el volcado con la correspondiente firma de sus dueños y nos firmaron permisos para recabar información de posicionamientos y conexiones a antenas. Todo encajaba con sus declaraciones. Está en los informes que podéis consultar.

Lo ha resumido de un modo escueto y directo, pero tajante, casi absoluto. Observo un instante a Paones y a Crespo, que han escuchado impertérritos la explicación del capitán. Sánchez y Duarte se limitan a permanecer callados, sin mostrar emoción alguna. Me aclaro la garganta y miro al capitán que mantiene una ligera y leve sonrisa. Visto que con Sánchez no creo que vayamos a tener mucha colaboración, más allá que un cumplimiento estricto de órdenes, decido que nos tenemos que ganar al capitán.

—Hemos leído todo, mi capitán. Un buen trabajo, sin duda.

—Gracias, teniente. Nuestra togada no nos suele premiar con alabanzas. Si me permitís la opinión de un guardia de pueblo —carraspea ligeramente tras el tono sarcástico del apunte—, este asesinato está hecho por alguien al que se le aflojaron las meninges. El hecho de la parada, para lo que sea, en la gasolinera desacredita que fuera un profesional. ¿Qué profesional del gatillo hace eso? —Nos mira a todos unos segundos—. Por la escopeta, una automática, sin duda, podría ser desde un cazador a un *cowboy* de todo a cien.

Me inclino a pensar en alguien con antecedentes y de la zona, porque conoce bien la comarca. Si condujo de noche, no se le ve por ninguna autovía, así que tuvo que coger carreteras secundarias, sin cámaras ni vigilancia, hasta llegar a la gasolinera. También miramos fichas de sujetos con antecedentes que pudieran encajar, pero no obtuvimos resultados. O tienen coartada; un cazador al que se le retiró la licencia de armas por acoso, intimidación y amenazas, pero que ahora vive en Galicia y no se movió de allá. Otro candidato que tuvimos en el radar es un joven que le da a la química como si no hubiera mañana, y que atracó varias tiendas de Llanes y alrededores con una recortada, pero que está ahora por la costa de Levante. El tercero, un tipo de setenta años, que disparaba con una escopeta de perdigones a las urracas y a los gatos callejeros, porque decía que le robaban. Se pasaba el día en la ventana sin salir de casa, atento a felinos y pajarracos. Tras ir a verlo, avisamos a la familia y lo ingresaron en un siquiátrico. El resto de posibles están en la cárcel. Uno, condenado por un crimen de violencia de género, que disparó seis veces a su exmujer, es decir, recargó dos veces, y otro que era un portero de un puticlub de Mieres con experiencia militar.

—Está todo en los informes, muy detallado —le concedo, a lo que él me sonríe, un poco ufano y complacido—. Y perdone que le pregunte. ¿Esto que nos ha dicho sobre la juez Vega —obvio el calificativo en juego de palabras con su apellido—, significa que a pesar de que tengamos indicios suficientes, no va a ser fácil que abra diligencias sobre escuchas, por ejemplo?

—Eso es, Barrena. O mejor dicho… eso me temo —contesta con naturalidad elevando las cejas y los hombros, como si la respuesta debiera ser obvia—. Criminalística hizo su trabajo. Se realizó una inspección ocular con todas las garantías y ambos coches, tanto el de Lucas Zárate como el de Malena Morán, se investigaron. Pero a Su Señoría le molestó que algún reactivo dejara rastro, huella o señal.

—No lo comprendo… —digo extrañada.

—Ni tú, ni nadie con un mínimo de inteligencia, teniente —añade sin dureza, pero tampoco demuestra reparo—. Si una investigación no se hace completa y como debe ser, los malos

quedan libres. Eso intenté explicarle con toda mi paciencia y una sonrisa de dentífrico, a la juez Vega —apostilla con intención Míguez —. Pero para ella los herederos parecen más importantes que el asesinado.

—Quiere decir, mi capitán, ¿de qué se ha quejado? ¿por suciedades o rastros? —le pregunto.

—Eso es. Nos regañó por ser poco cuidadosos con el patrimonio de los herederos. Y dudo que nuestra gente no lo haya hecho a conciencia o procurado hacerlo de la mejor manera posible. Pero nuestra querida togada suele apremiar en estas cuestiones para que los herederos recuperen los bienes de los difuntos en el menor tiempo posible. Es decir —me corta antes de que yo vuelva a preguntar—, si hubiera que hacer una nueva inspección a fondo, pondría pegas. Lo mismo, para otro registro de la casa, ya que quiere entregarla cuanto antes.

—Hemos leído los informes de criminalística y parecen completos. Esperemos que sean suficientes —digo mirando a Paones que afirma levemente.

—Sé que los de Madrid los revisaron y que hicieron más pruebas y repitieron otras. Todo parecía en orden y bien hecho, aunque le pesara a nuestra querida juez. No pretendo extenderme, pero les resumo el tema para que sepan con quién se juegan los cuartos —aquí incluye en su mirada a Paones y Crespo. Seguidamente, hace una pausa y se aclara la garganta—: en otra investigación que su señoría instruye y que nos compete, un asunto de amenazas y posible extorsión, empezábamos a centrar las sospechas y pesquisas en una mujer. Una… amante del demandado —duda en decir la palabra—. Quizás esta calificación ya quedó completamente trasnochada, con los tiempos tan excitantes y modernos que ahora vivimos —se explica con evidente ironía—, pero es la que mejor describe la situación. A saber: hombre casado que se acuesta con otra, o sea, amante —hace una nueva pausa y me reafirmo en que el capitán se siente cómodo en situaciones donde domina la información y el relato—. El caso es que nos ponemos a hacer nuestro trabajo y aunque seamos guardias de pueblo, algo sabemos de este negocio. Así que, tirando de hilos y de indicios,

llegamos a la sospecha, fundada a nuestro parecer, de que esa amante podría ser la inductora o incluso la autora intelectual del delito. —Se detiene nuevamente comprobando nuestra atención. El capitán, ya sin ninguna duda, es un hombre que sabe manejar el mensaje y su exposición—. Pero la mema integral de la señora jueza no considera que sea necesario hacerle a la susodicha sospechosa una investigación a fondo. Y quiero decir con esto, realizar escuchas o ponerle algún dispositivo de seguimiento.

—¿Y tienen en la comandancia indicios suficientes? —Con mi pregunta, no solo estoy intentando acercarme al capitán Míguez, sino que también hacerme una idea de cómo trabaja.

Míguez extiende su sonrisa y hasta se bambolea un poco pasando de los talones a las puntas de los pies, mientras sus manos se enlazan en la espalda.

—Como acabo de decir, solo somos unos simples guardias de pueblo, teniente. Gente ruda, incluso paleta. —Noto que el sarcasmo y la sátira que se gasta y hace gala, tienen un ligero trasfondo de fastidio, muy posiblemente también incluyen el no llevar el caso que nos han trasladado—. Y con toda seguridad, sin la experiencia ni las posibilidades técnicas que sí disponéis en vuestra unidad. Pero con horas y dedicación, siempre hemos hecho nuestra tarea, aunque su señoría diga lo contrario.

Se queda otra vez unos instantes en silencio. Mira por un momento a Sánchez y de inmediato se pasa la mano por la cara. No es una persona mayor, pero sí veterana. Seguramente viene de ser suboficial, por lo que asumo que es un tipo bragado y con conocimientos. Hecho al servicio rural y de comandancia.

—¿Y por qué no firma esas diligencias? —Pregunta Paones.

Míguez sonríe. Se toma unos instantes para contestar y ladea la cabeza. Recuerdo en ese momento a Gonzalo Olave, el juez instructor del caso de Marbella, permitiendo enseguida que realizáramos escuchas, seguimientos y pidiendo los datos a las compañías telefónicas para poder situar a los sospechosos.

—En realidad, no tengo ni idea, sargento primero, pero su señoría se agarra a los derechos fundamentales y alguna vulneración que, bajo su parecer, estaríamos haciendo si nos concede la

diligencia. Deben ser conscientes de que la relación entre su señoría y este humilde servidor del contribuyente no es buena. Ni tampoco con nuestro teniente coronel, responsable de la comandancia, tras recabar el apoyo de la fiscalía. Y los motivos son varios y señalados. No solo ha habido roces en peticiones de diligencias, sino que es notorio su desprecio por la Guardia Civil. Y con esto quiero decir… —nos mira a los tres de la UCO—, desconsideración, desdén o reticencia. Escojan la palabra que prefieran. —Me sorprende el uso de tantos calificativos por el capitán. O es un discurso ya memorizado o Míguez domina con amplitud y profundidad nuestro lenguaje—. Pueden sacar sus propias conclusiones acerca de sus ideas políticas o no, pero el caso es así. —Vuelve a detenerse—. Y quiere ascender. Pero como sacó un número bajo en las oposiciones, tiene que joderse. Dicho esto con perdón, pero creo que así nos entendemos todos. Ahora —puntualiza elevando su dedo índice de la mano derecha—, eso no quita para que compadree con los políticos del Principado.

—¿Para entrar en política? —inquiero.

—Sí. Exactamente, eso. Y me temo, mi teniente, que nuestra esforzada juez *Vaga*, digo Vega —vuelve a sonreír por el repetido toque maléfico en su puya—, lo puede conseguir. Por aquí no hay muchas opciones para medrar, y como he dicho antes, tardará en que la muevan, porque tiene a mucha gente por delante. Pero, sin embargo, ser alcaldesa de un pueblo de la zona, con un pequeño presupuesto y sin que nadie fiscalice la gestión municipal que pueda hacer, tiene sus ventajas. Alcaldesa, luego diputada provincial o autonómica… Ya me entienden.

Me quedo pensativa mientras miro al capitán Míguez hinchar el pecho y respirar con profundidad.

—Así que, no le crean a su señoría, cuando les diga que soy una especie de cavernícola que no tiene claro el siglo en el que estamos. Yo me limito a trabajar y mi gente es buena, aunque piense que seguimos anclados en los tiempos del garrote vil. —El gesto se le endurece cuando dice esto, señal de que como jefe debe ser alguien que defiende y protege a los suyos—. Pero quizás con vosotros sea diferente. En el equipo que manda Madrid hay dos

mujeres. —Nos señala levemente con la barbilla a mí y a la cabo Crespo—. Y la responsabilidad de la investigación recae sobre ti. Ese detalle será bien recibido por su señoría.

—¿Por ser mujeres? —infiero con extrañeza.

Me da la impresión de que Míguez, antes de contestarme, está paladeando la respuesta que me va a dar.

—Su señoría, la juez *Vaga*, digo Vega, es abiertamente lesbiana, Barrena, cuestión que a mí me importa un bledo. Me da igual con quién se acueste la gente. Pero nuestra togada prefiere trabajar con mujeres y no con machirulos aferrados y nostálgicos del pasado. Incluyéndome a mí, según su averiada percepción.

4
¿Tenían algo entre ellos?

Tapia de Casariego. Asturias
17 de noviembre. 12:15 horas

Una vez dejamos los equipajes en la casa rural que nos iba a servir de estancia, y tomar un café en la misma cafetería que atiende la dueña, cocinera y limpiadora, nos sentamos a hablar del caso. Un par de minutos antes he marcado el teléfono del capitán Cantelar, pero me ha contestado que está ocupado y que, en breve, cuando finalice me llamará. Me gustaría hablar con él, para que me corrobore si ha habido algo que se les ha podido escapar o que no pudieron terminarlo completamente, pero en lo básico, entiendo que es correcto.

Del informe del forense, no hay dudas. La data de la muerte es a las doce y media de la noche. En el cuerpo de los dos había restos de comida, que corresponderían a croquetas, oricios, chorizo o rabas. También, y en ambos, una buena dosis de cerveza y vino. No para estar borrachos, pero seguramente habían estado bebiendo. Todo indicaba que habían estado tapeando antes. Ni el cuerpo de él ni el de ella mostraban signos de haber tenido sexo. Al menos, en sus últimas consecuencias. Ni él había eyaculado recientemente, ni en la vagina de ella había restos de semen o líquido preseminal.

El arma, que no se ha encontrado, se trata de una escopeta del doce, y los cartuchos son de perdigones de cuatro milímetros y medio. Es decir, casi postas.

Y un dato, al menos, curioso, es que en el cuerpo de él, de Lucas Zárate, se encontraron restos de caspa. No en el de ella. Y en el coche robado, tampoco. Una serie de partículas de piel muerta quedaron depositadas en la ropa que él llevaba puesta. Y la causa, según el análisis, era una dermatitis seborreica, posiblemente la

causa más común, y que está relacionada con el exceso de grasa en el cuero cabelludo. Pero también por un exceso de *Malassezia*, un hongo —más bien levadura— con el que convivimos de forma natural en el cuero cabelludo pero que en algunas personas prolifera excesivamente e irrita la piel. Y por el ADN que se pudo secuenciar, se trataba de un hombre. La pregunta era si esas partículas de piel muerta se habían depositado en el momento de la muerte, antes o incluso después, por algún agente nuestro. Pero esto se descartó, porque tanto Maldonado como Morata y Sánchez dieron muestras de su ADN.

El coche de él estaba en el momento de la muerte, aparcado al lado de la verja de entrada a la casa donde fueron hallados los cadáveres. Un testigo, que a esa hora estaba paseando al perro, los vio llegar a eso de las doce de la madrugada, descender del coche y entrar en la casa charlando tranquilamente. Al parecer, es una persona mayor que duerme poco y se desvela con facilidad. No sería la primera ni la última vez que un insomne nos presta este tipo de servicio

La casa era propiedad de Malena Morán, que la había heredado de su madre cuando murió. Era hija única y sus padres se habían divorciado diez años atrás, quedando aquel inmueble en propiedad de su progenitora, que cuando falleció de un complicado cáncer se la dejó en herencia. Con su padre, un comercial ya jubilado, y hoy dueño de aquella vivienda, tenía un trato cordial, pero esporádico. Y así, en cuanto la juez decretase que se levantaban todas las restricciones de la investigación, al darlas por concluidas en lo que se refería al inmueble, el progenitor pretendía ponerla rápidamente a la venta.

También estábamos casi seguros de que había sido un único asesino, porque el arma era la misma en las dos heridas mortales y el resto de las realizadas, pero intuíamos que había habido, al menos, otro cómplice en el momento del asesinato. Alguien que le acompañó o incluso entró con él en la casa.

Otra duda que sin duda habría que aclarar era si los asesinos entraron a la casa cuando estaban Malena y Lucas o los estaban esperando. De nuevo en las pesquisas de la comandancia no se

llegaba a ninguna conclusión, como tampoco se podía inferir del informe de criminalística. Y por supuesto, si tenía relación anterior con los muertos o se trataba, como en efecto todo parecía indicar, de un sicario contratado al efecto.

—¿Cómo lo veis? —pregunto a mis dos compañeros.

Ninguno responde de inmediato, sopesando la respuesta.

—Yo creo que hay que empezar desde el principio. Ver todo de nuevo. —La respuesta de Paones no es directa, pero en el fondo encierra lo que yo pienso—. No puedo decir que el que lo hizo sea un atontado, pero podría ser. Y lo de la gasolinera es extraño. Míguez puede tener razón, la verdad.

—No es descabellado —apunta Crespo.

—No creo que hayan cometido errores, pero me parece que la relación entre el capitán y su señoría es una bomba de relojería. Y no solo con él, sino con la comandancia. No debe ser fácil esta togada. Y el capitán… —mueve el sargento primero la cabeza, dudando cómo continuar— es un tipo peculiar.

—¿Lo conoces? —inquiero.

—No. No lo conozco personalmente, pero bueno… algún compañero ha trabajado con él. Buen oficial, de los que saben mandar y es apreciado por su gente. Aunque tiene poca paciencia. Me dicen que estaría mejor mandando una compañía de la UEI[2] que la policía judicial de una comandancia. No sé si me explico. Es muy operativo. Demasiado, para labores de investigación.

Me limito a asentir. A simple vista, porque no lo conozco ni tengo referencia alguna, puede ser tal y como lo define Paones.

—A mí me parece, y creo que llevas razón, mi sargento primero —dice Maite Crespo, terminando el café con leche que se ha llevado a la mesa que ahora ocupamos—, que el problema estará también en la juez. Me da la impresión de que nos hemos encontrado con una togada muy garantista y que todo lo que le pidamos que pueda menoscabar derechos fundamentales, lo vamos a tener que argumentar mucho. Si a eso sumamos un espíritu combativo como el del capitán Míguez, pues el potaje que sale es de difícil digestión —finaliza con aire sentencioso.

—No sería la primera vez que nos encontramos con un togado así, Maite —le responde Paones—. Y Manuela Vega es con quien nos tenemos que batir el cobre. Sería injusto pensar que únicamente uno u otro tenga la culpa. Generalmente, cuando dos personas a las que se les supone juicio y sentido común no comulgan, suele ser fallo de ambos.

—Sea como sea, la juez es nuestro superior y a quien tenemos que responder —intervengo.

—Así es —me concede la cabo—. No creo que nadie tenga problema en que sea lesbiana, roja, facha, rubia, del Oviedo o del Sporting. El capitán Míguez podrá ser lo que sea, pero no le veo dejándose impresionar o siendo arbitrario por las inclinaciones sexuales y sentimentales de la juez. Habrá que acoplarse.

—Dejando el tema de la señora juez al lado —habla ahora Paones—, que nos debe dar igual con quién desayuna o si alguien aparte de ella guarda un cepillo de dientes en su casa, tenemos que ver cómo y por dónde empezamos. Las gestiones y pesquisas de la comandancia yo creo que son correctas, pero preliminares. Y no hay ningún hilo del que tirar.

—Sí, centrémonos en los asesinatos. A ver… —carraspeo ligeramente—. Dos disparos a ella, el primero sin precisión y el segundo, mortal. Él, un único disparo a menor distancia. Posiblemente, cuando intentó detener al sujeto en cuestión de forma instintiva o quiso huir. Me extraña lo de la gasolinera, pero algo me dice que fue por algo. No es casualidad. Y el móvil del robo, bajo mi impresión, queda descartado por completo.

—Coincido completamente —afirma Crespo—. Lo que se llevaron no ha aparecido en peristas, ni en *webs* de ventas de objetos de segunda mano. Y soy consciente de que eso puede no significar nada, pero cuando algo se roba, es para obtener beneficio. Además de eso, o el ladrón era muy bobo o no es bueno en ese oficio, porque se dejaron cosas de valor. Y un ladrón no suele disparar si no es por necesidad. ¿Un crimen pasional?

—Pues eso nos deja solo un camino —digo recostándome un poco en la silla en la que estoy sentada, mientras finalizo un café con leche bastante apetitoso—. O es un crimen pasional, como dice

Maite, o el móvil debe ser algo que implique directamente a los asesinados. Algo en la vida de ella o la de él, que haya llevado a que alguien los mate. Es posible que sean ambos los objetivos o que uno u otro esté muerto porque alguno estaba en el momento y lugar equivocado. ¿Lo veis así?

—Sí. Punto por punto —secunda Paones, asintiendo Crespo igualmente.

—Dando eso por cierto, hay que reconstruir los últimos días de ambos y conocer la vinculación que los unía. Habrá que volver a revisar los teléfonos, correos electrónicos, redes sociales… Lo mismo que las declaraciones de vecinos, la mujer que vio llegar el coche de él, del que llamó por lo del perro, familiares… Sé que puede que no sea fructífero, pero debemos hacerlo de nuevo.

—Estoy de acuerdo —corrobora Maite.

—A mí, y entiendo que a vosotros también, nos queda la duda de si entre ellos había algo. Es decir, si estaban o no liados, ¿no? —les pregunto, aunque de forma retórica.

—No tenemos constancia de eso, y no hay señales en ninguno de los cuerpos de que ese día, al menos, tuvieran sexo. Pero es obvio que hay que preguntarse qué hacía él en la casa de ella a esas horas… —incide Paones en el sentido de mi reflexión.

—Las redes sociales de ambos difuntos tampoco aportan nada en ese sentido. Ni los dos o tres mensajes que se enviaron. Pero habrá que repasarlas —secunda Crespo mirando su libreta y apuntes que ha ido tomando—. Pero ¿por qué acompañó a Malena a su casa? ¿Caballerosidad? ¿Tenían algo entre ellos? ¿Pretendían tener sexo? ¿Algún tipo de negocios?

—Todo indica que eran amigos, pero la cabo tiene razón. Si se ofreció a traerla en coche, con dejarla a la puerta de la casa, hubiera sido suficiente. ¿Por qué entra? —opina Paones.

—Eso puede ser de interés —les digo a ambos, recibiendo su asentimiento inmediato—. Aunque alguna de las televisiones, buscando protagonismo va diciendo que fueron pareja.

—El nunca bien ponderado dinero de las televisiones y cotilleos, mi teniente… —me apostilla Maite, con evidente ironía.

—Seguramente saca el tema cuando puede o le pagan por aparecer en un *podcast*. Pero ella tampoco era tan importante, así que va a remolque de lo que vaya surgiendo —comenta el sargento primero—. Sabemos que ha habido filtraciones en el juzgado, porque la prensa se enteró del uso de una de las tarjetas de la asesinada por el coche robado que echó gasolina.

—Pienso igual, Juan —le secundo al sargento primero—. Si conseguimos una línea de investigación útil, habrá que tener cuidado. El caso puede volver a ser carroñeramente jugoso. Ese es un punto débil con el que debemos tener cuidado. ¿Y qué más tenemos? —reconduzco el tema para ir desbrozando toda la información de que disponemos.

—Se les preguntó a los familiares, pero no supieron dar ninguna pista que pudiera llevarnos a sospechar un móvil para el doble asesinato. Da la sensación de que el contacto entre Malena Morán y su padre era escaso o muy puntual. Y con referencia a él, lo mismo. La gente de la comandancia estuvo en los dos entierros, pero no sacó ninguna conclusión.

—Por tanto, hay una pregunta importante que nos debemos hacer —digo, casi distraídamente.

Paones y Maite me miran, esperando que continúe.

—Lo matan a él o a ella. O a los dos. ¿Cuál de ellos era el objetivo? ¿O lo eran ambos?

5
A ella o a él

Tapia de Casariego. Asturias
17 de noviembre. 12:52 horas

—Es cierto. No lo sabemos —asiente Paones, siendo imitado por Crespo.

—Pues vamos a empezar por ahí, Juan. Hay que escarbar en la vida de ambos. Y mientras, Maite, le das otra vuelta a fotos, correos, mensajes… No creo que saquemos nada que no hicieran los de la comandancia, pero quién sabe.

El hecho de saber si a quien asesinan es a él o a ella, y el otro, Lucas o Malena, es un muerto colateral por encontrarse en el momento equivocado, es crucial. Lo mismo que si han ido por los dos. Un doble asesinato no es común ni se ve todos los días. Ni siquiera nosotros.

—Sí. Repasaré las redes sociales y los mails. Por lo menos tenemos la orden de la juez para meternos en sus ordenadores y en los teléfonos móviles. Señala expresamente los modelos y los números, y no dice nada de hacer duplicados de tarjetas de memoria o de los teléfonos. Así que, por ejemplo, cualquier otro móvil o aparato informático que encontremos no quedaría amparado. Esta diligencia sí la despachó, aunque no fue en los primeros momentos, ni se dio demasiada prisa.

—¿Y eso? —pregunto con cierta sorpresa.

—No lo sé, mi teniente. O les pidió más argumentos o se le traspapeló en medio de sus devaneos políticos. Habría que pedir los duplicados de las tarjetas y eso, como digo, no está amparado en la diligencia emitida por la juez Vega.

—También podemos recabar ese permiso a los herederos, ¿no? —intervengo.

—Sí, claro. Pero por si acaso, y tal y como parece que es la juez, debiéramos tener lista la petición a su señoría, no sea que se cabree y nos ponga pegas. Lo pedimos a los herederos y también le presentamos la petición. Si la firma, todos contentos. Si no lo hace, y tenemos finalmente los permisos, solo puede patalear. Pero procuremos que no lo haga. O que lo haga poco.

—Perfecto, Maite. Vete redactando las peticiones a nuestra querida juez. Yo tengo que ir a verla y sondear si es cierto todo lo que nos han dicho de ella. Lo mismo es una exageración de nuestros compañeros de la Comandancia de Asturias.

—Me extrañaría —tercia Paones lacónico.

—Seguramente tendrán razón. Pero como tengo que ir a verla, pues de paso veo si es como nos la describen. Tú, Juan, podrías hablar otra vez con la señora que vio el coche de él llegar a las nueve. ¿Te parece?

—Sí, de acuerdo.

—También le daré un toque al capitán Cantelar. Por si acaso hay algo en el informe de criminalística que no le cuadre o que nos pueda ampliar. Y Juan, mete también un repaso a lo que sabemos de los últimos días de Malena y de Lucas. Sé que no hicieron nada que nos pueda llamar la atención, pero así dejamos todo cerrado y repasado.

—Lo haré. Aunque no hay mucho. Como has leído en los informes, estuvo en Cantabria por un tema de proveedores y poco más. Ella haciendo contenido de sus *outfits*, comentarios que buscaban la polémica o cierta discusión entre sus seguidores… Se editaba ella misma todo. No tenía agencia ni representante o ayudantes. Controlaba esos temas y se bastaba sola. Así ganaba más dinero, entiendo —resume con bastante precisión el sargento primero—. Preguntaré a los guardias que se encontraron con los dos muertos en la casa. Las autopsias y la inspección ocular son bastante completas, pero no sobrará otra vuelta a eso.

—Me parece bien. Pues ya tenemos todos tarea. Me cojo uno de los dos coches y me voy a ver a la juez.

Salgo de la casa rural y me dirijo al coche que voy a utilizar. He preferido coger el más sencillo, que es un utilitario pequeño y

cómodo. Está, además, equipado con *Bluetooth*, navegador y las muchas apps que pueblan nuestros móviles, a través de un simple enchufe USB. Me siento y regulo los asientos, sacando mi móvil y acoplándolo al sistema de navegación y llamadas del vehículo. Marco el número de Manuela Vega y lo pongo en manos libres.

—¿Sí? ¿Quién es?

La voz de la togada es un punto estridente. Suena de fondo ruido de conversaciones, como si estuviera en un bar. —Me miro el reloj y sospecho que ha salido a tomar el café del descanso de media mañana.

—A sus órdenes, señoría. Soy la teniente Barrena.

La juez Vega se queda en silencio, procesando mis palabras. No me sitúa, por lo que insisto en mi presentación.

—Teniente Barrena, de la Guardia Civil. Unidad Central Operativa. Soy la oficial al cargo de la investigación de los asesinatos de Malena Morán y Lucas Zárate.

—Ah, sí. Me llamó ayer alguien dándome aviso de su llegada. No recuerdo el grado ni el nombre de la persona que me localizó. ¿Han llegado ya?

La juez se refiere a que ayer, la sargento Rosa Maté, llamó para decirle que un equipo a mi mando se haría cargo de la investigación y que estaríamos hoy por la mañana en la zona.

—Sí, la llamó nuestra compañera para hacerle saber que veníamos esta mañana. Ya estamos aquí, señoría.

—No han madrugado mucho, que se diga… —dice con un tono acerbo e indisimulado.

Me quedo un par de segundos algo trastocada. No me esperaba esta contestación y menos que me reprochara una supuesta tardanza en ir a verla o contactar con ella. Me aclaro levemente la garganta y cuento hasta cinco para que el tono de voz sea comedido y tranquilo.

—Hemos venido en el primer avión desde Madrid, señoría. Pero tuvimos que ir al puesto de Tapia de Casariego a establecernos y recabar las opiniones de nuestros compañeros. Sin toda la información disponible y puesta en común con nuestros

compañeros. Si nos hemos equivocado, señoría, le pido disculpas —le digo sin sentir que debiera pedirle perdón por nada.

La juez no dice nada. Se mantiene en silencio unos segundos después de que le conteste con un tono de voz suave, incluso algo empalagoso. Trago saliva y espero que hable. Sigo escuchando rumores de voces de bar y hasta una carcajada de alguien cercano. *Joder, con la juez, Mariloli. Y eso que está con el cafelito de media mañana…*

—Aunque se haya demorado, tenemos que vernos. Teniente, ha dicho, ¿no? —insiste en la apreciación de retraso.

—Sí. Teniente Barrena.

—Tengo un hueco a la una para poder verla. Y hasta y media o así, que después debo firmar un par de sentencias y sentarme con mi gente. Como sabe, llevo un juzgado civil, penal, mercantil y de todo lo que suceda en esta comarca. ¿Vendrá acompañada o usted sola?

—Yo únicamente. El equipo que ha venido de Madrid ya se ha puesto a repasar todo lo realizado hasta ahora y a intentar abrir nuevas vías de investigación.

—¿Cuántos son? —pregunta con algo de sequedad.

—Hemos venido tres personas. Yo misma, el sargento primero Paones, uno de nuestros mejores investigadores, y la cabo Crespo, también una excelente profesional y con mucha experiencia en homicidios. Pero contaremos con la ayuda de nuestros compañeros del puesto de Tapia de Casariego y personal de la comandancia —evito señalar que se trata de gente del equipo del capitán Míguez, no sea que solo con oír ese nombre se encabrone más y la entrevista de hoy se complique—. Y por supuesto, todo lo que nos puedan ayudar desde la unidad central.

—Bien, en eso no me meto. Ustedes sabrán si es suficiente.

Se produce un nuevo silencio entre las dos que opto por recortar y que no se haga excesivo. De la conversación saco que su señoría no es de contacto amable ni va a ser sencilla la comunicación. Se la ve una persona seca, de empatía justa y con cierta dosis de superioridad en el trato.

—Entonces, señoría, ¿nos vemos a la una en su despacho?

—Sí, claro. Sea puntual y no se retrase esta vez, que voy muy justa, como le digo. Un saludo.

La juez Vega me deja con la palabra en la boca y ni siquiera me deja despedirme. Cuando cuelgo me quedo mirando extrañada al teléfono, algo desconcertada con el trato recibido. No puedo decir que haya sido brusco ni despreciativo, pero tampoco cercano ni amable. No me hace falta corroborar en la reunión que todo lo que decía Míguez tiene muchos visos de ser completamente cierto.

Mariloli, me da que el capitán tiene razón: una mema integral…

6
Darth Vaper en Bolivia

Juzgado de Instrucción de Castropol. Asturias
17 de noviembre. 13:02 horas

La juez Vega, cuando anuncio que he llegado, me recibe sin demora en su despacho. Es una mujer alta, delgada, pelo moreno y corto, sin apenas pecho, de rostro y brazos huesudos, con una cara alargada y algo equina. *Alta y plana como Bolivia, Mariloli*.

No se ha levantado del sillón de su escritorio y me ha dado la mano levemente sentada, tras comprobar que he sido puntual con una mirada nada disimulada a su reloj de pulsera. Tiene las manos huesudas, que se ofrecen distantes y algo frías en el saludo. Me cuadran con su mirada acuosa, marrón y sin brillo, algo hundida en unas cuencas ensombrecidas por ojeras y bolsas. El pelo es negro y lo lleva apelmazado, sin muchos cuidados y con escaso trato en peluquería. Viste de negro, con un jersey que ya tiene bastante uso y un pantalón, de igual color.

—Es usted la teniente Barrena, ¿es así? —me pregunta colocándose unas gafas que lleva sujetas con una cadeneta de plástico también negro, y tras consultar un papel en donde debe tener apuntado mi nombre y el número de móvil. Seguramente transcrito tras haberle llamado esta mañana—. Vamos al grano, que no tengo mucho tiempo —continúa recostándose en su sillón—. Espero que nuestra relación sea mejor que con sus compañeros de la comandancia. En lo que se refiere a este caso estamos muy descolocados, sin hilo del que tirar y la comunicación con el capitán y el equipo de policía judicial ha sido manifiestamente mejorable.

Con aquella presentación corroboro por segunda vez que no va a ser sencillo el tratamiento con ella. Sus ojos me miran fijos y escrutadores, quizá buscando una reacción por mi parte a su

comentario, pero me contengo y no hago gesto alguno, permaneciendo como una esfinge, sin mover un músculo de mi cara ni colocar gesto alguno.

—Entiendo y supongo que han estudiado todo lo que hay de la muerte de la señora Morán y del señor Zárate —me espeta interrogativa, mientras me observa con el leve tono terroso desvaído y sin brillo de sus ojos.

—Sí, señoría. Todo el equipo tenemos conocimiento de las diligencias efectuadas —le contesto rápidamente—. Hemos repasado todo, hablado con la comandancia y con los equipos que llevaron la criminalística y la autopsia de ambos. En este momento estamos repasando de nuevo toda la información de que disponemos.

—¿Qué me pueden decir? ¿Tienen alguna idea de por dónde seguir la investigación? —vuelve a pasear la cuchilla afilada de sus pupilas por mí, aunque en esta ocasión noto que la desliza desde mi pecho hasta mi rostro, lo que me provoca una ligera perturbación. No puedo evitar recordar la vertiente sexual que nos ha confesado el capitán, sobre la juez. Y aunque no tengo nada en contra de lesbianas, gays ni cualquier otra apetencia o inclinación sexual, me incomoda que alguien de mi sexo biológico me escrute como lo acaba de hacer la juez Vega.

—Vamos a repasar todo lo realizado hasta ahora y ver en qué podemos profundizar. La Comandancia de Asturias apenas inició el trabajo y es muy pronto aún para ser optimistas. —Le aguanto la mirada, porque intuyo que no es la respuesta que esperaba, como me corrobora el ligero fruncimiento de ceño que realiza antes de volver a hablarme.

—Espero que lo consigan. Por mi parte, les digo que, si me piden alguna escucha, grabación, seguimiento o cualquier otra forma de restricción de derechos fundamentales, me lo van a tener que argumentar muy bien. No me temblará la mano si hay que hacerlo, pero siempre que sea ajustado a derecho y si existen indicios o pruebas que realmente lo justifiquen. ¿Entendido?

—Por supuesto, señoría.

—Me alegra oírla, teniente —me responde—. Algunos de sus compañeros piensan que voy a dar permiso a todo eso sin atenerme

al 18.3 de nuestra Constitución[3]. Es decir, suelo interpretar, y voy a seguir haciéndolo, a nuestro obsoleto artículo 579 de la Ley de Enjuiciamiento Criminal de forma restrictiva o como yo prefiero decir, más acorde y cercano a los derechos fundamentales que nos asisten a todos los españoles.

—Esa interpretación, señoría —le consulto pasados un par de segundos—, se refiere a que tenemos que argumentar de forma concluyente y exhaustiva nuestras peticiones, tal y como ha dicho antes. ¿Es así?

—Exactamente —concluye con firmeza la juez Vega—. Lo ha definido acertadamente: *de forma concluyente y exhaustiva*. Me agrada ver que entiende lo que le quiero transmitir, teniente.

—Seguiremos esa línea —puntualizo con un gesto de seguridad que, en realidad, finjo.

—Por mi experiencia, y no voy a esconderle mis opiniones, tengo algunas diferencias de opinión con sus compañeros de la comandancia. Tampoco le oculto que en lo que a mí respecta, y mientras ostente el cargo de jueza de instrucción de este juzgado, que lleva civil, penal, mercantil y lo que surja, mis ideas y convicciones hacen que sea siempre muy prudente y restrictiva a la hora de limitar cualquier derecho. ¿Queda meridianamente claro este punto, teniente?

—Sí, señoría.

—Otra cosa más que debe saber y es muy importante —vuelve a colocar un pronunciado fruncimiento de ceño en su entrecejo—. Quiero puntual información de todo lo que vayan conociendo, ¿de acuerdo?

—Sí, señoría. Aunque los protocolos… —le empiezo a decir con una media sonrisa.

—No me importan los protocolos ni como hayan trabajado hasta ahora —me espeta cortante y casi retadora—. Conmigo será así, como le estoy diciendo. Me gusta tener cumplida información cada cuarenta y ocho o setenta y dos horas, y así se lo exijo, teniente. O inmediata, si lo descubierto es importante.

—Como ordene, señoría —admito de nuevo con la sonrisa, pero esta vez más recortada.

—Perfecto. ¿Alguna pregunta?

—Solo quiero comunicarle que esta tarde volveremos a ver todas las redes sociales de los fallecidos, sus mails y… bueno, todo lo referente a la diligencia que en su día permitió a nuestros compañeros.

—Si no estoy mal informada, y con el capitán Míguez todo puede ser, ya estuvieron revisando todo eso —comenta dejando clara la puya al responsable de policía judicial de la comandancia.

—Sí, con seguridad lo hicieron y fue un buen trabajo, pero queremos volver a darle una vuelta. Es el protocolo… o la forma que tenemos de encarar una investigación nueva —me corrijo por no utilizar la palabra que me ha desechado inmediatamente antes—. Nunca está demás hacerlo.

—Ustedes verán. Si lo consideran importante, adelante.

—Esta tarde vamos a hablar con la mujer que vio aparcar el vehículo del asesinado en la casa de la señora Morán y con el testigo que paseaba al perro —le informo con precisión.

—No tengo que recordarles —vuelve a cortarme con un gesto de su dedo índice de la mano derecha—, que en lo que a mí respecta, solo valen las declaraciones con su abogado delante o en mi presencia. Nada más —recalca un segundo después—. Todo lo que saquen de esas conversaciones informales no tiene ninguna validez procesal.

—Claro, señoría. Nuestra pretensión es hablar con ellos. Contrastar lo que ya dijeron —apunto ante la mirada severa de la juez, que me observa hierática y con el ceño arrugado—. Si tuviéramos que tomarles manifestaciones o citarles como investigados o testigos, se lo haríamos saber para que actuara como procesalmente procediera.

Respira henchida, manteniendo su mirada en mí y volviendo a dejar durante un segundo de más sus pupilas en mi pecho, lo que me hace tragar saliva, de nuevo, incómoda. No me dice nada más y se mira el reloj de su pulsera izquierda, mientras emite un ligero resoplido.

—Pues si está todo claro, teniente, le pido que me disculpe. Tengo un día muy cargado y varias sentencias todavía por dictar. Espero que tengamos una buena colaboración —finaliza con una escueta y seca sonrisa, dando por concluida la entrevista—. Y aunque no tenga mucha importancia, soy jueza, no juez.

Dicho esto, se levanta, coge de su bolso un *vaper* y sale a fumarse unas caladas, tras despedirse. El día tan cargado no le impide un ratito de asueto, me digo. *Mariloli, acabas de conocer a Darth Vaper… En Bolivia*.

Cuando salgo del despacho de la juez, y ya en el coche, suena el móvil, justo antes de acoplarse al vehículo, lo que hace que, durante un par de segundos, la comunicación se vea afectada.

—Sí, ¿quién es? —repito dos veces.

—*Lolita*, soy tu nunca bien ponderado capitán Cantelar.

—Buenos días, mi capitán —le saludo, una vez que la comunicación se estabiliza y puedo escuchar sin interferencias ni tiempos de acoplamiento, al *Tungsteno*, como le bauticé cuando nos enseñaba.

—¿Qué tal te va?

—Estoy en Asturias, mi capitán.

—Me han dicho que te han dado el caso de la *influencer* esa.

—Creadora de contenido de redes sociales —le corrijo amablemente.

—Bueno, sí. Eso. Y también salía en la tele, ¿no?

—Algo, en la local. Pero era más conocida por las redes. Sin olvidar que la asesinaron a ella y a un hombre. No solo a Malena Morán. Él se llamaba Lucas Zárate.

—Es verdad. Pero como ella era famosilla… el otro se nos olvida. ¿Y qué tal?

—Quería saber si hay algo que te llamara la atención, mi capitán. Algún detalle que fuera extraño o que no se ajustara a lo que se suele encontrar en este tipo de inspecciones.

—Como sabes, no lo llevamos nosotros, *Lolita*. Fueron los de la comandancia, aunque cuando pasaron el tema a la UCO, tu superior me dio un toque y nos dijeron que le echáramos un vistazo. A mi juicio, está todo correcto. ¿Lo preguntas por algo en concreto?

—No. Simplemente es una curiosidad. Tenía la esperanza de que hubiera algún detalle que se saliera de lo normal.

—Pues no te puedo decir nada. Lo que hablamos con ellos y luego pudimos leer en el informe es lo habitual. Una inspección normal y bien hecha. Se miró todo. Salón, cocina y aseo del piso de abajo, los tres dormitorios de arriba, junto con los dos cuartos de baño… Se registraron armarios, cajones, desagües… No había nada extraño. Y se hizo bien, con pulcritud y sin prisas. Lo único reseñable son las cuatro motas de caspa. Que si me pongo tiquismiquis, y por el sudor que había en ellas, me apuesto a que se le desprendieron porque se le cayó una gorra.

—¿Forcejeo? —Me estoy imaginando la escena.

—Pudiera ser. Estaban en la ropa de él, no en la de ella.

Me quedo pensativa. Esas motas de caspa llevan el ADN de alguien, quizás del asesino, pero también sé que no ha habido coincidencia con ningún detenido ni con antecedentes penales.

—Solo podemos decir que son de varón —añade Cantelar.

—¿Se había limpiado el chalet? ¿Lejía, por ejemplo?

—Negativo. Nadie hizo nada. Ni los días anteriores ni el del asesinato. De hecho, los de la comandancia encontraron ropa para lavar, platos en el pequeño lavavajillas, el cubo de la basura a medio llenar… Lo que se suele entender como una casa normal, de vida diaria. La muerta no hizo limpieza ese día ni los anteriores. Y quiero decir que no había fregado a conciencia ni hecho limpieza de baños, por ejemplo. Y por lo que se ve, no había panchita de turno que le ayudara con las tareas domésticas.

Aunque el capitán Cantelar usa a veces esos vocablos que de primeras pudieran parecer peyorativos o despreciativos a los hispanoamericanos, lo hace con gracia, sin ánimo de ofender. En otra boca y con un tono diferente, podría ser malentendido.

—¿Y la terraza?

—Lo mismo. Se recogieron vestigios, pero nada reseñable. Tampoco se había fregado bien en los últimos dos o tres días.

—Mi capitán, quiero saber tu opinión sobre si el asesino estaba o no antes. Al parecer, los dos fallecidos llegaron a las doce, según un testigo —le explico—. Y la data de la muerte es sobre las doce y

media, aproximadamente. Nos preguntamos si ya estaba allí o llegó justo a esa hora quien los disparase.

—No te lo puedo contestar —me dice con calma—. Pero ¿qué harías si tú fueras el asesino y les quisieras dar pasaporte?

—Estaría preparada. Posiblemente esperando que llegaran

—Eso pienso.

—¿Algo sobre los disparos? —le pregunto.

—Pues así, a bote pronto, el que lo hizo sabía utilizar una escopeta. O al menos, no era un completo novato. Seguratas, militares, policías, picoletos, cazadores, coleccionistas, deportistas de tiro, tipos con licencias de caza o de armas… hay un buen abanico, la verdad.

—Uno de los disparos no es muy certero, ¿no?

—Vamos a ver… No es un tiro bueno, pero podría ser porque la mujer se moviera. Yo creo que es el primero, porque el que le tira más alto y le secciona la arteria es mortal. Entiendo que con ese ya no se movería ella. Imagínate: el tipo entra, estos dos se sorprenden, el de la escopeta amenaza… Ella se mueve o intenta echar a correr y le dispara.

—Podría ser… ¿Cómplices?

—No lo puedo saber, *Lolita*. Pero lo más normal es que sí. O que alguien le avisara de que llegaban a casa. Incluso que estuviera con él.

Pienso para mí, en la posibilidad de que el asesino supiera que esa noche no estaba ella en casa. ¿Alguien le avisaba? Me lo apunto mentalmente para ponerlo en común con Paones y Maite.

—Alguien lo pudo informar y vigilar la casa hasta que ellos llegaran… —digo pensativa.

—Puede ser. Pero también que el asesino estuviera ya por allí, los viera entrar y esperara el momento oportuno.

—Más bien, inoportuno… —murmuro para mí, con una idea que se me empieza a aparecer.

—¿Cómo dices?

—Estaba hablando en voz alta, mi capitán. —De pronto, se me dispara la mente—. En el sofá se encontraron tejidos de la ropa de él y de ella. Lo mismo que en el suelo, ¿no?

—Tendría que repasar el informe, pero sí. No te olvides que ambos cuerpos estaban tirados en el salón, si no recuerdo mal.

—Sí, eso es. Pero… —sigo pensando—, la transferencia de esos tejidos, ¿sería más sencilla si hubieran estado tirados un tiempo en el salón? ¿Unos diez o quince minutos, por ejemplo?

—En teoría, sí. Pero no sería concluyente ante un buen abogado. Depende de las fibras de los tejidos, de si están sueltas o ya desprendidas de la ropa, el momento, fuerza o contundencia de cuando cayeran los cuerpos… Hay demasiadas posibilidades.

—Me imagino… —contesto de forma maquinal—. De todas formas, te hago una pregunta, mi capitán. ¿Pudiera ser que los tejidos estuvieran ese tiempo que te digo en el suelo? Me refiero a que los dos fallecidos se liaran en el sofá, se desnudaran y desprendiesen de algunas ropas, dejándolas caer al suelo. Es una suposición… El homicida ve ese momento de distracción y entra.

—Pudiera ser. Aunque falla algo en eso que me dices.

—Sí, sé que no hay restos biológicos de haber mantenido relaciones sexuales esa noche y que los cuerpos estaban vestidos cuando los disparan —me adelanto a su objeción—, porque el perdigón, al entrar en la carne, arrastra fibras de los tejidos.

Aunque, esto lo pienso para mí, también pudiera ser que cuando el asesino entrara en el salón, estuviera donde fuera, les hiciera vestirse o ellos lo hicieron de forma instintiva. Por ejemplo, si el tejido fue un jersey y una camisa, y solo se quitaron eso. *Lo mismo les cortó el rollo, Mariloli…*

—En efecto. Estaban vestidos al recibir los disparos. Me parece raro que antes se desnudaran. Y los forenses descartaron las relaciones sexuales.

—Por eso digo lo del momento inoportuno… —le digo con un toque de ironía.

—Eres mala, *Lolita* —se ríe Cantelar.

—¿Y si el asesino les obligó a vestirse de nuevo?

—Admito que ambas cosas pueden ser, *Lolita*.

—En fin… —respiro con lenta profundidad—. Estaba suponiendo por mi cuenta. El capitán Míguez no nos ha dicho nada de todo esto.

—Míguez… —subraya el comentario con una ligera risa perceptible en mi teléfono—. Un personaje. Buen tipo y bastante profesional, pero poco amigo de hacer lo políticamente correcto.

El Viernes Santo, Mariloli, recuerdo el mote que le he asignado, con una leve sonrisa.

—Lo único que no hemos empezado aún es lo del *Zippo*. Eso sí lo vamos a hacer nosotros.

—¿Me informas, de acuerdo?

—Claro. Dalo por hecho. *Lolita* —continúa prácticamente de inmediato el capitán Cantelar—, me acaba de poner un mensaje por *whatsapp* mi amo y señor. Tengo que contestarlo enseguida o me mandará a galeras. Últimamente, se gasta malas pulgas y no quiero que me afecte a la jubilación. Huele el generalato y ya sabes, se ponen nerviosos… Si quieres te llamo en un rato.

—No hace falta. Si me surge alguna duda, te marco. Cumple con tu coronel. —Tampoco me atrevo a llamar a ningún superior, amo y señor, como sí hace el veterano y querido por todos, capitán Cantelar.

Yo soy más de motes, pero para mí. Y bueno, para *La Helen*, a la que me acuerdo de que no he llamado en un par de días.

—El momento oportuno… —me vuelvo a decir para mí, una vez que colgamos y me quedo conduciendo en silencio, mascullando una idea que empieza a surgirme en la cabeza, mientras llamo a mi amiga, que me contesta al primer tono.

—Cacho perra, me tienes abandonada —me contesta al momento.

—Estoy en Asturias. Con un caso.

—¿El de la *influencer* esa de medio pelo? Cabrona, cuenta. Yo le di alguna vez al me gusta en el *Insta*. No me molaba mucho, pero me salieron un par de veces cosas de ella.

—No, yo no la seguía. Y sabes que no puedo contarte nada.

—Lo único que sé es que no puedes dejarme así, que estoy más nerviosa que Frodo en una joyería. Y el secreto del sumario, te lo olvidas. Para una superamiga como yo siempre hay eximente.

—Cuando pueda te voy cotilleando.

—Por cierto, me ha llamado Alonso —me cambia la conversación, cuestión que no suele ser banal con mi amiga.

—¿Para?

—Propone reunirnos los de Marbella y cenar este viernes…

El final de la frase de *La Helen* es significativo. Sabe o intuye las intenciones de nuestro común amigo.

—Es bastante mono, corazón —me dice—. ¿No te hace tilín? Aunque sea un poquito…

—No me rayes, *Helen*… Ya tengo bastante con mi padre, que no deja de decirme que sería un buen yerno.

—Ya somos dos los que lo pensamos…

—Me da pereza, *Helen*. Ahora… —resoplo—, ya sabes. —Mi amiga conoce perfectamente mi estado de ánimo cuando dejé a *Manu* tras su infidelidad con Blanca.

—Que yo te entiendo, corazón… Pero chica, puestos a elegir, Alonso es de lo mejor que hay. Y tampoco es cuestión de irte tirando a quien te ponga ojitos y sea mínimamente potable.

—¿Por qué no? Nunca lo he hecho y ya era hora de divertirme, ¿no te parece?

—No te pega. Tú eres de sofá, manta y película, no de polvos mágicos y aventureros. Como mucho, el *satisfayer*, pero ya te adelanto que eso es como el tofu: un timo.

Me río con la ocurrencia de mi amiga que, sin detenerse, continúa al otro lado del teléfono.

—Me han dicho que el de la exposición de Leti está bastante buenorro, ¿no?

—¡Qué cotilla eres! —le digo riéndome.

—Mucho. Ya me conoces. ¿Has vuelto a quedar con él?

—Hace un par de días me llamó, pero no se la he devuelto.

—*Ghosting* de picoleta… En cuanto estés por Madrid preparamos una sesión terapéutica de amigas. Te hace falta.

—Ya… —Sé lo que significan esas reuniones, porque no sería la primera vez—. Sesión de cotilleo, gintonics y consejos vendo que para mí no tengo, ¿no?

—Exacto. Un planazo. Lo sabes, corazón.

—Lo dejo en tus manos, *Helen*.

—Haces bien.

—Te tengo que dejar, que andamos liados con este tema.

—En cuanto te vuelva a ver, me cuentas todo. El pelo y la señal. *Chao*, corazón.

Cuando le cuelgo a mi amiga veo que tengo varios mensajes de *whatsapp* sin leer. No he estado al tanto, y tras la visita a la juez, ni me he preocupado de ello. Abro la aplicación y compruebo que son tres. Uno es de mi padre, recordándome que es el cumpleaños de mi madre y que debo llamarla. Le echo de menos; su tranquilidad, el sosiego que me transmite, su figura tranquila y próxima. No lo veo desde verano y mi relación con él se basa en que nos llamamos cada tres o cuatro días, pero noto que siempre lo tengo cerca de mí, pendiente y dispuesto a la ayuda. Me hago a la idea de irme un fin de semana a Marbella, aunque sea un viaje que solo pueda estar allí la noche del viernes y la del sábado.

El segundo es de mi progenitora, preguntándome, en su tono autoritario habitual, que qué tal me va y si voy a ir a su fiesta de cumpleaños dentro de tres semanas. Es una costumbre que la lleva realizando desde que está con su nueva pareja. Invita a conocidos del partido y a algún empresario del que pueda o quiera sacar algo a cambio. Solo fui a una y me aburrí muchísimo.

Hemos mejorado la relación desde que me acerqué a pasar con ella unos días en Asturias, no muy lejos de donde estoy, aunque en la parte oriental del Principado. Al menos, hasta donde sé, no se ha inmiscuido en mi trabajo ni tengo noticia de que haya llamado a algún general o político para interesarse por mi situación. No es que yo sea una ingenua y que esto que pienso sea completamente cierto, sino que lo más probable es que haya sido discreta y mucho más cautelosa que antes de verano. Pero a pesar de todo, de mis reticencias, le debo a ella mi nueva situación en la UCO. Su insistencia, aunque tenga sus aristas peligrosas, hizo que me dieran el caso del asesinato de José Matallanas.

El tercer mensaje es de mi ligue el día de la exposición de Leti. *Ola wapa*. Niego despacio. *Madre mía, Mariloli…*

Arranco el coche con desidia y apatía. No es que me arrepienta de haber estado con él, porque tampoco le doy demasiada

importancia, pero no puedo sentirme completamente a gusto, tampoco. Cierro los ojos y la pereza se me convierte en un desconsuelo completo. A mi estado de frialdad emocional, se le une otro de aspecto más personal y propio. Y es que ver a un adulto escribiendo como un adolescente, por muy guapo que sea, me enerva. *Ghosting premium, Mariloli…*

7
¿Cuál de los dos?

Tapia de Casariego. Asturias
17 de noviembre. 15:28 horas

Hemos comido los tres de la UCO en un restaurante que nos han recomendado. Se llama *La Terraza*. En mi caso ha sido bastante frugal, que solo he pedido una ensalada de tomate y he picado un par de croquetas y zamburiñas, de las que Paones sugirió como entrante a compartir. Crespo, un pescado a la plancha, y el sargento primero ha sucumbido ante unas verdinas con almejas que olían de maravilla.

—De las redes sociales, mails y todo lo que he estado mirando, no he visto nada. Algunas fotos posando, postureo y poco más —comenta Maite Crespo tras los primeros segundos de silencio cuando trajeron los platos de comida.

—Vamos a tener que solicitar el duplicado de la tarjeta —opino con cierta desgana—. A los herederos o a la juez.

—Yo probaría primero con los herederos. Si lo obtenemos por ahí, menos favores hay que pedirle a la togada —recalca Crespo a mi comentario.

—Y sería más rápido —apunta Paones tras tragar una buena cucharada de las verdinas, que siguen desprendiendo un aroma excelente. No cabe duda de que el sargento primero las está disfrutando.

—Me das envidia, Juan —le comento con una sonrisa señalando su plato con mi barbilla.

—Están buenísimas —corrobora Paones.

—A la siguiente, me las pido —secunda Maite con una mirada aprobatoria.

—Y yo —tercio.

En ese momento me suena el móvil. Veo que es el comandante Sobarriba y con un gesto de disculpa, me levanto de la mesa para hablar con mi superior, dirigiéndome a la salida.

Juan Paones ve salir a la teniente. Las verdinas están excelentes, con el suficiente toque de cremosidad y un buen sabor a marisco. Observa a Lola en silencio. No se puede negar que la tómbola biológica ha hecho pleno con ella. La ve irse con pasos despreocupados, pero inherentemente armoniosos a su figura. Viste una simple e impoluta camiseta blanca de algodón y una camisola —o como se diga, que él no entiende de moda— verde militar, donde guarda en uno de los bolsillos superiores unas gafas de aspecto deportivo. La teniente suele variar bastante de gafas y relojes. El de hoy es uno grande, deportivo, casi masculino y con correa de caucho oscura, como la esfera.

La blusa —o camisola— de color verde militar —tampoco distingue muchos más colores de esa gama— tiene bolsillos a ambos lados de la pechera y en los laterales. También una pequeña escarapela redonda con los colores de la bandera española le adorna levemente una de las mangas, en su unión con el hombro. El pantalón es vaquero, con algunos rotos y roces. Y aunque Crespo lleva hoy también otro parecido, y no le sienta mal, no hay color. A la teniente la tela se le acopla perfectamente.

—Entiendo que se te vaya la vista detrás de ella, como a todos, mi sargento primero —le sorprende Maite Crespo con una sonrisa mordaz, adivinando el pensamiento del sargento primero—. Si se vistiera con un trapo de cocina, seguro que le sentaría bien. Eso hay que reconocerlo, la verdad.

Paones se hace el despistado, elevando las cejas y abriendo los ojos algo más de lo normal.

—Son bastantes años recorriendo carreteras y persiguiendo malos contigo —comenta de forma casi distraída mientras pincha un trozo de zanahoria de la guarnición de su pescado—. No ha habido varón benemérito de este cuartel o comandancia que no se la haya

quedado mirando esos segundos de tontuna que os entran a los hombres cuando veis a una mujer cañón.

—¿Yo también? No soy consciente de ello, la verdad.

—Tú y todos. Hasta el comandante Sobarriba y el coronel Aláiz, que parecen dos ascetas, se quedan dos o tres segundos pasmados y alelados. Es indiscutible que Lola es una mujer que llama la atención. Algunos, en los que te incluiré por el respeto que te tengo, lo hacéis de forma plácida, como el que ve un cuadro bonito o un paisaje de esos que te dejan noqueado. Pero algún otro, tela… —deja la frase a la mitad y se mete un trozo de pescado que mastica y pone un gesto aprobatorio—. El capitán Míguez, por ejemplo. Le ha pegado tal repaso a la teniente, que hasta le brillaban los ojos.

—Yo soy inofensivo y lo sabes. Pero te diré que vosotras hacéis lo mismo. Me han llegado los comentarios que las féminas de la unidad hacen del nuevo capitán… —le sonríe malicioso el sargento primero.

Crespo sonríe levemente, aclara la garganta, se coloca el pelo detrás de la oreja y enfrenta la mirada a la de su compañero.

—Somos tan primarias como vosotros. Pero disimulamos más. Y, sí, el capitán está muy bueno. Es —menea un poco la cabeza buscando las palabras— una especie de Lola, pero en masculino. Llama mucho la atención. Y como a ella, la ropa le sienta muy bien. Se ponga lo que se ponga —puntualiza.

Ambos se callan durante unos segundos. Paones piensa en lo que le ha dicho su compañera. Es bastante discreto y no quiere hablar de un tema que pasa por ser la comidilla de la unidad. Aunque del nuevo capitán, divorciado sin hijos, se rumorea que lleva más de una muesca benemérita en su historial.

—¿Cómo ves esto? —le pregunta Paones a Crespo tras una nueva cucharada de verdinas.

—Lo que hemos comentado. Un crimen de alguien a quien se le peló el cable. O quizás un asesino de alquiler barato y un autor intelectual. Me inclino por buscar en el entorno de ella… A él no se le conocen consortes o compañeras con derecho a roce en el momento de su muerte.

—Lo de la gasolinera huele mal —comenta Paones.

—¿Un señuelo? Puede ser —se contesta Crespo a sí misma, tras un nuevo bocado a su pescado—. Pero es raro.

—Me preocupa la juez —opina el sargento primero.

—Si por ese lado no hay colaboración… —La cabo se encoge de hombros y vuelve a pinchar un nuevo pedazo del pescado a la plancha.

—Coincido.

—Si tengo que apostar, me tiro por lo pasional… Lo de la gasolinera es una torpeza que no cometería alguien avezado. —Crespo termina el plato de pescado y se limpia la comisura de la boca con la servilleta.

—Puede ser, pero acuérdate de Marbella…[4]

—Sí… —asiente levemente distraído el sargento primero.

—¿En qué piensas? —pregunta la cabo.

—En Lola —contesta Paones tras una nueva cucharada de verdinas y un gesto aprobatorio más.

—A ver si no vas a ser tan inofensivo… —le apunta Crespo achinando la mirada con impostada y benévola maldad.

—Me refiero a que ha mejorado… Madurado.

—Sigue siendo muy novata, Juan —apunta con un ligero torcimiento de labios, la cabo Crespo.

—Yo la he visto interrogar y comportarse con mala leche y genio. Tú también.

—Sí, eso no lo niego. Pero sigue siendo un poco estirada y continúa preocupada por su imagen.

—¿Tú no lo estarías después de todo lo que se decía y aún alguno deja caer sobre ella?

—Es posible. Sé que todavía la siguen llamando *La Niña*, *Loli Panoli, Lolamento*… Pero yo no soy como ella. Lo hubiera atajado por las bravas con quien fuera.

—¿Incluso con el coronel o el comandante? —comenta con un punto de sarcasmo el sargento primero.

—Sí —resuelve con seguridad Crespo—. Habría hablado con quien fuera —apostilla con rotundidad—. Y Monsalve, por ejemplo, se merece un buen corte delante de algún otro. Incluso colocaría las

dos estrellas de teniente por encima de la suya de subteniente. Así, puede que aprendiera…

—No sé, Maite. Es complicado. Yo creo que la teniente es buena gente. Y no es vaga ni tonta. Eso lo sabes tanto tú como yo. Y lo de su madre…

—No sé si es su madre quien ha piado por darle casos. Es posible. Pues que hable con su madre para que no se meta en su trabajo. Juan —Crespo se acerca al suboficial, echando el cuerpo hacia adelante—, lo que no es viable es mantener esta situación. Y menos mal que lo de Marbella salió bien y hubo felicitaciones y todo eso… Pero no se va a quitar el sambenito nunca. Eso también lo sabes tú, lo sé yo y todo el mundo. Lo podrá rebajar, trabajar todo lo que sea, resolver casos y ser una puta *crack*. Pero alguno la seguirá llamando *Loli Panoli* o *La Niña*… por los siglos de los siglos. Y mi duda es si lo aguantará… o tirará la toalla. Ya estuvo a punto de hacerlo. Recuerda lo que nos dijo en Marbella. Ya viene —apunta finalmente la cabo al ver a la teniente cerrar la comunicación de su teléfono y acercarse de nuevo hacia la mesa.

—A sus órdenes, mi comandante —le contesto al pulsar el botón para recibir la llamada.

—Hola, Barrena. ¿Cómo va todo?

—Estamos repasando lo que se hizo desde la comandancia.

—Me imagino. ¿La juez?

Aquella pregunta me deja un breve instante descolocada. Seguramente Sobarriba conoce algún detalle del carácter de Manuela Vega que no me dijo en su momento. Decido, por tanto, no hacerme la tonta e ir al grano.

—No es de trato fácil, mi comandante. —Aguardo a que él me diga algo, pero solo escucho su silencio esperando mi continuación —. He tenido una reunión con ella esta mañana, hace una hora y media, más o menos. No se ha privado de decirme lo poco que aprecia a la gente de la comandancia.

—Habrá que lidiar con ella, Barrena. En principio, no le des mucha información. Lo justo para que no pueda decir que la

ignoramos, pero no conviene que sepa al dedillo lo que vais haciendo. Si molesta, me lo comentas.

—Como ordene.

—Voy a decir algo que no sé si se conoce —me dice tras un nuevo segundo de silencio—. La juez tiene aspiraciones políticas y anda en ello.

Me quedo escuchando, sin decirle que eso nos ha dejado caer el capitán Míguez. Prefiero saber todo lo que mi comandante sabe para no quedarme fuera de juego ni ir de sobrada.

—Esto que digo no debería afectar a la investigación, pero tampoco nos vamos a engañar. La togada está en estos momentos, más interesada en recabar apoyos políticos que en hacer carrera en la administración de justicia.

—Algo nos habían dejado caer los compañeros de la comandancia, pero sin darnos detalles.

—¿Míguez?

—Sí, el capitán Míguez. —Yo sí le añado su empleo.

—No sé cómo se comportará, pero todo lo que se pueda hacer sin que intervenga, mejor. No sea que el cálculo político sea lo que le haga tomar alguna decisión. ¿Estamos, Barrena?

Noto que el comandante no ha comentado nada del capitán jefe de la Policía Judicial de la Comandancia de Asturias. Por lo que me ha dejado caer Cantelar, Paones y ahora Sobarriba, creo que es un tipo de cuajo, veterano, buen profesional, pero falto de tacto y maneras, que se deja llevar por el instinto y sus propias ideas sin detenerse en lo que puedan pensar de él los demás.

—Me hago cargo —le contesto a mi superior.

—Mantenme informado por si podemos hacer algo desde aquí. Y mucho ojo, ¿de acuerdo? Si un político es de por sí complicado, una juez metida a política, más. Y siendo de instrucción, todavía peor.

—En la reunión me ha dicho de forma clara y taxativa que es muy restrictiva a la hora de reducir o suspender los derechos fundamentales. Y que la mantenga informada puntualmente.

—A eso me refiero, Barrena. El juez de instrucción es el humano con más poder en ese sentido. Un papelito firmado por uno de ellos

o ellas, por ser tontamente inclusivo, nos permite entrar en su vida privada e investigarla. Y si esta togada quiere entrar en política, de la mano de un partido radical que se toma muy en serio este tipo de cosas, te puedes imaginar. De lo segundo, mejor que se racione la información a lo esencial.

—Sí, soy consciente.

—Ya lo escribió el Duque de Ahumada en nuestra cartilla: *Prudente sin debilidad, firme sin violencia y político sin bajeza*.

—Así lo haremos.

—Pues eso. Mucho tiento, discreción, y si podemos hacer algo, estamos aquí. Nada más, Barrena.

—A sus órdenes, mi comandante.

Cuando cuelgo me quedo pensativa. Por una parte, agradezco que el comandante me llame para decirme este tipo de cosas y que no me acabe enterando por Paones. Por otra, sigo teniendo la sensación de que necesita mantenerme bajo control, comprobando que no soy esa novata enchufada que precedía a mi imagen, hasta el caso de Marbella. Vuelvo al comedor, aunque el apetito ya se me ha pasado. Cuando llego a la mesa, Paones acaba de terminar su plato de verdinas y muestra una gran satisfacción en su rostro. Maite también ha finalizado su pescado a la plancha y está comprobando su teléfono móvil.

—Con todo mi respeto, Lola, la siguiente vez que vengamos, olvídate de tu talla treinta y seis y zámpate estas verdinas —me dice el sargento primero, muy complacido y pasándose la mano por el estómago.

—Lo haré. Ya veo que te han gustado mucho —le sonrío, mientras vuelvo a sentarme a la mesa—. Era el comandante —les comento, tras pinchar rápidamente los últimos gajos de tomate de mi ensalada—. Ha llamado para avisarnos de los intereses políticos de la juez. Que andemos con ojo, no sea que sus decisiones estén contaminadas con sus aspiraciones políticas.

—Si te ha dicho eso, mi teniente —comenta Paones—, es que ya tiene su futuro político definido. Cuando ese rumor es conocido, significa que el paso a la política lo tiene aclarado, sabe dónde va a ir y solo espera el momento. O que la aúpen.

—No ayuda nada —opina Crespo algo apesadumbrada.

—Habrá que andarse con mucho cuidado —secundo.

—Por eso debemos intentar sacar el permiso del duplicado a los herederos, no sea que nuestra juez se demore porque piense que esa decisión puede afectar a sus planes —sentencia Paones.

—Pues llamo ahora mismo a la familia de Lucas Zárate y Malena Morán —finalizo, buscando en mi libreta los teléfonos que me he apuntado previamente tras estudiar los informes preliminares redactados por la gente de la comandancia.

—Espera —me dice el sargento primero—. Antes de que llames te quería comentar todo lo que hemos podido hacer mientras visitabas a la juez.

—Sí, de acuerdo. Decidme.

—En mi caso —dice Maite—, poco más a lo que te acabo de comentar. No hay nada que vea, ni en redes, ni mails, que den la sensación de una relación entre ellos. Él es muy comedido. Apenas se comunica con nadie, salvo proveedores, camareros, algún cliente… Algo de amigos, alguna chica. Pero todo tranquilo, sin excesos ni comentarios escabrosos ni subidos de tono. Sus temas de hostelería se los llevaba un tal Paco, que es con el que más habla. Noto… —arruga un poco los labios—, que preguntaba y se preocupaba por los negocios, pero no estaba demasiado encima de ellos. Quizá confiaba lo suficiente en el encargado. Me refiero al tal Paco.

—Habrá que hablar con él —le digo a la cabo.

—Lo he apuntado, Lola. Le llamaré esta tarde.

—En lo que yo he podido hacer —es ahora Paones quien habla —, la verdad es que tampoco he sacado mucho. La copia de la grabación de la gasolinera la tendremos mañana. Se encarga Maldonado y le he pedido que sea cuanto antes. Y tanto el testigo que los vio entrar en la casa de ella, como la jubilada que vio el coche de él aparcado, me repiten lo mismo. La señora solo se fijó en que aparcó un coche blanco y pequeño. No sabe ni modelo, ni matrícula ni nada más. Sabemos que es el de él, porque coincide la descripción y ella se montó nada más salir de su casa. Y el señor que paseaba al perro recuerda un coche que aparcó enfrente del

chalet, se bajaron los dos y entraron. Poco más. Era de noche y empezaba a llover.

—¿Te ha dicho si iban hablando, sonriendo o de la manita? —interviene Maite.

—No. Solo que los vio llegar y entrar. Le he preguntado si le pareció que tenían buena sintonía entre ellos o si tuvo la impresión de que eran buenos amigos… —El sargento primero compone un gesto de indeterminación—. No quería persuadirle o influenciarle si le preguntaba directamente si le parecía que eran pareja. El caso es que solo me ha dicho que no recuerda que ni siquiera hablaran entre ellos. Que entraron rápido a la casa.

En ese momento me suena un pitido en mi móvil. Lo saco del bolsillo derecho de mis pantalones y comienzo a leer.

—Me acaba de llegar el informe de la autopsia. No el preliminar, sino el definitivo.

—¿Hay algo que nos interese? —pregunta Paones.

Me tomo cerca de un minuto en contestar mientras agrando la pantalla para leer bien el contenido.

—Que en los estómagos de ambos había lo mismo.

—O sea, que cenaron juntos, porque sería mucha casualidad que fuera así sin coincidir en la mesa —remacha Paones.

—La digestión estaba avanzada, pero han encontrado restos de chorizo —voy leyendo—, de calamares, algo de rebozado, lo que parece bechamel, un tipo de pastel de marisco, que parecen ser oricios, vino, cerveza… Parece que cenaron tapeando. —Respiro mientras mantengo los ojos fijos en algún punto de la pared, dejando que mi cabeza funcione por su cuenta.

—Suena a restaurante, ¿no? —interviene Crespo.

—¿El coche de él tenía GPS propio o era de los que se enchufa al móvil? —pregunto sumida en mis cavilaciones.

—Propio. Pero puede que no lo utilizara. Cada vez hay más gente que pasa de los softwares nativos y se enchufan a los sistemas de mapeo de *Android* o *iOS* —me puntualiza Maite.

Me quedo pensando en silencio. Respiro hondo y asiento leve y repetidamente.

—Ese día se liaron… —La frase me sale como si fuera un pensamiento en voz alta.

Tras decirlo, Paones y Maite se me quedan mirando, esperando una explicación más extensa y convincente.

8
Estaban liados

Tapia de Casariego. Asturias
17 de noviembre. 15:45 horas

—Lo deduzco de dos cosas. La primera, porque donde fueron a tapear no debió ser cerca. Por la hora de la recogida y la de llegada. Es decir, tuvieron que ir por carretera a algún sitio alejado de aquí —expongo, todavía inmersa en mis propias reflexiones—. Eso puede significar que no quisieran que los vieran juntos. Y sí —me adelanto a los pensamientos y objeciones que seguramente están cavilando Maite y Juan—, sé que eso no nos asegura nada ni es mínimamente concluyente, pero a mí, al menos, me ayuda a que encajen algunas piezas.

—No se encontraron restos de semen… —objeta Paones.

—Mi teoría es que el asesino los sorprendió. Quiero decir, que aprovechó el momento para entrar a la casa. Sé que puede que me esté haciendo una película, pero ¿y si el asesino aprovecha ese momento en el que están desnudos y listos para empezar?

—No te entiendo —comenta de nuevo el sargento primero.

—Si los pilla desnudos, es obvio que los sorprende y toma la iniciativa.

—Necesitamos algo más —comenta Crespo al cabo de un par de segundos de reflexión.

—Lo sé. La segunda razón que me mueve a pensar que estaban liados es que, según criminalística, había algún resto de tejido en el suelo y en el sofá. Cuando te enrollas con alguien de una forma… —busco las palabras, mientras recuerdo la noche con el chico de la exposición de mi amiga Leti—… acelerada, impulsiva… tienes algo de prisa, de urgencia. Y puede pasar que tires la ropa o te desvistas

con rapidez, más concentrado en la persona que está contigo y en lo que vas a hacer, que en dónde cae la camisa, el pantalón o el jersey.

Me quedo mirándolos, con algo de expectación y esperando por parte de ellos una respuesta o un gesto que denote la coherencia de mi exposición o su desacuerdo. Pero ninguno de los dos hace el menor gesto. Paones se limita a respirar hondo y Maite, tras cavilar un par de segundos, arruga el entrecejo.

—Lo veo un poco traído por los pelos —se decide finalmente a exponer su opinión el sargento primero—. No digo que no pueda pasar, pero es obvio que de la misma forma que es posible, también se puede deducir que no es evidente.

—Solo barrunto esa posibilidad, y no es descartable.

—Vamos a ver… —interviene Maite Crespo, mientras se frota levemente la frente con su mano derecha—. No creo que debamos desechar nada. Lo que dices, mi teniente, es verdad. Encaja con una situación de sexo rápido entre dos personas. Pero para saber si ese es el hilo correcto, nos hace falta algo más.

—Tienes razón, Maite —asumo—. Pero podemos tirar de esto. El informe de criminalística no está terminado todavía, pero vamos a preguntar si nos pueden adelantar los datos del GPS. Con suerte, sabremos adónde fueron esa tarde.

—Y aunque no estuvieran liados —me apunta con una media sonrisa y su dedo índice el sargento primero—, podremos ir a preguntar y a indagar a ese lugar.

—Eso es —le reafirmo—. Si allí los vieron, los mismo salimos de esa duda.

—Vamos al cuartelillo a poner en orden todo esto, ¿no? —dice Paones mirándose el reloj de pulsera.

El guardia Maldonado da dos toques en la puerta del despacho que nos han cedido los del puesto de Tapia de Casariego para hacer de centro de mando de la investigación.

—Mi teniente, una persona que pregunta por ustedes. Los de la UCO —explica algo azorado—. Es el testigo que los vio cuando llegaron, la noche de los asesinatos.

—¿El que los vio llegar?

—Sí. Manuel Cortés es pescador jubilado. Lo conocemos del pueblo —explica encogiéndose de hombros.

—Es el del perro. Ya he hablado con él por teléfono y no le he citado —comenta Paones a Maldonado, extrañado.

—Pues no sé qué decirle, mi sargento primero.

—¿Tú has hablado con él? —me pregunta, negando yo con la cabeza.

—Vamos a ver qué quiere, ¿no? —digo levantándome de la mesa que ocupo, siendo imitado por Paones y Maite—. Dile que estamos con él en cinco minutos, Maldonado.

—¿Le llevo a la salita que les dejamos preparada para interrogatorios, mi teniente?

—Sí, gracias —le contesto al guardia.

—Vamos los dos —señalo a Paones con la barbilla.

—De acuerdo.

—Pues os dejo y sigo con lo que estaba. Voy a preguntar lo del GPS. ¿Te parece, Lola?

—Sí, claro —le confirmo a la cabo.

Nos acercamos a la sala que, como ha dicho Maldonado, los del puesto nos han preparado para interrogatorios y toma de manifestaciones. En realidad, es un pequeño despacho, con una mesa y cuatro sillas. Al parecer, suele ser utilizado para reuniones o momentos de descanso.

Cuando llegamos, Maldonado está al lado de un hombre con mirada jovial y vivaracha, a pesar de tener una edad avanzada. Unos setenta, le calculo. Tiene escaso pelo, blanco y alborotado. No es muy alto, pero sí cuadrado de espaldas, mofletes sonrojados y regordetes, aunque es más bien delgado. Viste con una camisa blanca, unos pantalones azules holgados y zapatos grandes y anchos. Un par de toscos tatuajes de un ancla le serpentean por donde se le ve del antebrazo derecho y una pipa de fumar le asoma por el bolsillo de la camisa. *Solo le falta comer espinacas para ser un Popeye asturiano, Marololi.*

—Buenas tardes, señor Cortés. Puedes dejarnos con el señor, Maldonado. Gracias.

—A la orden, mi teniente.

—¿Es de la UCO? Tienen fama de ser los *meyores*… Esto *ye* importante *entós*, ¿no? —apostilla, visiblemente complacido, con una voz algo ronca y pasando su vista por toda mi anatomía.

—Soy la teniente Barrena —le digo alargándole la mano, que me toma con un apretón medio, de piel encallecida y áspera.

—¡Cómo *ameroyó perbien* la Guardia Civil! —comenta con una sonrisa y un ligero chispeo en sus ojos de color terroso y desvaído por la edad—. Enantes, los *guardies tenien* bigote y una tonelada de mala *lleche* —añade con una sonrisa—. Pero *agora*, mucho *meyor*… —emite un pequeño carcajeo que le sale descascarillado y algo cuarteado, pero simpático, al fin y al cabo.

Paones me mira con un gesto cómplice y divertido. Pero yo decido no hacer caso del halago y me limito a sonreír quedamente.

—Él es el sargento primero Paones, con el que ha hablado esta mañana. También viene de Madrid. ¿A qué se debe que se presente aquí?

—Algo que *pasome* a *mediudia*.

—¿Cómo dice? —pregunto indicándole la entrada al despacho y señalándole una de las cuatro sillas.

Manuel Cortés toma asiento, dejándose caer en la silla. Se retrepa hasta quedar cómodo y coloca sus brazos encima de la mesa. Entrelaza los dedos y nos mira.

—Yo salía de tomar una *sidrina* de donde el Matías —explica, mientras destraba sus manos y hace un gesto que vagamente indica la dirección del bar al que hace referencia y que no conocemos, aunque no le pedimos referencias para no cortarle la explicación—. Iba distraído, pero volví a ver la misma moto.

—¿Qué moto? —pregunta Paones.

— *Alcuerdo* que *güei* la vi salir del chigre del Matías. Ya sabe que aquella *nueche taba* con el *perru*. *Pa* lo que duermo *sobrame* la cama entera… —sonríe el jubilado—. El día que llegaron… los dos —hace un nuevo gesto con las manos, dando a entender que se refiere a los asesinados, volviendo a enlazarlas al terminar —… Yo *nun* la vi, pero debía estar esa moto en la calle. Cuando me

preguntaron, *nun* dije nada, porque *nun* lo recordaba y de primeras *nun* me di cuenta. Pero *güei*, al *vela* de nuevo… Pensé que debía decirlo. *Nun* sé si *ye* importante, pero ver dos veces la *mesma* moto… Y *non* me suena *d'equi*…

—Se refiere a la noche en que paseaba al perro y vio entrar a los dos asesinados, ¿no?

—Sí, sí. Eso *ye*. Pasó una moto *esi* momento.

—Cuando dice moto… ¿se refiere a una de gran cilindrada o pequeña? ¿Carretera o campo? ¿Un ciclomotor, un *scooter* o una de esas como de carreras? —le pregunto.

—Una grande, pero *non* de carretera. De campo, pero de las que son altas… —nos señala colocando su mano horizontal a una altura de alrededor de un metro—. Como *les* del *Dakar* ese que corren *pel desiertu*… El depósito era de color *roxu*.

—¿Cómo sabe que es la misma? Era de noche, lloviznaba… —le apunta al sargento primero.

— La *nueche* esa… yo ya regresaba a la casa *col perru* porque empezó a orbayar, cuando esos dos *taben* a punto *d'entrar*… o cerca de la puerta. Cuando entraron, que *nun* los vi bien porque iba con la capucha —se encoge de hombros y gesticula con las manos, para enlazarlas otra vez sobre la mesa—, la moto se *foi*. *Non* sé si ya tenía antes *l'motore encendiu* o no —explica con un ligero vaivén de su cabeza, gesticulando esa duda—. Pero pasó al *llau* de la farola que *ta* enfrente y la vi bien. *Yera* de color *roxu* y grande.

Paones y yo, de forma instintiva, nos erguimos y adelantamos ligeramente el cuerpo. Puede que no sea nada, pero de primeras, una motocicleta que está en el lugar del asesinato, que arranca o pasa en el momento en que entran en la casa Lucas Zárate y Malena Morán y que, según el paisano del lugar, no es de por allí, es una cosa que promete.

—¿Nos podría decir la marca o la matrícula? —continúa Paones.

—*Non*. Diba *atentu* al *perru* y orbayaba… *nun* me *fixe*.

—No sabe si arrancó en ese momento o pasó simplemente.

—No. *Nun m'alcuerdo* —me dice.

—Y la matrícula… No nos puede dar ningún detalle. ¿Algún número o letra? ¿Tenía maletas de viaje? ¿Algo que le llamara la atención?

—*Non* —se excusa con un gesto de lástima en la cara—. Tampoco entiendo mucho de motos. *Na mas* puedo *diciti* eso.

—¿Pasó despacio o rápido? —le inquiero.

—*Diba yendo amodo* y pasó *al mio llau*, prácticamente —nos escenifica dando a entender que no hubo más de un metro entre la motocicleta y él—. Pero *non* vi *na* más… fue poco tiempo, unos segundos. *Namas* vi esto que *yos* digo —nos apostilla finalmente.

—Y hoy la ha vuelto a ver —le tiento a que continúe.

—Sí. Al *mediodiu*, cuando salía del chigre del Matías —nos repite—. Si *nun* lo conocen, deben *d'ir*. La *meyor* sidrina de toda la comarca. Y buen cachopo, también *caseru*…

—Gracias, lo visitaremos, sin duda. Pero volvamos a la motocicleta, que es algo importante y le agradecemos mucho su testimonio, señor Cortés, porque nos puede ser de mucha ayuda. Insisto, y ¿por qué sabe que es la misma que ha visto hoy? —vuelve a preguntar el sargento primero.

—*Pos* porque me llamó *l'atencion* una cosa. *Nun soi* un buen observador, *peru* una cosa *asina*…

—¿Cuál? —pregunto un poco impaciente—. ¿Qué le llamó la atención para acordarse de ese detalle?

—*Conducialo* una *muyer.*

9
La *muyer* de la moto

Tapia de Casariego. Asturias
17 de noviembre. 16:58 horas

En mi móvil busco una motocicleta grande de *trail* de color rojo y negro para enseñársela y dejar claro el modelo. La primera que me sale con esas especificaciones, se la enseño.

—¿Una moto parecida a esta?

—Sí, como *les* del *Dakar* —nos insiste en su particular descripción.

—¿Está usted seguro? Es un detalle muy importante —le puntualiza Paones, insistiendo en la importancia de aquello.

—La marca, *non*. *Nin* que *seya* esa. Pero muy parecida.

—Háblenos de la mujer —le digo, viendo que de la moto no podemos sacar nada más.

— La *muyer vistía* de *cueru*. *Tola* de *negru*. El pelo *nuna* coleta *llarga*. Rubia. Salía del *cascu*… *zarráu*, *d'esos* que te cubren *tola* cabeza. *Tamién negru*. *Diba* igual que la *nueche* que los mataron. Por eso sé que *yera* la *mesma muyer* y la *mesma* moto —explica con un ademán que muestra lo obvio de su explicación.

—Cuéntenos, señor Cortés, dónde vio exactamente a esa mujer en la moto esta mañana. Así también conocemos dónde está el chigre de su amigo —matiza el sargento primero buscando la complicidad del testigo.

—*Diba yendo amodo* y pasó *al mio llau*. Yo salía del chigre del Matías, como *yos dixi*… Y *vila*, como a un *metru* o *asina* —nos puntualiza.

—¿Y está completamente seguro de que era la misma?

—Sí, sí —reafirma con un movimiento de cabeza a la nueva insistencia del sargento primero—. *Llamóme l'atención… Les muyeres nun* suelen conducir eses motos, ¿entiende? —nos explica para que entendamos la razón de su seguridad.

Paones y yo nos miramos. Aquel detalle es importante, siempre que le diéramos veracidad al testimonio de Cortés. Y había una cuestión que me daba confianza en él. No aseguraba todo lo que nos había dicho. El hecho de que dudara de que el motor estaba encendido o que arrancara en el momento en que entraron en la casa, podía ser un buen síntoma. Por lo general, los que aseguran todo de forma taxativa y fehaciente pueden no ser testigos fiables. Y, al contrario, los que dudan de una forma razonada suelen tener mayor veracidad.

—Señor Cortés, ¿si le pudiéramos enseñar varios modelos de motos, sabría decirnos cuál es la que ha visto? O al menos la que más se parezca a la que ha visto.

—Una *paecida*, yo creo que sí. La *mesma*, *yá nun* lo sé. *Nun* entiendo de motos, teniente… —nos dice con un mohín de desazón y apuro—. *Siéntolo* —añade, pesaroso.

—Ahora le enseñamos algunas imágenes. Volvamos a la mujer —me centro en lo que por el momento es lo que parece más seguro —. ¿Qué más nos puede decir de ella? ¿Le vio la cara?

—Llevaba *cascu* —dice excusándose.

—¿Es alta o baja? Nos ha dicho que el pelo era rubio y en una coleta, no. ¿Cómo de larga? —le animo a seguir.

—La *muyer* de la moto… a ver… —Se pasa la mano derecha por el mentón—. *Nun* sé, *diba* sentada, pero diría que como *usté*. *Vistía tola* de *negru*, como de *cueru*… —nos repite—. Y la coleta, *pos* como la *metá* del *llombu*… de la espalda —se corrige.

Miro a Paones que de forma leve asiente. Con esos datos podemos buscar en cámaras de carreteras o de la misma Tapia de Casariego. *Ya tienes algo de lo que tirar, Mariloli.*

—Hay cerca del bar de su amigo algún supermercado o cajero… —le pregunto intentando saber si es posible que alguna cámara grabase a la moto y a su conductora.

—Sí, hay una sucursal al *llau*. Y una tienda *d'alimentación*.

—Pues muchas gracias, señor Cortés —le digo con una sonrisa —. Nos ha sido de mucha ayuda.

El aludido sonríe y se retrepa en la silla. Le ha gustado ser útil y se siente satisfecho.

—Si se acordara de algo más o de más detalles de la mujer de la moto, nos lo hace saber, ¿de acuerdo, señor Cortés? —incide Paones con una sonrisa.

—Sí, *claru*. Yo *siempres collaboro cola* Guardia Civil.

Cuando salimos de hablar con el *Popeye asturiano* nos encaminamos a la sala que nos habían cedido para nuestro uso. Es un habitáculo no muy grande, algo justo para dos mesas y las sillas que utilizábamos. En una de las mesas, la que usaban Maite y Paones, cada cual por un lado, estaba la cabo enfrascada en el ordenador portátil.

—¿Novedades? —pregunto sentándome en la que utilizo.

—Ninguna. Ya he terminado de ver los mails, las cuentas de redes sociales… Nada que indique que estaban liados o tenían algún tipo de relación. Y me acaban de pasar los datos del GPS. Hay varias direcciones memorizadas.

—Tenemos que buscar a una mujer con una moto —le digo casi de forma distraída, todavía pensando en la ropa en el suelo.

Maite Crespo nos mira interrogativa.

—Este señor vio la noche que mataron a Malena Morán y a Zárate una mujer en una moto. Hoy la ha vuelto a ver.

—Puede ser una coincidencia o algo interesante —comenta la cabo con un leve asentimiento de cabeza—. ¿Sabemos la moto y la descripción de ella?

—Sí… más o menos. Pero suficiente como para buscar y preguntar por el pueblo. Como las de *Dakar* ha dicho este señor. Cuando le he enseñado una imagen de una moto tipo *Trail* o *Adventure* en mi móvil, nos ha corroborado que era una de esas. Le llamó la atención que fuera una mujer.

—Es verdad que no hay muchas mujeres moteras… —comenta Maite pensativa.

—Vamos a ver las cámaras de los cajeros y a preguntar por los bares y comercios de esa calle. Si fue a la hora del aperitivo, será

relativamente fácil que alguien se fijase en ella. Y hay que pedir las grabaciones a la policía municipal y las de tráfico de la autovía. Debería salir en algún momento.

—Me lo apunto —dice Crespo tomando nota en su libreta—. Sin querer bajar el optimismo, aunque algún paisano la viera, eso no nos la identifica. Iba con casco, ¿no?

—Sí, casco integral y cerrado. Negro —le contesto a la cabo.

—Pero si sale en las grabaciones de autovía o de cajeros, tendremos su matrícula, con suerte —opina Paones.

—Para ir avanzando, pásame los datos del GPS y buceo por ahí —le pido a Crespo, que asiente y teclea en su ordenador.

Cuando me pasa los datos Maite, me pongo de inmediato, mientras ella y Paones se enfrascan en llamar y contactar con todo el que nos pudiera dar acceso a las cámaras que pudieran estar en la calle donde mi *Popeye asturiano* vio a la mujer en la moto. Consiguen, por lo que puedo escuchar, hablar con el director de la sucursal cercana al chigre del amigo del pescador jubilado. También con el responsable de la Policía Municipal de Tapia de Casariego, así como con nuestros compañeros de tráfico. Todos quedan en decirnos algo a la mañana siguiente.

Yo, mientras, me pongo con el archivo que nos enviaron desde criminalística. No hay muchos datos en el GPS interno del coche, ni en los datos memorizados. Intuyo que Lucas Zárate conocía las direcciones a las que solía ir de forma habitual, por lo que no necesitaba al navegador. En el ordenador propio del vehículo tan solo registraba siete direcciones memorizadas. Dos de ellas en Bilbao, tres en Madrid y otras dos en Comillas y Laredo. En el GPS del coche no había ninguna ruta realizada el día de la muerte de Malena Morán y Lucas Zárate. Sin embargo, calculando la hora de recogida, la de llegada a la casa de Malena y un tiempo prudencial de cena, evalué los lugares adonde podrían haber ido esa noche a cenar. Dentro del radio que estimé como posible, salían seis restaurantes. Cuatro estuvieron cerrados y los otros dos ofrecían oricios. Llamé por teléfono a los susceptibles de haber recibido la visita de los dos asesinados esa noche. Pero me dijeron que no

tuvieron reserva de ninguna pareja ni se presentó ninguna a cenar. Solo me quedaba una posibilidad.

—Creo que puedo saber dónde fueron esa noche —les digo a mis compañeros, sin apartar la mirada del ordenador portátil.

Tanto Paones como Crespo dejan lo que están en ese momento haciendo, se levantan y acercan a mi mesa. Cuando están al lado, les empiezo a explicar.

—Las posibles alternativas de restaurantes a los que pudieron ir se me reducen a seis. Cuatro estuvieron cerrados esa noche y dos solamente tenían disponible servicio de barra y bar.

—Mala cosa… —opina Paones.

—A pesar de eso, tengo una teoría. Os explico. Si salieron a eso de las nueve de la noche y regresaron a las doce, y que cenan durante un par de horas, eso nos deja un tiempo de conducción de alrededor de una hora. Es decir, media de ida y otra media de vuelta. Algo más, si estuvieron cenando menos tiempo. Y eso… —tecleo en mi ordenador—, concuerda con uno de los restaurantes de Lucas.

—Pero ese día estaba cerrado, ¿no? —objeta Paones.

Me tomo un instante de silencio. Yo sigo aferrada a la posibilidad de que o estuvieran liados o esa noche lo hicieran, aunque no les diera tiempo a consumar el hecho. Sé que es una mera conjetura, pero también una posibilidad.

—¿Y si fue él quien cocinó? Lo que cenaron tiene pinta de no ser de una gran elaboración. Las croquetas pueden hacerse en freidora, el paté de oricios estaría hecho, el chorizo solo hay que cortarlo, lo mismo que el queso… —enumero—. Si pensamos que estaban liados, cuadra. No querían que los vieran y escogieron irse a un lugar en donde estuvieran tranquilos y alejados de todos.

—Eso, de ser cierto, nos dice más cosas, Lola. Relación clandestina, por ejemplo.

—Y que quisieran hablar en privado de algo, mi sargento primero —añade Maite Crespo.

Asiento despacio sopesando lo que comentan el sargento primero y la cabo. Sí, tienen razón.

—Hoy está abierto… ¿Os apetece cenar allí?

10
Oricios

Ortiguera. Asturias
17 de noviembre. 21:38 horas

Cuando llegamos al restaurante, tomamos nota del tiempo que nos llevó la conducción. Fueron treinta y dos minutos, a una velocidad normal, con lo que la distancia encajaba en nuestros cálculos. Se trataba de un restaurante con barra para tapas, cervezas, sidra y refrescos, y una sala para comer o cenar. Estaba en las afueras del pueblo, a unos quinientos metros de las últimas casas de Ortiguera, y en una pequeña loma que daba al mar. Un sitio, me dije, alejado, bonito y tranquilo.

Lo primero que hicimos fue pedirnos algo de beber y estudiar la clientela que allí había ese día de entresemana. La barra no estaba llena, ni las mesas de lo que se podría llamar el bar. En total, doce clientes se alternaban en los taburetes tomando bebidas y picando algún plato, charlando entre unos y otros, incluido el único camarero que atendía la barra. El ambiente era relajado y distendido. En la única mesa ocupada, un grupo de tres lugareños charlaba con sendas cervezas, riéndose y hablando en un tono algo más alto del habitual. Sin duda, me dije, el alcohol empezaba a hacer efecto en ellos.

Yo pido un vino blanco, mientras Paones una cerveza sin alcohol —le tocaba conducir a la vuelta— y Maite sidra. Al segundo de que me pongan la copa, me acerco a la sala del restaurante, en el que tan solo dos mesas están ocupadas. El que parece dirigir aquel local se afana, en ese momento, por apuntar una comanda mientras no pierde de vista a una de las empleadas que parece querer decirle algo desde la cocina.

Es un día entresemana, un miércoles, por lo que puedo entender que no fuera uno de los días de mayor afluencia al local. Quizá, me digo, llene los fines de semana y las noches de fútbol, mientras la gente toma alguna bebida y tapa en la zona de la barra.

—Hay sitio. Podemos sentarnos en cuanto terminamos. Pero antes deberíamos hablar con alguno, ¿no? —les digo a mis compañeros al volver a donde están con sus bebidas recién puestas y apenas estrenadas.

—Yo no me andaría con muchos rodeos. Les enseñamos la identificación y preguntamos —opina Crespo mirando en derredor y apoyada en la barra.

Un segundo después recibe un mensaje en su teléfono móvil, sonríe y lo contesta con rapidez. *Ahí hay tema, Mariloli…*

—Lucas Zárate tenía el setenta y cinco por ciento de la propiedad, según consta en el registro. La otra parte es de un tal Francisco Puente. El tal Paco —aclara Paones tras dar un sorbo a su cerveza sin alcohol—. A ese, sí tenemos que preguntarle. Y ahora estoy cayendo en que no sabemos si tenía hoy el día libre.

—Pues tienes razón, Juan. Pero debe ser quien está atendiendo las mesas de la cena —le contesto, señalando con la barbilla al comedor—. Está solo, por lo que no creo que ahora sea un buen momento. Esperaría a estar sentados.

—Mientras, podemos indagar con la gente de la barra —insiste la cabo, tras llevarse el vaso de sidra a la boca.

—Todo tuyo, Maite —le indico con un gesto a que empiece a hablar con el que le ha servido y que ahora está distraído con su móvil.

A Maite le entra un nuevo mensaje. La cabo todavía se demora en escribir a bastante velocidad, tras contestar al primero. Noto que la sonrisa sigue anclada en su rostro, mientras los dedos de sus dos manos teclean con agilidad. Cuando termina, nos mira y tras un gesto suave de Paones, entiende que debe entablar conversación con el camarero.

—¿Un novio? —le pregunto en voz baja a Paones cuando Crespo, tras enseñarle la identificación al muchacho que sirve las

cañas y tapas, comienza a hablar con él—. No es que me importe, pero la veo un poco ausente.

—No sé, Lola. No pregunto esas cosas —me responde en el mismo tono, pero no se me escapa que se queda observando pensativo a la cabo.

—Sé que eres discreto y que no te metes en esos temas, pero me he fijado que, en el coche mientras veníamos, ha estado también con el móvil, respondiendo. Y con la misma sonrisa.

—Bastante tengo con mi Paloma y mis hijos.

—¿Qué tal está, por cierto?

—Todo bien —me contesta con cara complacida—. Los chavales creciendo, mi hija haciéndose una mujercita y Paloma con sus clases. No me quejo. ¿Tú?

—Soltera y sin compromiso, Juan —rezongo componiendo una sonrisa que percibo algo austera y rígida—. Esperando a mi príncipe azul —añado tras dar el último sorbo a mi copa de vino.

El sargento primero me mira un segundo y sonríe a su vez. No es tonto y ha percibido un ligero matiz de molestia en mi voz.

—Eres muy joven aún. No tengas prisa —me dice apurando a su vez la cerveza.

Miro la barra y a los parroquianos que se diseminan en ella. Acaban de irse dos de ellos tras despedirse desde la puerta del camarero que habla con la cabo Crespo. No hay más personal del establecimiento en la barra ni por las mesas del bar. Miro hacia el comedor y veo pasar, fugazmente, al que entendemos que es el socio del asesinado Lucas Zárate, con algunos platos en las manos, que deposita con profesionalidad y pulcritud en la mesa de los clientes.

—Nos podemos ir sentando y esperamos ahí a Maite.

—De acuerdo —le digo iniciando la marcha hacia el salón.

El restaurante tiene dos ambientes diferentes entre el bar y el salón donde se sirven las comidas y cenas. Aunque la decoración es muy parecida, se nota que la clientela, no. En el bar, predominan los locales que vienen a tomar una cerveza, una sidra y, si acaso, a picar algo. Sin embargo, el interior del restaurante, así como su carta, que escaneo con mi móvil, denota una mayor sofisticación. Pero, aunque

esto salta a la vista, todo el restaurante está decorado a base de láminas horizontales de pizarra, mesas y sillas de madera en tonos oscuros y decoración minimalista con algunas fotografías antiguas asturianas en blanco y negro y varios cántaros de dos barrigas en sus correspondientes hornacinas, iluminados por sendas luces *led*.

Es obvio que no se trata del típico bar y restaurante de pueblo, entregado a platos locales y costumbristas. Hay veces que me agrada comer eso, pero debo reconocer que me siento más cercana a una elaboración creativa que a una fabada tradicional y representativa. Y eso que, tanto el cocido madrileño, como los callos, la paella o cualquier plato de corte popular y característico de regiones o comarcas —como la fabada—, me gustan. Pero confieso que también me llenan y es difícil que complete toda la ración que se suele ofrecer. El encargado, al vernos en la entrada, acude solícito.

—Buenas noches —nos dice con una sonrisa algo cansada.

—Somos tres. ¿Hay mesa para cenar?

—Sí, claro —nos dice señalándonos una con cuatro cubiertos ya dispuestos y que es la más cercana a la entrada.

—¿Es posible esa? —le señalo con mi mano derecha la que está más alejada, debajo de una de las ventanas y que también está preparada para cuatro comensales.

El encargado mira un segundo hacia donde le indico y finalmente asiente.

—Lo mismo hace un poco de más frío. Por la ventana, digo.

—No importa —le sonrío—. Nuestra amiga vendrá ahora. Está terminando su sidra en el bar.

Nos conduce hasta la mesa que he elegido por tratarse de la más discreta, aunque también es el rincón más sugestivo y mejor decorado de la sala.

—¿Les traigo algo de beber, mientras miran la carta? —nos pregunta retirando el cubierto que sobra.

—Yo quiero otra cerveza sin alcohol.

—Y para mí otra copa de vino. Estaba tomando un Godello. La cuenta de la barra, si es tan amable, nos la pasa aquí.

El encargado se limita a sonreír y asentir concisamente.

—He leído que la especialidad de aquí son los oricios. Al natural, en paté y gratinados —me dice Paones.

—Yo me tomaré un solo plato —le digo mientras leo la carta, que no es muy larga, pero sí contiene platos con un toque creativo y diferente a lo típico.

—La treinta y seis… —comenta con una sonrisa, apenas mirándome de soslayo, con un punto de sana maldad.

—Exacto —corroboro con asentimientos lentos y actuados.

—¿Te puedo preguntar algo? —me dice tras un segundo de silencio—. Me ha surgido cuando has preguntado por Maite.

—Sí, dime —le digo entre extrañada y sorprendida.

—Has dicho que estás soltera y sin compromiso. Alguien como tú… —carraspea ligeramente antes de continuar, dudando si describir o no lo que está pensando—… lo habitual y normal sería que tuviera novio, pareja o lo que sea.

—¿Por qué? —pregunto divertida.

Paones duda un instante y quizá sopesa lo que me va a decir.

—Alguien con tu preparación, tu cabeza… y tu físico, no nos engañemos. —El sargento primero se encoge de hombros, como si lo que acabara de decir fuera una obviedad aplastante.

Me limito a sonreír. No tengo la suficiente confianza con Paones para explicarle lo de *Manu* y tampoco creo que deba ir contando mis miserias por ahí. Sin embargo, la franqueza de sus ojos y la tranquilidad que me transmite me recuerdan vagamente a mi padre. Exhalo con profundidad y le miro a su vez con una ligera sonrisa.

—No suelo contar esto…

—No lo hagas si te sientes incómoda. Te pido disculpas si te ha molestado. Se me ha ocurrido cuando me has preguntado por Maite —se excusa algo atropelladamente.

—No es eso, Juan. Es… simplemente, que no me siento cómoda contando cómo me engañaron y mintieron.

Paones echa atrás el cuello con una mueca de sorpresa en su rostro. Me mira extrañado y se mantiene expectante.

—Sí, mi sargento primero. Un día me di cuenta de que tenía un número marcado en el costillar y que arañaba los techos de mi casa con los cuernos.

—Lo siento… —acierta a balbucear con algo de torpeza.

—No pasa nada. Pero no quisiera que esto fuera otra comidilla más en la unidad. —Ahí sí le miro con fuerza y algo de severidad en mis pupilas.

—No te preocupes. Y lo siento mucho. Es evidente que ha sido un error preguntar.

—No tiene importancia. Pero no me gusta hablar de ello.

—Lo entiendo.

Los dos nos quedamos en silencio, sin mirarnos. Con cierta torpeza en el disimulo al leer la carta.

—Pediré los oricios. El plato ese que vienen dos de cada —elijo finalmente, cerrando la aplicación del móvil en donde he leído la carta—. La treinta y seis obliga —intento sonreír, aunque el recuerdo de la infidelidad de *Manu* me haga decir las palabras con una evidente, aunque leve, acidez.

—Yo un pescado. ¿El paté de oricios al centro o serán muchos erizos para ti?

—No, pídelo. Dicen las reseñas de *Google* que está muy bueno.

11
Hay que saber mentir

Ortiguera. Asturias
17 de noviembre 21:53 horas

—Lalo, el camarero de la barra, me ha dicho que no sabe nada. Lleva poco aquí y que la muerte de Lucas Zárate ha sido una putada. Lo ha expresado así, literal. Primero, por él, porque le consideraba un buen jefe. Lo segundo, porque Paco, el encargado y socio del muerto, está sobrepasado. Dice que es un profesional experimentado, el negocio no puede parar y la familia de él no le dice qué van a hacer con el porcentaje que les corresponde por herencia. Está todo en el notario y con abogados. Anda preocupado. —Maite come un trozo del paté de oricios untado en una porción de pan, mastica y continúa—. Por supuesto, ya saben todos que somos guardias civiles.

—Me he fijado en cómo nos miran —sonríe Paones.

—Casi mejor. Así no le pillamos de sorpresa al jefe —secunda Maite con un ligero encogimiento de hombros.

Terminamos la cena, no sin antes hacerle ver al tal Paco que, a los cafés, y si él ya se encontraba liberado del servicio, le podíamos hacer algunas preguntas. No puso ninguna objeción y cuando terminamos, coincidiendo con la finalización del servicio y la salida de los últimos clientes, se acercó a la mesa.

—Ya estoy listo —nos dijo.

—Tome asiento, si quiere. Es una esquina discreta.

La voz de Paones ha sonado cercana, amable. Como debe ser cuando lo que pretendes es intentar tejer alguna afinidad con un testigo. Cuando Paco toma asiento, vuelve a hablarle.

—Soy el sargento primero Juan Paones, mi compañera la teniente Barrena y ella —apunta con la mano derecha a Maite— es

la cabo Crespo. Somos de la Guardia Civil y los encargados de esclarecer el asesinato de su jefe y de Malena Morán. Que quede claro, que esto no es una testificación oficial, ni toma de manifestaciones. Es, simplemente, una charla entre nosotros. Necesitamos avanzar en el caso y —eleva las cejas el sargento primero—, lo mejor es preguntar.

—Sí, lo entiendo.

—Su relación con el asesinado era buena, ¿no?

—Llámeme Paco. Y de tú —nos dice, con una sonrisa algo tensa y dubitativa.

Le noto incómodo y algo rígido en la silla. En el coche, mientras íbamos al restaurante, los tres habíamos decidido que fuera el sargento primero quien llevara el peso de las preguntas. Maite y yo nos enfocaríamos en observar y sacar conclusiones, no solo de sus palabras, sino también de sus reacciones.

—Así haremos, Paco —continúa Paones en el mismo tono de voz afable y próximo—. Lucas y tú os llevabais bien, ¿no?

—Sí. Muy bien, de hecho. Los dos congeniábamos bastante y nos complementábamos. Él era más relaciones públicas y yo más hostelero. No sé si me explico.

—Perfectamente —asiente Paones—. La noche de su muerte esto estaba cerrado, ¿no? No viste a Lucas, entiendo.

—Nos veíamos los días que cerramos para no entorpecer los servicios de comida o cena, pero ese día, no —explica.

—Ese día no se reunieron, ¿no?

—No… nos llamamos, pero no nos vimos. Estábamos los dos muy ocupados. Con mucho lío y cosas en la cabeza, diría… —añade al instante—. Proveedores y temas del día a día, en mi caso. En el suyo, mejoras que quería hacer, cuestiones de bancos… Andaba algo cabreado con el director.

—¿El director del banco? —pregunta Maite, apuntando en la libreta.

—Sí. Marrones habituales. Comisiones, facturas impagadas, cobros que se retrasaban, la renovación de la póliza de crédito…

Me apunto tres cosas de sus respuestas. La primera, que en todo momento sus movimientos oculares se han desviado hacia la

derecha y a un plano superior. La segunda, que ha utilizado palabras y expresiones negativas, como *marrones, ocupados, lío, retraso, impagos*… La tercera que se ha pinzado la nariz. Podría estar mintiendo o no siendo exacto en sus descripciones, según mis lecturas. O, como antes me ha parecido, incómodo con nosotros. El detalla de la nariz, para mí, es lo más evidente.

—¿Algo grave lo del director? —insiste Paones.

—Lo de siempre, pero hay días que uno está más calmado que otro. Y… no sé —vuelve a dejar una mirada huidiza en su expresión y un pinzamiento más—, que un negocio es complicado de llevar y que todo eso le altera a uno, ¿no?

—¿Quiere decir que esos días estaba nervioso e irascible? —Paones le mira fijamente a Paco.

—Nervioso, sí. Irascible, no. A ver… cuando las cosas se atascan o no salen como uno quiere, pues es normal que le entren los nervios y se ponga tenso, ¿no? —Hace con ambas manos un gesto de obviedad—. Por aquí, noviembre no es un buen mes y la caja se resiente —explica el encargado y socio del asesinado.

—Entiendo, entonces, que su estado era fruto de la gestión diaria de este negocio.

—Y de los otros dos que tenía. Uno es un chigre, el otro una *food track*. Una camioneta para servir comidas en conciertos, centros comerciales… bueno, supongo que lo sabrían. La hostelería es complicada y muy sacrificada —nos explica con un gesto de manos abiertas.

—Le iban bien, ¿no?

—Sí. No se quejaba… salvo esto que le digo. Pero que es lo normal, vamos.

—Paco… —el sargento primero piensa la palabra o expresión a utilizar—, ¿tenía algún enemigo el señor Zárate?

—¿Enemigo? No… —echa un poco el cuello para atrás y menea ligeramente la cabeza—. Se llevaba bien con todos.

—¿No sabe de alguien con quien discutiera o tuviera algún enfrentamiento? Nos dice que, con el director del banco, a pesar de eso que nos cuenta, no tenía problemas, ¿no? —vuelve a preguntar Paones.

—No, no —remarca Paco—. Con el director eran las cosas de siempre. Del negocio, vamos.

—¿Amenazas, discusiones, gritos, amagos de pelea…? —enumera Paones—. Aunque fuera puntual y no con alguien en concreto. A veces nos enfadamos y se nos pela el cable, Paco.

El tono de Paones es muy amable, hasta comprensivo por si alguna vez el asesinado hubiera tenido algún altercado. Yo me sigo fijando en sus microexpresiones faciales y movimientos inconscientes de manos, pies, ojos y labios. Está tenso y sus palabras y expresiones me hacen pensar en que no le apetece estar con nosotros. Aunque, también he de decir, no se muestra esquivo ni hosco.

—No, de verdad. Que yo sepa… nada. Era muy buen relaciones públicas, como les dije antes.

El sargento primero asiente. Mira a Crespo de soslayo y la cabo enlaza las manos encima de la mesa. Habíamos planteado que cuando entráramos en la relación que mantenía con la *influencer*, fuera Maite quien llevara la conversación.

—¿Cómo era la relación con Malena Morán? —acomete con rapidez Crespo.

Paco se pasa una mano por el cuello y tras ese movimiento vuelve a pinzarse la nariz. *Nuevas señales de que puede ser mentira o no toda la verdad lo que vaya a decir, Mariloli*.

—Era una relación… ¿amistosa? ¿de pareja? —desliza Maite con claro propósito.

Paco respira hondo y sus manos empiezan a hacer movimientos erráticos. Con la derecha, lo que demuestra que es diestro, tamborilea con sus dedos de forma arrítmica en la mesa. La izquierda se va a su oreja, como si sintiera un picor ahí. Aquello puede significar que la pregunta de Maite le incomoda.

—Yo no lo sé… —eleva los hombros, deja de tamborilear y se rasca la cabeza levemente. Su mano izquierda cae hasta sus muslos y se queda ahí, algo agarrotada—. Ella vino por aquí un par de ocasiones y tenían relación de amigos. No cercanos, pero sí de conocidos… —puntualiza.

—Ese día, el de la muerte de ambos, salieron juntos a cenar. Nos han dicho que vinieron aquí —miente Crespo adrede para hacerle creer a Paco que sabemos más de lo que aparentamos.

—No lo sé… —vuelve a tocarse con su mano derecha el cuello por detrás y a suspirar levemente—. Yo al día siguiente, cuando entré… no vi nada raro ni descolocado, quiero decir. —Nuevamente su mano va a su nariz.

—¿No vinieron entonces? —insiste Crespo con la mirada muy firme en él.

—No, creo… Al día siguiente… pues eso, que no noté nada extraño. Ni que usaran nada de la cocina.

—¿Su socio cocinaba? —no deja pasar ese detalle Maite.

—Sí, estudió cocina… —se limita a contestar Paco.

La mirada vuelve a situarse hacia la izquierda y el tono de voz ha bajado. Carraspea en ese momento y esquiva mi mirada. Es entonces cuando intervengo más tajante que mis compañeros.

—Como le dice la cabo, nos han asegurado que vinieron aquí a picar algo. De cena, me refiero. Lo que no sabemos es si usted estaba con ellos o no. —Mi mirada es fija, intentando transmitirle que sí tenemos información contrastada sobre aquello—. Si estuvieron aquí, usted con ellos o no, o si mantenían una relación, es mejor que nos lo diga, Paco. No contarnos todo… —aquí me detengo con especial intención— lo que sabe nos complica las cosas. Y nuestro deber es encontrar a quien mató a su socio y a la señora Morán. Si no tenemos la información verdadera, va a resultar complicado. ¿Salían juntos?

—¿Quién… se lo ha dicho? —se trabuca al preguntarme, limitándome yo a permanecer callada y a mirarle con fijeza.

Paones y Maite guardan silencio y miran también con intensidad al encargado que, tras mis palabras, empieza a mover la cabeza en un gesto de inseguridad. Vuelve a pasarse la mano derecha por detrás del cuello y tras hacerlo, se lleva ambas por la cara, restregándose con ellas durante unos segundos. Al final nos mira y resopla.

—Joder… Hay que saber mentir y yo no sé hacerlo —se excusa con preocupación en la cara. Nos mira a los tres alternativamente e

inspira para coger fuerza—. Sí, vinieron esa noche a cenar, porque querían estar tranquilos. Me lo dijo Lucas… que intentarían picar algo sencillo, que él pudiera hacer. Me pidió que le dejara preparada la freidora, unas croquetas, unas rabas… algo de chorizo. —Niega levemente con la cabeza. Se mesa el cabello y cierra los ojos—. Y sí, estaban liados. Yo le dije que tuviera cuidado… —mueve la cabeza lentamente, en un gesto de negación—. Pero… no sé, supongo que sucedió un día y continuaron… —Nos confiesa, finalmente.

—¿Desde cuándo mantenían una relación? —retoma las preguntas Crespo, asumiendo su papel de protagonista en cuanto se trataba de la relación entre Lucas Zárate y Malena.

—Unos dos meses. No lo sé con seguridad —me mira buscando mi ayuda o comprensión. Ha notado que soy la que dirige aquello—. Solo, lo que me dijo Lucas. Que un día… en un acto de presentación de algo del Principado, se conocieron, tomaron algo… y, pues eso.

—¿Por qué no nos has dicho desde un principio esto, Paco?

El encargado resopla. Se echa hacia atrás en la silla, deja su mirada perdida en un punto indeterminado del techo y niega levemente con la cabeza, en un gesto cercano a la pesadumbre.

—Lo llevaban en secreto y… —se encoge de hombros—, tampoco sé si era algo serio o… estable.

—Eso no nos ayuda —intervengo seria—. Si tenemos que citarte como testigo, lo haremos, Paco. Y no sé si sabes que los testigos, al contrario que los investigados, tienen la obligación de decir la verdad. —Vuelvo a taladrarle con la mirada—. Y si comprobamos que lo que dices no se ajusta a ella o nos mientes, no te quepa duda de que lo acusaremos ante el juez que lleve la instrucción. Es nuestro deber —añado algo solemne.

—Joder… —murmura nervioso—. Yo no pretendo ocultar nada, es que… —inspira hondo y se mesa el cabello.

—Paco, tranquilo —interviene Paones conciliador—. Haz caso a lo que te dice la teniente. Lo mejor es que nos digas todo lo que sepas. No vale de nada ocultarnos cosas, porque, además, lo acabaremos averiguando.

—Le dije que era un error…

—¿Y por qué le dijo que era un error? —indaga Crespo con rapidez inmediata, no dándole tiempo a pensar.

—Pues… porque ella tenía algún amigo chungo.

—¿Cómo de chungo? —me lanzo a preguntar.

—Yo sabía que había salido con un tipo de cuidado. Le llaman *El Bicho*. Como a Cristiano Ronaldo… pero no porque fuese futbolista, sino porque era un animal.

12
El Bicho

Tapia de Casariego. Asturias
18 de noviembre. 08:59 horas

—Tiene dos buscas. Cosas menores —puntualiza Crespo.

—Suficiente para detenerlo —comento.

—Una estafa de unos mil quinientos euros —continúa Crespo leyendo la pantalla de su ordenador, con la aplicación del SIRAJ2[5] abierta— y un allanamiento de morada con amenazas. Al parecer —coge una copia de un papel oficial de denuncia—, la última la interpusieron en Tapia. La recogieron nuestros compañeros, pero por lo que me dice Maldonado, las tres veces que han ido al último domicilio conocido, ya no estaba allí.

En ese momento entra en la sala el sargento primero Paones. Reprime un bostezo y se queda mirando al panel con todo lo que sabemos del caso, al que le hemos bautizado *Operación Oricio*. Ayer llegamos pasadas las doce de la noche a la casa rural donde tenemos nuestras habitaciones, y hoy a las ocho estábamos terminando de desayunar. Quince minutos más tarde, en la sala que nos han dejado en la Casa Cuartel de Tapia de Casariego.

—Sánchez me dice que el tipo es una buena pieza. Pero que hace tiempo que no saben nada de él —nos comenta.

—Siguen sin saber dónde está, ¿no? —le pregunto.

—Sí. Paradero desconocido —resume críptico—. Me dice también o, mejor dicho, pone en duda que se viera con Malena Morán. Más que nada, porque no tienen noticias de él desde hace algo más de un mes. Justo, desde que salió la sentencia del allanamiento. Por lo que dice, aunque como ya parece habitual en él,

no es muy explícito, nuestro *Bicho*, el tal Roberto Gómez, se dedicaba a dar alguna que otra paliza a deudores para que pagaran.

—¿Y para quién trabajaba? —pregunto.

—Tiene contactos con un tal *Nano*, un distribuidor de droga de esta zona. Pero según el brigada, no trabaja para él. Son amigos desde el instituto. Aunque sí colaboran y de vez en cuando, hacen algún trapicheo juntos —me responde Paones.

—¿Algún indicio o es solo sospecha? —insisto.

—Me temo que no tienen nada en concreto. Lo más fiable es el soplo de un chota[6] —El sargento primero termina encogiéndose de hombros—. Al parecer, no pasa de ser un simple machaca, un ruinas que se dedicaba a pegar algún palo, retorcerle el brazo a quien se retrasara en pagar… Una especie de matón barato lleno de esteroides y adicto a las pesas y mancuernas. Empezó siendo camarero de discoteca, luego relaciones públicas, pero le perdían las faldas y se pulía todo el dinero en la noche y sus vicios, así que terminó haciendo de todo… El último teléfono que se tiene de él no contesta desde hace ya más de un mes. Y en la dirección que consta como domicilio, no está. Tampoco hay denuncia por desaparición. No tiene padres, ni hermanos, ni familia… Al parecer, según consta en su ficha, su madre murió de cáncer muy joven y es hijo de padre desconocido.

—Sánchez podría ser más explícito… —me quejo.

—Pues la verdad es que sí. En fin, hay que seguir insistiendo en él. Y mientras aparece o no, si lo ves bien, en cuanto termine con el informe de ayer, voy a llamar al padre de Malena y a la madre de Lucas. Ya se les tomó declaración, pero no estará de más volverlos a ver —me dice el sargento primero—. El de ella tiene una casa en Castropol. La madre de él vive en Laredo.

—Sí, es pertinente, Juan. Aunque los hayan ya contactado y tomado declaración cuando enterraron a ambos, no está de más volver a verlos. Al menos por teléfono con ella. No hay que hacerla venir de nuevo aquí… —le confirmo mi impresión.

—Hay algo que parece evidente… —interviene Crespo—. La chica estaba liada con Lucas y tenía o tuvo algún con *El Bicho*.

Deberíamos preguntarle al padre…

—Sí, está claro —apunta Paones.

—Estoy de acuerdo —corroboro—. Otra cosa… —continúo sin entrar más en ese detalle—, he visto que la comandancia pidió a Hacienda las cuentas de Malena y de Lucas.

—Sí. Es otra de las diligencias que sí aprobó la juez Vega. Pero nuestros compañeros no tuvieron tiempo de hacer nada. Están enviadas desde hace setenta y dos horas, por lo que solo les pudieron echar un vistazo. Empezaron a ver las de los restaurantes de Lucas, pero al parecer están bastante claras. No le iba mal, pero tampoco para hacerse millonario. Y ella tenía unos buenos ingresos por las redes sociales. Unos doscientos cincuenta mil al año, durante los dos últimos. Pero eso es todo lo que hicieron. Alguno de mis hijos debería hacerse *influencer* para sacarme de pobre… —comenta con un pellizco de sorna el sargento primero.

—¿Doscientos cincuenta mil euros en un año? —pregunto extrañada, porque sé que no alcanzaba los veinticinco mil seguidores, y solo manejaba dos redes sociales, ni siquiera *YouTube* y, aunque yo no la seguía, no recuerdo ninguna colaboración con marca reseñable o que pudiera pagar cantidades tan altas.

En mi caso, que alcanzo los setecientos cincuenta mil seguidores, publico en tres redes sociales, canal de *YouTube* y en muchas publicaciones paso del millón y medio de visualizaciones, llegaré este año, y ha sido mejor que el pasado, a poco más de cien mil euros. La verdad es que es un tema en el que puedo aportar, aunque sin decir la razón por la que lo domino. No me apetece que en la unidad se sepa, aunque *Manu* sí conoce esa faceta mía, por desgracia. Sé que no debería ser motivo de expediente o que se investigara por la unidad o Asuntos Internos, pero no me hace gracia. Sorprendida por aquello, decido dedicarle algo de tiempo a este tema de inmediato.

—Maite, ¿tienes las claves y las contraseñas de sus cuentas en las redes? —le pregunto a la cabo que me alarga un papel escrito a mano que tiene al lado de su portátil.

—Iba a entrar en ellas yo ahora —me apunta—, a darles el último repaso. Aunque no he encontrado nada que me haya hecho

sospechar.

—Gracias, Maite. Ya lo hago yo. Pregunta, por favor, a los municipales si podemos acceder a las cámaras que tengan en el pueblo. Y también puedes seguir mirando todo lo que haya en el historial de *El Bicho*. Ese tío me da mala espina.

—Me pongo —dice tecleando de inmediato en su móvil.

Mientras Crespo se comunica con nuestros compañeros de tráfico para pedir las grabaciones de la autovía, entro en *Instagram* y en *TikTok*, y empiezo a ver su perfil. En efecto, tal y como recordaba no pasa de veinticinco mil seguidores en la primera red y menos en la segunda, con un poco menos de quince mil. No me cuadran esos ingresos, ni tampoco las colaboraciones que veo. Algunas son de casas rurales de Asturias, restaurantes, una bodega de sidra, otra de ropa de una tienda que debe ser conocida de Oviedo y Gijón, un par de sitios turísticos de la costa asturiana que, aunque no salga el aviso de promoción pagada, pudiera ser que detrás esté el ayuntamiento, la comarca o los empresarios de la zona. Pero en ningún caso para alcanzar esa cantidad de doscientos cincuenta mil euros. Abro entonces en mi ordenador portátil su declaración de renta y la de la empresa que le valía de pantalla fiscal. Veo que hay bastantes facturas y no veo una secuencia ni mensual ni semanal. Lo que voy viendo de colaboraciones con restaurantes, la de la casa rural, la bodega de sidra o la tienda de ropa, son empresas locales, pequeñas. Eso quiere decir, en el mundo de las redes sociales, que no disponen de presupuestos importantes a la hora de realizar campañas de contenido. Diferente sería si, por ejemplo, esa sidra fuera de una marca con distribución nacional o incluso europea. Pero no es el caso. Se trata de una empresa familiar, por lo que veo en su web y en el perfil de *Google*. Cambio a la tienda de ropa y a un restaurante relativamente famoso de Gijón. Aun así, no detecto en la declaración de impuestos, ni en la cuenta de resultados de la empresa, recurrencia ni que las facturas sean de mucha cantidad.

—Hay algo que no me cuadra… —digo en una voz queda sin quitar la vista del ordenador—. Juan, ¿puedes pasar por mail a Rosa

Maté su declaración de la renta y de la sociedad por la que cobraba esos ingresos? Quiero que me compruebe una cosa.

—Claro. Ahora mismo —le oigo teclear de nuevo y mover el ratón buscando lo que le he solicitado—. ¿Por qué lo dices?

—Demasiado dinero…

—¿Por? —insiste Paones.

—No era tan famosa.

Me quedo pensativa, mientras navego unos minutos en silencio por sus perfiles. Compruebo alrededor de setenta u ochenta publicaciones y anoto las colaboraciones pagadas y en las que se pudiera intuir que hace publicidad encubierta, por logotipos, localizaciones en negocios o nombramientos de forma sutil de algunas marcas. Me corroboro a mí misma mi primera impresión. No es una personalidad en *Instagram* ni en *TikTok*, que son las redes sociales en donde se mostraba. Abrió en su día un canal de *YouTube*, pero no lo había utilizado bien, limitándose a replicar lo que publicaba en el resto de las redes, y apenas tenía visualizaciones, por lo que estaba prácticamente abandonado desde unos meses atrás, que era la fecha de la última actualización. Sumado a todo lo anterior, su influencia se limitaba a lo local, lo que disminuía el alcance y rentabilidad de sus publicaciones. Me echo para atrás y compongo un gesto de duda, negando lentamente con mi cabeza.

—Por los seguidores y empresas patrocinadoras, debería estar en mucho menos. No más allá de quince o veinte mil euros. Treinta, en el mejor de los casos.

—Pues hay mucha diferencia… —comenta Paones desde su mesa mientras se detiene por un instante en la transcripción del informe de la cena de ayer, con las declaraciones de Paco y el camarero de la barra.

—Completamente. Para cobrar esa cantidad debería tener… no sé, más de un millón.

—Te veo muy convencida. Hay mucha pasta en las redes, Lola —me dice mirándome, mientras Maite habla ahora con un policía local, tras solicitar la petición de las cámaras a los compañeros de Tráfico.

—No te creas. Hay dinero para los que tienen muchos seguidores. Los *microinfluencers*, y Malena lo era por el número de seguidores, no facturan tanto. De hecho, muchos de su nivel hacen colaboraciones por poco más de trescientos euros. Seiscientos si es algo especial. Imaginad las que debería subir para llegar a los doscientos cincuenta mil.

—¿Cómo sabes tanto de redes, mi teniente? —me pregunta Crespo que hace unos segundos ha colgado con la policía municipal de Tapia de Casariego y con nuestros compañeros de tráfico para pedirles las grabaciones de la autovía, por si en ellas aparece la misteriosa motorista.

Sonrío para mí. No quiero decirles que mi vida está, en buena parte, financiada por los ingresos que genero por ahí, y no tanto por mi sueldo de teniente de la Guardia Civil. Se trata de algo personal, una faceta de mi vida que no me apetece que sea conocida, pero no porque esté prohibido, ni que tenga la obligación en exclusiva con mi empleo.

—Tengo una amiga que se dedica a esto, mi sargento primero. Trabaja en una agencia de marketing digital. —Aquello parece convencerlos, me digo.

Esto huele mal, Mariloli, me digo mientras marco el número del teléfono móvil de la sargento Rosa Maté.

—Buenos días, mi teniente. ¿Cómo va todo por mi tierra? —La sargento es asturiana, de Oviedo concretamente.

—Todo bien, aunque estamos empezando. ¿Estás ocupada?

—Eso siempre. Ya conoces nuestra empresa. ¿Qué necesitas? —me responde solícita.

—Te ha enviado Juan una declaración de la renta y de sociedades. Quiero que me mires las tres empresas con las que más relación tenía nuestra muerta. Y mira si hacía declaración del 349[7], incluso el 232[8] o el 303[9]. Todo lo que puedas sacar. Y también hay tres empresas con declaración de IVA en España con las que facturaba bastante dinero. Con dos de ellas no lo hizo este último año, pero sí el anterior. Y la última, no aparece en los años

anteriores, pero sí en este. Ya sabes, domicilio fiscal, objeto social, directivos… Todo lo que puedas.

—A tus órdenes. Se lo paso a Cortina que te lo mira rápido.

—Gracias, Rosa.

Cuelgo y me levanto en dirección a la pizarra blanca en donde hemos colocado todo lo que hemos ido adelantando en la investigación. Escribo los tres nombres de las empresas españolas con facturas con IVA, junto a la fotografía de Malena Morán.

—¿Cuándo te han dicho que te mandan las grabaciones de la autovía, Maite? —le pregunto a la cabo girándome hacia ella.

—Este mediodía las tendremos. Las de la policía municipal mañana, pero no me han confirmado si a primera hora o más tarde. Que lo debe autorizar el responsable. Le he insistido y amenazado con enviarle a Míguez si no se dan prisa. Veremos…

—Voy a llamar a nuestro comandante para comunicarle los avances. Y a nuestra juez Vega. No sea que se moleste por no recibir noticias nuestras… —Les digo saliendo de la sala, mientras marco en mi teléfono móvil.

La llamada al comandante es bastante aséptica. Me limito a darle noticia de nuestros avances y de la línea, aún muy incipiente y poco clara de la mujer en la moto, el dinero excesivo en su facturación, así como de la relación con el tal *Bicho*. Debe andar ocupado o a punto de entrar en alguna reunión, porque se limita a felicitarme y a decirme que son buenas noticias, para el poco tiempo que llevábamos allí.

A la juez Vega no la localizo en la llamada, por lo que pienso que estará en sala o reunida, así que me limito a ponerle un mensaje vía *whatsapp* con unas escuetas y crípticas líneas, con el inicio de las investigaciones patrimoniales y la reconstrucción de la noche del asesinato de ambos. Me quedo mirando a mi pantalla por si aparece la doble señal azul de haberlo leído, pero no sucede, por lo que vuelvo a la sala en donde mis compañeros siguen trabajando. Cuando voy a entrar me llama Maldonado.

—Mi teniente.

—Sí, dime —le contesto.

—Ya tenemos la copia de la grabación de la gasolinera. Intentamos aclararla y limpiarla, pero no mejora mucho. Está la guardia Morata con ella. Como la orden de la juez no especificaba las horas, la grabación es la de toda la tarde.

—Vamos para allí —le digo cambiando la dirección de mis pasos y entrando en la sala que ocupan cuatro mesas muy juntas unas de otras y en donde se suelen sentar, cuando no están de patrulla, los guardias de servicio. En una de ellas está Morata, mirando con mucha atención la pantalla.

—Buenos días, mi teniente —me dice, levantando la vista del ordenador cuando llego hasta ella.

—Hola, Morata. ¿Algo nuevo?

—No la hemos podido aclarar. Sigue sin verse la cara de forma nítida. Solo podemos decir que es un hombre, joven, de alrededor de uno setenta y cinco, delgado…

—¿Marca de ropa? ¿Tatuajes?

—Nada —me responde con seguridad—. La sudadera —me señala la pantalla con la imagen del sujeto congelada— tiene un diseño que no me suena… No la identifico.

—Habrá que verlo —le digo torciendo un poco la boca.

—Lo único… —me dice dudosa.

—¿El qué? ¿Hay algo que te haya llamado la atención? —pregunto con interés.

—El pago: cinco con cincuenta y cinco —se encoge de hombros.

Me quedo mirando a la guardia. Es joven y me parece más despierta de lo que Sánchez piensa, que la ve no más allá de una novata sin demasiado recorrido.

—Me resulta extraño —me vuelve a decir.

—Sí, es verdad. No es lo habitual.

—Es una cantidad bastante rara —interviene Maldonado.

—Ponla, ya que estoy aquí.

Morata, con un movimiento de ratón y abriendo una nueva ventana en la pantalla del ordenador, pone la grabación de la transacción de aquel hombre, con la tarjeta de Malena Morán, en aquella gasolinera.

—Otra vez… desde que se acerca —digo agachándome y acercando la cara a la pantalla. *Puede ser, Mariloli…* Echo la cabeza para atrás y le digo a la guardia que la ponga de nuevo. Lo hace con una curiosidad que contagia a Maldonado.

—¿No os llama la atención una cosa?

13
Muchos frentes abiertos

Tapia de Casariego. Asturias
18 de noviembre. 10:19 horas

Mientras iba andando a nuestra sala, se me agolpaba en la cabeza la idea de que empezábamos a tener cierta acumulación de datos y pistas que no se acoplaban unas con otras. La sensación de que se nos había abierto muchos frentes me llenaba la cabeza. Seguíamos sin saber si a quien habían ido a matar era a él o a ella ni lo que había motivado el homicidio. Y las pesquisas efectuadas nos dejaban un rastro de cuestiones inconexas y poco claras que no nos ayudaban. Por un lado, la mujer de la motocicleta, por otro, la ocultación por parte de Paco, el encargado de la relación entre Malena y Lucas. Sumado a eso, *El Bicho*, novio o lo que fuera de ella, con sospechas de actuaciones violentas y relación con un pequeño narco local. Y el excesivo dinero para el volumen de seguidores y colaboraciones pagadas de Malena en redes. Y ahora, esto. Necesitábamos unir alguno para empezar a desenredar la madeja.

Cuando entro a nuestra sala, de vuelta de ver aquella grabación que me había dejado sorprendida y extrañada, el sargento primero está hablando por teléfono con alguien, mientras apunta algo en su libreta.

—Pues si es tan amable… Estamos aquí, en el puesto de Tapia de Casariego —le escucho decir mientras me mira—. No le quiero molestar, pero… Sí, de acuerdo. Muchas gracias.

—El padre de Malena —me dice cuando me sitúo al lado de la mesa que ocupo—. Que se acerca a vernos. Como tiene una casa en Castropol, le viene bien. En una hora o así, me asegura.

—De acuerdo. ¿La madre de él?

—No me ha cogido el teléfono. Le he dejado un mensaje de *whatsapp*, pidiéndole que me contacte. Si no lo hace en lo que tiene que venir el padre de Malena, vuelvo a llamarla.

La cabo, que ha estado con la vista fija en el ordenador, se recuesta en la silla y también toma nota de algo en su libreta. Cuando termina de escribirlo, con una letra de complicada caligrafía, me mira.

—Los de tráfico me acaban de contestar. Mañana nos mandarán la grabación. Les he pedido la de toda la noche del día del asesinato, desde las siete de la tarde hasta las nueve de la mañana siguiente. Con suerte, tendremos la matrícula y podremos ver la hora a la que la mujer de la motocicleta llegó a Tapia y a la que se va. Siempre que cogiera la autovía o estuviera hospedada aquí, claro —comenta Crespo, entrando en su mail y yendo al mensaje donde contiene esa grabación en un archivo de memoria.

—Pues hay que preguntar a moteles, casas rurales, pisos turísticos. Nos podría prestar Sánchez a Maldonado y Morata —sugiere Paones—. Conocen la zona y a la gente. Les será más fácil que a nosotros.

—Tienes razón, Juan. Para ellos eso es muy sencillo y nos quita trabajo. Díselo y si te pone pegas, me lo comentas.

—Si no hace caso se lo podemos decir al capitán Míguez, directamente —apunta Crespo.

—También —apunto todavía pensativa en la grabación de la gasolinera.

Me siento en el pico de la mesa que ocupo y permanezco abstraída. Paones se percata de ello y me mira con una ligera arruga en el entrecejo.

—¿Te pasa algo? —inquiere cuando se levanta para ir a ver al brigada, jefe del puesto.

—Es que acabo de ver la grabación de la cámara cuando el tipo hace el pago con la tarjeta de Malena… Hay algo raro.

—¿Raro? —se interesa Crespo—. ¿Por la cantidad?

—Sí… Es chocante lo de los cinco euros con cincuenta y cinco. Y luego… lo del empleado.

—¿El empleado?

—Sí, mirad. —Les digo conminándoles a que se acerquen, mientras enchufo en mi portátil el pendrive con el que Maldonado me ha grabado la copia del vídeo.

Ambos se levantan de la mesa que ocupan por ambos lados y se acercan a la mía, mientras trasteo con el ratón abriendo la ventana en donde se puede ver la secuencia. Cuando ya los tengo detrás de mí, pulso para que se inicie. No les digo nada y dejo que sean ellos los que se definan. La secuencia avanza, pero no se percatan. Incluso se miran entre ellos y luego a mí.

—Yo no veo nada… —comenta Paones.

—Ni yo —secunda Crespo.

Vuelvo a iniciar el vídeo y lo detengo cuando, una vez que ya ha pagado el sospechoso, al que no podemos identificar por la gorra que lleva bastante calada, se va guardando la tarjeta.

—Ahora —les digo señalando la pantalla—. Cuando recoge el tique y se aleja… apunta algo en un papel y llama. Puede que sea una casualidad…

—O no… —susurra Crespo—. Pudiéramos tener ahí algo, mi teniente —asume con un par de asentimientos.

—No quiero ser un aguafiestas… —deja la frase colgando.

Pongo de nuevo la grabación y los tres nos quedamos en silencio. Paones no dice nada más y se limita a observar, pero cuando le miro tiene las cejas elevadas y una cara de sorpresa bastante acentuada.

—La verdad es que lo hace de inmediato —puntualiza.

—Habrá que comprobarlo, mi sargento primero —le digo mientras detengo la grabación. Los tres nos quedamos callados, mirando a la pantalla en silencio con la imagen del empleado de la gasolinera, con un teléfono en su mano derecha—. No creo que sea un móvil. Parece el inalámbrico de la gasolinera.

—Sí. Es grande para ser un móvil —me secunda Maite.

—Pues hay que hablar con él —corrobora Paones.

—Aunque tengo la sensación de que tenemos que ser prudentes y no levantemos la liebre antes de lo que nos podría interesar —opina Crespo con gesto meditabundo—. De ese teléfono,

por la hora —señala la esquina de la grabación—, podemos sacar a quién llama.

—Tienes razón —admite Paones—. Puede ser interesante. Deberíamos tener tiento y saber más sobre esto. Has dicho que hay más horas de grabación, ¿no?

—Sí. Es la de toda esa tarde, me ha dicho Maldonado.

—Lo primero —continúa Paones—, es ver si hay más pagos raros o acciones del empleado sospechosas. No sé, se me ocurre, por si es algún tipo de clave.

—¿Clave? —pregunto.

—Es una suposición. La cantidad de cinco con cincuenta y cinco es lo que hace que llame a quien sea. Una cantidad que, al cobrarla el empleado, aunque no sepa para qué es ni lo que significa, tiene la orden de llamar a alguien. Una especie de confirmación…

—Bien pensado, mi sargento primero —admito.

—Lo puedo ver ahora, en cuanto termine con las de la autovía. Pero lo sencillo será también cotejar con el registro de la caja. En la grabación no se ven las cantidades a pagar. Nosotros conocemos que eran cinco con cincuenta y cinco por el saldo de la tarjeta, pero no porque se vea —apunta Crespo.

—Hay que pedir el detalle de la caja, es verdad. De todas formas, dales un buen vistazo, Maite, pero mándaselas también a la sargento Maté. Que lo vean ella y Esteban. Y que, de paso, aclaren y saquen los mejores fotogramas por si de ahí podemos sacar algo más. La cara bien definida, por ejemplo.

—A la orden —me dice Crespo, tomando nota de ello.

—¿Crees que tiene que ver con el asesinato? —le pregunto a Paones que sigue mirando la pantalla, cavilando.

—No lo sé. Pero es posible.

—Si tuviéramos un fotograma decente… —digo más para mí—. Otra cosa… Y aunque se vea mal, deberíamos pasar esa imagen a la gente de puertos y aeropuertos y ver las compras de billetes al extranjero de barco o de avión en estos días. Sé que las combinaciones pueden ser enormes.

Paones asiente, pero suspira dándome la razón. Miro en ese momento en mi móvil la web de AENA para ver los posibles destinos

fuera de España del aeropuerto de Oviedo. Son bastantes: Ámsterdam, París, Roma, Dusseldorf, Bruselas, Lisboa o Londres. Y eso sin contar con los destinos nacionales, como Madrid, Barcelona, Sevilla, Alicante, Tenerife o Valencia, en donde se pudiera embarcar a otro internacional. Y desde el puerto de Gijón, además de cruceros, unas cuantas líneas regulares de barcos portacontenedores a Rotterdam, Amberes, Dunkerque, Zeebrugge, Sines, Agadir o Casablanca. En el de Santander varias navieras con trayectos de pasajeros semanales a Irlanda, Inglaterra o Bélgica. Los destinos de los barcos contenedores y *Ro-Ros* eran ya muy diversos, abarcando desde Europa, hasta Sudáfrica o Nueva Zelanda.

—Demasiadas posibilidades. —Suspiro desencantada—. Mejor, vamos a esperar a ver si pueden sacar algo los compañeros de la unidad. Mientras, vamos a intentar conocer más de esta llamada.

14
Don Claudio Folio

Tapia de Casariego. Asturias
18 de noviembre. 12:29 horas

El padre de Malena Morán, Ramón de nombre, tardó algo más de esa hora que nos dijo. Se presentó en la casa cuartel de Tapia de Casariego pasadas las doce y cuarto del mediodía. Tenía buena planta, alto, erguido, pelo cano y no abundante, pero sin que la alopecia le invadiera de forma devastadora. Vestía una chaqueta color azul marino, algo pasada de moda, un jersey gris de pico y una camisa blanca. Los pantalones eran de color avellana, unos chinos típicos, y zapatos de cordones de ante que empezaban a estar gastados. Me recordó a un señor de finales del siglo pasado, de elegancia trasnochada y algo anacrónica. Y por la adustez del gesto, a un notario jubilado que todavía pretendiera ostentar el escalafón social a pesar de ya no ser ejerciente de la función pública. Su voz era grave, pausada y actuaba con ademanes parsimoniosos y hasta lánguidos. Pensé, de forma inconsciente, en un personaje de Jardiel Poncela, *Don Claudio Folio*, notario que salía en alguna de sus novelas[10].

—Mi hija y yo teníamos una relación discontinua. No era mala, pero tampoco todo lo fluida que debería ser entre un padre y una hija —nos comenta a Paones y a mí tras la pregunta de este.

—¿Y ahora? Quiero decir, en el momento de su muerte, ¿estaban cercanos o no? —insiste el sargento primero.

El padre me mira y piensa la respuesta. Mueve ligeramente la cabeza, dubitativo y termina respondiendo a Paones.

—Podría decir que estábamos, de nuevo, acercándonos. Habíamos tenido una racha mala.

—¿Nos podría decir la razón?

—Sí, claro… —contesta con un escueto susurro.

Resopla ligeramente mientras enlaza las manos y mira al techo. Compone un gesto de actor antiguo y algo sobreactuado, dirige sus pupilas hacia mí y un segundo después a Paones, que espera la contestación impasible.

—No sé si usted tiene hijas, sargento —le dice quitándole un grado a mi compañero—, pero cuando descubres que con quien está saliendo es una basura humana… Un tal Roberto Gómez. —Mueve las manos dándonos a entender que lo suyo era comprensible, mientras aprieta los labios en señal clara de desagrado—. Aunque no sé si en el momento de su muerte seguían juntos o no.

—Detállenos eso, por favor —digo seria y tras consultar con una pequeña mirada de soslayo a mi compañero—. Es importante para nosotros saber todo lo posible de Malena —le puntualizo para subrayar que no buscamos morbos ni cotilleos.

—Supongo que saben que este tipo —duda si cambiar el sustantivo, porque deduzco que no le parece el adecuado— tenía un historial… complicado, por decirlo suavemente.

—¿Qué tipo de historial? —Repregunto, tomando nota de su respuesta y subrayándola, porque me ha llamado la atención.

—Yo solo sé lo que se decía por ahí. —Se aclara la garganta y se detiene un instante, solemne y severo—. Supongo que lo podrán comprobar, claro está. Un día entró en casa de un paisano y le amenazó con romperle la cara si no le pagaba no sé qué. Y me contaron sus compañeros —nos señala con la barbilla—, que tenía una denuncia por una estafa o algo así. También se rumoreaba que pasaba droga… —Compone, cuando dice esto último, un gesto de desidia y malestar.

—Si era alguien tan problemático, ¿cómo le conoció su hija? —le pregunta Paones.

Paones y yo sabemos que es muy importante saber cuál ha sido el nexo que los unía, además del sentimental o sexual. Si lo lográbamos conocer, quizá se conectasen algunas de las pistas que teníamos, por ahora, inconexas y poco claras.

—No lo sé. De verdad. No le puedo decir, pero supongo que como muchos jóvenes. A través de las redes sociales o esas aplicaciones de citas —dice, mientras se frota ligeramente y rasca el cuello con su dedo índice.

No está cómodo, Mariloli… me digo mientras tomo nota de ese detalle en mi libreta.

—No le consta que frecuentaran locales o lugares… —Voy a intervenir, pero me corta, con suave rigidez.

—No sé si me está preguntando si mi hija se drogaba o frecuentaba lugares comunes a personas como este…

—Exactamente —le espeto con la misma tiesura con que me ha contestado.

—No me consta. Ni lo uno ni lo otro —dice al fin, tras mirarme un par de segundos con tensión—. Me inclino por una aplicación de citas.

—¿Su hija las usaba? —le pregunto extrañada, ya que en los datos de su móvil no aparece descargada ninguna de ellas.

—Creo que sí. No lo puedo asegurar, teniente, pero me suena que alguna vez lo hizo. ¿Usted no lo hace? —me lanza la pulla, mientras sonríe secamente con los labios apretados.

—En su móvil no aparece nada. —Opto por evitar entrar en una esgrima dialéctica que no nos va a llevar a ningún sitio—. Solamente sus redes sociales y alguna aplicación para filtros y edición de imágenes y fotografías. Pero nada de citas. Insisto nuevamente, señor Morán, ¿está seguro?

—No lo sé, teniente —respira con profundidad—. Como le digo, la relación con mi hija no era mala, pero tampoco nos contábamos todo. Aunque aseguraría que en algún momento o durante un tiempo, sí las utilizó. Algo me dijo en su momento, pero no le presté atención. Por desgracia, su uso es frecuente entre los jóvenes —deja caer esta última frase con una mezcla de abatimiento e incomprensión. No tengo claro si me ha vuelto a tirar la pulla de antes, aunque prefiero obviarla.

Con extrañeza, apunto el dato de las aplicaciones de citas, mientras que Paones continúa intentando saber cuándo se rompió o se hizo menos fluida la relación entre padre e hija.

—¿Cuándo notó que su hija se distanciaba de usted?

—Siempre tuvimos nuestras tiranteces. Generalmente, nada complicado. Pero todo empezó a ser más frío y antipático al conocer a este. —Cuando se refiere al *Bicho*, Roberto Gómez, el padre pone un gesto de hastío y asco que no nos pasa desapercibido ni a Paones ni a mí. Es obvio que le tiene una especial aversión—. Ese tipo no era bueno para mi hija. Y no es que yo esté diciendo que ella era una santa o que se mereciera al Príncipe de Asturias, pero… Era un mal tipo, teniente.

—Deduzco que no se llevaba usted bien con él, ¿no? —incide el sargento primero.

—No, no le puedo decir otra cosa. Aunque apenas hablé con él, ni lo conocí. Pero, como le digo, no me parecía bueno para mi hija. Se lo comenté a ella y se enfadó conmigo. —Compone un gesto de fastidio y desprecio, tensando y elevando muy levemente uno de los extremos de sus labios—. Pero lo dejé pasar. Hice como que no me afectó y disimulé. Por eso no rompimos del todo.

—Entiendo —asiente Paones, aunque yo le noto que no es así. Es un interrogador veterano y ha visto y oído mucho—. ¿Sabe dónde se encuentra el señor Roberto Gómez? No damos con él.

—Ni idea —contesta con rapidez—. Nunca supe dónde vivía —nos explica, recostándose en la silla y volviendo a rascarse durante un escaso segundo el cuello, con su dedo índice derecho.

Otra vez…

—Nos gustaría hablar con él —secundo—. Y con relación a Lucas Zárate, ¿su hija y él tenían relación, más allá de la amistad? —le pregunto ahora yo.

—No me dijo nada. Este señor era dueño de restaurantes y me comentó que quería hacer alguna colaboración con él, de esas que se hacen en redes sociales y por lo que cobran bastante dinero. Mi hija se ganaba la vida muy bien con esto.

—Quiere decir, con las redes sociales, ¿no? —vuelvo a preguntar, sin dejarle entrever mi extrañeza por los abultados ingresos, sin un gran número de seguidores ni colaboraciones con marcas de renombre.

—Sí. Empezaba a tener éxito y cobrar bastante dinero, después de trabajar mucho. Yo no creí que lo conseguiría, pero —se detiene un segundo—, uno se sorprende de estas cosas. Desde hace un año, más o menos, empezaba a irle bastante bien.

—¿Tenía alguna otra actividad? ¿Un puesto de trabajo o colaboraba laboralmente con alguien? Y entiéndame, señor Morán, no somos de la Seguridad Social ni del Ministerio de Trabajo. Le pregunto por si, aunque fuera en negro, tenía más ingresos que los que le provenían de las redes sociales y las marcas con las que colaboraba.

—No, que yo sepa.

—Cobraba mucho dinero, señor Morán —le dejo caer con aplomo y fría seguridad—. Demasiado para venir de las redes sociales.

Percibo una ligera lividez en su rostro y me quedo mirándolo, pretendiendo que dude y sospeche que hay algo que no nos cuadra. Carraspea y desvía un instante la mirada. *Le has pillado, Mariloli*.

—Antes… hará como un año… —vuelve a aclararse la garganta —, cuando no ganaba dinero con las redes, hizo algunas fotos… podríamos decir… íntimas, para castings y eso. —Le cuesta terminar la frase—. A Malena le pagaron por posar en lencería, pero fueron un par de veces. O tres. No le gustó. Eso sí me lo comentó. Y finalmente lo dejó. Se volcó en las redes sociales… —nos explica azorado.

Esto sigue sin explicar la pasta gansa que cobraba, Mariloli…

La tarde no dio mucho más de sí. Paones se comunicó con la madre de Lucas Zárate quedando en hablar con ella el viernes por la mañana, que libraba, con algo más de tranquilidad. En el momento que la llamó el sargento primero, estaba empezando el servicio de cenas del restaurante donde trabajaba.

Hicimos un par de informes y de peticiones a nuestros compañeros de la Unidad Central Operativa para que intentaran averiguar si en las cámaras de los puertos y aeropuertos se veía a algún sujeto parecido al que salía en la gasolinera. Sabíamos que

aquello sería infructuoso en un porcentaje muy alto, puesto que solamente podíamos asegurar que se trataba de un varón, y de una altura de alrededor del uno setenta y cinco, con una complexión tirando a fuerte. Poco más se podía añadir.

También hablamos con la Policía Municipal de Tapia de Casariego por si habían visto a la misteriosa mujer en la motocicleta. De las dos cámaras que había cerca o en las inmediaciones donde Manuel Cortés nos había dicho que la vio en el pueblo, ninguna nos iba a servir. La primera, porque no funcionaba correctamente y estaban reparándola desde hacía un par de semanas, con continuadas intervenciones del técnico. La segunda, debido al excesivo celo del director de la sucursal, acuciado sin duda por el departamento legal de la entidad bancaria, la cámara solo apuntaba hacia la persona que hacía la operación bancaria, y poco más, dejando la calzada sin cubrir. El plano, por tanto, era demasiado concreto y nada útil.

El responsable de la policía municipal poco nos supo decir de esa mujer. Ni las patrullas a pie o en coche la habían visto. Tan solo un camarero de un bar, aburrido y que había salido a fumarse un cigarrillo, sí le dijo a uno de sus hombres que recordaba haber visto a una mujer conduciendo una motocicleta, pero no pudo detallar si era rubia o concretar la edad o el color de la montura.

A última hora decidí llamar a la juez Vega para darle las noticias y novedades. No me cogió el teléfono en dos ocasiones, pero a la tercera sí lo hizo. Escuché voces de fondo y me imaginé que estaba en algún lugar con gente.

—Buenas tardes. O buenas noches, teniente —me responde al atender finalmente la llamada.

—Hola, señoría. No sé si le cojo en un buen momento.

La juez no dice nada, pero parece salir de donde estaba porque el rumor de barullo se reduce bastante.

—Dígame, teniente.

—Llamaba para informarle de las últimas pesquisas, señoría.

—Me coge en un acto de mujeres víctimas de violencia de género —me explica sin tener por qué.

—Si quiere, hablamos mañana. No es importante lo que le quería decir, señoría.

—¿No hay avances? —me endosa con ese deje altivo que ya empiezo a ver claro en su trato.

—Hemos avanzado en varias líneas, señoría. —Hago como que no me he enterado del alfilerazo que me ha soltado—. La de la gasolinera, que ya hemos estudiado la grabación. El trabajo de la fallecida, atando algunos cabos sueltos y detalles —le explico con deliberada e intencionada vaguedad—. Y con el padre de la asesinada y el responsable del restaurante del señor Zárate.

—¿Y bien? ¿Algo de interés?

—A la espera de todo lo enviado a nuestra central.

—De acuerdo, teniente —vuelve a sonar el bullicio de voces y ruido de fondo—. No veo avances significativos… —escucho un leve suspiro que me suena más a fastidio que a lamento—. Mañana me detalla todo esto a última hora de la mañana.

—Como ordene, señoría. —*Menuda gilipollas es la Darth Vaper, Mariloli…*

Cuando cuelgo, estiro la espalda con cansancio, miro a mis compañeros que ya están recogiendo. No sé si se irán a cenar algo, pero yo he decidido que me voy a ir a la cama pronto, por lo que me despido de ellos y pido disculpas. Ya en mi habitación, me quedo mirando mi libreta. No sé si es de verdad importante o simplemente un detalle anecdótico, pero hay algo que me ha llamado mucho la atención…

15
Acantilados, novios y padres

Tapia de Casariego. Asturias
19 de noviembre. 10:08 horas

Al día siguiente nos levantamos a las siete y media, desayunamos en la casa rural, y nada más terminar nos dirigimos al cuartel. Por la noche recibí un par de mensajes de *whatsapp* del chico de la exposición, con el que pasé la noche. Volví a pensar que esa vida no era la que me gustaba en realidad y que, aunque no tenía demasiada importancia acostarse con alguien, a mí no me convencía. No sé si era la educación recibida, mi sentido de la responsabilidad, mi carácter tranquilo y poco aventurero o que en mi vida, y no únicamente en la etapa con *Manu*, no había sido una chica con variada o intensa vida sexual. Tres novios, a los que se podían considerar formales, y otros cuatro chicos, con los que estuve saliendo un tiempo prudencial, eran toda mi experiencia. Y ahora, en menos de dos meses, dos hombres sin apenas conocerlos ni con idea de hacerlo. Por fortuna, el primero llamó un par de veces, entendió que la cosa no iba a ir a más y de la misma forma que surgió un día de copas y charla, se esfumó de mi vida. El segundo, el de la exposición, parecía tardar más en percatarse de lo que, a mi entender, parecía obvio. Opté por seguir sin contestar y dejarle en visto para que cogiera la indirecta. Sé que no es lo más educado ni que, posiblemente, se mereciera algo así. En realidad, no me había hecho nada. Tenía pinta de buen chico y hasta era bastante mono. Pero si ya no me sentía cómoda con esa situación, sus primeros mensajes de *whatsapp* me dejaron noqueada. Y sí, era consciente de que aquel detalle no tendría que significar nada o muy poco, si acaso. Pero me provocaba un cierto rechazo y hacía más profundo el sentimiento de sentirme incapaz de iniciar un intento de relación.

También tenía otro mensaje de Alonso, proponiendo a los del grupo de Marbella ir a cenar o a tomar algo ese viernes. Hubo varias contestaciones, incluso de *Helen* y de Amaia, que iba a estar ese fin de semana en Madrid, pero yo me abstuve también de participar. Ese plan me apetecía bastante más, la verdad, aunque tampoco terminaba de arrancarme con Alonso. Quizá, y aquí me acordé de mi padre, podría ser un buen yerno, pero no estaba yo para ser una novia alegre ni motivada. Finalmente, me dormí viendo una película en el móvil que no terminó de engancharme.

Ya por la mañana, de camino al cuartel, en el coche, que conducía yo, Maite iba hablando con uno de los compañeros de tráfico que ya disponía de las grabaciones que la cabo había pedido en el día de ayer. Paones tecleaba en su móvil para que se acelerara al máximo la ayuda de los de Apoyo Técnico, y nos señalaran en gráficos los diferentes posicionamientos de los móviles, tanto de Malena Morán, de Lucas Zárate y el de Roberto Gómez Monreal. ¿Y si era este último la persona que echaba gasolina la noche del asesinato de Malena y Lucas? Era altamente improbable, porque llevaba desaparecido bastante tiempo, pero teníamos que desecharlo definitivamente. No teníamos el permiso de la juez Vega para conseguir el posicionamiento de su móvil, pero tras una indagación de Paones con nuestros compañeros de la central, y gracias a una investigación de los de Tráfico de Drogas y Contrabando de nuestra Unidad Central Operativa, junto con un equipo ECO[11] de La Coruña, sí se tenían los últimos posicionamientos de su móvil, antes de desaparecer por completo. Aquello tendríamos en su momento que añadirlo y atarlo procesal y jurídicamente a nuestro caso, si se viera que fuera importante. Pero, al menos ahora nos servía para saber sus últimos pasos. O los últimos que hizo con ese móvil, para ser más precisa.

Cuando entramos en la sala que teníamos a nuestra disposición en el cuartel, Maite Crespo se sienta, abre el portátil y nos confirma que ha recibido las grabaciones de la autovía.

—Me las acaban de enviar. Y me confirman nuestros compañeros de tráfico que hay tres motocicletas de esas

características que salen a esas horas.

—¿Alguna mujer? —pregunto.

—No se distingue. Pero sí las matrículas.

—Buena cosa —concluyo.

—Sí. Vamos a ver a quién pertenecen. Me pongo a ello.

—Les he pedido a los de Apoyo Técnico que nos manden los posicionamientos del móvil de *El Bicho* este. No sé si servirá de algo…

—Para lo nuestro, yo creo que nada —le confieso a Paones.

—También creo que es algo que no nos va a servir. Pero hay que agotar todo. En un rato voy a llamar a la madre de Lucas Zárate, que me dijo que a esta hora me atendería más fácilmente. Me ha dicho Esteban que te las envía a ti, en cuanto las tenga. Una semana o así, le han dicho, mi teniente.

Me acerco a la mesa y abro el portátil. Mientras se enciende y abre todo el sistema operativo y las tareas de la barra de inicio, miro por la ventana. El día está bastante nublado y amenaza con llover, cuando suena mi móvil. Es el cabo primero Esteban.

—Buenos días, mi teniente —me dice cuando atiendo la llamada.

—Buenos días, Carlos.

—Te voy a enviar los posicionamientos de los seis últimos días de Roberto Gómez Monreal. No tengo aún el informe técnico ni nada más que estas imágenes. Es parte de un informe que pidió el juez de instrucción de la causa en la que le estuvieron escuchando. Según me dicen, se ha dado a la fuga y está en búsqueda. Pero como me ha dicho la cabo Crespo, en principio solo queríais ver esto, ¿no?

—Sí, Carlos. Por ahora, solo esto. Estamos prácticamente seguros de que no ha tenido nada que ver con nuestras muertes. Sigue desaparecido y es más por descartar que para confirmar.

—Pues te las envío a tu correo, ¿de acuerdo?

—Vale. Si no vemos nada que nos parezca interesante, ni te pedimos el informe. Nuestra togada es muy tiquismiquis con las diligencias y no sé si nos daría vía libre para fisgonearlo.

—Si necesitas algo más, me lo dices.

—Gracias, Carlos.

—A tus órdenes, mi teniente.

El cabo primero Carlos Esteban es muy buen tipo. Callado, cumplidor, algo tímido y siempre he tenido con él buena sintonía. Sobre todo, porque a pesar de mi grado, he coincidido con él en la sala de escuchas y en peticiones a los de Apoyo Técnico, cuando la imagen que de mí prevalecía era la de *La Niña* o *Lolamento*. Ese debe trabajar más que la *Retoucherie de Hulk*, dijo un día *La Helen*, quedándose con ese mote, que yo solo sé y no utilizo jamás delante de nadie. Cuando le cuelgo y accedo a la bandeja de entrada de mi correo electrónico, compruebo que acabo de recibir su correo.

—Ya tengo los posicionamientos de *El Bicho*. Me dice el cabo primero Esteban que no es el completo y solo me adjunta las imágenes de los últimos seis días, pero como terminó desapareciendo, no hay más seguimiento ni se ampliaron diligencias, más allá de las que hizo el juzgado para buscarlo —comento a mis compañeros, mientras clico en las imágenes, un mapa y una serie de puntos, una por cada día.

Lo veo con detenimiento. No me dice nada, más allá de que se trata de la costa asturiana, cercana a Tapia de Casariego. La que me representa el último día, y para tener una mejor certeza de dónde se ubicaba *El Bicho*, busco a la vez en mi móvil un mapa más detallado de la zona. El punto en donde se pierde todo el seguimiento de su móvil es en Punta Campón. A pocos kilómetros del centro de Tapia. Según compruebo, está dentro de una ruta de senderismo bastante conocida. La hora en la que desaparece la señal de su móvil es a las doce de la noche. Me faltaría leer todo el informe, pero presumo que no habrá mucho más y que de aquí poco se podrá sacar. De todas formas, releo mis notas del día anterior, relativas a la entrevista con el padre de Malena, y comento con Paones.

—La última señal de su móvil es en un lugar algo apartado. Se llama Punta Campón, y aunque es parte de una ruta que se suele realizar por excursionistas, no creo que fuera su caso. Estaba allí a las doce de la noche y no creo que hubiera mucho caminante.

—Tiene toda la pinta de que tiró el móvil al mar en ese lugar. Pudo saber que le estaban escuchando o que alguien se lo mandó

hacer. Si era un simple peón, obedece y punto —opina Paones acercándose a mi mesa y observando la imagen con el último punto de señal y la que le muestro en mi móvil.

—Creo que tienes razón. Lo debió tirar al mar. Y será muy complicado encontrarlo allí. Es una altura considerable, con bastante oleaje. De todas formas… —me quedo pensativa—. Lo mismo es una tontería, pero ayer me llamó mucho la atención algo que dijo el padre de Malena —digo girando mi silla y mirando al sargento primero.

—¿El qué? No habías comentado nada…

—Es que, sinceramente, no sé si tiene importancia… —me encojo de hombros, mientras Paones me mira extrañado—. Ayer, cuando hablamos con Ramón Morán… Me mosqueó que hablara de él en todo momento en pasado… Y no sé —compongo un gesto de propia incredulidad o duda—, la ecuación padre, novio chungo y acantilado… tiene color. ¿No crees?

16
Se te van los ojos

Tapia de Casariego. Asturias
19 de noviembre. 13:08 horas

—Vamos a ver… —reflexiona Paones mirando las imágenes de los posicionamientos del móvil de Roberto Gómez Monreal—. No deja de tener su punto eso que dices. Pero esto —señala la pantalla — sucede bastante antes de que maten a Malena y Lucas. —Se queda un instante en silencio con los ojos ligeramente achinados—. Y hay que sumar que desde ese día no se tiene ninguna noticia de él. Nadie lo ha visto, no hizo pagos con tarjetas, la señal del móvil desaparece, sus redes dejan de estar vivas… —eleva las cejas el sargento primero—. Salvo que probemos que es quien usa la tarjeta de Malena en la gasolinera, yo creo que no es nuestro hombre.

—Coincido, Juan. Pero querría desechar esa posibilidad, por remota que sea —meneo ligeramente la cabeza—. Además de eso… no sé, el padre no me termina de convencer. Le veo algo… como que nos oculta información.

—Puede ser. Pero apostaría a que no es nuestro hombre, Lola. Y con referencia al *Bicho*, estar desaparecido y volver a la vida usando la tarjeta de una recién asesinada… me cuesta creerlo. Aunque es un chulo guaperas y matón de discoteca, no le veo nada destacable. Solamente, y son las sospechas de nuestra gente, podría tener algo con alguna red local de narcotráfico, pero aun así, no pasaría de estar en un escalafón muy bajo de esa pequeña organización de menudeo y movimientos de drogas o contrabando. No le veo matando a dos personas, pero sabemos que a veces son los tontos útiles. No está mal que terminemos de investigar todo sobre él, pero no esperemos mucho.

—En fin, tienes razón… lo aparcaremos hasta que aparezca de alguna forma.

—En algún momento tiene que utilizar un móvil, una tarjeta de crédito, conducir un coche, tomarse una copa… No se puede estar desaparecido siempre —puntualiza Paones, con razón.

Me retrepo en la silla y me dispongo a cumplir lo que me pidió la juez Vega. Miro mi reloj de pulsera, que hoy también es uno deportivo, con correa de caucho blanca y de los que sirven tanto para hombres como mujeres.

—Me voy a ver a la juez —digo levantándome y en un pequeño resoplido.

Cojo la cazadora de cuero tipo *biker* que llevo ese día, comprada en *Mango* en su tienda online, y que llevo por encima de una sudadera *oversize* de *Zara*, lisa y de color gris claro. Los pantalones, de *Shein*, son vaqueros, de tiro alto, rectos, pero tirando a un corte *slim fit* y con rasgaduras en las rodillas. En los pies, unas *Munich Rumba* de color rosa, con líneas blancas.

—No voy a detallar mucho. Que buscamos una motocicleta y que tenemos las imágenes de la autovía de ese día, que estamos repasando las grabaciones de la gasolinera por si algo se nos ha podido escapar y que investigamos los ingresos de ella y los derivados de los negocios de él…

—¿No te fías de nuestra togada? —me pregunta Paones ya sentado en su mesa.

—Me lo ha aconsejado el comandante. Y no es que no me fíe, pero, sinceramente, tampoco tenemos nada sólido todavía, y para qué hacerla creer algunas expectativas que no tenemos del todo claras. Tengo la sensación de que sabrá de lindes, derechos fundamentales, transacciones mercantiles, pero muy poco de investigaciones de asesinatos. Y eso no es bueno para nosotros, ¿no te parece, Juan?

—Lo que me creo es que es una juez bastante particular…

—Eso te lo aseguro —le corroboro.

—Pero bueno, ya hemos toreado en plazas como esta.

—Y en peores, mi sargento primero. Acuérdate de la de juez que nos permitió la colocación de los micros en el coche de ese

narco de Cádiz y luego se invalidó la prueba por un defecto de forma, que ni un estudiante de primero de derecho hubiera cometido —interviene Crespo.

—Sí, me acuerdo… —comenta el sargento primero negando y meneando con desagrado la cabeza.

—Tenía prisa por ir a su cita de *Tinder*, como luego supimos —aclara la cabo—. Se le pidió que ampliara y modificara la diligencia, pero como no quiso asumir su error, se ratificó en que era suficiente. Y nos anularon las escuchas, claro.

—Quiero creer que la juez Vega no es así… Y si lo es, que podemos manejarlo —digo colocándome la capucha de la sudadera por fuera y sobre la cazadora—. Pero, aun así, prefiero no calentarle la cabeza, no sea que nos complique alguna cosa. Como dice Juan, es una mujer complicada.

—Como tú veas, mi teniente. Eres la jefa —me dice la cabo volviendo al trabajo y tecleando en su ordenador.

Salgo a por el coche y cuando me monto en el asiento del conductor, me quedo pensativa tras la frase de Maite Crespo. No la considero ofensiva ni distante, pero a veces, como percibo en este caso, la noto demasiado cauta. Es como si entre ella y yo se interpusiera algo que no termino de vencer ni de conocer.

—Se te van los ojos, mi sargento primero… Otra vez —ríe la cabo Maite Crespo.

Juan Paones mira a su compañera todavía algo distraído. Es verdad que se ha quedado mirando a la teniente salir de la sala, aunque no es consciente de que esa mirada estuviera teñida de nada malo o reprochable. En realidad, nunca ha pensado en nada acerca de la oficial. Es guapa, atractiva y muy esbelta, pero aparte de eso, no es un hombre dado a pensamientos libidinosos. De hecho, no consume porno ni siquiera de forma puntual. Rechaza todo aquello, y la razón es clara: tiene una hija.

—No soy de esos. Y lo sabes —reacciona finalmente.

—Pues te he pillado dos veces —dice con un deje irónico.

—No voy a insistir en mi defensa…

—Ya no sé qué pensar, mi sargento primero. La teniente es un pibón, eso está claro. Y se os va la baba, cuando se gira y le veis el culo. Sobre todo, con unos vaqueros como los de hoy.

—¿De verdad crees que a mí eso me afecta? —Por un momento ha entendido que la cabo le lanzaba una reprimenda.

—Son ya algunos años contigo y sé que eres normal y sensato, Juan —le comenta ya sin chanzas la cabo—. Pero también llevo los suficientes años de picolicie como para saber que, cuando veis a una tía buena, se os chamuscan las neuronas.

—Tú también tienes tu punto, Crespo.

—No es comparable lo mío y lo de ella —dice echándose para atrás en la silla—. La teniente juega en otra división. Caza mayor —remacha con un mohín.

—Es guapa, sí…

—No te me hagas el inocente, mi sargento primero —le tira una bola de papel recién arrugada y tomada de un taco de notas adhesivas amarillas.

—Me da la sensación de que no terminas de congeniar con ella —le comenta algo serio Paones, tras esquivar el lanzamiento.

—No es eso. De verdad que no me cae mal y creo que es buena tía, Juan —responde la cabo con un tono cercano al confidencial—. Pero —suspira—, hay cosas que se comentan… De ella, me refiero.

—No me influyen los rumores, ni a ti debería hacerlo, mi cabo —dice con afán de quitar esa conversación que no quiere mantener —. Ya tuvo suficiente en su momento, ¿no te parece?

—Por la unidad ha empezado a circular un nuevo rumor. Todavía incipiente y demasiado difuso. Pero hay quien ya dice que la teniente Barrena tiene una cuenta en *Onlyfans*, con todo lo que eso puede significar… —Maite lo ha oído en máquina de café, como otros muchos rumores y habladurías.

—Sinceramente, no veo a la teniente posando en lencería o teniendo sexo delante de una cámara.

—No todo lo de *Onlyfans* es eso, mi sargento primero, no me seas antiguo.

—Ya lo sé. Pero va con esa intención. Venga, vamos a ponernos a trabajar —determina Paones con resolución y hasta un punto de

misericordia por la teniente. No le apetece nada que vuelvan rumores, motes y maledicencias sobre ella—, que el sufrido contribuyente quiere que resolvamos crímenes y no tanto que nos dediquemos al salseo, que para eso ya hay suficientes idiotas en la televisión.

—A tus órdenes —finaliza con un toque festivo, Crespo.

Ambos se ponen a teclear. La cabo, buscando en las bases de tráfico las tres matrículas de las motocicletas que salen en las grabaciones de la autovía. Paones coge el móvil y marca el número de la sargento Rosa Maté para pedirle los datos del dueño de la gasolinera.

—Es una sociedad. Nada raro en sus declaraciones —le contesta con rapidez—. ¿Quieres que miremos en las bases abiertas y registros quiénes son los titulares?

—Sí, Rosa. Tenemos alguna cosa que no nos termina de cuadrar y necesitamos saber quién es o quiénes son los dueños y qué otras empresas manejan, si es que las tienen. Y si hay algún pufo económico… Ya me entiendes.

—Me pongo enseguida. Dile a la teniente que ya tengo casi todo lo que me pidió de los ingresos de Malena Morán.

—¿Nos lo puedes pasar?

—No lo tengo todo aún. Por eso te digo que es extraño. O a mí me lo parece. Dame unas horas y mañana lo tenéis. Necesito hacer un par de comprobaciones y estar segura.

—Como digas.

Cuando cuelga, el sargento primero se queda mirando a Maite Crespo. Sabe que es una buena persona, entregada, tenaz y trabajadora. Pero lo sorprende que ese rumor, del que él no era consciente, se lo haya contado o le dé pábulo. No es su estilo.

—Maite, cuando termines con eso, por favor, llama a los dos vecinos de la muerta y quedamos para ir a verlos.

—A tus órdenes —le contesta.

Cuando llego al juzgado, subo a las dependencias que ocupa la juez Vega. Le digo a la letrada de la administración de justicia, que

está justo en la puerta de su despacho, que su señoría me ha citado a esta hora. Me mira durante un segundo quitándose las gafas, que le cuelgan de una cadeneta y asiente con rapidez.

—Sí, me ha dicho que venía. —Le veo una media sonrisa, que cuando se da cuenta de que la estoy mirando, quita al momento.

Un segundo después se levanta, coloca de nuevo las gafas en sus ojos y, con pasos rápidos, llega hasta la puerta de la juez. Toca dos veces con los nudillos y entra. Me guardo las gafas de sol que llevaba en la mano, en uno de los bolsillos laterales de la cazadora y espero que me dé entrada al despacho. La letrada de la administración de justicia sale tras un par de minutos con una carpeta en la mano y me dice que puedo entrar.

—¿Da su permiso, señoría? —pregunto al cruzar la puerta.

—Sí, pase, teniente —me indica desde su escritorio mientras estampa su firma en un papel y lo coloca a un lado.

Cuando traspaso la puerta me encuentro a una juez Vega más juvenil que la primera vez que la vi. Tiene el pelo suelto, menos rizado y sin duda, ha ido a la peluquería. Los ojos siguen siendo de un terroso desvaído, a pesar de la ligera sombra que los ilumina levemente. Permanece sentada y me ofrece la mano, que sigue siendo fría y huesuda. Aún sentada se ve que es alta y delgada, y con la camisa que hoy viste, de color blanco, el pecho le resalta menos aún que el día que llevaba aquel jersey negro pasado de moda. *Sí, Mariloli, sigue siendo Bolivia*.

—No tengo mucho tiempo, teniente. He de irme a un compromiso —se excusa echándose atrás en la silla, quitándose las gafas de ver y mirándose el reloj de pulsera—. ¿Qué novedades hay? —me interpela con pocos miramientos.

—Tenemos varias vías, señoría.

—Dígamelas —me invita con un movimiento de mano.

—Es posible que los Malena Morán y Lucas Zárate pudieran ser algo más que amigos.

—¿Quiere decir que eran pareja?

—No sé si pareja. Pero es posible que tuvieran una relación más cercana que la de amigos. Por lo menos, puntual.

—¿Y eso nos conduce a algo? No creo que sea algo importante. Hay que descubrir a un asesino, no lo que tenían entre ellos, teniente.

—Sí es importante, señoría —contesto con cierta dureza por su impertinencia—. Eso nos lleva a tener que profundizar en algunas vías de investigación que no se iniciaron. En concreto, familiares, parejas, exnovios, antiguas novias… —enumero con lentitud—. Estamos en ello —apunto, adelantándome a lo que fuera a decir—. También tenemos a una motocicleta en las inmediaciones de la casa la noche del crimen. Hemos pedido grabaciones para tratar de saber quién es y poder descartar que tenga o no interés en la investigación. Y estamos comprobando de nuevo las grabaciones de la gasolinera y los ingresos de las cuentas corrientes de ambos asesinados.

—¿Alguna razón? —pregunta con una mirada hierática.

—El dinero siempre es algo que merece la pena investigar, señoría. Deudas, préstamos sin pagar, ingresos que no cuadren con el tren de vida… —me encojo de hombros—. Dio usted permiso en una diligencia y la estadística demuestra que suele ser acertado indagar en ese sentido —me adelanto a su más que posible queja o duda.

Se queda callada. No sé si le caigo bien, aunque de lo que sí estoy segura es que no ve en mí a esa mujer seguidora a sus postulados políticos o sociales. Creo que me ve como una niña pija metida a guardia civil.

—Finalmente —añado en medio de su silencio—, hemos hablado con el padre de Malena Morán para conocer más detalles de su vida. Parejas, trabajo, la relación entre ellos… Hay un amigo o pareja puntual que en su momento desapareció. Estamos cerrando esa vía.

—¿Eso no sucedió antes del asesinato?

—Sí, así es —respondo—. A lo que me refiero es que queremos tener claro que nada de lo que sucedió en ese caso afecte a este.

La juez suspira, compone un gesto algo desabrido y displicente. Me mira y aprieta los labios.

—Voy a ser paciente y esperar a que, con el paso de los días, tengamos mejores noticias, teniente. Por ahora, o eso me parece a mí, no disponen de nada en concreto.

—Trabajamos para lograrlo, señoría —le digo, seria.

—No me cabe duda, teniente.

—Con todo el respeto, señoría, un asesinato —ella es bastante novata en este sentido y su juzgado conoce mucho más de aspectos civiles, mercantiles o de género que una muerte por homicidio, así que no me privo de dejarle un punto claro, en ese sentido— es complicado de investigar. No hay dos iguales y las motivaciones, móviles o lo que mueva a matar a alguien suelen ser por dinero, poder, celos, venganzas o envidias. En algunos casos, se entremezclan.

—¿Qué me quiere decir con eso, teniente? —me mira con algo de aprehensión.

—Que si conseguimos dar con el móvil y lo que movió a que los mataran, tendremos mucho más sencillo llegar al asesino u homicida. Por ejemplo —me adelanto a su intervención que ya se pronunciaba en sus labios—, si en verdad hubieran sido pareja, se abre la posibilidad de los celos de alguien que no llevara bien esa relación. Si no lo fueran, es más probable que el asesinato esté motivado por el dinero, la venganza, el poder… —termino mi perorata con un encogimiento leve de hombros.

En realidad, ha estado motivada para que la juez o jueza tenga una mejor predisposición hacia mí, aunque solo sea en lo profesional. No quiero problemas ni desavenencias con ella.

—No pongo en duda nada de lo que me dice, teniente. Y no seré yo quien les diga cómo hay que hacer su trabajo, pero sería interesante contar ya con avances y líneas de investigación más concretas. La siguiente vez que nos veamos, las espero. Y ahora —se mira de nuevo el reloj—, tengo que dejarla. He de ir a un compromiso. Si me disculpa…

—Sin problema, señoría —digo levantándome y con interna alegría de que nuestra entrevista haya durado tan escaso tiempo.

La tarde se nos fue en redactar algunos informes y en varios trámites policiales que no se pueden definir como atractivos para la investigación, pero esenciales. Generalmente no salen en las películas ni en las series; ver y describir cómo los policías se pasan horas, escribiendo, redactando, consultando fuentes abiertas o restringidas, haciendo comprobaciones protocolarias, repasando las diligencias realizadas o archivando lo realizado. Todo eso es la base de una buena investigación. El albur, como todo en la vida, no es fiable. Al menos, no lo suficiente en el oficio de investigador.

Antes de cenar, nos fuimos a la casa rural y yo me calcé las zapatillas, las mallas negras y la chaqueta de entrenamiento roja. Dentro, una camiseta blanca con un logotipo contra el cáncer. En Madrid suelo ir al gimnasio los fines de semana que estoy, lo mismo que los días que permanezco en la unidad sin viajar. Pero cuando acudimos a un asesinato, procuro salir a correr, al menos media hora todos los días. Y desde hacía algo más de un año, acudo a clases de taekwondo, deporte al que me animó *Manu* y que, aunque le había cogido el gusto, le sigo asociando a él.

Cuando regreso, ya andando y descansando de los casi treinta minutos que he mantenido a buena velocidad, hablo con *La Helen* y sobre el fin de semana, con mi padre para saludarlo y saber de él y con mi madre para decirle que no es seguro que pueda ir a su fiesta de cumpleaños, por temas de trabajo. Y que, hasta última hora, no lo sabré. Cuando llego a la casa rural, todavía sudorosa y gratificada por el ejercicio físico, encuentro a la cabo Crespo con una sonrisa y el teléfono móvil en su oreja. No me ve, por lo que me quedo observándola unos segundos. Habla bajo y por la sonrisa, deduzco que es una conversación que le es grata. Hago un poco de ruido para no sorprenderla y cuando me acerco a la puerta me hace una seña indicativa de que es algo privado. Sonrío para mí. Definitivamente, la cabo Crespo se ve con alguien. Y apostaría que también se encasqueta tricornio. *Mariloli, eras una maruja…*

Veinte minutos después, estamos cenando. Lo hacemos con rapidez y de manera ligera y frugal. En mi caso, unos tacos de rape

o *pixin* a la plancha. Juan un *Pitu de Caleya* del que apenas deja nada, y Maite una ensalada. Los dos completaron con un arroz con leche que yo, a pesar de tentarme, no pido. Y tras comentar durante diez o quince minutos alguna noticia de la televisión, nos subimos a nuestros cuartos. En mi caso, contesto a varios mensajes nuevos de *whatsapp* de *La Helen* y alguna amiga, y a otro de Alonso que nos confirmaba la cena en su casa el viernes, a la pandilla de Marbella que estaba por Madrid. Cuando me iba a dormir y ya apagaba la luz, de nuevo, recibo un nuevo mensaje del chico de la exposición. *Wapa, tas misin.*

17
Una matrícula sospechosa

Tapia de Casariego. Asturias
20 de noviembre. 09:02 horas

La mañana de aquel viernes se nos presentaba interesante. Por un lado, volvíamos a Madrid. Y habida cuenta de la combinación de tarifas de tren y avión, saldríamos a las siete de la tarde de Oviedo, llegando a Madrid a las ocho y media, con lo que me daría tiempo para ir a casa de Alonso.

El lunes permaneceríamos en la unidad, reorganizando cosas, analizando informes con el resto del equipo y, dependiendo de cómo se presentara la semana, saldríamos para Tapia de Casariego cualquier día que se necesitara nuestra presencia allí. Estábamos intentando que fuera en avión, aunque no era lo habitual, pero las tarifas eran bastante asequibles: unos sesenta euros. La unidad nos había admitido el presupuesto, por lo barato y bien que se acoplaba al caso. Aunque solían ser raros los desplazamientos en avión, habida cuenta de que los presupuestos iban muy ajustados siempre. Pero Maite se había encargado de ello y teníamos el acuerdo del departamento de mi inestimado capitán García de la Cruz, mi antiguo e infiel novio.

Aquella mañana, las buenas noticias, o al menos las que se referían a los avances de la investigación, empezaron a llegar. Lo primero fue comprobar las personas que poseían las motocicletas del tipo que buscábamos, a través de las matrículas. En dos de las tres que se veían, los dueños eran hombres y sus historiales delictivos estaban inmaculados. Por lo tanto, los desechamos en un primer momento. La tercera, en cambio, estaba a nombre de una empresa de alquiler, y esa sí nos pareció interesante. No disponíamos de más datos en ese momento, así que la cabo Crespo se puso a investigar

sobre quién había alquilado aquella motocicleta en Oviedo. Suena mi móvil, justo cuando ella empieza a marcar el número de la empresa de alquiler.

—Barrena, soy Míguez.

—A la orden, mi capitán. Buenos días.

—No seas tan formal, teniente —me dice con tono socarrón—. Te llamo por un salseo que seguramente os va a afectar. —Se queda en silencio, provocando mi expectación—. La juez *Vaga*, digo Vega, va a solicitar la excedencia.

—¿La excedencia? —pregunto con cierta sorpresa, aunque sea un hecho que ya estaba comentado por nuestro comandante.

—Se pasa con armas y bagajes a la política. Irá de cabeza de lista en un ayuntamiento importante. Pero como no va a ganar, pasará enseguida a la ejecutiva del partido en el Principado y le darán la dirección de alguna comisión o dirección. Apostaría que la de Igualdad o *Viogen*. Siempre está metida en esos temas…

Aquello, como bien decía, nos afectaba. Todavía no era capaz de calcular bien hasta dónde, pero era evidente que su decisión podía entorpecer o favorecer. Lo primero, si por temor a que alguna diligencia que ordenara le atañera a su futura carrera política. Lo segundo, porque el sustituto fuera más ágil en la toma de decisiones y, sobre todo, más cercano y afecto a nuestra labor policial. Sea como fuere, aquello, aunque estuviera decidido, tal y como nos decía el capitán, no iba a suceder mañana.

—¿Y cuándo será? —indagué a pesar de todo.

—En un mes o así. O sea, que no os libráis de ella, Barrena.

—Ya veo. Gracias por la noticia, mi capitán.

—De nada. Solo espero que no os afecte mucho. Por si acaso, pensad bien qué diligencias necesitáis y si se pueden sortear, hacedlo y esperad a quien la sustituya.

—Entiendo que no se sabe quién es…

—No tengo ninguna información. Pero hasta que venga un togado con propiedad de la plaza, habrá un sustituto o una sustituta. Si me entero de algo, os lo digo.

—Se agradece, mi capitán.

—Os voy informando.

Cuando cuelgo, comunico a mis compañeros lo que me acaba de transmitir Míguez, así como al comandante Sobarriba, que en ese momento no me lo coge y me contesta con un escueto mensaje. *Estoy reunido con el coronel*. Me limito a ponerle un mensaje de *whatsapp* y no importunarle mientras está con Aláiz.

—La empresa que alquiló la motocicleta es de Bilbao. Concretamente, una agencia de detectives.

—¿Detectives? —pregunta Paones, dejando de teclear el informe de las pesquisas de las grabaciones de la gasolinera que hemos de dejar archivado.

—Sí —asiente un par de veces la cabo—, se llama *Zaintza S.L*. Y en efecto, la persona que alquila esa moto es una mujer: Miren Górriz López. Tengo todos los datos, incluido un móvil y un mail que dejó de contacto.

—Buen trabajo, Maite —le digo.

—¿Sabemos algo de ella? —pregunta Paones.

—No tiene antecedentes, ni multas, ni nada… Más limpia que una patena. Treinta y seis años. Vive en Bilbao, de donde es la empresa de detectives. En la foto del DNI y del carné de conducir sale rubia, una media melena, que podría convertirse en una coleta, aunque no muy larga. Podría cuadrar con lo que vio el tal Cortés…

—Pide ayuda a nuestros compañeros de la Comandancia de Bilbao —le apunto—. Lo mismo nos estamos tirando un triple y la mujer solo pasaba por aquí.

—Eso pensaba hacer. No sé si nos podrán decir algo más. En las bases de datos abiertas y en las restringidas, no hay apenas nada, salvo nombre y dirección… Si los nuestros o la *Ertzaintza* tienen algo por otra parte, no lo sé. Y habría que ver dónde se ha hospedado por aquí. Puede que, como dices —me secunda— no tenga nada que ver y que la chica estuviera aquí de vacaciones, pero mejor cerrar esa línea si no nos lleva a ningún sitio.

—Lo mejor sería que te echaran una mano los de aquí. Conocen la zona y son paisanos. Le voy a pedir a Sánchez que nos ponga a un par de los suyos para que nos ayuden.

—Me vendría bien, la verdad —admite Crespo.

—Y por la misma razón te digo lo de la Comandancia de Bilbao, Maite. Que nos echen un cable y si hay que contactar con ellos, que sean nuestros compañeros quienes lo hagan.

—Me pongo, mi teniente.

—¿Tienes ya redactado el informe de la gasolinera? —le pregunto a Paones, que es quien suele ocuparse de dar forma escrita a nuestras investigaciones y avances.

—Está hecho. Nos ha pasado la sargento Maté los datos de la propiedad. Una sociedad mercantil de tres socios. Tienen varias y no suelen aparecer por ellas. Recurren a la figura de un gerente. Por ahora no veo importante citarlos, salvo que esto se desmadre. Pero no sé, hay algo… —se queda pensativo, pasándose los dedos índice y pulgar de su mano derecha por la barbilla.

—¿Tienes algo más? —le animo a que me haga partícipe.

—Estaba mirando los pagos de ese día… Y el único extraño es el que nos ocupa. Cinco euros con cincuenta y cinco. Los hay de cinco, de seis… pero ninguno tan llamativo como el tipo que utiliza las tarjetas de la víctima.

—¿Qué sugieres?

—Pedir los extractos de caja por si hay más importes así. Me explico… —me mira con el ceño fruncido—. Si es una señal o un código, debemos probarlo. Y eso solo podemos hacerlo si hay más repeticiones. Es decir, más gente que paga esa cantidad y el dependiente hace esa llamada. Si es así, tenemos un patrón.

—Pues a ello.

—Hay que pedírselo a la juez Vega…

—¿No crees que nos firme esa diligencia?

—No lo sé… Pero habrá que pedírselo de todas formas —se encoge de hombros—. Que nos permita ver las cámaras de vigilancia y los extractos de caja.

—Llamaré a la juez y le diré que estamos con una pista que puede ser interesante…

—En realidad es una suposición, Lola. Por ahora… —eleva las cejas, volviéndose a pellizcar la barbilla.

—Lo sé, pero trataré de vestirle el tema. De todas formas, ¿no dictó ya una diligencia sobre esto…?

—Sí, pero no. Me explico. La diligencia donde se pedían las grabaciones de esa noche no lo ampara. Sí disponemos de los extractos de caja de esa noche porque se los pidieron directamente los de Míguez, pero no porque nuestra juez dictara diligencia para ello.

—Hay que tener un plan alternativo. ¿Y si se los pedimos a los de la gasolinera, como hicieron los de Míguez? —Apunto.

—Es una posibilidad…

—Mi sargento primero, de vez en cuando hay que echarle morro a la vida. —Paones me mira condescendiente y con una expresión que al principio no entiendo.

—El encargado es un hombre —deja caer.

Maite se le queda mirando cuando pronuncia aquellas palabras. No sé si es algo, y me refiero a pedir yo las cosas a varones, de lo que ya han hablado en alguna ocasión, pero me da esa sensación.

—Capto el mensaje —acepto, mientras Maite sonríe.

—¿Qué? —pregunta Paones a la cabo, con una media sonrisa y cierto toque de expresión culpable.

—Nada… yo no digo nada.

—¿Algo que no sé y de lo que me tengo que enterar?

—Nada, mi teniente. Es algo entre el sargento primero y servidora.

—No te preocupes. Me hago cargo de que nuestro sargento primero, un hombre cabal y que no se deja llevar por los instintos primarios más masculinos, me acaba de endosar una labor de batimiento de pestañas y sonrisa de rubia atontada.

—No es eso… —inicia una protesta el aludido.

—No importa, Juan. Si sacamos esos extractos de caja, todo será bienvenido. Lo haré. Voy a hablar con Sánchez.

Me acerco al despacho del jefe del puesto. Es pequeño, antiguo, con muchos papeles y un ordenador de sobremesa anticuado, pero que debe funcionar sin ningún problema, porque siempre que pasamos por ahí, le vemos tecleando e imprimiendo.

—¿Se puede, Sánchez? —toco con los nudillos a la puerta, aunque está abierta.

—Pase, mi teniente —me dice con su eterno gesto de placidez pastueña y vacuna.

Me acerco a la mesa y él deja de teclear mientras me observa.

—Le quiero pedir un favor, brigada —le digo sentándome en una de las sillas de cortesía.

No me contesta y se limita a mirarme sin apenas expresión en sus ojos.

—Necesitamos que nos asigne, si es posible, a dos de sus guardias. Es para buscar en hostales, hoteles, apartamentos turísticos, restaurantes… —enumero con lentitud para dar mayor sensación de tarea y usando el mismo trato formal que él hace conmigo—. Ustedes conocen el terreno mucho mejor.

Sigue sin hacer nada, limitándose a dejar esa mirada que parece estar en otro sitio. Después, se recuesta en la silla.

—Se lo digo a Morata y a Maldonado, mi teniente. Que se acerquen a los sitios que usted les indique, mientras patrullan.

—Muchas gracias.

Sé que si están de patrulla no pueden dedicarse por completo a lo que pretendemos, pero algo es algo y le quitará trabajo a la cabo. Además, ambos, sobre todo Morata, me parecen despiertos y más útiles de lo que sospecho que Sánchez piensa.

—Necesitamos que miren en todos los establecimientos turísticos de la zona si se ha hospedado una mujer en una motocicleta como esta —le entrego un folio con la imagen impresa del modelo en cuestión, y con el depósito de color rojo.

Sánchez la coge y la observa durante unos segundos. Me mira brevemente y sigue fijándose, ceñudo, en la imagen de la motocicleta que nos interesa.

—La conductora, según un testigo, es delgada, de pelo rubio, con suficiente melena como para hacerse una coleta y de altura entre uno sesenta y uno setenta. Más bien, tirando a esto último —le digo sacándole brevemente de su atención.

El brigada se limita a asentir, para un segundo después, pasarse la palma de la mano por el mentón y mantener un gesto de cierta cavilación.

—Haremos todo lo que podamos —termina diciendo y sumándose en ese plural que intuyo que, en realidad, solo debería incluir a Morata y Maldonado.

Por un momento pienso que debo hacerme valer. No tengo claro que me considere, ni siquiera por las dos estrellas de seis puntas que tengo. Así que respiro hondo y decido ser más incisiva y perspicaz.

—La cabo Crespo, si no tienes inconveniente, brigada —le miro durante un par de segundos, seria y con un tono que es más imperativo que suplicante—, los acompañará.

Marco el imperativo, para no dejar dudas de la que es mi petición. Sé que eso rompe el esquema de la patrulla y la rutina que aquella mañana iban a realizar, pero me temo que, si no actúo de esa manera y determinación, no lograremos tener claro si esa mujer se ha hospedado por la zona. Cuando termino la frase y tras permanecer de nuevo un instante esperando respuesta o reacción del brigada, además de un leve asentimiento que me otorga mi petición, salgo de su despacho.

El resto de la mañana lo empleamos en diferentes cuestiones. Mientras Crespo se sumaba al equipo de Morata y Maldonado, Paones y yo nos fuimos a hablar con los vecinos con los que Maite, el día anterior, había quedado en que los visitaríamos. En poco tiempo, no más de quince minutos, llegamos al grupo de casas y chalets cercano a la vivienda de Malena Morán, y donde tuvo lugar el asesinato.

—Aquí en temporada baja no hay mucho movimiento…

La voz de Paones, subiéndose el cuello del tres cuartos acolchado que lleva, me hace girar la vista en derredor. Es cierto que se ve bastante calma y pocos coches aparcados. En concreto, solo tres. Una ligera llovizna, que apenas moja en los primeros momentos, empieza a caer.

—Los vecinos que viven aquí y estaban ese día son los de la casa aquella —me señala el sargento primero una vivienda unifamiliar de dos pisos y un ático, por el ventanuco que se ve en el tejado— y esta. —La que me señala ahora está a unos diez metros

de donde hemos aparcado el coche. Es más pequeña, de dos pisos, un jardín más escueto y menos cuidado.

Miro a ambas. Sé, por los informes, que una la ocupa un periodista de Oviedo, que escribe en varios digitales y revistas, principalmente de viajes y gastronomía, y que le debe ir bien, porque trabaja desde allí muchos días de la semana. La otra, la que está más cercana a donde hemos aparcado el coche es de los dos jubilados, antiguos profesores de instituto de Gijón, que cuando dejaron la vida profesional y activa se fueron a vivir a Tapia de Casariego.

—¿Por quién empezamos? —le pregunto a Paones.

—Maite quedó ayer a esta hora —se mira el reloj de su muñeca — con la profesora.

Me miro yo el mío, que es el mismo de ayer, y veo que son casi las diez. Avanzamos hasta la puerta y tocamos el timbre.

—¿Te ha llamado o puesto algún mensaje la madre de Lucas? —le pregunto acordándome que hoy debería llamarnos.

—Nada. Es raro, porque me dijo que sobre esta hora me diría a la que podía atendernos —dice comprobando el móvil.

18
Tapones y ladridos

Tapia de Casariego. Asturias
20 de noviembre. 11:02 horas

—Pues, si se acuerdan de algo o… —Paones termina la frase dejándola colgada.

Los dos jubilados, además de tener ya bastantes años —en el caso de ella ochenta y dos, y tres más él—, la capacidad auditiva la tienen mermada. De eso una podía darse cuenta nada más entrar en la casa por el volumen del televisor y cómo se llamaban cuando estaban en otra habitación uno y otro.

Son dos personas afables, de cultura amplia y modales exquisitos y cordiales. Ella había ido a la peluquería el día anterior, sin duda, para que no pensáramos que era una jubilada exenta de cierta coquetería y cuidados. Me pareció entrañable ese gesto. Él, con una elegancia antigua y algo desgastada, también nos recibió con una camisa limpia, un jersey de pico de color avellana y unos pantalones de vestir gris marengo. Los zapatos, en ambos, estaban limpios y recién lustrados.

Pero, salvo el café recién hecho, una pastita que se empeñó en ofrecernos, porque las hacía una amiga en un obrador de Castropol, y que nos enseñó las fotos de sus hijos y nietos, poco pudimos sacar. Les ayudaba a limpiar y mantener la casa en orden, según nos dijeron, una chica paraguaya que se había trasladado hacía tres o cuatro años a Tapia de Casariego, con su marido. Un mecánico de un taller de motores de embarcaciones.

—Pero ella no duerme con ustedes, ¿no? —les pregunté con la esperanza de que ella nos pudiera decir algo más.

—No, no. Diana vive con su marido. Es un antiguo empleado de los astilleros que cogió el dinero y negoció la salida. Montó un taller

y arregla todas las embarcaciones. Manolo tenía una… —señaló a su marido.

—Pero eso era hace años. Salía a pescar muchos días, ¿saben? —nos comenta él con un gesto de añorante fastidio.

Al cabo de un poco menos de una hora, nos fuimos de allí. No sacamos nada más, salvo su cordialidad, su simpatía y amabilidad. Dormían juntos, pero con tapones ambos. Ni escucharon ladridos, ni coches, motos o algo que nos pudiera servir. Fueron a dar un paseo a media tarde, hasta las nueve y media o así, que pasaron a tomar un vino él y un café con leche ella, en un bar del centro, hablaron con un par de conocidos y volvieron a casa. Él seguía conduciendo, aunque ella ya apenas lo hacía. Regresaron a las nueve y media pasadas, cenaron algo ligero y él se quedó leyendo en el salón mientras ella preparaba algo en la cocina para el día siguiente. A las doce, más o menos, se acostaron. En sus móviles, tampoco había nada reseñable, salvo algunos errores al hacerse fotos y mensajes de sus nietos en el lenguaje propio de ellos, con contestaciones de abuelos cultos, llenos de tildes, comas y buena construcción gramátical. *Como tu último ligue, Mariloli…*

—Es una pena que no sean los típicos jubilados insomnes que se pasan la vida mirando por la ventana… —me comenta Paones cerrando la puerta metálica del jardín.

Andando, sin mover el vehículo, nos dirigimos hacia la casa del periodista, que distaba unos cincuenta metros. Antes de que llegáramos, un hombre de unos cuarenta años sale a la puerta y nos abre desde el interior la cancela de la entrada. Es algo entrado en carnes, de pelo ensortijado, barba algo descuidada y poco o nada perfilada. Tiene los ojos marrones, algo inexpresivos y aunque la boca le queda parcialmente oculta entre la maraña del bigote y la barba, aprecio que nos sonríe tímidamente al acercarnos.

—Buenos días. Gracias por recibirnos. Yo soy la teniente Barrena y mi compañero es el sargento primero Paones. De la Guardia Civil —especifico.

—Vienen de Madrid, ¿no? La famosa UCO.

Yo asiento y sonrío a medias. Como viene sucediendo últimamente, nuestra supuesta fama nos precede y todavía no sé si

eso es bueno, malo o regular. Paones y yo nos limitamos a entrar en la casa, atendiendo al permiso que nos concede con su mano derecha.

—¿Quieren tomar algo? —nos pregunta.

—Yo no, muchas gracias —se adelanta el sargento primero.

—Yo tampoco, se lo agradezco, pero hemos desayunado hace poco —le secundo.

—¿Ni un café? Es de cafetera. Del bueno —insiste, mientras los tres estamos detenidos en el pasillo, antes de optar por ir a la cocina o al salón.

Tomás Ramos, que así se llama el periodista, nos hace un gesto con su mano indicando la cocina, mientras se encoge ligeramente de hombros.

—Yo sí me tomaré uno —nos dice, sonriente.

—Claro. Como guste. Está en su casa —digo un poco torpemente, sin saber si acompañarlo a la cocina, quedarnos en el pasillo o acceder al salón.

Ramos nos saca de dudas, indicándonos este último habitáculo y acompañándonos hacia el tresillo y los dos butacones que flanquean una mesa de madera. Las estanterías están llenas de libros y un par de plantas de interior. Una de las mesas es cuadrada, y debe servir para comer, pero en la que ahora reposa en ella un ordenador portátil y un disco duro externo de almacenamiento, enganchado a él. Nos indica que nos sentemos y él sale a la cocina, volviendo en muy poco tiempo, señal de que tenía preparado el café con leche que se ha traído en un buen tazón.

Los muebles son de *IKEA* o de alguna de sus alternativas. Funcionales, simples, de cierto diseño y de estructuras sencillas. No está decorado con gusto, pero tampoco puedo decir que sea chocante o desentonado.

El sargento primero y yo permanecemos de pie hasta que Tomás Ramos vuelve con su tazón humeante y nos señala con la mano el tresillo y uno de los butacones, optando él por el otro. Paones toma asiento, cercano a él, y yo me acoplo en la segunda butaca, que se sitúa enfrente de la que ha ocupado Tomás Ramos. Así, me digo, puedo observarlo mejor.

—Señor Ramos, lo primero es agradecerle que nos reciba. Ya sabemos que estuvo con nuestros compañeros, que contestó a sus preguntas, pero queremos afinar un poco más. Y como hemos avanzado en alguna línea de la investigación, hacerle algunas preguntas que nos pudiera ayudar. —Paones termina su pequeño discurso y mira a Tomás Ramos.

No es casualidad que haya comentado los avances, puesto que ese dato suele despertar los instintos de supervivencia o de conocimiento de casi todas las personas. Implicadas, sospechosas o no. Y sus reacciones, casi siempre, son útiles para sacar alguna conclusión. En el caso de Tomás, solo he podido constatar una ligera elevación de las cejas y la apertura de sus ojos. Puede ser una señal de sorpresa o de alarma. *No te lances, Mariloli.*

—Espero que lo resuelvan pronto —se limita a decir—. ¿En qué puedo ayudarles?

—Sobre todo, señor Ramos, nos interesaría conocer todos los detalles del tema de lo del perro. Usted llamó a la Guardia Civil, ¿es así?

—Sí, así es.

—¿Qué le hizo avisar a nuestros compañeros?

Tomás Ramos da un buen sorbo al café que, ciertamente, huele bien y su aroma se me hace sugestivo y agradable.

—Me suelo levantar pronto. A eso de las siete y media o así. Me gusta escribir a esa hora de la mañana, porque es cuando estoy más tranquilo. Además —hace un gesto arrugando un poco las cejas y frunciendo los labios—, tenía que entregar algunos artículos. Uno de ellos, ese mismo día, por lo que quería repasarlo bien y ponerlo a punto.

—Trabaja usted para varios diarios, ¿no es así? —le pregunta Paones.

—Sí. Digitales, más que nada —señala con una sonrisa que se le adivina, más que se le ve, tras su barba—. En España y algo en Inglaterra.

—Entiendo que le va bien… Vamos que trabaja mucho y en sitios muy interesantes —apunta Paones con una sonrisa. Yo sé que

lo que pretende es establecer con Ramos una corriente de simpatía para sacar el máximo provecho de nuestra charla.

—No me puedo quejar —contesta algo ufano.

No sabe nada el sargento primero, Mariloli…

—Entonces, se levantó a las siete y media y ahí fue cuando escuchó al perro, ¿no es así?

—Pues… no fue inmediato. Pero tampoco sabría decirles si ya estaba de antes. Entre que bajo, me peleo con los bostezos y preparo el primer café, pasa un tiempo. Minutos, quiero decir, pero que pueden ser quince, fácilmente.

—Entiendo. O sea, que fue ya en la cocina cuando escuchó los ladridos —insiste el sargento primero.

—Sí. Al principio no sabía lo que era, pero cuando me asomé, era un perro, que salía a la calle, volvía a entrar y no dejaba de ladrar. Decidí llamar a la Guardia Civil, aunque entiendo que son cosas de la municipal… Pero prefiero hacerlo a ustedes. Me fío más… —dice con una sonrisa venerable.

—Gracias —le sonríe condescendiente Paones—. Nos dice que el perro iba y venía… ¿Nos puede especificar mejor el lugar?

Ramos duda un instante, coloca un gesto de sorpresa —o de alarma—, deja el tazón en la mesa y traga saliva. Se pasa la mano derecha por la barba y asiente.

—Sí, claro —dice levantándose y haciendo un gesto para ir a la cocina, por lo que le imitamos el sargento primero y yo—. Yo bajé por las escaleras —nos indica cuando salimos del salón y pasamos al lado de ellas—, me meto en la cocina, voy a la cafetera y es cuando oigo al perro. Espero un tiempo, claro, pero el animal no se callaba. Miro y lo veo muy nervioso. Lo vi desde aquí. —Con un único paso rápido, se acerca a la ventana que hay al lado y nos señala—. Ahí estaba el pobre animal.

—¿Dónde exactamente? —insiste el sargento primero con una expresión concentrada, mirando al exterior.

Ramos vuelve a dudar un instante.

—Exactamente, bueno… Se movía como les digo —resopla levemente—. Lo vi… nervioso, pasó una motocicleta y casi lo atropella, así que cogí el teléfono y marqué el número de la Guardia

Civil de aquí —señala una tarjeta pegada a la nevera donde están todos los números de emergencias, publicada por el Ayuntamiento y que ha debido repartir entre los vecinos—. Estaba en el cruce de las calles —señala tímidamente.

—Dice que el perro iba y venía… —intervengo.

—Sí. A ver… —ladea la cabeza algo dubitativo—, entraba, salía del jardín… ladraba. Llamaba la atención. Me dio miedo que provocara un accidente. Y los ladridos eran fuertes. Al principio lo dejé pasar, pero luego, ya cuando subí para empezar a trabajar, volví a escucharlo desde el dormitorio y fue cuando llamé.

Me quedo mirando el espacio que ocupa la cocina. No es grande y tiene dos ventanas. Una, la que nos indica, es la que da a la calle principal, más amplia que la segunda, desde la que se ve una calle adyacente y perpendicular a esta. La distancia que nos indica no es mucha, pero tampoco corta para que unos ladridos, por muy altos y estridentes que sean, puedan despertar a alguien. Giro la mirada un momento hacia la escalera y me figuro la situación del dormitorio.

—El dormitorio donde duerme está en el segundo piso, ¿no? —le pregunto.

—Sí —contesta asintiendo a la vez—. Encima del salón.

—¿Podemos subir?

—Eh…, sí… menos mal que soy una persona ordenada —nos sonríe con algo de tirantez.

—No se preocupe. Será un momento —le indico mientras le hago un gesto con la mano para que nos abra el camino.

Cuando subimos, vemos que es una casa de tres dormitorios en esa planta, a la que se accede por una escalera de madera, algo pasada de moda, pero que se ve robusta y algo rural. Pasamos al lado de dos dormitorios pequeños, ambos con las puertas abiertas. Uno tiene una cama individual y un par de estanterías con algunos libros y adornos.

—Este lo utilizo de despacho —nos dice al pasar por el segundo dormitorio, amueblado con una mesa de escritorio de contrachapado blanco, un ordenador portátil abierto y una segunda pantalla, bastante grande.

Finalmente llegamos a su dormitorio. Tiene una cama de matrimonio, un armario empotrado y una televisión en una cómoda de hipermercado. A los lados de la cama, sendas mesillas a juego con la cómoda. Una tiene sobre ella un par de libros y otra un lector de libros electrónicos. Se le ve funcional y cómodo, sin aparatosidad ni recarga de decoración. Tiene un cuarto de baño con ducha incorporado y dos ventanas. Una, la que da a la calle principal es la que nos interesa al sargento primero y a mí.

—Este es mi dormitorio —nos señala la obviedad con una sonrisa forzada—. Aquí fue cuando ya decidí llamar.

Paones y yo asentimos con una media sonrisa. Nos acercamos a la ventana que da a la calle principal y miramos a través de ella. Aunque no decimos nada, ambos buscamos lo mismo. Desde allí se ve la casa de Malena a unos sesenta o setenta metros, más o menos. Y estoy convencida de que al sargento primero también le parece una distancia excesiva desde donde dice que ladraba el perro. En ese momento veo que se acerca una motocicleta con un joven sobre ella. Sin pedir permiso, abro la ventana y entonces, cuando pasa justo delante de la casa, suena el motor de pequeña cilindrada, mucho más potente y estridente que cuando estaba cerrada. Por el petardeo que deja, parece que le han trucado el motor o el tubo de escape. El chico se queda un instante detenido en el cruce de ambas calles y aprovecho para cerrarla como si aquel movimiento fuera un acto sin significado alguno. El chaval arranca, pero el sonido ya es mucho más amortiguado. Me quedo mirando de nuevo a ese cruce, pensativa. Es el mismo que nos ha indicado que estaba el perro ladrando. No soy ingeniera ni tengo un medidor de decibelios, pero estoy convencida de que el sonido de ese motor trucado es más alto que los ladridos de un perro callejero.

—¿Conocía usted a Malena Morán? —inquiere Paones.

—La vecina asesinada, ¿no? —dice pellizcándose la nariz con los dedos de su mano derecha—. La verdad es que la vi muy pocas veces. No debíamos tener horarios similares. Alguna vez, pero sin contacto apenas.

—¿Y a Lucas Zárate?

—No. Ni idea de quién era. Me he enterado por los periódicos que tenía un par de restaurantes.

—El perro… ¿nunca lo vio por aquí? Era un callejero y suelen tener querencias hacia donde se les da de comer.

—¿El perro? No. No lo había visto. O no me fijé.

—¿Qué te ha parecido? —le pregunto a Paones, ya montados en nuestro coche.

—No nos dice la verdad. Ha estado bien lo de la ventana cuando pasaba la moto, mi teniente —me sonríe Paones.

—Me había fijado que los cristales son de esos de doble capa de vidrio y cámara de aire. Los tengo en mi casa y aíslan mucho del ruido. Y la temperatura, claro. —Respiro y me recuesto un poco en el asiento del acompañante—. Me parece muy complicado que unos ladridos a unos sesenta metros, por muy altos que fueran, despierte a alguien con ese aislamiento.

—A mí también. No me cuadra.

En ese momento, suena el teléfono del sargento primero acoplado al vehículo que utilizamos.

—Es la madre de Lucas —me dice Paones—. Lo cojo y escuchas tú también la conversación. Buenos días, señora Marquina —contesta pulsando el icono del teléfono en el panel de navegación de nuestro vehículo.

—Hola. ¿Es usted el… sargento Paones? —duda un instante la señora.

—Sí. Hablamos ayer y me dijo que hoy le venía mejor para charlar con más tranquilidad.

—Sí, hoy es mi día libre —explica. La madre de Lucas Zárate tiene una voz calmada, aunque un poco seca.

—Voy en el coche conduciendo. Espero que no le moleste que esté con el sistema de manos libres. —El sargento primero obvia mi presencia, para no meter a nadie ajeno a las conversaciones preliminares que han mantenido.

—No, no hay problema. Dígame, sargento.

Paones no le saca del error, por otra parte, muy común entre la gente civil, cuando le degradan un grado.

—Querría repasar un poco todo lo que habló con nuestros compañeros, si no le importa.

—No… —se la oye resoplar—. Pregúnteme.

Durante los siguientes tres minutos, Paones y la madre de Lucas Zárate van repasando todo lo que ella dijo al equipo del capitán Míguez. No añade o matiza nada, ni tampoco aporta ningún detalle adicional. El sargento primero me mira un par de veces y me hace una seña de que todo es lo que hemos visto y leído en las diligencias que realizaron nuestros compañeros de Policía Judicial de la Comandancia de Asturias.

—La verdad es que no les puedo decir nada más… Ojalá pillen a quien mató a mi hijo y a esa chica… —Paones y yo escuchamos el inicio de un sollozo.

Los dos aguantamos unos segundos antes de continuar.

—Le aseguro que estamos haciendo todo lo posible.

—Lo sé… —añade con un deje de desánimo—. Y también que no es fácil, como me dijeron sus compañeros.

—Como le digo, vamos a trabajar al máximo y a echar las horas necesarias, para resolverlo. Se lo prometo.

—Muchas gracias, sargento. —Se detiene un instante y escucho chascar ligeramente su lengua—. No debió irse de Bilbao… —añade con tristeza.

—¿Qué le hizo irse? —pregunta Paones, aunque no tanto porque tuviera interés en el caso, sino por darle muestras de cercanía e interés a la madre del fallecido.

—Le acosó una *ertzaintza*… No le dejó en paz hasta que se tuvo que ir. Él estaba con unos compañeros de la escuela de hostelería. Habían salido a tomar unas copas… Y bueno, alguno le debió decir algo a una chica. Un coche de los *ertzaintzas* intervino y la chica golpeó a uno con la porra… Mi hijo denunció, hubo testigos a favor de mi hijo, la expedientaron y… vamos que Lucas dijo la verdad… Entonces ella le hizo la vida imposible.

—Vaya, lo siento mucho.

—Nunca olvidaré el nombre de esa hija de puta. Miren Górriz López…

19
Otro nombre

Tapia de Casariego. Asturias
20 de noviembre. 12:32 horas

De inmediato, Paones y yo nos miramos. Aquel nombre, si mal no recordábamos, era el de la mujer que había alquilado la motocicleta y que permaneció en las inmediaciones de la casa de Malena Morán la noche del asesinato de esta y de Lucas Zárate. El sargento primero permanece un par de segundos en silencio. Yo le hago una seña para que siga él, habida cuenta de que no le hemos dicho nada de que yo estoy presente en el automóvil e intervenir pudiera ser algo que no recibiese bien la mujer.

—Esa *ertzaintza*… —retoma el diálogo Paones con suavidad, para no revelar más de lo debido, ni hacerla sospechar—, ¿qué le hizo a su hijo?

—Pues… no sé, todo, porque Lucas no me contaba mucho para no preocuparme, pero una noche me confesó que le seguía, que se había presentado en el trabajo a la salida y le hizo algunos gestos… A ver —respira—, no se arriesgó a amenazarlo o pegarle, pero… ya me entiende. También me dijo que de vez en cuando sonaba el móvil y nadie contestaba.

—¿El número estaba oculto desde el que le llamaba? —pregunta Paones con evidente interés.

—No, qué va… Lo debió hacer desde varios. Lucas fue a denunciarlo a la *Ertzaintza*, pero no le hicieron mucho caso porque no había amenazas… En fin, que al final, se olvidó del tema, encontró una oportunidad aquí y abrió el restaurante.

—¿Se vino justo después de aquello?

—Sí, más o menos. Decidió que no valía la pena. —Se detiene un instante—. No sé si tendría algo que ver —reanuda con la calma

tensa que le ha provocado estos recuerdos—, pero iba a poner una hamburguesería con un amigo… Una de esas modernas, con ingredientes raros y que están de moda, pero cuando iban a firmar y todo eso, los socios, que eran este amigo, otro compañero de la escuela de hostelería y un tío de este último, se echaron para atrás.

—Pero ¿por qué dice que no sabe si tendría que ver algo con lo de esta *ertzaintza*? —incide Paones.

—Nunca le dijeron nada… Pero, sargento, qué quiere que le diga. Todo fue muy seguido. Así que… decidió que no merecía la pena, vio esta oportunidad, que le dijo otro compañero de la escuela, y se vino.

—¿Y no han vuelto a saber nada de esa *ertzaintza*?

—No. Yo, desde luego, no. Mi hijo tampoco me dijo nada más de ella… ¿Piensa que tiene algo que ver?

—No, en principio, no. Pero tenemos que ver y analizar todo, señora Marquina. Rutina, más que nada.

—Por cierto… creo que tengo aquí en el móvil una copia de la denuncia que le hizo mi hijo y que provocó que no le dejaran en paz. Si quiere se la mando.

—Pues se lo agradecería.

—En cuanto cuelgue se lo envío.

—Muchas gracias.

—Es que no sé hacerlo mientras hablo —se disculpa la madre de Lucas Zárate.

—No se preocupe. Con que nos lo envíe cuando pueda, es más que suficiente.

—Le voy a pedir un favor… a cambio, sargento.

—Dígame y si está en mi mano, cuente con ello.

—Que cuando cojan al que lo hizo, no me entere por la prensa. —Un nuevo y comprimido sollozo se deja escuchar.

—Por ahora no le podemos decir más porque hay secreto de sumario, pero le iremos informando en lo que podamos.

—Seré discreta, sargento. No voy a ir contando cosas.

—Haré todo lo que pueda. Un saludo y muchas gracias.

—A usted.

Cuando cuelga el sargento primero nos miramos con el ceño fruncido. Yo no creo en las casualidades.

—Tenemos un giro importante, Juan —le digo.

—Y tanto.

—Un poco complicado… —murmuro.

—Estoy de acuerdo, Lola. Es delicado.

—Con la *Ertzaintza* en medio, habrá que hacer una llamada al comandante —le digo, al ser más experto que yo en estas lides.

—Tiene que saberlo, desde luego. Pero yo tendría más atado todo. Vamos a ver todo lo que ha sacado Maite de ella y el lunes se lo comentamos, con el mayor número de datos posibles.

—De acuerdo. Pues eso hacemos.

—Vamos a llamar a Crespo a que nos diga cómo van sus pesquisas y a decirle lo de Miren Górriz —le digo a Paones.

—Sí, mejor. No sea que los de la Comandancia de Bilbao se aceleren y nos convenga ir más despacio.

La cabo nos cogió el teléfono al segundo intento. Estaba, en ese momento, con Morata y Maldonado, en un hotel de Tapia de Casariego revisando fichas de huéspedes.

—Maite, tenemos novedades sobre la chica de la moto.

—Yo también. No es que sean explosivas, pero algo es algo.

—Te cuento —le iba diciendo Paones—. Esta chica es una *ertzaintza*. O era.

—¿*Ertzaintza*? ¿Y ahora aparece una empresa de detectives?

—Por eso digo lo de que *era.* No lo sabemos aún. Es un tema delicado, que debemos tratar el lunes con el comandante. No digas nada a nadie, por el momento.

—Descuida.

—Al parecer, ya había tenido problemas con Lucas Zárate en Bilbao —le informa Paones con medida neutralidad.

—¿Qué problemas?

—Acoso, Maite. Le hizo la vida imposible. No sabemos si ella, sus compañeros o es una exageración de la madre. Nos va a enviar la denuncia que le puso Lucas y por lo que surgieron todos los problemas con ella.

—Eso nos cambia el rumbo. Al menos, nos pone en el foco a esta motorista.

—Eso es. ¿Tú que has descubierto?

—No es que sea muy importante, pero sí tenemos cosas de ella. Llevamos ya cinco hostales, albergues y apartamentos. La moto la han visto dos personas. No es que nos hayan podido decir mucho, pero sí les llamó la atención. Uno es un empleado de una gasolinera de aquí de Tapia.

—¿Eso significa…? —digo sonriendo.

—Sí, que la vieron un momento sin casco y que es posible que haya una grabación de ella echando combustible. Fue hace una semana y media. La tal Miren llenó el depósito y pagó —continúa la cabo—. Cree recordar que lo hizo con tarjeta. El pago ya lo hizo con el casco, pero la visera levantada. Los ojos son oscuros, como marrones, muy típicos, nos ha dicho. Tampoco recuerda mucho más.

—Eso es que no le pareció atractiva —comento.

—Eso mismo he pensado yo —me secunda Crespo.

—¿Cámaras? —pregunta ahora el sargento primero.

—De las de dentro, no tienen. Nos han dicho que no las guardan. Que incumplen la ley y que nos pide perdón, pero que van grabando y no cambian el soporte. Así que, por ahí, nada. Lo bueno es que sí hay fuera y que esas las han cambiado hace poco, con lo que sí pueden tener imágenes de ella sin el casco. Les he pedido que me las enseñen, pero las están localizando.

—Algo es algo. ¡Joder, el móvil que dejó en la empresa de alquiler! —comento con sorpresa por no haber caído antes.

—Y el GPS de esa moto. Lo mismo buscó una gasolinera…

—Es una posibilidad. Pero me fío más de los del móvil y sus posicionamientos. Maite, lo tienes, ¿no?

—Sí, me lo dieron los de la empresa. Y su mail. Convendría pedir que nos dejaran meter mano ahí.

—Se lo pediré a la juez el mismo lunes. Pero antes hay que ponerlo en conocimiento del comandante.

Se escuchan varias voces de fondo por el sistema de audio del coche. Entendemos que están en la recepción del hotel y que Morata y Maldonado están haciendo preguntas al encargado.

—¿Has hablado con los de la comandancia de Bilbao? —le pregunto.

—Con un sargento de policía judicial.

—Dile, por favor, que no hagan nada hasta que lo veamos con el comandante. No sea que él prefiera hacerlo de otra manera.

—Sí, por lo que contáis, es mejor que él hable con los de allí y nos allane el camino.

—Gracias, Maite. En cuanto puedas, no sea que les llegue el tema antes de que se lo comentemos nosotros.

—Sí, en un minuto. Un momento, esperad… —nos dice.

Hay unos segundos de espera, en los que no nos dice nada, pero escuchamos las voces de fondo de Morata, Maldonado y de ella misma.

—Mi teniente… —dice al fin—, esto va tomando mucho color. —Las voces de Morata y Maldonado se difuminan o parecen alejarse, hasta que queda la de Maite Crespo sola y clara, sin ruido de fondo —. Miren Górriz López se alojó aquí. Pero con otro nombre.

20
Cosas de adultos

Tapia de Casariego. Asturias
20 de noviembre. 14:52 horas

Nos detuvimos a comer algo en *Nordestada*, uno de los bares de Tapia de Casariego. No tenía mucha hambre, por lo que, de común acuerdo, decidimos Juan Paones y yo picar algo rápido. Nuestra intención era utilizar esa tarde para poner en común todo lo que teníamos y fijar una estrategia. Después del picoteo, nos despediríamos de nuestros compañeros del cuartel de Tapia, pasaríamos por la casa rural, liquidaríamos la cuenta, recogeríamos las maletas, dejando las de Maite, que con el coche que tenía podría moverse de forma independiente sin necesidad de depender de nosotros. Así ella podría terminar con todas las pesquisas necesarias en lo referente a Miren Górriz López. Nos había dicho que se iba con Maldonado y Morata a la gasolinera donde había repostado nuestra misteriosa motorista. También aprovecharía para redactar las peticiones a nuestra querida *Darth Vaper* de intervención del móvil y de su mail.

Cuando estábamos terminando de picar un par de pinchos de tortilla de bacalao y media de croquetas, que nos hicieron en especial, porque generalmente servían raciones enteras, suena mi móvil. Es la sargento Maté.

—Dime, Rosa —le digo.

—A tus órdenes, mi teniente. ¿Estás sentada?

—Se puede decir que sí, pero no sé si es suficiente. Intuyo que lo que me vas a decir tiene mucha miga.

Estábamos en la barra, sentados en sendos taburetes altos, pero me levanté poniéndome en guardia.

—Lo tiene, sin ninguna duda. —Hay un segundo de silencio donde la sargento no me dice nada—. Ya sé de dónde sacaba los ingresos Malena Morán. Los gordos, quiero decir.

—Dame alguna pista.

—Cosas de adultos.

—¿Cómo dices? —pregunto extrañada.

En efecto, aquella información merecía que estuviera sentada. El sargento primero me mira extrañado, mientras pide los dos descafeinados. Le hago una seña y abriendo mucho los ojos, entiende que es importante.

Terminamos rápido las consumiciones y tuvimos que calcular si nos daba tiempo a lo que yo pretendía en tan poco tiempo. Teníamos unos cuarenta minutos para ir a Gijón, y dos horas para intentar cerrar una reunión a toda prisa allí.

Tras organizar todo con Maite Crespo, con la máxima rapidez posible y pasarnos por la casa rural, decidimos acercarnos a Gijón. Si todo salía bien, nos podríamos entrevistar con los responsables de esa empresa y coger el vuelo a Madrid a las siete y media de la tarde. Aquello era suficientemente importante como para darle prioridad. Llamé varias veces a la juez Vega, pero no me lo cogió. De hecho, el teléfono estaba apagado o fuera de cobertura como anunciaba el aviso de voz.

—Maite, por favor, mírame las matrículas de los coches que tenga en renting o propiedad la empresa que le pagaba a Malena o cada uno de sus dos socios mayoritarios.

—Te lo mando enseguida al *whatsapp*, mi teniente.

—Eres mala… —me dice Paones con mirada traviesa.

—Hay que pillarlos, que nos tenemos que ir a Madrid con los deberes hechos —le devuelvo la sonrisa.

—Lo malo es que no hayamos localizado a su señoría.

—Lo mismo Míguez tiene razón en lo de llamarla *Vaga* en vez de Vega. Tendremos que ingeniárnoslas para sacar algo en claro de esta entrevista.

Condujo el sargento primero, concentrado y a más velocidad de la permitida. Si nos paraban nuestros compañeros de tráfico, ya se lo explicaríamos. De camino armamos una estrategia para cuando

habláramos con ellos. Quedamos en que la policía mala sería yo y el más tranquilo él. Y que la sorpresa fuera lo que no les dejara construir otra cosa que no fuera la verdad. En algo más de media hora estábamos en la puerta de aquella empresa. Cuando nos bajamos del coche, Paones y yo nos miramos. Nada hacía pensar que nos encontrábamos en la puerta de una de las empresas más boyantes del mundo pornográfico de Europa. Y, posiblemente, del mundo.

Cuando aparcamos, lo primero que vimos fueron las dos matrículas que nos había pasado la cabo Crespo. Ahora ya sabíamos que con los que nos debíamos entrevistar, estaban esa tarde trabajando. Entramos en un amplio recibidor, aséptico, neutro, de color claro y con una recepcionista morena, de pelo largo y ojos grandes y expresivos. Parece una azafata de congresos con sonrisa de dentífrico aconsejado por dentistas. A su lado hay otra chica, más voluptuosa, más llamativa. Rubia platinada y cara con demasiada experiencia acumulada. Nos mira de reojo, pero no se retira mucho de donde está.

—Buenas tardes. ¿En qué puedo ayudarles? —nos dice la joven azafata morena.

—Buenas tardes —le contesto enseñando mi identificación y siendo imitada por Paones—. Soy la teniente Barrena de la Guardia Civil, él es el sargento primero Paones y querría hablar con Alejandro Puente. También me vale Sonia Montero. Y a ser posible, con ambos.

—Pues… no sé si están. ¿De qué se trata?

—Es un asunto importante —insisto con un leve gesto de impaciencia.

—¿Tenían cita? —me pregunta la joven recepcionista mirando una pantalla de ordenador.

La otra chica, platinada, esbelta y mirada sin brillo, se aleja un par de pasos en dirección a la máquina expendedora de bebidas que hay en la entrada.

—No sabía que esto era como un dentista. ¿Cómo se llama usted? —añado de inmediato para que no replicase mi pulla—. Es por saber con quién estoy hablando y llamarla por su nombre. —Mi

voz es tranquila y serena, para no elevar la tensión que se le notaba a la mujer.

—Alicia Cerezo.

—Bien, Alicia. O señora o señorita Cerezo, como prefiera. Necesitamos con extrema urgencia hablar con los dos socios o dueños de esta empresa. El asunto no se lo puedo decir, pero es muy importante.

—Es que… claro, si no me dice de qué se trata…

—¿Le puedo llamar Alicia?

—Sí, claro.

—Bien, Alicia. Voy a ser muy concisa y directa. Se trata de una investigación de asesinato. No es conveniente obstruir las labores de la justicia. Y ya sabemos que es un viernes por la tarde y que es normal estar ya pensando en el fin de semana. Pero las circunstancias mandan. ¿Me puedes pasar con Alejandro Puente o Sonia Montero?

—Pues mire… es que no sé si están.

Me quedo sonriendo beatíficamente a la tal Alicia, a la vez que con los ojos la taladro con cruel suavidad.

—Sí están —aseguro con seriedad—. Sus coches están aquí.

—¿Tendrán una orden judicial o algo? —nos pregunta algo asustada o preocupada.

—Alicia… —cambio la sonrisa por una expresión dura—, hemos venido a hablar. Pero si lo prefiere, podemos llamar a la autoridad judicial y que nos extienda esa orden. Aunque, si sucede eso, y molestamos a su señoría una tarde de viernes, no sé si todo esto se va a alargar más de lo debido.

—No venimos ni a tomar declaración ni a citarles en el cuartelillo o la comandancia. Sólo queremos hablar con Alejandro Puente y Sonia Montero —media Paones para que la chica se tranquilice y nos dé acceso a sus dos jefes.

—No quiero parecer… que no les ayudo, ni que estoy en su contra, pero es que… como Hacienda, y los inspectores de trabajo, no hacen más que venir a mirar todo…, pues tengo orden de no dejar pasar a nadie que no tenga cita. Lo siento… Si me enseñan esa orden o algo que yo pueda… Compréndanme…

Le vuelvo a sonreír y miro a Paones con un gesto de impotencia y de que no me queda más remedio que hacer algo que no quiero. Como la juez Vega no nos responde, y además dudo que nos hiciera esa orden en tan poco tiempo, se me ha ocurrido algo.

—Vamos a irnos ahí, donde la máquina de vending. Me voy a tomar una *Coca Cola Zero Zero* y voy a hacer una llamada. ¿De acuerdo, Alicia? Pero, yo que tú, iría llamando a tus jefes.

La chica se limita a asentir. Se la ve asustada, pero por la razón que sea, solo cumple órdenes. Se me ha ocurrido algo que no es legal, pero tampoco nos compromete, si lo hacemos bien.

—¿Qué vas a hacer? —me dice Paones que ya me va conociendo.

—Espero que no me delates, mi sargento primero —le digo con un gesto cómplice, mientras pulso el botón de llamada.

La voz del capitán Míguez suena en mi móvil, y para no delatarme, no lo saludo de forma reglamentaria.

—Necesitamos su ayuda —le digo, pasando a explicarle lo que se me ha ocurrido y obviando el empleo, porque mi plan es que nadie sepa que es capitán—. Señoría —hablo con algo de pomposidad—, necesitamos que hable con una persona. Es relativo al asesinato de Malena Morán.

Paones me mira sorprendido y a la vez, entre divertido y algo confuso. Con paso decidido me voy hacia donde está la chica que ha estado hablando en voz baja durante un par de minutos. Seguramente con las personas que queremos entrevistarnos.

—Alicia, le voy a pasar con el juez Míguez, que es el encargado de llevar la instrucción de este caso, ¿de acuerdo? —la chica se limita a asentir y a poner un gesto expectante y algo asustado.

Dejo el móvil con el altavoz sobre el mostrador.

—Señoría, ya le escucha la joven.

—Gracias, teniente. ¿Me oye, señora Cerezo?

—Sí —dice dubitativa la joven.

—Sé que es viernes por la tarde y que no es la manera más habitual de realizar esto, pero es de mucha urgencia. Necesito que los dos guardias civiles, en función de policía judicial a mi cargo, hablen esta misma tarde con estas dos personas. Y si no lo hace,

dictaré un requerimiento a tal efecto. Y ese requerimiento no solo irá dirigido contra la empresa, sino de forma personal a usted y al señor Alejandro Puente y a la señora Sonia Montero, como ciudadanos que son conocedores de una información sustancial y determinante en la investigación de un delito de asesinato y que no quieren darnos.

—Entiendo, señor juez —me mira con dudas—. Pero esto… lo deberían ver nuestros abogados… —se encoge de hombros.

—Sí, por supuesto. Pero le debo hacer una advertencia. Al ir usted como destinataria, no se olvide de preguntarles, de forma inmediata, me permito sugerirle, qué debe hacer ante un requerimiento personal de estas características. No tengo duda de que le aconsejarán cumplirlo.

—Yo no quiero entorpecer…

—Pues entonces, señora Cerezo, vamos a hacer las cosas fáciles. Usted llama a sus jefes, la Guardia Civil habla con ellos, sin levantar acta de manifestaciones, ni de declaración formal, y resolvemos este tema sin burocracia legal. Si es necesario, el lunes les envío el requerimiento, pero la urgencia nos obliga a que sea hoy mismo cuando se entrevisten la teniente y el sargento primero con el señor Puente y la señora Montero.

Quince minutos más tarde estamos sentados en una sala de reuniones delante de dos jóvenes de unos treinta años, con aspecto de informáticos despistados y cara de pocos amigos, aunque asustados. Ella, de pelo corto y moreno, viste con una sudadera negra con capucha y una leyenda que no dejaba de ser interesante: *False* en mayúsculas blancas y entre corchetes rojos, y justo debajo, *It's funny because it's true*, en blanco y una tipografía menor. Los pantalones de color arena, anchos y tipo cargo. En los pies, unas zapatillas de buena marca. Él, con barba a medio hacer y poco cuidada, con claros en las mejillas y el pelo rizado y de color castaño, viste una camiseta de color blanco y encima una camisa abierta de cuadros azules y grises. Un pantalón vaquero demasiado estrecho para mi gusto y otras zapatillas deportivas de marca diferente a su socia, pero de un valor casi parecido.

—Buenas —les digo con una media sonrisa—. Soy la teniente Barrena de la UCO —les muestro mi identificación—. Estamos aquí

por una investigación de asesinato y les agradecemos que nos reciban. No tenemos mucho tiempo y debemos acelerar al máximo. —Cuando termino me los quedo mirando.

Lo que les he dicho, en sí, no es verdad ni mentira, pero me da pie a ser un poco más incisiva y a seguir con nuestra idea de preguntarles todo lo que podamos en nuestra visita, algo intempestiva.

—Esto es… oficial. ¿Quiero decir, estamos siendo investigados o imputados… o como se diga? —dice ella con un tono bajo y dubitativo.

Paones y yo nos miramos. Él inspira despacio, yo miro un poco al techo y hago como que pienso.

—¿Sonia Montero? —arrugo ligeramente las cejas como si no estuviera segura.

—Sí —me contesta escuetamente.

—Señora Montero —inspiro yo también aire—, en absoluto. Si fuera así se lo habríamos notificado. Solo estamos investigando un asesinato y debemos hablar con ustedes para completar un tema sobre los ingresos de Malena Morán.

Ambos asienten en silencio, con lo que decido continuar sin espera y tras mirar de soslayo a Paones que se muestra hierático mirando a los dos informáticos, y según dueños del registro, dueños de la empresa.

—Sabemos que, al menos durante un par de años, los dos últimos para ser más concreta, la señora Morán ha cobrado de sus empresas.

Tanto Sonia Montero como Alejandro Puente se miran entre ellos de forma lenta y algo esquiva. De inmediato, ella cruza los brazos sobre su pecho y él retrasa el cuerpo apoyándolo completamente en el respaldo de la silla que ocupa. Ambos gestos son, psicológicamente, de tipo defensivo.

—Las tres empresas de las que ustedes son accionistas y apoderados mantuvieron en el año anterior, relación comercial con la asesinada. Y el último solo con una, pero también salen en sus declaraciones de IVA una empresa holandesa, cuyos propietarios son, precisamente esas empresas españolas que antes he citado. No

venimos —me adelanto a lo que me pudieran argüir— para fiscalizarles ni para conocer nada de sus impuestos o de cómo cumplen con nuestra querida Agencia Tributaria. Solo queremos saber la razón por la que Malena Morán tenía ingresos de esta empresa. No nos interesan sus declaraciones ni si son correctas o no. No somos de Hacienda ni vamos a tomar testimonio de nada sobre esto —vuelvo a incidir, observando que, aunque no cambian de postura, sus gestos faciales se han destensado ligeramente.

—Esto es una actuación informal. —Apunta Paones con voz sobria y lenta—. No levantaremos acta ni lo que ustedes digan aquí tendrá valor judicial. Como dice la teniente, es solo que necesitamos completar una información para continuar con la investigación del asesinato de Malena Morán.

Alejandro Puente carraspea y se mueve en la silla. La sala de reuniones en la que estamos es funcional, amplia, con una gran mesa cuadrada de madera rústica y sillas de ruedas giratorias, bastante cómodas. Teniendo en cuenta eso y las más de veinte personas que, cuando nos han acompañado a esta sala, hemos visto teclear de forma afanosa en sus respectivos ordenadores, no parece, para nada, que nos encontremos en una de las empresas de material pornográfico más importantes de España, Europa y, seguramente, del mundo.

—Nosotros somos una empresa tecnológica. Y tenemos varias soluciones… —comienza hablando en un tono apagado e indeciso—. Empezamos hace unos quince años. Los dos estudiamos ingeniería informática, pero desde los dieciocho hacíamos webs, servicios de posicionamiento… cosas de esas.

—¿Y cómo llegan al porno? —pregunto de forma directa, porque no queremos que nos divague sobre lo que hacen, que ya hemos visto, investigado y haremos constar en nuestro informe.

—En esos inicios… —vuelve a aclararse la garganta— nos ofrecieron colocar un banner en una página porno. Y eran los que mejor pagaban. Entonces estudiamos el tráfico a esa página, los clics, los usuarios… El caso es que era rentable y nos decidimos a ponerlo. Se trataba de una web que hacía de buscador para ir de copas por Asturias. Era nuestra y… la verdad es que se nos disparó.

Multiplicamos por diez el tráfico, el tiempo de permanencia en la web, las interacciones… Fue brutal.

—Entiendo que siempre han trabajado juntos, ¿no? —interviene Paones mirando a ambos.

—Sí. Nos conocemos desde que íbamos al instituto —aclara ella, con una voz más firme—. Lo que le dice Alejandro —retoma inmediatamente el discurso Sonia, más aplomada y relajada que él —, es que vimos que en ese mundo había dinero. Mucho dinero, la verdad.

—¿Y montaron una productora porno? —pregunta Paones, no sin cierta sorpresa.

—No, y eso hay que aclararlo —vuelve a responder ella—. Nosotros no producimos nada. No rodamos, no tenemos estudio de grabación ni nada remotamente parecido a eso. Ni patrocinamos, ni promocionamos, ni comercializamos. Lo que ofrecemos es una plataforma de visualización y alojamiento. Como le ha dicho antes Alejandro, somos una empresa tecnológica. Además de esta plataforma, ofrecemos soluciones digitales de posicionamiento, publicidad, comercio electrónico…

—Explíqueme esa plataforma de visualización, si es tan amable —le pregunto a Sonia.

—Es como… si alquiláramos salas como esta, por ejemplo. Nosotros ofrecemos un canal para que la gente comercialice sus contenidos.

—De adultos, entiendo —remarca Paones.

—Sí. Se suscriben, suben su contenido, les ofrecemos herramientas de posicionamiento para que se coloquen mejor en la pantalla o que si un usuario busca determinado nicho, ellos aparezcan antes que otros —explica Sonia Montero.

—Entonces, ustedes no graban ni contratan a actores, ni estudios, ni guionizan, ni promocionan. ¿Es correcto? —insisto.

—Exactamente. Usted, por ejemplo —me dice Sonia con evidente descaro que ha ido creciendo a medida que la entrevista se desarrolla— quiere vender sus escenas de porno amateur con su compañero —ninguno hacemos el más mínimo movimiento ante esa pulla, directa o indirecta—, pues se suscriben, suben su contenido,

que debe tener unos mínimos estándares de calidad que el algoritmo detecta, y una vez cumplimentado todo, como los documentos de identidad para comprobar mayorías de edad y rellenar un contrato y una declaración de conocimiento del funcionamiento de la plataforma, que se firma digitalmente, ya lo tiene circulando. Si quiere que se viralice o tenga más oportunidades de negocio, puede invertir en la plataforma para que salga en mejor posición, aparezca a determinados usuarios, en un horario premium… Hay bastantes opciones.

—Y Malena Morán subía contenido —le pregunto.

—Entiendo que sí. O actuaba en directos. Pero no se lo puedo asegurar. Como le digo, nosotros solo nos dedicamos a manejar la plataforma, no los contenidos. Todo va automatizado. Desde el número de visitas, los ránquines de visualizaciones, los *tokens* que compran los usuarios…

—¿*Tokens*?

—Sí —me sonríe—. Es la moneda que compran los usuarios y que pagan a los que hacen shows personales.

—Es decir… que uno puede subir una escena grabada o puede hacer algo en directo, que le piden los que están viendo a través del ordenador. ¿Es así? —pregunto.

—Exactamente —me corrobora Sonia, que decididamente ha tomado el control de las respuestas.

—Y Malena Morán, señor Puente —hago por romper esa posición que ha ido adquiriendo su socia—, ¿qué subía? ¿Escenas grabadas o actuaba en directo?

—Como le dice Sonia, no podemos saberlo. Eso nosotros lo desconocemos. No queremos, de hecho, saber más allá de lo que le estamos diciendo. Son muchos los que utilizan nuestra plataforma y no los conocemos. A ninguno —recalca.

—¿Y si dentro del contenido hay algo ilegal? ¿Consumo de drogas o violencia física?

—En primer lugar, hay una declaración sobre el contenido que excluye todo lo referente a ese tipo de actuaciones. Las ilegales, me refiero. Sea cual sea. E incluso, cuestiones que no admitimos en la plataforma, como zoofilia, incesto, brutalidad sexual… Nos exoneran

los usuarios, directamente, haciéndose responsables de su contenido, en exclusiva. En segundo lugar, el algoritmo detecta si un contenido que se ha subido puede infringir las normas. Y en tercer lugar, a los usuarios que denuncien esas prácticas, se les prima por hacerlo. Es decir, hay tres filtros que funcionan muy correctamente. Hemos sido investigados por la Policía Nacional en muchas ocasiones y nunca, nunca —recalca— nos han podido detectar nada ilegal.

—Estoy segura de que funcionan esos filtros. Pero, como me ha dicho su compañera, cuando alguien sube lo que sea, una escena o actúa en un directo, debe rellenar un formulario, subir alguna identificación… Aunque sea solo por dejar claro que se es mayor de edad y que se consiente a que se comercialice con ese contenido para adultos.

—Cumplimos a rajatabla toda la legislación —me contesta.

—¿Nos podrían mirar si Malena Morán lo hizo? Eso nos daría la seguridad de lo que estamos buscando —interviene Paones con voz pausada.

—Necesitaríamos saber qué es lo que hacía Malena Morán en su plataforma, señora Montero y señor Puente. Y si actuaba con alguien —apostillo para dejar clara nuestra intención.

—Me temo que, para eso, sobre todo lo segundo, sobre quién actuaba con ella, si es que lo hacía con alguien, necesitamos una orden judicial —interviene ella mirándole a él—. No es porque queramos obstaculizar a la justicia, pero por la ley de protección de datos y el negocio del que estamos hablando… deben entender que es bastante… peliagudo el tema.

Me quedo mirando a Sonia Montero con una sonrisa cándida. Adelanto mi cuerpo y enlazo mis manos.

—Entiendo que no nos lo van a dar ahora…

—Sí la información fiscal, porque es pública. No podemos en lo referente a con quién actuaba. Suponiendo que lo hiciera con alguien… —se excusa él.

—Vendremos con ese requerimiento judicial. Pero vayan acelerando todo lo posible y busquen esa información. Con quién actuaba o subía escenas, cuántas, cuándo, quién usaba esos *tokens* con ella… Todo.

—Aceleraremos, pero…

—Sí, ya sabemos. El requerimiento, que su asesoría legal estudiará y que, en un tiempo, ya veremos cuándo, nos contestarán. Eso nos complica un poco, ¿sabe? —les digo mirando a ambos alternativamente.

—Lo entendemos, pero es información muy personal, y…

—No se preocupe, señora Montero. Que vendremos con ese requerimiento, de la empresa y personales a ustedes. Y nos lo tendrán que entregar. Mientras, les ruego que vayan recopilando esa información. Completa. No les entretenemos más —me levanto imitándome Paones. Ambos tenemos un rostro serio y apremiante—. Como entenderán, esta información es de vital importancia para esclarecer este asesinato.

Salimos de las oficinas con un gesto adusto de todos. No conseguimos nada más. Se enrocaron en la necesidad de la orden judicial y no les pudimos mover de ahí.

—Pues habrá que ingeniárselas para que nuestra querida juez nos dé las pertinentes diligencias… —le digo a Paones camino del coche, ya en el parking.

—Sí… no le veo otra alternativa.

En ese momento, justo antes de montarnos en el vehículo, vemos que se nos acerca la rubia platinada y de mirada algo vacía que estaba con la recepcionista.

—¿Son guardias civiles? —nos pregunta algo azorada y mirando a la entrada del edificio.

—Sí —le contesta Paones.

La chica, que de cerca es más joven de lo que aparentaba en un principio, me mira de arriba abajo, sopesando si en efecto puedo ser o no picoleta. Al final, con un ligero mohín de aceptación, respira profundamente y nos mira a los dos alternativamente.

—Soy Adela. Aunque… artísticamente, Erika Bum.

Ambos, Paones y yo, nos quedamos mirándola sin entender bien lo que representa esa mujer.

—He… —duda un instante—, he… trabajado con Malena Morán. En esto —señala al edificio.

—¿En contenido de adultos? —le pregunta Paones.

—En porno. Sí. —Su contestación es seca, con un punto de orgullo mal concebido, quizá proveniente del rechazo que puede suponer en el resto de los ciudadanos—. No tengo mucho tiempo ni quiero que nadie sepa lo que les he dicho —mira de soslayo a la entrada, aunque no sale ni se mueve nadie, lo que le tranquiliza—. Yo no sé si tendrá mucho que ver o no, pero Yoel era quien trabajaba con Malena. Ella se hacía llamar *Chanel*.

—Quiere decir que Malena hacía escenas con Yoel, ¿no? —le pregunto.

—Sí, algunas. Otras, sola. Pero él era quien le llevaba…

—¿Llevaba? —interviene Paones extrañado.

—Sí, bueno, algo así como su chulo. Aunque se presentaba como representante. A mí también me intentó reclutar.

—¿Y sabe dónde podemos encontrar a ese tal Yoel? —Pregunta el sargento primero.

—¿Yoel? Hace una semana que nadie sabe nada de él. Me debe dinero, el muy cabrón.

21
Un loro y unos ojos verdes

Madrid
20 de noviembre. 20:52 horas

El ascensor sube despacio hasta la quinta planta y cuando se abren las puertas, ya escucho las voces que salen del 5º B. Llamo al timbre y sin darme cuenta me atuso la melena. Voy con un abrigo de entretiempo de color arena, que me llega hasta medio muslo. Solapas cuadradas y levantadas. No me costó mucho y es una mezcla de lana y poliéster. Me gusta y me entalla bastante bien. Llevo una bufanda, a modo de detalle decorativo en toques caquis y azules claros. La camisa, por fuera del pantalón, salvo la parte que me mete en la hebilla del cinturón, es de color blanco. Y el pantalón, uno de la temporada pasada, tobillero de color azul marino básico, y de *Zara*. En los pies unas zapatillas de una marca poco conocida, de color siena. No hace mucho frío y pega bastante a mi atuendo.

Alonso me recibe con esa sonrisa tan bonita y que hace que se le arruguen un poco sus mejillas y la comisura de sus ojos pardos claros. Lleva una camisa azul claro, remangada, y unos vaqueros blancos que le quedan perfectos. Huele a esa colonia que ya reconozco, algo fresco pero masculino.

—¡Lola, qué alegría! —me dice mientras me besa en ambas mejillas—. *Helen* ya está preguntando por ti cada cinco minutos. Que dice que si no estás, no puede esperar a contar cotilleos…

—Miedo me da… —le digo entrando en su casa y dejándome conducir por el al salón. Cuando llegamos, le doy el abrigo y el bolso *oversize* de color parecido a mis zapatillas, tras coger el móvil.

Su piso es exactamente como me lo imaginaba: luminoso, con grandes ventanales que dan a los jardines de la urbanización. No está lejos de mi casa, un apartamento en el Soto de la Moraleja,

que, además de la ayuda que me dio mi padre, voy pagando en una cómoda hipoteca. El de Alonso, según me dijo, está comprado y lo paga religiosamente, porque se negó a que le ayudarán sus padres. Siempre fue muy rígido en esos temas y prefiere pagar él, gracias al buen sueldo de abogado de bufete consolidado y grande que tiene.

Está decorado con ese gusto impecable que tienen algunos hombres solteros cuando se lo proponen. El salón es amplio, con un sofá en ángulo recto de color gris antracita, una mesa de centro de cristal, y cuadros modernos que seguramente ha elegido con ayuda de alguna interiorista. En algunos detalles veo un toque femenino, pero sé que no está con nadie, así que me inclino por los consejos de una profesional de interiores. La cocina americana se integra perfectamente con el comedor, donde ya tiene puesta una mesa para diez personas con vajilla blanca y copas de cristal que brillan bajo la luz cálida de las lámparas colgantes.

—¡Lola! —*Helen* aparece con una copa de vino tinto en la mano y me abraza efusivamente—. Llegas en el momento perfecto, acabamos de decidir por unanimidad que pidas a tu jefe que te asignen el caso de la viuda millonaria de Santander.

—No creo que pueda. Y no lo lleva mi unidad…

—Tú inténtalo y nos cuentas. Si ya te encargas de esa *influencer* de media tabla, seguro que lo convences.

—Me conformaré con el que llevo —le digo riéndome mientras Alonso me sirve una copa de Ribera del Duero.

—No le lleves la contraria a tu superamiga, que necesito salseo sustancioso, del bueno, para hacerme la importante con la gente de mi trabajo. —*La Helen* me guiña un ojo con total desparpajo—. Juancho, ven a saludar a Lola.

Juancho se acerca con su eterna sonrisa bonachona. Es un tipo entrañable, ingeniero industrial que trabaja en una consultora, y que complementa perfectamente el carácter arrollador de *La Helen*. Tiene, además, esa cara de buena persona que inspira confianza inmediata. Lleva una camisa de color rosa y unos pantalones chinos azules oscuros. *Helen* va con un jersey trenzado de punto *oversize*, en color blanco roto, pantalón vaquero y mocasines *Oxford*.

—¿Qué tal por Asturias? —me pregunta mientras—. Tu amiga me ha contado que estás con un caso complicado.

—Lo de siempre. Pero no quiero hablar de trabajo.

Los hermanos vascos, Aitor y Amaia, están en el sofá charlando con Rafa y Mer. Aitor, el mayor, tiene ese aire serio, sobrio de pantalón chino, camisa blanca y chaqueta beige, elegante y típico de Neguri, mientras que Amaia es más espontánea, con una risa contagiosa que se escucha desde la cocina. Los dos rondan los treinta años y tienen esa seguridad que da el crecer en una familia con dinero, pero sin prepotencia. Solteros, en relaciones no consolidadas aún, pero que, todos lo sospechamos, podrían terminar en noviazgo formal. En el caso de él, una chica vasca, del mismo Neguri, y en el de ella, un arquitecto joven de Madrid.

—¡Lola, qué alegría verte! —Amaia se levanta para saludarme.

—¿Es verdad que *Helen* os ha contado lo del vecino de arriba con el loro? —dice Alonso sirviéndose un vino blanco.

—¿Qué loro? —pregunto desconcertada.

Helen suelta una carcajada.

—Es que ayer, cuando vine a ayudar a Alonso, estábamos en la terraza y el vecino de arriba tiene un loro que no para de gritar *¡Viva España!* A ti como picoleta, te caería bien. El loro, digo. Al vecino no le llegué a ver —aclara encogiéndose ligeramente de hombros.

—Y si le pones el himno nacional se anima todavía más —añade Alonso tras abrir una botella de vino blanco—. Menos mal que por las noches no dice nada.

—Prepara una buena demanda, Alonso —dice Rafa levantándose del sofá—. El loro no tiene personalidad jurídica. Aunque el dueño sí, y por ahí hay que atacar.

Rafa, aunque estudió Derecho, trabaja en una empresa familiar de hostelería, con varios restaurantes. Alonso es especialista en civil y mercantil, mientras que Rafa, que pensó en opositar a juez, terminó decantándose por la empresa familiar, que les va bastante bien. Es un hombre de esos que siempre tienen una sonrisa pícara y un comentario ingenioso para todo. Mer, su novia desde hace dos años, es financiera e irradia esa serenidad que contrasta

perfectamente con el carácter más impulsivo de él. La llamamos *La Madre Mer de Calcuta.*

—No será para tanto —le regaña Mer dándole un codazo suave.

—Finalmente Javier y Ana no han podido venir —nos dice Alonso—. Tienen un compromiso de la familia de él.

Felipe llega el último, como siempre, con esa puntualidad británica de llegar exactamente cinco minutos tarde. Es abogado también, con novias intermitentes y poco dado al compromiso. Leti, ya está aquí, sentada en uno de los taburetes de la barra americana, con una copa de vino blanco y esa elegancia natural suya que hace que cualquier conjunto le quede perfecto. Ha venido sola, porque su novio, Thomas, un alemán de Colonia con más años en España que la Benemérita, está de viaje. Hoy lleva un vestido color picota, que se lleva mucho este otoño, y botas negras altas con tacón. Felipe, Thomas y ella son muy amigos. Este último verano solo los vi un par de días, porque apenas coincidimos en Marbella.

Susana y Julián se me acercan y me saludan, lo mismo que Juan y Mamen. Durante unos minutos comentamos cómo nos va todo.

—Felipe tiene nueva novia —anuncia Leti con una sonrisa maliciosa.

—¡No se te puede decir nada! —protesta Felipe con fingido arrebato, mientras se sonroja ligeramente—. No le hagáis ni caso.

—Nada es confidencial cuando bebes —se ríe *Helen*—. ¿Cómo se llama? ¿A qué dedica su tiempo libre?

—No es novia, por ahora… amiga —dice Felipe haciendo comillas con los dedos.

—Pues ya os habéis ido un finde juntos, corazón —le apunta Leti con el dedo—. Y me has dicho que es como una especie de ejecutiva agresiva en potencia.

—¿Un finde completo? Eso ya es media novia, Felipe —comenta Aitor desde el sofá.

—No te vuelvo a contar nada —le dice Felipe a Leti, aparentando estar ofendido.

—No les hagas ni caso, Felipe —interviene Susana—. Las ejecutivas agresivas pueden ser muy divertidas en la cama.

Todos nos reímos y Alonso aprovecha para anunciar que la cena está lista. Ha preparado un menú perfecto de picoteo: tacos de pescado con mayonesa de chipotle y pico de gallo, varias gildas caseras y de diversas combinaciones, unos vasitos con gazpacho de remolacha, montaditos de pepino y salmón ahumado, *sams* de lechuga con paté vegetal y rabanitos, unas brochetas de tomates *cherry* y mozzarella, y su famoso guacamole con sus totopos. Y cómo no, jamón ibérico de Julián, jabugo de la marca familiar, *Félix de Múrtiga*.

—Tengo también en el horno más cositas calientes…

—Eso ha sonado fatal —dice *La Helen* haciéndonos reír.

—Te echo una mano —me acerco a Alonso, mientras mi amiga me mira con intensidad aprobativa—. No sabía que eras tan cocinillas… —le digo cuando le ayudo a sacar unas bandejas con unas mini *burgers* de rabo de toro y queso payoyo, unas tostas pequeñas de *brie* y mermelada y una tortilla de patata que ha mantenido en ambiente templado.

—En vuestro honor —dice señalando también a *Helen*.

—Es que somos muy tortilleras —responde mi amiga acercándose a servirse un poco más de vino.

Durante la cena, la conversación fluye entre risas y anécdotas. *Helen* cuenta la historia de cómo Juancho se quedó encerrado en el baño de un restaurante de Toledo tres fines de semana atrás, y tuvo que salir por la ventana.

—Se atrancó la puerta y era una ventana muy pequeña —se defiende Juancho—. Además, estaba a dos metros del suelo.

—Lo importante es que lo conseguiste —le dice *Helen* dándole un beso en la mejilla—. Mi novio, todo un *Spiderman* de mercadillo.

En un momento dado, Julián y Susana, a los que no veía desde el verano anterior, nos cuentan que se van a vivir juntos después de dos años de relación. Ella ha encontrado trabajo en una empresa de diseño de moda y él continúa con los negocios familiares. Todos celebramos esa noticia, que han querido darla estando todos juntos.

—Ya era hora —dice Rafa—. Llevabais más tiempo buscando piso que algunos matrimonios siendo felices.

—En Madrid todo está carísimo —se queja Susana—. Al final hemos encontrado un piso en la zona del Campo de las Naciones. Eso sí, cuesta lo mismo que un palacete en Cáceres.

—Pero tiene muy buenas vistas. Un decimocuarto —añade Julián—. Y está cerca de todo. O eso quiero creer…

Mamen nos cuenta que se ha apuntado a clases de cerámica los sábados por la mañana.

—Es muy relajante. Hacer algo con las manos, sin pensar en nada más —añade.

—¿Y no es un poco… solitario? —pregunta Mer.

—Yo no soy capaz… —se queja Juan, ingeniero de minas que trabaja en una empresa de telecomunicación.

—Para nada. Vamos un grupo de gente muy variada. Hay un jubilado que hace unos cuencos preciosos, una chica que está pasando por una ruptura y un señor que es catedrático.

—Suena a terapia de grupo —comenta Felipe.

—Un poco sí —ríe Mamen—. Pero con barro.

Aitor y Amaia nos hablan de sus planes para el puente de diciembre.

—Queremos ir a esquiar a los Pirineos —dice Amaia—. Hace años que no vamos juntos.

—Desde que éramos adolescentes —añade Aitor—. La última vez fue con nuestros padres a Baqueira.

—¿Y ellos no van? —pregunto.

—No. Prefieren el Caribe —contesta Amaia poniendo los ojos en blanco—. Les ha dado por los cruceros.

—No se pierden uno: fiordos en verano, islas griegas en Semana Santa, norte de África o costa italiana en invierno… yo creo que ya han hecho todos.

La conversación deriva hacia los padres y las manías que desarrollan con la edad. *Helen* cuenta que su madre se ha obsesionado con los cactus.

—Tiene treinta. Y les habla, como si fueran mascotas.

—Mi padre ya sabéis que colecciona relojes antiguos —dice Alonso—. Tiene cincuenta y todos funcionan… o eso dice.

—El mío se ha apuntado a un club de ajedrez —cuenta Felipe—. Se levanta a las ocho de la mañana los sábados para ir a jugar al parque del Retiro. Y si llueve o hace frío, a un bar que tiene un salón en el piso de arriba. Por la Glorieta de Bilbao.

—Eso es muy sano —opina Susana.

—Sí, pero luego, cuando viene por casa o quedamos a tomar algo, y me explica todas las partidas. Jugada por jugada. Es entrañablemente coñazo.

—El mío sigue conduciendo —apunta Juan con los ojos en blanco—. Nunca ha sido bueno, pero es que ahora…

A los postres, Alonso saca tres tartas de queso de *Álex Cordobés* de distintos sabores. Aprovechamos para regalarle un reloj que hemos comprado entre todos, en atención a la cena que nos ha ofrecido. Se ha encargado, cómo no, *La Helen*, que ha adelantado mi parte. El ambiente es perfecto, esa sensación de estar rodeada de gente que quiero, sin presiones ni dramas. Me fijo en cómo Alonso se mueve por su casa, recogiendo platos, sirviendo más vino, siempre atento a que todo el mundo esté cómodo. Tiene esa apostura natural que no se puede fingir, y cuando sonríe…

—¿Sabéis que a Lola le sigue tirando la caña ese juez tan majo de Marbella? —apunta *Helen* de repente.

—¡*Helen*! —protesto.

—¿Y nada? ¿no hay *match*? —pregunta Leti con interés.

—Me da que se queda en la *friend zone* —puntualiza mi amiga, mientras yo miro a Alonso que pone un gesto neutro, con media sonrisa.

—Es muy majo —explico—. Pero, vamos a ver, como si os sorprendiera que *La Helen* vea admiradores secretos de servidora. Hasta en el chico del supermercado.

—Es que ese también te mira, cielo. Yo tengo buen ojo para estas cosas —se defiende *Helen*—. Y Lola está siempre en la parra. O más bien, se lo hace…

—No soy despistada, es que no estoy buscando nada.

—Eso es lo que decís todas —comenta Amaia—. Hasta que aparece el indicado.

—Tú sigue buscando, Lola —me anima Mer.

Y vuelvo a mirar un instante a Alonso que bebe tranquilamente de su copa de vino tinto, mientras se limita a sonreír quedamente. La conversación sobre mi vida sentimental me incomoda un poco, así que desvío el tema preguntando sobre los planes de *Helen* y Juancho para el fin de semana.

—Pues no tenemos —me contesta mirando a su novio que se deja llevar en estas circunstancias—. Lo mismo nos vamos a Asturias a verte.

—¡Lo que me faltaba! ¡Ni de coña! —contesto con una sonrisa y apuntándola con mi dedo índice derecho.

Hacia la una y media, la reunión empieza a disolverse naturalmente. Los primeros en irse son Susana y Julián, que tienen que madrugar. Les siguen Rafa y Mer, que han quedado a comer con los padres de ella, mañana en la sierra. Aitor y Amaia se van juntos en un taxi hacia el hotel donde se alojan. Leti se va con Felipe, que le acerca a casa. A los pocos minutos, Mamen y Juan también se van, quedando solo *Helen* y Juancho, que son los últimos en irse, después de que ayudamos a Alonso a recoger la cocina a pesar de sus protestas.

—Ha sido una cena perfecta —le digo a Alonso mientras mi amiga y Juancho llaman el ascensor.

—Nosotros nos vamos que tenemos prisa —dice casi empujando a Juancho, aunque disimuladamente, y tirándome un beso, mientras eleva los ojos en señal de que aproveche que me quedo a solas con él.

Niego con un gesto leve, de imposibilidad de resistirme ante su insistencia, pero también con una sonrisa. Cuando se cierra la puerta del ascensor tras *Helen* y Juancho, Alonso y yo nos quedamos solos en el rellano. El silencio se vuelve un poco incómodo, pero de esa manera agradable y cómoda que sugiere posibilidades.

—Me alegra que hayas podido venir. Sé que tienes mucho trabajo —me dice con su bonita sonrisa decorando su cara.

—Por eso mismo es importante desconectar de vez en cuando. Me apetecía veros.

—¿Vas bien de tiempo? —me pregunta—. ¿O tienes que madrugar mucho mañana?

—No. He quedado con mi padre, que está aquí en Madrid. Pero a picar algo por el centro. Sabes que le gusta mucho *La Taberna de La Dolores*.

—Te acompaño al coche —me dice sin darme mucha opción.

Bajamos en el ascensor en silencio. Es raro cómo puede cambiar la energía cuando se van todos los demás. De repente soy muy consciente de su cercanía, de su colonia, de su chaqueta azul marino con los ojales rojos y un detalle de cuero en la solapa.

—Me gusta tu casa —le afirmo nada más salir del portal.

—En Madrid estaba bien, pero me cansé del ruido y de no tener terraza.

—Es una zona muy tranquila. Y tienes unos vecinos muy musicales —digo riéndome—. Ese loro promete.

—El loro es lo de menos. Espera a conocer a la señora del segundo, que sale a regar las plantas en bata y zapatillas a las nueve de la mañana mientras canta copla.

—¿En serio?

—Te lo juro. *Ojos verd*es es su favorita.

Y se me queda mirando con algo de intensidad y de nuevo con esa sonrisa que tanto me gusta. Mis ojos son verdes y, aunque la señora cante esa copla, sé que el comentario no es del todo casual. Le sonrío y pienso que es un chico que, seguramente, y en otras circunstancias diferentes a las mías, merecería la pena. Llegamos hasta mi coche, aparcado bajo una farola. La luz amarilla le da un aire casi cinematográfico a la escena. Alonso se queda de pie, mientras yo busco las llaves en el bolso.

—¿Todo bien con *Manu*? —me pregunta—. Sé que no quieres hablar de trabajo, ni de él, pero… se te ve preocupada.

—Es complicado —digo al fin, con la mirada un poco perdida, tras un pestañeo de molestia. Me rehago con una sonrisa un poco tensa, respiro y miro un momento al cielo—. En realidad —resoplo—, ha conseguido destino en la unidad y ahora lo veo casi todos los días. —Y en mi cara se dibuja una mueca de fastidio—. Una putada, hablando en plata…

Tras decirlo, detengo la búsqueda de las llaves de mi coche en el bolso y mantengo el gesto de desazón, aunque no quiero que sea

exagerado ni desearía que Alonso me lo malinterpretase.

—Joder… —murmura—. No debe ser nada cómodo.

—No, no lo es. Y no puedo hacer nada, porque está al mando de los presupuestos, dietas, aprobar gastos… En fin, una delicia —le confieso con algo de amargor.

—Lo siento, la verdad.

—A ver… no quiero que entiendas que me siento atraída por él o que los recuerdos me ponen blanda y melancólica. Te prometo que no, que le pegaría dos tiros, por cabrón, pero es bastante molesto verlo en el trabajo.

—No me extraña. Particularmente, no tuve con él mucha relación, pero solo con saber lo que te hizo…

Es verdad. En los dos años que *Manu* vino conmigo a Marbella a pasar unos días de verano, apenas coincidí unos días, no más de una semana, con Alonso. Incluso creo recordar que estaba con una chica en uno de ellos. O al menos eso me suena.

—No te lo tengo que decir, pero, ya sabes que si un día quieres charlar o comer, o lo que sea, me puedes llamar.

—Sí, lo sé. Gracias, Alonso. Tendré que torear con eso de la mejor forma que pueda. Como dice mi padre, no se puede luchar contra lo que no manejas.

—No soy quién para dar consejos, pero mi padre, que es un tipo sabio, como el tuyo, me dice siempre que las cosas complicadas hay que verlas con amigos y con una copa de vino.

—Ya sabes cómo son los del *Tercio Viejo Marbellero*.

—Unos *cracks*, Lola —añade riéndose.

Nos quedamos unos segundos en silencio. Él mete las manos en los bolsillos de su pantalón. No hace mala noche, pero refresca y se nota que ha bajado la temperatura, bastante agradable, de por la tarde. Yo reanudo la búsqueda de las llaves en mi bolso.

—*Helen* dice que eres la mejor en lo tuyo.

—*Helen* exagera.

—No creo. Se nota que eres… especial.

Hay algo en cómo lo dice que hace que me detenga en la búsqueda de las llaves y le mire. Está muy cerca, con las manos en

los bolsillos de los vaqueros, y tiene otra vez esa sonrisa suya. *Mariloli, como siga sonriendo así, un día te lo comes…*

—¿Especial cómo? —pregunto, aunque sé que no debería.

—No sé. Inteligente, divertida… valiente. No todo el mundo se dedica a lo tuyo.

—Solo es trabajo.

—No es solo trabajo. Se nota que te importa de verdad. Que lo vives y es tu vocación.

Me está mirando de una manera que hace que se me acelere un poco el pulso. Es mono, incluso guapete, pero hay algo más. Esa tranquilidad suya, esa manera de escuchar de verdad cuando hablas. Me imagino a mi padre viendo la escena. Sonrío para mí y me digo que debo contárselo.

—Alonso… —Algo me dice que debo transmitirle que aún no estoy preparada para nadie. Pero el final, me detengo.

—¿Qué?

—Nada. Solo… gracias por la cena. Ha estado genial.

—De nada. Deberíamos repetirlo pronto.

—Sí, cuando vuelva de Asturias.

Pero ninguno de los dos se mueve. Seguimos ahí, bajo la farola, como si estuviéramos esperando algo. Él da un ligero paso hacia mí, todavía con esa sonrisa. Por un momento pienso que va a besarme, pero lo que hace es limitarse a mantener esa sonrisa y a acariciarme el hombro en un signo más de amistad que de otra cosa. Una parte de mí hubiera querido que acercara su boca a la mía, pero otra, la que aún recuerda la traición de *Manu*, no puede. Me miro el reloj y emito un ligero carraspeo.

—Será mejor que me vaya a casa —digo finalmente, encontrando las llaves—. Mañana quiero ir al gimnasio temprano, que luego me lío.

—Claro, por supuesto —me contesta adelantándose para darme los dos beses de despedida.

Cuando abro, me sostiene la puerta del coche, como un caballero, y espera a que me ponga el cinturón de seguridad.

—Conduce con cuidado —me dice.

—Seguro. Recuerda que soy picoleta.

Arranco y bajo la ventanilla, mientras él vuelve a sonreír.

—Alonso.

—¿Sí?

—Ha estado muy bien. Eres un anfitrión perfecto.

—Solo cuando tengo buena compañía.

Me sonríe una vez más y se aparta del coche. En el retrovisor le veo quedarse ahí parado, con las manos en los bolsillos, viendo cómo me alejo. Cuando estoy llegando al semáforo de la salida de la urbanización, suena la entrada de un *whatsapp*. Sin apartar los ojos de la carretera, cojo el móvil del salpicadero donde lo había dejado. En la pantalla veo un mensaje de un número que tengo guardado como *No contestar. Plasta del Arte*.

ey lola, q tal? no m contestas? toy empeznd a pensar q m haces gostin jajaja enserio, la otra nox fue genial, no? spero verte pronto, bss

Pienso en él. En que es guapo. Más que Alonso, y por un momento, me digo que no hago mal en buscar de vez en cuando la compañía de alguien solo para pasarlo bien. *Pero no él, Mariloli…* Y en el semáforo en donde estoy, cuando termino de pensar eso, cojo el teléfono con dudas de contestarle zanjando la cuestión de sus llamadas o bloquearle. O de dejar la puerta abierta para otra ocasión. Pero en ese momento me vuelve a la mente la sonrisa de Alonso. Suspiro y dejo el móvil en el asiento del copiloto sin contestar. Lo último que necesito ahora mismo es lidiar con los dramas de un ligue de una noche que no entiende que precisamente por eso, por ser un ligue de una noche, no tiene por qué convertirse en nada más. Pero en el siguiente semáforo, todavía con la sonrisa de Alonso en la mente, decido contestarle. *Tampoco es cuestión de que te esté mensajeando continuamente, Mariloli. Es coñazo y un poco gañán, aunque esté bueno…*

Me detengo a un lado de la calle, respiro y empiezo a teclear con rapidez.

Hola. Mira, estoy muy liada de trabajo y, sí, estuvo bien. Lo siento, no es ghosting, es que no me veo ahora en una relación. Si

surge un día, ya te llamo yo. Un beso, te pido disculpas, y chao

Sé que es un mensaje frío, distante y que, quizás no se lo merezca, porque no me ha hecho nada, salvo escribir como un adolescente inculto. Pasan unos segundos que enseguida se convierten en minutos. Ya no me contesta, aunque veo que está en línea, así que dejo el teléfono en el hueco de debajo de los aireadores de frío y calor. Mientras conduzco por las calles vacías, con las ventanas bajadas y el aire fresco de noviembre acariciándome la cara, no puedo dejar de pensar en la sonrisa de Alonso y en cómo se ha quedado parado bajo la farola, viéndome marchar. Me da rabia no ser capaz de intentarlo, de fallar, si el chico merece la pena. Pero luego pienso en la frustración que me produjo descubrir a *Manu* engañándome, el daño y la sensación de estúpida que se me quedó. Me digo que debo superar eso, que no es culpa de Alonso ni de nadie que yo ahora solo vea los problemas de estar en una relación. Me quedo pensativa unos segundos, y me doy cuenta de que, por mucho que haga, no estoy preparada para empezar nada con alguien, aunque eso pueda significar que lo pueda perder por no decidirme.

22
Tabernas viejas y nuevas conversaciones

Madrid
20 de noviembre. 20:52 horas

La Taberna de la Dolores conserva esa pátina de los sitios que han visto pasar la Historia con mayúsculas, donde cada azulejo cuenta batallas perdidas y victorias píricas, donde el humo de mil conversaciones se ha adherido para siempre a las paredes. Bullanguera, repleta y castiza. Mi padre está ya en la barra cuando llego, con esa puntualidad tan suya, apoyado con naturalidad en el mostrador mientras observa al camarero manejar el grifo de la cerveza como un artesano renacentista. Lleva una camisa azul celeste de algodón, sin corbata, americana de pana clara, un pantalón chino azul oscuro, y unos mocasines de ante que ha debido de comprar en alguna zapatería del casco antiguo de Marbella. A los sesenta y siete años, Alberto Barrena sigue siendo un hombre elegante, con esa compostura discreta que no necesita gritar para hacerse notar. Es un maduro atractivo, y me he preguntado muchas veces por qué no intentó rehacer su vida con alguna mujer.

—Puntual como siempre —me dice besándome en ambas mejillas, y en su sonrisa hay esa mezcla de cariño e ironía que conozco desde que era niña.

—Heredé tus virtudes —respondo, y él se ríe con esa risa contenida suya, la de alguien que ha aprendido a medir las palabras y los gestos.

Pedimos dos cañas bien tiradas y nos quedamos en la barra, como corresponde. Aquí, como él ha dicho siempre, quien se precia, bebe de pie. El camarero, un hombre de unos cincuenta años y esa sabiduría que da servir cerveza de grifo durante décadas, nos pone

las cañas con dos dedos de espuma perfecta y una tapa de boquerones en vinagre y patatas fritas.

—¿Qué tal Asturias? —me pregunta mi padre después del primer sorbo, y hay en su voz esa curiosidad genuina que siempre ha tenido por mi trabajo, sin la ansiedad maternal de quien se preocupa por los peligros.

—Complicado. Dos muertos en circunstancias extrañas y una investigación que se resiste a dar frutos.

—Los casos difíciles son los que más enseñan —dice, y en esa frase está toda su filosofía vital: convertir cada obstáculo en una lección, cada dificultad en una oportunidad de crecimiento.

Le hablo del paisaje asturiano, de las montañas que se pierden entre la bruma, del mar, arisco y tempestivo en invierno, de sus costas cortadas en acantilados, de los pueblos donde el tiempo parece haberse detenido en algún momento impreciso del pasado. Él escucha con esa atención tan suya, asintiendo de vez en cuando, haciendo las preguntas justas para demostrar que no solo oye, sino que comprende.

—Siempre me gustó esa parte de España —dice—. Tiene algo de melancólico que casa bien con ciertos estados de ánimo. Aunque no cambio Marbella por nada del mundo —me señala con un gesto de sus ojos claros, mientras se lleva el vaso de la caña a la boca.

—Mamá veranea en Asturias… pero en la otra parte, en la occidental.

—Es más *chic*… —me responde con una sonrisa ladeada.

Mi padre es de esos hombres que saben hablar sin decir demasiado, que han convertido la conversación en un arte sutil donde lo importante se sugiere más que se declara. Cuando era pequeña, me frustraba esa manera suya de no ser nunca explícito, de obligarme a leer entre líneas. Ahora entiendo que era su forma de enseñarme a pensar, de educarme en la sutileza.

—¿Y la vida en Marbella? —pregunto—. ¿Sigues con tus amigos del *Tercio Viejo*[12]?

Se le ilumina la cara con esa sonrisa discreta que reserva para las cosas que realmente le importan.

—Los martes, golf, cada viernes, religiosamente, cenamos los que estamos por allí. Y cuando juega el Madrid, nos juntamos en casa. Ya sabes que somos de costumbres arraigadas… —me indica con un ligero levantamiento de hombros—. Quedan ya pocos por jubilarse y espero que aumentemos el número el año que viene. Juan Manuel sigue empeñado en que Franco, a pesar de ser un dictador, según él blando, fue también un visionario. Tomás se lo discute, mientras que Ernesto insiste en que la Transición fue buena y que lo de ahora es una chapuza. Honorio, que los dos partidos políticos mayoritarios están pensados y estructurados para expoliarnos de forma sistemática, Paco, que la vida sin amigos, no es vida, Vicente sigue hablando más que cuando no tenía el fonador y Carlos, liberal empedernido, no para de hablar de sus nietos como si fueran los próximos premios Nobel.

—¿Y tú?

—Yo escucho, de vez en cuando opino, y procuro que no se maten entre ellos —dice riéndose—. A nuestra edad, las discusiones políticas tienen algo de teatro. Y menos mal que somos todos del Real Madrid, que si tuviéramos a uno del *Tercio Viejo* del Atleti… —abre muchos los ojos.

—Mamá es del Atleti…

—Tu madre es un ejemplar humano diferente al resto —comenta tras una ligera pausa—. Para lo bueno y para lo malo. Es del Atleti, como podría ser vegana o filatélica.

—En eso te doy la razón.

—Los hombres, y sobre todo los de mi edad, somos distintos. Representamos nuestros papeles, nos indignamos lo justo, y luego nos vamos a picar algo como si nada. En mi generación las discusiones políticas son livianas y comedidas. Nos lo pasamos bien. Y que nos dure mucho tiempo.

Hay algo hermoso en esa imagen; mi padre rodeado de sus viejos amigos, jugando a ser los mismos de siempre mientras el tiempo pasa inexorable por sus canas y sus arrugas. *El Tercio Viejo Marbellero*, me ha dicho muchas veces, es su puerto seguro, su manera de mantener viva esa parte de sí mismo que fue joven en una España diferente.

—¿Has vuelto a escribir? —le pregunto.

—Estoy con algo. Un ensayo sobre la evolución del sistema financiero español en las últimas tres décadas. Nada ambicioso, pero me mantiene la mente ocupada.

—¿Para alguna editorial?

—Para mi propio placer. A mi edad, uno ya no escribe para conseguir nada, sino para no perder del todo lo que fue. Mi editor —me dice exagerada y artificialmente pomposo— dice que la publicará seguro. Pero me da pereza que empiece a hablarme de promoción y de ir por las radios. Tampoco me veo haciendo un *TikTok* de esos tuyos… No sé, me distrae escribir, que ya es suficiente.

Terminamos las cervezas, pedimos dos más y cuando las finalizamos también, caminamos despacio hacia *El Rincón de José*. Madrid, en sábado al mediodía, tiene esa cadencia particular de ciudad que se permite el lujo de la calma, donde los transeúntes caminan sin prisa y las terrazas se llenan de esa gente que sabe que el tiempo, a veces, hay que derrocharlo conscientemente.

El Rincón de José es otro santuario, más pequeño que *La Dolores*, pero con ese encanto de los sitios que no han cedido un ápice a la modernidad. Madera vieja, barra de toda la vida, platos típicos, castizos y tradicionales. Un televisor en lo alto y rumores de la gente que picotea y bebe sus cervezas o copas de vino. Mi padre saluda al dueño, José *El Gordito*, con esa familiaridad respetuosa de cliente antiguo, y nos sentamos en una mesa pequeña junto a la ventana que da a la calle.

—Los callos están especialmente buenos hoy —nos informa José, que lleva el delantal como una condecoración—. Y las navajas, como siempre.

Pedimos lo de siempre: callos a la madrileña, ensaladilla rusa y las navajas, acompañado de un Rioja que nos recomienda José, conocedor de los gustos de mi padre.

—Tu madre me ha llamado —dice cuando José se aleja con el pedido, y en su voz hay esa resignación cansada del que conoce bien el terreno que pisa.

—¿Mamá? ¡Qué honor!

—No seas sarcástica, que no te pega, Lola —me sonríe.

—¿Te ha llamado para el cumpleaños?

—Para el cumpleaños —me confirma—. Me ha pedido que te convenza para que vayas. Tu hermano… —compone un gesto de impotencia—, ya sabes.

Mi madre. Mujer hermosa, inteligente, manipuladora, algo caprichosa a veces, como una niña de cinco años, y con esa capacidad infinita para convertir cualquier situación en un drama personal. Y también, política con mucho poder en la sombra.

—Es tu madre. Ve, te tomas un vino, picas dos croquetas y te vas. Llévate a alguien. A tu amiga Helena, por ejemplo. —Me hace gracia que mi padre sea el único que llama a *La Helen* por su nombre verdadero. La razón, según él, es que está feo vulgarizar o britanizar el nombre de una reina griega que provocó la guerra más famosa de la antigüedad. Solo eso, en palabras de mi padre, ya merece un respeto.

La infidelidad de mi madre, que dinamitó el matrimonio con mi padre, no termino de perdonarla, aunque hayan pasado tantos años. Reconozco que él lo lleva mucho mejor y que ya, al menos delante de nosotros, no le concede la más mínima importancia.

—No tengo muchas ganas —admito.

—Lo sé. Pero es tu madre, aunque a veces se empeñe en no parecerlo.

Esa frase resume perfectamente la relación que tengo con ella: amor incondicional teñido de exasperación constante, la sensación permanente de que nunca conseguiré estar a la altura de sus expectativas imposibles. Aunque debo admitir que, en lo referente a la unidad, no ha seguido intercediendo por mí, al menos que yo sepa.

—Vente conmigo —le propongo—. No me digas que no sería divertido.

—No —dice con un gesto amable, pero tajante—. Ni es mi sitio ni debo aparecer en una celebración que en un tiempo demasiado pasado fue también mía. Es mejor que cada uno ocupemos los lugares que ahora tenemos.

Mi padre tiene esa capacidad admirable de mantener las formas incluso en las situaciones más incómodas. Nunca le he oído hablar

mal de mi madre, ni siquiera en los momentos más duros del divorcio. *No se puede luchar contra lo que no dominas ni controlas,* y *es mucho más sano e inteligente olvidar, que permanecer e insistir en el resquemor*, son dos de sus frases, estoicas y relucientes, que siempre me han llamado la atención.

Llegan los callos, humeantes y aromáticos, con ese punto justo de picante que los hace adictivos. Mi padre los prueba con ceremonia, asiente satisfecho y se permite una sonrisa de aprobación. Comemos en silencio durante un par de minutos, cada uno en sus pensamientos, pero es un silencio cómodo, de esos que solo se dan entre personas que se conocen bien.

—Ayer estuve de cena —le digo de repente—. En casa de Alonso.

—¿Alonso? —pregunta con una indiferencia tan estudiada que resulta sospechosa—. ¿Nuestro… Alonso?

—¿Nuestro? —le pregunto divertida.

—Ya sabes mi opinión —me mira con ojos cómplices—. Un joven que sería un excelente yerno.

Joven. Mi padre tiene esa costumbre de llamar jóvenes a todos los que están por debajo de los cincuenta. En su boca, la palabra suena más a elogio que a condescendencia.

—Me cae muy bien y tengo la sensación de que es buena persona —digo, y noto que se me escapa una sonrisa que él no deja pasar.

—¿Solo buena persona?

—Papá… —protesto ligeramente con una media sonrisa.

—Solo pregunto. A mi edad, uno ya no tiene tiempo para sutilezas innecesarias.

Hay algo en su tono que me hace sospechar que esta conversación no es tan casual como parece. Mi padre ha desarrollado, con los años, una habilidad especial para obtener información sin parecer que la busca.

—Es complicado —me atrevo finalmente a comentarle.

—Todo lo que merece la pena suele serlo.

—Después de lo de *Manu*…

Aquí, tras esa frase por mi parte, deja los cubiertos y se limpia la boca, ceremoniosamente, con la servilleta. Luego me mira con calidez.

—*Manu* fue un error. No sé si de cálculo o de táctica —me interrumpe con suavidad al ver que iba a intervenir—. Pero sea cual fuera, la clave está en que los errores pasados no nos impidan hacer nuevos cálculos o nuevas estrategias.

Mi padre y sus metáforas económicas. Durante toda mi infancia convertía las lecciones de vida en teoremas financieros, estratégicos o económicos. Los problemas en variables de una ecuación que siempre tenía solución si sabías aplicar la fórmula correcta.

—¿De verdad te gusta tanto? —pregunto directamente, y la pregunta me pilla, a mí misma, a pesar de hacerla, desprevenida.

—¿Quién?

Disimula bastante mal, me digo a mí misma, aunque es gracioso verlo con las cejas elevadas y cara de despistado.

—Alonso.

Me quedo callada, jugando con los restos de ensaladilla mientras le noto que busca la respuesta adecuada. Mi padre piensa unos segundos, paciente y algo metódico, como siempre, con esa sonrisa apenas esbozada que significa que ya sabe la respuesta pero que me la va a saborear tentando mi curiosidad.

—A quien tiene que gustarte es a ti —dije al fin.

Me quedo callada y le miro a los ojos.

—Es posible —asiento finalmente, un par de segundos después —. Admito que es mono, me cae bien y podría gustarme.

—Pues ya tienes la mitad del problema resuelto.

—¿Y la otra mitad?

—Averiguar si tú le gustas a él. Aunque me da la impresión de que esa variable ya está despejada.

—¿Por qué lo dices?

—Intuición de viejo. Y porque los hombres inteligentes reconocen a las mujeres que merecen la pena.

Ahora soy yo la que me detengo y miro por la ventana.

—No es tan fácil, papá. Y ahora te hablo en serio —le digo tras un instante de permanecer pensativa—. Me sigue doliendo lo de

Manu. No él —le detallo—, que me importa muy poco y lo detesto. O ni siquiera eso. Hay algo que me hace resistirme a entrar en una nueva relación. Una especie de alarma… Ahora mismo no me veo preparada.

—¿Y cuándo se está preparado?

—No lo sé…

—Nunca se sabe, hija. Esa decisión no se puede tomar calculando rentabilidades. Es algo que se acerca más a la intuición y a la corazonada. En la Bolsa, como bien sabes, se estudian valores técnicos y fundamentales. Los técnicos son números, gráficos, secuencias. Los fundamentales, análisis del entorno, de la competencia… Al final de todo, cuando uno decide invertir dinero, no podemos evitar que se trate, en parte, de intuición y corazonada. Estudiadas y analizadas, pero la decisión de arriesgar, siempre lleva su correspondiente carga emocional.

Llegan las navajas en ese momento, perfectamente dispuestas en un plato de cerámica blanca, con ese aroma a mar y a yodo que te transporta inmediatamente a cualquier puerto del norte. Mi padre las ataca con la destreza del que ha comido marisco toda la vida, mientras yo le observo y pienso en lo fácil que es tener esta conversación con él, lo sencillo que resulta hablar de sentimientos, sabiendo que escucha y orienta sin ninguna otra intención.

—Mi consejo, si es que buscas alguno —dice tras comerse la primera de las navajas—, y también te hablo en serio, es que pienses si un día te gustaría arriesgarte. No si un día estás preparada.

Le miro y sonrío de nuevo. Mi padre me calma, me hace pensar y le tengo como un hombre sabio, de pensamiento crítico y maduro. Y, sinceramente, creo que tiene razón.

—Lo pensaré y ya te diré si me arriesgo. Lo mismo no sale ese yerno tan estupendo que te imaginas…

—Eso me dolería por ti, Lola. Si te hace daño, ya le mandaré a *Dimitri*.

Dimitri es un ser imaginario, búlgaro, para más señas, que utilizamos mi hermano, mi padre y yo para resolver problemas

ficticios o supuestos, que requerirían ciertos comportamientos no amparados por la ley. Me río cuando lo dice.

—¿Crees que mamá será capaz de comportarse el día de su cumpleaños? —pregunto para cambiar de tema.

—Tu madre siempre lo hace. El problema es que a su comportamiento, a veces le añade aspectos y detalles de diva del Hollywood dorado.

Me río de nuevo, porque es una descripción perfecta. Mi madre tiene esa tendencia al melodrama que convierte cualquier situación cotidiana en una escena de ópera italiana. Sobre todo, cuando no nos ceñimos a sus intereses.

—De todas formas, y aquí debo ser sincero, tu madre es una buena persona. Me hizo daño —de nuevo se me adelanta a mi protesta—, pero eso es pasado. En estos años también ha sabido acercar posturas y entender que todo evoluciona.

—¿Contigo? ¡Pero si no soporta que me pase los veranos en tu casa de Marbella!

—Eso no es importante. Es una anécdota más de esa parte de diva que tiene y cultiva, Lola. Su mundo es el Hollywood dorado de la política. Nunca pisan el suelo… —se encoge de hombros—. Lo que le gustaría es que estuvieras con ella. Eso es diferente a que no soporte que pases los veranos conmigo.

—Demasiada sutil la diferencia, ¿no crees?

—Pero es cierta.

—Siempre la defiendes… —niego despacio con la cabeza.

—Porque es tu madre y la de tu hermano. Fue mi mujer y también hubo momentos buenos. —Compone un gesto que me transmite total simpleza de razonamiento.

—Te fue infiel, papá. Y a mí me cuesta superarlo…

—Eso es el pasado, hija —hace un gesto desdeñoso—. Es más inteligente olvidar que recrearse en la derrota o el odio. ¿Cuántos seréis? En el cumpleaños de tu madre, me refiero —añade girando la conversación, y dando por hecho que iré.

—Me imagino que los de siempre. Amigos políticos, ministros, algún banquero, jóvenes promesas del partido… buf, un planazo, vamos —ironizo—. Y no creo que Nacho vaya…

Nacho. Mi hermano mayor, brillante abogado especializado en política internacional, de un bufete de prestigio, que mantiene una relación tensa y discontinua con nuestra madre.

—No creo que vaya al cumpleaños de mamá —repito, casi más para mí, que para ambos—. Y menos, después de que le diera clases de cómo se deben comportar unos nietos con una abuela como ella, generosa y poderosa.

—Lleva así más de tres meses. Tampoco demos importancia a ese tipo de dramas que tu madre tan bien domina. Pero, dicho esto, es su vida, y Nacho tiene derecho a que las opiniones le molesten como le parezca —concluye mi padre con un nuevo gesto de obviedad absoluta.

Mi padre y su filosofía de la no interferencia. Nunca nos ha dado consejos no solicitados, nunca ha intentado dirigir nuestras vidas más allá de darnos las herramientas necesarias para que las dirigiéramos nosotros mismos. A veces he pensado que habría sido más fácil tener un padre más directivo, más presente, más dado a tomar decisiones por nosotros. Pero después he comprendido que su forma de querernos era precisamente esa: dándonos la libertad de equivocarnos.

Terminamos las navajas y pedimos café. Mi padre saca su móvil —un *iPhone* de varios años, que maneja con esa torpeza elegante de quien ha llegado tarde a la tecnología, pero se esfuerza por no quedarse atrás— y comprueba la hora.

—Tu hermano debería estar al llegar —dice—. Ha quedado en venir a tomar café con nosotros. Estaba trabajando… Un tema para el partido que me contrataba a mí, sobre Oriente Medio. Costará una buena pasta y no tengo claro que sirva para mucho.

Como invocado por nuestras palabras, Nacho aparece en la puerta de la taberna con esa sonrisa suya que desarma a cualquiera, alto y delgado como mi padre, pero con el carácter impulsivo de mi madre. Lleva una americana entallada y de color arena, sobre una camisa blanca, vaqueros desgastados y unas zapatos de excelente piel vuelta. A los treinta y cuatro años, padre de dos hijos, sigue teniendo ese aire de elegancia y apostura que hace que las mujeres se vuelvan a mirarle por la calle.

—¡La familia al completo! —dice abrazándome con ese efusividad suya que contrasta con la contención paterna—. ¿Qué tal, hermanita?

—Bien, cansada. ¿Tú qué tal? ¿Cómo está Oriente Medio?

—Jodido, como siempre. Pero da trabajo.

Se sienta con nosotros y pide un cortado. José se acerca a saludarle; Nacho tiene esa facilidad para caer bien, que yo no creo que tenga. Y es guapo. Se parece a *La Helen*, siempre he pensado.

—¿Cuánto entregas el informe? —le pregunta mi padre.

—En una semana. Una locura, porque nos cambian el paso cada dos por tres. Netanyahu y *Hamas*, me refiero… Trump tampoco se queda atrás.

—Bienvenido a la política —le dice mi padre.

—Yo no quiero estar metido en ella. Ni de coña, vamos. Es trabajo, pero preferiría no hacerlo. Por cierto, nuestro querido exministro me ha dado recuerdos para ti…

Se refiere al hombre, conocido de mi padre, y ya fuera de la política, que es el que ha aconsejado al partido que fuera el despacho donde trabaja Nacho el que estudiara aquello. No es otra cosa que analizar las complejidades legales y diplomáticas de una postura de reconocimiento como estado a Palestina, así como lo contrario, manteniendo un estatus neutral.

—Sí, me lo ha dicho. Y que ese mastuerzo llegara a ser ministro… —se mesa los cabellos mi padre.

—Pues tú le caes bien. Muy bien, diría.

—Y él a mí también. Pero para una caseta en la feria de Abril con media botella de fino ingerida. No para ministro de Exteriores. —Y la sonrisa se le hace extensa y algo campechana

—Quieren que trabajemos otros temas, pero más de tipo económico. Trump tampoco se queda quieto…

Mi padre asiente sin hacer comentarios. Sabe que nuestras vidas, trabajos y relaciones son nuestras, y que él, como padre, solo da consejos cuando se le solicitan.

—¿Irás al cumpleaños de mamá? —le pregunto.

—Me ha llamado y me ha pedido por favor, que vaya. ¿Tú?

—Pues me gustaría ir acompañada. Anímate, por favor —le miro con cara de niña buena, componiendo un fingido puchero con los labios— ¿Vamos? —le digo

—Me da un poco de repeluco, pero, por otra parte, siento curiosidad por comprobar cuánto ha evolucionado su capacidad dramática, manipuladora y camaleónica.

—Nacho… —le reprende mi padre suavemente.

—Es broma, papá. O no tanto… Sí, ya sé. Es nuestra madre. Pero sabes que tenemos razones para opinar así.

—Todos tenemos nuestro lado oscuro —dice mi padre—. Algunos, simplemente, lo disimulamos mejor.

La sobremesa se alarga de esa manera placentera que solo ocurre cuando no hay prisa por llegar a ningún sitio, cuando el tiempo se vuelve elástico y las conversaciones derivan de un tema a otro sin seguir una lógica aparente. Diego nos cuenta anécdotas de su trabajo, mi padre comenta las últimas lecturas de economía que ha hecho, yo les hablo de algunos casos antiguos que ahora puedo contar sin problemas de confidencialidad.

Hay algo reconfortante en estar ahí, en esa taberna que huele a historia y a tradición, con mi padre y mi hermano, sintiéndome parte de algo más grande que yo misma. La familia, con todos sus defectos y sus grietas, sigue siendo el lugar donde una puede permitirse el lujo de ser simplemente quien es, sin máscaras ni representaciones.

Cuando finalmente nos levantamos para irnos, ya son casi las cinco y veinte de la tarde y Madrid empieza a encender sus luces de sábado noche. Mi padre paga la cuenta con esa naturalidad del que está acostumbrado a hacerlo, y salimos a la calle donde el aire fresco nos recibe como una caricia.

Nos despedimos con esos abrazos largos de familia y la melancolía que acompaña siempre a las despedidas. Los tres salimos en direcciones diferentes. Veo a mi padre alejarse con ese paso suyo, pausado y elegante, hacia el parking de *Las Cortes*, y a Nacho desaparecer en la dirección contraria, hacia Cibeles.

Me quedo sola en la esquina de la calle del *Palace* con la Plaza de Neptuno, sintiendo esa extraña sensación de plenitud que me da

estar con mi familia, mezclada con la certeza de que cada uno de nosotros seguirá su camino, como siempre ha sido, como probablemente siempre será. Pero durante unas horas, en una taberna madrileña castiza de gastronomía e historia, hemos sido simplemente lo que somos: padre, hijos, y la tranquilidad de saber que, pase lo que pase, siempre habrá un lugar donde volver.

23
Lunes de reuniones y años cumplidos

Madrid. Oficinas de la UCO
21 de noviembre. 08:42 horas

Entro en el despacho del comandante Sobarriba seguida de Paones y Crespo, y me sorprende, como siempre, lo impersonal que resulta este espacio. Paredes blancas, mesa de contrachapado de ese mismo color, sillas imitando al cuero negro y una mesa para sentarnos en grupo, del mismo estilo del resto del mobiliario. Podría ser el despacho de cualquier directivo de una consultora en Serrano o Castellana, salvo por las fotografías, algunos libros de la historia de la Guardia Civil y un par de metopas que cuelgan en la pared. La bandera española en su mástil, junto a la ventana que da al patio interior y la fotografía de Su Majestad, le da el marchamo de despacho oficial.

Nos cuadramos los tres antes de tomar asiento. Sobarriba nos observa con esa mirada que he aprendido a descifrar durante estos meses. No muy alto, pero erguido, fibroso, pelo que ya empieza a encanecerle las sienes, y peinado hacia atrás. Tiene esa capacidad de transmitir autoridad sin necesidad de alzar la voz. Una cualidad que yo aún estoy intentando desarrollar, aunque reconozco que mi llegada aquí no fue precisamente por méritos propios. Hemos mejorado mucho nuestra relación, pero aún quedan restos de tirantez o de mutua reserva.

—Bien —dice, enlazando las manos sobre la mesa—. Decidme.

Abro mi libreta y busco las anotaciones de esta misma mañana, que he escrito para ordenarme las ideas. Siento la mirada expectante del comandante, esa presión silenciosa que ejerce cuando quiere respuestas. Me acomodo en la silla e intento ordenar los datos en mi cabeza antes de empezar.

—En este momento tenemos cinco líneas de investigación abiertas, mi comandante. La primera es la mujer de la motocicleta que vio Manuel Cortés.

—¿Algo más que su testimonio?

—Hemos confirmado su identidad. Se llama Miren Górriz López, ex *ertzaintza* de treinta y siete años. Divorciada, y que ahora trabaja, o al menos ha alquilado la motocicleta, a nombre de una agencia de detectives de Bilbao. También, bajo la misma empresa, las habitaciones en Tapia de Casariego, aunque en este caso, bajo otra identidad: Raquel Ochandía. Y aquí está lo interesante: Lucas Zárate la denunció hace dos años por acoso. La madre de él nos lo confirmó y envió la denuncia que interpuso.

Veo cómo Sobarriba arquea una ceja, de una manera casi imperceptible. Es su manera de mostrar sorpresa.

—¿Acoso?

—Así es, mi comandante. Al parecer, Miren Górriz fue expedientada, ya tenía algunos temas anteriores y se obsesionó con tras una denuncia realizada por Zárate sobre ella y otra compañero. Llamadas de teléfono, sospechas de que amenazaron a un amigo que le iba a dar trabajo… Por eso se fue a Asturias y montó allí sus restaurantes y la *food truck*.

—¿Y qué hacía ella allí?

Paones carraspea antes de intervenir.

—La cuestión, mi comandante, es que el testimonio de Cortés la sitúa en la zona exacta la noche de los asesinatos. Sobre las once y media de la noche, una mujer en una motocicleta de color rojo pasó por delante de su casa en dirección al chalet de Morán. Y a los seis días, el mismo testigo la volvió a ver por las calles del pueblo. De hecho, fue este detalle, lo que le hizo ir a vernos. Le sorprendió que fuera la misma mujer y motocicleta.

—¿Tenemos imágenes de ella? —pregunta Sobarriba.

—Hemos pedido ver unas de una gasolinera. Esperemos que haya alguna imagen en el exterior que la pudiera captar sin el casco integral. Las del interior, cuando fue a pagar, iba cubierta, aunque con la visera levantada.

Sobarriba tuerce ligeramente el gesto.

—Necesitamos esas imágenes —nos dice serio.

—No es precisamente una coincidencia casual que una ex *ertzaintza* con antecedentes de acoso hacia una de las víctimas aparezca allí esa noche —apunta Paones ahondando en este tema.

—¿Tenemos todo sobre ella? Me refiero a su estancia en Tapia de Casariego.

—La cabo Crespo hizo toda la labor —le digo mirando a Maite y dándole paso.

—Sí, mi comandante. Sabemos la motocicleta que alquiló, dónde se alojó, nos han confirmado su estancia allí y el nombre con el que se hospedó, que no es el suyo. Y los testimonios, tanto los empleados de la empresa de alquiler, como del hostal. También imágenes de ella en la motocicleta, con la matrícula, pero no se la ve el rostro.

—Antes de hacer nada, hemos preferido comentárselo, mi comandante —añado—. Al ser un tema que podría ser delicado, por tratarse de una ex funcionaria de los cuerpos y fuerzas de seguridad del estado.

Sobarriba asiente levemente y se recuesta en su silla. Después se toca la barbilla. Es su manera de procesar información: silencio, quietud, análisis.

—Sí, mejor. Vamos a hablar con la comandancia de Bilbao y que nos den toda la información que necesitemos. Que se encarguen ellos, ¿de acuerdo? Segunda línea de investigación.

—La productora de contenido para adultos —continúo—. El viernes estuvimos con ellos el sargento primero y yo. Se llama *Tech AstLab*. Tienen la sede en un polígono industrial de Gijón. Confirman que pagaban a Malena Morán por trabajos esporádicos durante los últimos ocho meses. Y en efecto, esa información consta en sus declaraciones de IVA. Al menos, las de la sociedad española. Pero no nos dan más datos. Aducen temas de confidencialidad

—¿Cuánto dinero?

—En sus declaraciones de IVA y demás cuestiones para hacienda, salen tres empresas. Dos el año pasado y una sola este. Hay otra holandesa que Malena también declara, pero no tenemos sus declaraciones de impuestos. Habría que solicitarlo a Holanda.

—¿Y cómo llegan hasta ahí? —pregunta el comandante.

—Lo intuimos cuando vimos que no cuadraban estos ingresos con los supuestos de *influencer* y participación en redes. Era demasiado dinero para su número de seguidores. En total estamos hablando de más de medio millón de euros, según declara la misma Malena Morán en dos años. Hemos localizado cerca de trescientos treinta mil. Nos queda la holandesa. Y faltaría una declaración de esa empresa para saberlo con exactitud.

—¿Y qué hacía la asesinada? ¿Escenas sexuales? —pregunta algo sorprendido Sobarriba, al que sospecho un poco mojigato en estos temas.

—No lo podemos saber —le digo—. A eso fuimos a hablar con ellos el viernes. A que no dijeran qué hacía y con quién. Pero se muestran muy reservados.

—¿Reservados? ¿No podemos ver o buscar sus escenas en su plataforma o la web?

—Es más complejo, mi comandante —le explico—. No creemos que hiciera escenas o muy pocas, porque no se encuentran. Tenemos la sospecha que se trataban de *shows* en directo. La gente se engancha a la plataforma de emisión y paga con *tokens* o monedas virtuales, previo desembolso por ellas.

—No quieren dar detalles del tipo de contenido que grababa Morán con ellos. Alegan que es información sensible de la empresa, que tienen contratos de confidencialidad. Los dos socios nos recibieron muy correctos, educados, pero sin orden, nos tememos que no sacaremos mucho más —interviene ahora Juan Paones.

—Pero tenemos un nombre que nos dio una mujer que estaba allí. Una chica que también sube contenido para adultos —le aclaro —. Nos dijo que Malena actuaba con un tal Yoel, un cubano que más de metro noventa, muy musculado, de gimnasio. No nos dio más detalles. *Hércules*, como alias en ese mundillo.

—¿Algún detalle más? —sigue preguntando Sobarriba.

—Que no le gustaba. Un tipo… muy sobrado y que alguna vez escuchó conversaciones que le parecieron extrañas.

—¿Cómo cuáles? —insiste el comandante, que ve ahí un hilo del que tirar.

—No supo decirnos, porque utilizaba expresiones cubanas; algo así como que a esa *cotorra tendrían que sacarle del parque*… y él contestó que se había *cogido un diez* y que *a él no le calculan*. Todo dichos cubanos. Y esas frases, cuando las hemos mirado, pueden decir algo, mi comandante. *Sacar del parque* es matar a alguien. *Cogerse un diez*, tomarse un descanso y eso de que a *él no le calculan*, es más o menos que a él no lo conocen bien. Lo que no sabemos es el contexto de la conversación

Veo que Sobarriba tamborilea con los dedos sobre la mesa. Conozco ese gesto. Significa que está procesando, analizando ángulos, buscando la manera de presionar sin romper el procedimiento.

—Hay que saber más de esa tal Yoel. Y qué tipo de escenas hacía Morán con esa gente. Y los pagos. Importes, fechas, modalidades. Todo. ¿Sabemos su apellido?

—Herrera, Yoel Herrera —responde Paones.

—Hay que hacer dos cosas de inmediato. Localizar a ese tal Yoel, lo primero. Organizadlo con los hombres de Tapia de Casariego. Lo segundo, pedirle a su señoría que nos permita entrar con todo a esa plataforma de contenidos o productora o lo que sea —apunta el comandante

—Lo primero es sencillo. Nos ponemos con ello de inmediato. En lo segundo, vemos el problema, mi comandante —le digo, midiendo mis palabras—. Necesitaríamos que la instructora nos firmara una diligencia específica para acceder a esa información. Y no va a ser fácil conseguirlo. La juez Vega es… puntillosa y excesivamente garantista con todas las diligencias que restrinjan derechos fundamentales. Con unos simples indicios, no creo que nos firme esa orden.

—¿Por qué? ¿En qué se basa?—indaga el comandante—. Tenemos la facturación que no cuadra, un testimonio de alguien que nos dice que trabajó con ese tal Yoel, dos muertos…

El sargento primero carraspea y se remueve ligeramente en la silla. Crespo permanece hierática, seria, sin mover un músculo. Es la de menor grado y solo hablará si se le pide. Jerarquía militar, simplemente.

—Porque la juez es… bastante complicada, mi comandante. Aduce que unos pagos no son suficiente razón para exigir esos datos que, además, pueden afectar a terceros ajenos a la investigación. Y sin esa orden, los abogados van a poner todas las pegas posibles. Es, hasta cierto punto, comprensible. Al ser contenido para adultos, sin orden expresa… —elevo los hombros en señal de impotencia.

Sobarriba me mira fijamente. Sé que está evaluando mi análisis, contrastándolo con su propia experiencia con la magistrada.

—¿Qué propones Barrena?

Trago saliva. He pensado en ello, claro. Pero no tengo una estrategia clara. Solo una intuición.

—No lo sé aún, mi comandante. Pero buscaré la manera de planteárselo para que no nos dé portazo. Si lo hace, puede ser definitivo. O estudiaremos los atajos… siempre legales —puntualizo —, para encontrar al tal Yoel.

Veo que Sobarriba reflexiona durante unos segundos antes de asentir.

—De acuerdo. Espero algo en ese sentido, Barrena.

—Entendido, mi comandante. —Ese tipo de respuesta es la que me hace seguir siendo precavida con él, a pesar de nuestros mutuos avances en la relación de jefe y subordinada, que ya no es la de una apestada.

—Tercera línea.

Intercambio una mirada con Paones y Crespo antes de continuar. Esta es la parte más extraña de toda la investigación.

—El tema del perro y el vecino que llamó a los compañeros de Tapia de Casariego. Hemos estado en la casa, mi comandante, y hemos comprobado la versión del testigo. La cosa no cuadra por ningún lado —le comento.

—Explícate.

—El vecino, Tomás Ramos, dice que los ladridos del perro callejero le molestaban, que el animal estaba alterado y que suponía un peligro para el tráfico porque se metía en la carretera. Según su versión, le llamaron la atención los ladridos y decidió marcar el teléfono del cuartel para que fueran a recoger al animal.

—¿Dónde está el problema?

—En la física, mi comandante. El chalet de Morán está a más de ochenta metros de la casa de Ramos. Ochenta y tres metros exactos. Le visitamos el sargento primero y yo. Las ventanas de la casa tienen doble acristalamiento térmico. Con las ventanas cerradas, apenas se oye el tráfico que pasa a cuarenta metros de su casa. De hecho, una motocicleta con el tubo de escape trucado, solo la pudimos escuchar cuando las abrimos. Y ese tipo de ruido es mayor que el de unos ladridos de un perro.

Sobarriba se inclina ligeramente hacia adelante. Está empezando a ver las inconsistencias.

—Y otra cosa… —añade el sargento primero—, le notamos algo incómodo con nuestra visita. No podemos decir que fuera algo muy palpable, pero sí que no estaba a gusto.

—Incómodo, ¿cómo?

—Empezó a hablar… como improvisando. No nos dio la sensación de que tuviera un discurso muy aprendido

Me doy cuenta de que Sobarriba está empezando a conectar los puntos. Veo esa expresión que pone cuando las piezas se mueven y encajan en su cabeza.

—¿Creéis que está implicado?

—No lo sabemos. Pero su llamada al cuartel de Tapia sirvió para que los compañeros descubrieran los cuerpos. Sin esa llamada, habrían podido pasar días hasta que alguien los encontrara.

—¿Coartada?

—Dice que estuvo en casa toda la noche.

Sobarriba se levanta y camina hasta la ventana, mesándose la barbilla. Es parte de su ritual cuando piensa. Contempla el patio durante unos segundos antes de darse la vuelta.

—Cuarta línea.

—Esa es la más compleja, mi comandante —admito, porque sé que lo que voy a decir va a sonar a especulación, pero es una especulación basada en datos—. Creemos que Malena Morán y Lucas Zárate tenían una relación sentimental. No oficial, pero sí íntima.

—¿En qué os basáis?

—Varios indicios. Cenaron juntos esa noche en el restaurante de él, a unos cuarenta minutos de distancia de la casa de ella. Y nos lo confirmó su segundo en el restaurante. Y hay algo más: —carraspeo, porque esto es muy endeble, aunque siento que es cierto— en el suelo del salón se quedaron fibras de sus ropas adheridas.

—Estaban en el suelo muertos, Barrena, ¿no?

—Sí. Lo contrasté con el capitán Cantelar. Pero esas ropas dejaron fibras y algunos rastros en un lugar diferente a donde estaban los cuerpos, mi comandante. Mi tesis —añado—, pero no estoy completamente segura, porque es una suposición, es que se desvistieron, las ropas quedaron en el suelo y el asesino aprovechó ese momento para entrar en la casa.

Sobarriba se me queda mirando, arruga el entrecejo y se dirige de nuevo a su mesa, sentándose de nuevo. Una vez allí, junta las manos en la barbilla.

—¿Hay algún rastro más de él o de ella en sábanas o ropa de baño?

—No. Pero nos quedaría pedir a la juez que nos dé permiso para tomar muestras de la casa de él. Allí no ha estado criminalística. La juez Vega…

—No estaría de más atar esa conclusión a la que has llegado, que me parece factible —me dice sorprendiéndome—. Si las toallas o las sábanas de Zárate mostraran restos de ADN de ella, sería más sencillo pedir diligencias de escuchas o de seguimiento cuando tengamos sospechoso.

—Coincidimos en eso, mi comandante —le corroboro.

—¿Algo más de esa línea?

—Que Morán tenía o tuvo pareja oficial. Un tipo al que apodan *El Bicho*.

—¿Nombre real?

—Roberto Gómez. Treinta y ocho años, natural de Avilés. Antecedentes por peleas, palizas, amenazas, tráfico de drogas a pequeña escala. Un historial que no invita a confiar en él.

Sobarriba vuelve a reflexionar. Todo en él es medido, calculado. Está sopesando cada línea y sus conexiones.

—¿Dónde está?

—Esa es la cuestión, mi comandante. Lleva desaparecido mes y medio. Hay una orden de busca y captura desde hace tres semanas, pero es como si se lo hubiera tragado la tierra. Nadie sabe nada de él. Su teléfono no funciona o no está operativo, ni los compañeros de los cuarteles de la zona han sabido nada de él. Tampoco hay denuncia de desaparición.

—La teniente tiene una teoría sobre el padre de Malena Morán —aclara Paones, mirándome un segundo—. Si es cierta, tenemos algo más que dos muertos.

—Ramón Morán no me da buena sensación. Por ahora solo es eso, pero algo me dice que… —le expongo a mi superior.

Veo que Sobarriba me presta toda su atención. He aprendido a reconocer cuándo algo le interesa de verdad.

—Detállame eso, Barrena.

—Cuando le preguntamos por los ingresos de su hija, se mostró evasivo. Luego, poco a poco, fue admitiendo que sabía algo de los trabajos con la plataforma de vídeos para adultos. Incluso los importes aproximados. Y eso que supuestamente no tenía relación fluida con su hija.

—¿Y le preguntasteis por Roberto Gómez?

—Habló de él en pasado —contesto rápidamente.

Sobarriba me mira. Quizá está sopesando si vuelvo a ser la apestada o de verdad esa intuición que tengo me llevará a algo.

—En efecto, parece no cuadrar —termina asumiendo tras reflexionar unos segundos—. Si él sabía lo de sus trabajos de contenido para adultos y un novio complicado, que ahora está desaparecido… —deja la frase colgando—. No me fío de corazonadas, pero pudiera haber algo.

—Sin localizar a *El Bicho*, poco podemos hacer. No podemos confirmar si realmente hay desaparición. Y la juez Vega, de nuevo no nos firmará diligencias en ese sentido. No tenemos nada más que una conjetura.

El comandante permanece en silencio durante varios segundos. Casi puedo oír a su cerebro procesar la información y sus conexiones. Está buscando el hilo conductor. Es lo que mejor sabe hacer, y por eso está donde está.

—¿Y la quinta línea?

—Esa nos lleva a la gasolinera, mi comandante. Hemos visto las grabaciones y nos sorprende que cuando llega el varón y paga con la tarjeta de Malena Morán, es una cantidad muy extraña. Cinco con cincuenta y cinco. La persona que le atiende en la caja, seguidamente, hace una llamada. Hemos visto una especie de patrón parecido con cantidades siempre raras, en otras grabaciones de la cámara de seguridad del interior, a las que hemos accedido, cuando se las hemos pedido, pero no tenemos diligencia firmada por la juez instructora.

El comandante se queda, de nuevo, pensativo. Son muchas líneas y vías que no nos conducen a nada, pero que, en una de ellas, estoy convencido que está pensando, se haya la solución. Y yo estoy de acuerdo.

—¿Qué te dice todo esto, Crespo? —Le pregunta a la cabo que, hasta ese momento solo ha intervenido una vez.

Maite respira hondo antes de responder. La intuición en este trabajo es importante, pero hay que saber cuándo confiar en ella y cuándo no.

—Que esto no es un crimen pasional, ni un robo, mi comandante. Hay demasiadas variables, demasiados cabos sueltos que no terminan de atar. La mujer de la moto conocía a Zárate, tenía motivos para matarlo. Morán estaba metida en un mundo, el de los contenidos para adultos, que de por sí, es complejo, sucio y muy oscuro. El vecino que llamó a Tapia, a mi entender, miente, no es que se equivoque o haya pecado de diligente. Tenemos un novio violento desaparecido justo cuando su pareja empezaba a tener una relación con otro hombre y una gasolinera con comportamientos extraños cuando alguien les paga cantidades poco comunes. Una especie de patrón. Y tengo la sensación de que si no todos, muchos puntos están conectados. Pero no le puedo decir cómo, mi comandante.

Sobarriba se levanta otra vez y se dirige de nuevo a la ventana. Las luces de esa mañana nublada en Madrid apenas iluminan. Se mantiene así durante unos segundos, en silencio y nosotros expectantes.

—Vamos a marcar prioridades. Me parece que hay que centrar los tiros en la gasolinera y la plataforma de vídeos, incluyendo al tal Yoel. Después, nos ocupamos del vecino. Yo, mientras, llamaré a la Comandancia de Bilbao, para el tema de la antigua *ertzaintza*. Hay móvil y oportunidad, al menos, si no es la asesina, sí de complicidad. Y ese hilo tenemos que seguirlo o desecharlo cuanto antes. Barrena —me dice sin volverse— tienes que encontrar la manera de presionar a los socios de la plataforma o productora, para que nos dé acceso a los archivos de Morán.

—¿Hacemos algo con el padre, mi comandante? —pregunta Paones mientras yo anoto en mi libreta.

— Lo del padre lo veo más secundario, pero no desechemos seguir profundizando en la desaparición de Roberto Gómez. Por lo que me decís, podrían estar conectadas las actuaciones pornográficas y la desaparición del novio. Si profundizáis en lo del contenido para adultos, posiblemente se avance en este. Estoy de acuerdo con la cabo Crespo. Me da que todo o casi todo está relacionado.

El comandante regresa a su escritorio, pero no se sienta. Se queda de pie, con las manos apoyadas en el respaldo de su silla. Nos mira a los tres y asiente.

—Hay que ponerse a ello. La juez, Barrena —me apunta con la barbilla.

Me quedo pensando en la complejidad de la magistrada Vega, su militancia, sus ideas, incluso pienso en su inclinación sexual y en cómo me mira. De pronto, algo se me ilumina en la mente. *Qué retorcida eres, Mariloli…* Pero es algo que no debo decirle al comandante. Demasiado agresivo.

—Lo primero que voy a hacer es pedirle a la juez que nos dé esos permisos. Si no accede, cosa que veo probable, pensamos en alguna manera. Bien con la fiscalía o… no sé. Algo se me ocurrirá —dejo el tema sin concluir, consciente de que Sobarriba no me admitiría lo que se me acaba de ocurrir.

—De acuerdo —me dice con media sonrisa, que pretende ser amigable, pero que le sale ligeramente tensa.

Es lo que tiene un tipo como Sobarriba. Buen jefe, pero al que le falta algo de empatía o de fluidez en las relaciones.

—Por cierto, he encargado unas pastas y algo de café… mejor que el de la máquina. Hoy es mi cumpleaños, mi comandante, y me gustaría que se acercara a tomar algo.

—Muchas gracias, Barrena. Y felicidades. Claro, me pasaré.

—Y todo el que quiera —les digo también a Crespo y Paones.

Empujo la puerta del despacho y el aroma del café recién hecho me golpea como un abrazo tibio. Es curioso cómo algo tan simple puede convertir una mañana cualquiera en algo especial. Las voces se mezclan con risas contenidas, esas que nacen cuando la gente se permite relajarse un poco en el trabajo, cuando bajan la guardia lo justo para recordar que, detrás del tricornio que nos adorna, seguimos siendo personas. La mesa de reuniones ha perdido su aspecto formal de siempre. Donde habitualmente extendemos planos, fotografías de escenas del crimen o informes que huelen a tinta fresca, ahora reposa el bizcocho que preparé anoche en mi cocina. Me llevó más tiempo del que pensaba, pero hay algo en el ritual de batir la masa o de controlar la temperatura del horno, que me tranquiliza. Los pastelitos que ha colocado Crespo están dispuestos con esa precisión marcial que la caracteriza, cada uno a la misma distancia del otro, como si fuera una formación de soldados dulces.

—Vaya, mi teniente, si lo sé no desayuno —dice Paones, sosteniendo su taza como si fuera un trofeo—. A este paso, a ver quién vuelve a currar después. Y a bajar la talla… —añade tras coger un trozo de bizcocho y metérselo en la boca

—Menos quejas, Paones, y si te da remordimiento, apúntate a *crossfit* —le respondo con guasa.

Es verdad. Paones, últimamente, va más por el gimnasio. Los años no pasan en balde, aunque, en su caso, no muestra aún la típica y tópica barriga de cuarentón.

—No me quedará más remedio si sigues con los bizcochos.

Crespo, siempre práctica, no pierde el tiempo con bromas. Se mueve por la sala con la eficiencia de una máquina bien engrasada, sirviendo café a Rosa Maté, que está enfrascada en una conversación de un expediente antiguo. Rosa es de esas personas a las que les cuesta desconectar. Incluso ahora, en mi cumpleaños, tiene la vista clavada en los papeles apoyados en una esquina de la mesa, como si fueran a desaparecer si aparta la mirada.

—Déjalo ya, Rosa, que hoy es fiesta —le digo con toda la suavidad que puedo reunir.

Rosa levanta la cabeza y me dedica esa media sonrisa resignada que conozco tan bien. Muchas escuchas, confidencias y palabras de ánimo en mi época de apestada de la unidad.

—Los malos no descansan, mi teniente —me replica.

Esa es una de las cosas que más cuesta de este trabajo: la sensación constante de que nunca puedes bajar completamente la guardia. Incluso en momentos como este, cuando la alegría flota en el ambiente, una parte de tu cerebro sigue alerta, esperando que suene el teléfono con la noticia que lo cambie todo.

La puerta se abre más y aparece el cabo primero Esteban, seguido por Cortina. El cabo primero de delitos económicos lleva una corbata que no pega nada con su estilo habitual, como si se hubiera vestido para una cena elegante en lugar de para otro día en la comandancia.

—Mira Cortina lo guapo que viene —se burla Crespo con ese afecto ligeramente áspero que caracteriza a la cabo—. ¿Heredaste ese estilo en delitos económicos?

Cortina se para en seco y se ajusta la corbata con un gesto exagerado, como si fuera un actor preparándose para salir a escena. Es un buen tipo, metódico, eficaz y muy sobrio en su trabajo.

—Hoy tengo juicio. Aunque allí hemos sido estilosos desde siempre, Crespo. Ahora que estoy con vosotros, me tendré que acostumbrar a la mugre y al polvo del camino. Los de despacho tenemos más glamour —responde mientras se acerca a los pastelitos con la determinación de alguien que no ha desayunado.

Es típico de Cortina. Trabaja con números, con cuentas bancarias y movimientos de dinero que la mayoría de nosotros no

entendería, ni aunque nos lo explicaran con dibujitos, pero conserva ese sentido del humor que hace que todo sea más llevadero. Los delitos económicos pueden ser mortalmente aburridos, pero Cortina siempre encuentra la forma de sacarles punta. Y ahora que está en mi equipo, me siento afortunada.

El ambiente se enfría un grado cuando entra la brigada Castillo, de personal, acompañada del capitán García de la Cruz, el guapo oficial de la unidad y mi exnovio, *Manu*, ahora responsable de ese departamento. Para mí, aunque lo disimule, es como si alguien hubiera abierto una ventana en invierno. La brigada Isabel Castillo lo ha debido traer porque el capitán García de la Cruz —*Manu* para mí —, no es todavía un asiduo de los grupos y corrillos. La aprecio y es una buena compañera, pero me fastidia que entre mi ex en mi pequeña fortaleza. No tiene ni idea, de que fue mi novio y vivimos juntos durante casi un año y medio.

—Felicidades, mi teniente —se me acerca, con *Manu* detrás.

En ese momento siento un escalofrío y algo parecido a la aversión. Todo lo que estuve enamorada de él se ha convertido en completo rechazo. Los cuernos que me puso, superados gracias a mis amigos y mi trabajo, han quedado atrás, pero la sensación de resquemor y el deseo de algún tipo de venganza, no puedo evitarlos.

—Muchas felicidades, Barrena —me dice *Manu* con una media sonrisa y algo de envaramiento disimulado.

Siento una punzada incómoda al verlo. Es algo que no puedo evitar, una reacción que viene de algún lugar profundo que tampoco quiero explorar demasiado. Ahora mismo siento un gran desapego por él. Me recompongo con la rapidez que da la dichosa y bendita jerarquía militar, y le dirijo un saludo formal, manteniendo la distancia profesional que la situación requiere. Pero *Manu* ahora me mira fijamente a los ojos y por un momento siento como si el resto del despacho se hubiera desvanecido. Me jode que no pueda mandarlo a la mierda delante de todos.

—Gracias, mi capitán —le contesto en un tono que espero suene neutral, desviando la mirada hacia la brigada.

Me es más fácil mirarle a ella. Con Muñoz las cosas están claras. Es profesional, directa, sin complicaciones emocionales ocultas.

—Isabel, gracias por venir.

—Solo pasábamos a felicitar —responde la brigada Muñoz con esa afabilidad que parece natural en ella—. Tenemos una reunión con el coronel. —Se detiene y mira en derredor—. Tienes un buen equipo. Me alegro mucho —me dice casi en confidencia.

De reojo noto de nuevo cómo *Manu* me observa. Hay algo en su mirada que no sé si quiero interpretar, una intensidad que me pone nerviosa. No sé por qué ha venido, aunque imagino que a restregarme que está aquí, en la UCO, o que ya ha superado cuando me pedía volver, en la puerta de la casa de mi padre, en Marbella. Decido ignorarlo y concentro mi atención en Esteban y Paones. Están junto al capitán Morales, el segundo al mando de nuestro grupo. Este, bastante simpático, está contando una de sus historias con esa gracia natural que lo caracteriza. La broma de Morales hace reír a Paones, al cabo primero Esteban y al comandante Sobarriba. El capitán y mi comandante, que sigue siendo para mí *El Cinturón Negro*, han entrado discretamente mientras yo estaba distraída. Es un detalle, pienso para mí, además de una forma de establecer que ya no soy esa apestada enchufada de los numerosos motes. Mentalmente, se lo agradezco a ambos. Los subtenientes Monsalve y Molina, junto con el teniente Buezo, entran en ese momento con algunos de sus respectivos equipos, mezclándose con el resto y felicitándome

—Bueno, teniente, un año más —bromea Sobarriba con esa sonrisa algo dura y poco fluida que lo caracteriza—. Siento envidia por su juventud.

Me doy cuenta de que, aunque no sea una persona de trato amable y natural, Sobarriba es de esos mandos que intentan mantener el equilibrio perfecto entre la autoridad y la cercanía. Sé que es duro cuando la situación lo requiere, pero también veo que puede relajarse y hacer que la gente se sienta valorada.

—Gracias, mi comandante —le respondo con una sonrisa.

—A ver cuándo invitas tú, Morales —interviene el comandante, señalando al capitán con un pastelito.

Morales se lleva la mano al pecho en un gesto dramático, como si Sobarriba hubiera herido su honor.

—Lo mío es la discreción operativa, mi comandante —se excusa, haciendo reír a todos.

La discreción operativa es el comodín que Morales usa, como otros el dolor de cabeza, para evitar reuniones familiares.

—Y te recuerdo que tenemos reunión —le dice al capitán, que asiente, traga su pastelito y me mira encogiéndose de hombros—. Nos vamos, Barrena. Lo dicho, muchas felicidades.

—En cuanto dé con la tecla con su señoría se lo hago saber.

—Perfecto.

—A la orden, mi comandante.

El grupo sigue bromeando, pero poco a poco van marchándose hacia sus puestos. Es la dinámica habitual; un momento de camaradería y luego vuelta a la realidad del trabajo.

Cuando recojo las últimas tazas vacías y las migajas del pastel, mi mirada se detiene un instante en algo que no esperaba ver. Maite está casi al borde de la puerta, hablando con *Manu*. Al principio no le doy importancia, pero algo en la forma en que se miran me hace prestar atención. Disimulando, observo cómo ambos intercambian una sonrisa sutil pero inequívoca. La de *Manu* es una de esas sonrisas que guardan historias tras los ojos, secretos compartidos, complicidades que no necesitan palabras. La conozco demasiado bien… *No jodas, Mariloli*, pienso, sintiendo un cosquilleo desagradable al cruzarse nuestras miradas, que yo aparto enseguida. No me importa lo que haga con su vida, pero hay algo extraño en todo esto. La presencia de *Manu* en mi cumpleaños y ahora ese gesto que él sabe que yo sé y conozco. Y esa mirada durante un par de segundos antes de que yo la retirara. *Mariloli, es como si…* no quiero pensar en lo que se me está empezando a ocurrir. Sacudo la cabeza con un gesto rápido, obligándome a no pensar. No es el momento para ponerse a analizar esas sonrisa, pero sé que tengo razón. Ha venido a restregarme que tiene a Crespo encandilada. A alguien de mi equipo y que eso significa, que, como le rechacé, ha decidido tocarme los ovarios. Me viene entonces a la memoria, las conversaciones por teléfono de Crespo a solas, en voz

baja y sonrisa bobalicona o las respuestas a los mensajes con ese gesto de relajo y agrado. Ambos se van tras una despedida con la mano. Y a mí me queda una sensación extraña, como si hubiera descubierto una pieza de un puzle que no sabía que existía. Y lo peor es que no estoy segura de saber cómo encaja eso en el equipo.

Decido no pensar más en ello, aunque me fastidie que pueda desequilibrar mi relación con Crespo, que no es mala, pero tampoco lo fluida que es con Paones, Rosa Maté o Esteban. Resoplo, cierro los ojos, me obligo a olvidarme y a concentrarme en el trabajo, así que descuelgo el teléfono y marco el del capitán Míguez. Intuyo que puede ser interesante contar con su apoyo.

—Buenos días, mi capitán. Necesito hablar de su señoría.

—¿Yo? Pero si solo soy un simple guardia de pueblo.

24
Erika Bum y el Hércules del porno

Ovés, Asturias
22 de noviembre. 11:30 horas

El *GPS* me ha llevado hasta Ouvés —Ovés en castellano o español—, primero por la autovía y después por carreteras secundarias serpenteantes que suben y bajan entre los valles asturianos. Desde Tapia de Casariego hasta aquí es algo más de una hora y media de conducción, pero Adela ha sido tajante: nada de cuarteles, nada de comandancias, y desde luego, nada que la relacione oficialmente con la Guardia Civil. *En un bar perdido, en un pueblo que ni sepas pronunciar*, me ha dicho cuando la he llamado a las ocho de la mañana. *Y vienes sola, por favor.* El resultado es que estoy en Ouvés, en asturiano, u Ovés en castellano. Es un pueblo pequeño, de apenas treinta habitantes.

La noche anterior, a eso de las diez y media pasadas, llegamos Paones, Crespo y yo a Tapia de Casariego en coche, tras salir de Madrid pasadas las cinco y media de la tarde. Aquella semana se nos presentaba como muy importante para resolver el caso de Malena Morán y Lucas Zárate. Como le habíamos dicho al comandante, teníamos abiertas cinco posible líneas de investigación y necesitábamos priorizar para ser más eficaces. Lo primero que habíamos hecho, ayer mismo mientras conducía la cabo Crespo, fue preparar las entrevistas de hoy. En mi caso con Adela, la actriz o lo que fuera que subía escenas porno a la misma plataforma que Malena. No se había negado, pero se mostró reticente a ir a un cuartel de la Guardia Civil o a que se la relacionara con nosotros. Tal y como nos dijo cuando nos la encontramos en la entrada de la empresa de contenidos para adultos, ella había querido llamar a la Guardia Civil o a quien se encargase del caso de Malena, pero tenía

miedo a represalias por parte de Yoel y su entorno. Así que, me había citado en ese pueblecito llamado Ovés —Ouves en asturiano —, y en concreto en el único bar que al parecer había en la pequeña localidad.

Lo segundo que hicimos nada más despertarnos y presentarnos en el cuartel de Tapia de Casariego, fue pedirle al brigada Sánchez que Maldonado y Maroto se ocuparan de ayudarnos a localizar a Yoel, el actor de cine para adultos. El brigada puso cara como de no poder hacer mucho con solamente esos datos, así que nos comprometimos en irle informando de todo lo que fuéramos sabiendo. No me dio buena espina que se limitara a mirarnos, encogerse de hombros y a poner el problema por delante. Me centré en que toda la información que obtuviéramos se la daríamos para ayudarlos a localizarle.

El bar al que llego, que no veo el nombre, sé que es el indicado porque Adela me ha mandado la ubicación física en un mensaje de *whatsapp*. Está en una de esas plazas de pueblo que parecen sacadas de una postal de los años setenta. Edificios de piedra clara, alguna casa con macetas en las ventanas, y el típico bar de toda la vida donde los jubilados toman su café matutino mientras resuelven los problemas del mundo. Aparco el coche bajo un castaño que ya ha perdido casi todas las hojas y compruebo la hora en mi reloj. Llego puntual, como siempre.

Cuando empujo la puerta de madera vieja del bar, mesón y lo que se necesite, todos los parroquianos se vuelven a mirarme. Tres hombres de más de setenta años, sentados en la barra, me examinan con esa curiosidad mezcla de desconfianza y cortesía que reservan los pueblos pequeños para los forasteros. La camarera, una mujer rolliza de unos cincuenta años, me sonríe desde detrás de la barra mientras seca vasos con un paño a cuadros.

—Buenos días —le digo—. ¿Estoy buscando a una chica esperándome? Morena, joven…

—Está en el reservado del fondo —me señala con la barbilla hacia una zona más apartada donde hay cuatro mesas separadas del resto del local por una mampara de madera. Llamar reservado a

aquello, es, cuanto menos, pretencioso, pero bastante real para el lugar donde me encuentro.

Adela está sentada de espaldas a la entrada, en la mesa más alejada de la barra. Lleva una sudadera con capucha gris, vaqueros oscuros y zapatillas deportivas. El pelo, que en las fotografías que he visto de sus trabajos aparece peinado con volumen y leonado, ahora es castaño y lo lleva recogido en una coleta sencilla. Sin maquillaje, sin las pestañas postizas, sin la ropa provocativa de Erika Bum, Adela Ruiz parece una chica cualquiera.

—¿Adela? —me intereso en voz baja al acercarme.

Se vuelve hacia mí y me sorprende lo joven que esa mañana parece. En persona no debe tener más de veinticuatro o veinticinco años, aunque en los vídeos que vi en la página de la plataforma parecía mayor. Tiene los ojos marrones, grandes y expresivos, pero hay desconfianza y hartazgo en su mirada.

—Hola —dice quedamente, sin levantarse ni girarse, y la vista hundida en algún punto de la mesa.

Noto que, sin embargo, ha mirado de soslayo a la barra, un brevísimo instante. Pero nada me identifica como Guardia Civil ni por asomo. Más bien, como una pija de Madrid. Pantalones vaqueros con rasgaduras, una camisa verde, abierta, encima de una camiseta blanca y una sobrecamisa gruesa de color caqui. Zapatillas color arena de una marca que, por aquí, sospecho no llevan al campo.

—Buenos días, Adela —contesto sentándome frente a ella.

—No quiero que se sepa nada de esto, ¿de acuerdo? —Lo dice en voz baja, mirando de nuevo hacia la barra para asegurarse de que nadie nos mira, porque escuchar es imposible.

—Adela, antes de nada, quiero que sepas que esta conversación es completamente informal. No estoy tomando declaración, no hay grabadoras, no hay actas. Es solo una charla entre tú y yo.

—¿Y si luego me llaman a declarar oficialmente? —inquiere con un punto de nerviosismo e incertidumbre.

—Si llegara ese momento, ya hablaríamos. Pero por ahora, nadie va a saber que nos hemos visto a menos de que tú quieras.

La camarera se acerca con esa sonrisa profesional que reserva para los clientes nuevos.

—¿Qué le pongo, guapa?

—Un café con leche, por favor.

—¿Quiere algo de comer? —insiste en un empeño comprensible para facturar—. Tenemos *Carajitos del Profesor*.

—¿El qué? No los conozco —digo sorprendida.

—Es un dulce de aquí. De Salas —me informa Adela.

—Son sin gluten —apunta la regordeta camarera—. Y si no, también hay milhojas. O bollería —me ofrece con un ligero y escueto encogimiento de hombros.

—Pues tráigame uno de esos *carajitos*, si es tan amable.

La mujer me mira un par de segundos, porque aunque no sé si es el típico desayuno de los jubilados y trabajadores de la zona, seguro que se toman más de uno. Pero al instante se va hacia la cocina. Cuando la mujer se aleja, Adela se inclina hacia adelante y baja aún más la voz.

—Tienes que prometerme que mi nombre no va a salir en informes, ni en periódicos. Ni en la televisión. Ni en ningún sitio.

Lo dice con la mandíbula apretada, un gesto serio, incluso recio y la mirada dura, sin brillo, casi acorazada. Veo que sus músculos faciales se contraen.

—Te lo prometo. Pero necesito que me ayudes. Malena está muerta y también Lucas Zárate. Y creo que tú sabes cosas que pueden ayudarnos a encontrar a quien los mató.

Adela respira hondo y mira por la ventana durante unos segundos. Fuera, un perro vagabundo de varios tonos pardos, olfatea las ruedas de mi coche.

—No sé por dónde empezar…

—Empieza por *Hércules*. El que trabajaba con Malena.

—Yoel… —repite con una mueca de desencanto—. Yoel Herrera. *Hércules* es solo su nombre artístico, por decirlo de alguna manera. —Aprieta el ceño que encierra un punto de asco—. Aunque lo que hace ese cabrón no tiene nada de arte.

La camarera me trae el café y un *carajito*, que se parece a una especie de galleta campurriana, aunque no lo digo porque seguro que es totalmente diferente. Lo pruebo y el sabor me gusta. Es de avellanas y bastante suave.

—¿De dónde es Yoel? ¿Asturiano? —pregunto tras el segundo mordisco.

—Cubano. Llegó a España hace tres años. Dice que es refugiado político, que en Cuba lo perseguían por ser disidente o no sé qué historias. Pero es mentira. Es un jeta y un delincuente común que se vino aquí porque le dijeron que había dinero fácil.

—¿Cómo sabes que es mentira?

Adela mira de nuevo hacia la barra. Los jubilados siguen con su tertulia matutina, ajenos a nuestra conversación. Además, por el sonido del televisor, deduzco que no deben ser finos de oído, porque se escucha, perfectamente desde donde estamos, el programa matutino de la televisión asturiana.

—Porque el muy cabrón se emborrachó un día y me contó que en Cuba era chulo. Tenía a tres tías trabajando para él en La Habana Vieja, con turistas. Pero se metió en problemas con alguien y tuvo que largarse.

—¿Qué tipo de problemas?

—Le rompió la cara a un cliente. Un alemán o algo así. El tipo era importante. No sé, creo que tenía conexiones con el partido o funcionarios o policía… no estoy segura. El hecho es que Yoel tuvo que salir corriendo de Cuba.

Doy un sorbo al café. Está bueno, recién hecho. El *carajito*, sorprendentemente me parece un dulce muy interesante. Comida de verdad, sin artificios. Deberían anunciarlo más para que se pusiera de moda entre los de ciudad, me digo. *Dile a La Helen que les haces una promo, Mariloli.*

—¿Y cómo llegó hasta la plataforma de vídeos y contenido de adultos?

—A través de un amigo o rollo de Malena. Se conocieron en un chat de contactos. Él buscaba trabajo, ella buscaba… —se encoge de hombros— lo que buscan todas en ese mundo. Quería dinero. Eso me lo conto un día. El novio que tenía o lo que fuera, le dijo que se podía hacer mucho dinero con este… con escenas y *shows* en directo. Y qué mejor que Yoel.

—¿Y funcionó?

—Al principio sí. Se inventaron que ella era una mujer casada que le ponía los cuernos al marido con un mulato. Yoel es… —duda un momento— impresionante físicamente. Casi dos metros de altura, cien kilos de músculo, y… —aquí duda y me mira un instante, como pidiendo perdón de antemano— con una tranca descomunal —añade bajando la voz—. Disculpa… bueno, ya me entiendes. Las tías que ven porno interracial se vuelven locas con tipos como él.

Noto cierta amargura en su voz cuando dice esto último.

—¿Tú también trabajaste con él?

Adela se queda callada durante unos segundos. Cuando vuelve a hablar, su voz es apenas un susurro.

—Dos o tres veces. Y fue la peor experiencia de mi vida.

No insisto. Su lenguaje corporal me dice todo lo que necesito saber. Se abraza a sí misma, evita el contacto visual, se muerde el labio inferior. Signos evidentes de incomodidad.

—¿Puedes contarme cómo funcionaba la relación entre Malena y Yoel?

—Rara. Muy rara. Al principio parecía que solo era trabajo. Hacían sus escenas, sus *shows*… cobraban, y cada uno a su vida. Pero luego empezó a complicarse.

—¿En qué sentido? —le pregunto dando un nuevo y largo sorbo al café con leche.

—Yoel tiene… O tenía un problema con el dinero. Cobra una pensión por ser refugiado político y algún otro cheque social. No sé… ayudas. El caso es que no quiere trabajar oficialmente, porque perdería ese dinero.

Mariloli, ahí tienes una de las razones de que Malena facturaba tanto. No solo cobraba por su trabajo, sino también por el de Yoel.

—¿Malena le hacía de pantalla fiscal?

—No sé qué es una pantalla fiscal… —compone un gesto de indolente incomprensión—, pero si se refiere a que era ella quien cobraba y luego se lo daba, sí. Se quedaba con algo, claro. Ella facturaba por los dos, se quedaba con su parte y le daba la suya a él en efectivo. Pero hace unos meses empezó a quedarse con más dinero del que le correspondía.

—¿Cómo lo sabes? ¿Cuánto dinero?

—Me lo dijo Yoel, un día que estaba bastante puesto, porque también le da a todo. No recuerdo bien… —me dice, dándome a entender que ella tampoco iba sobria—, pero era bastante. Yoel se quejaba de que le debía más de treinta mil euros o por ahí. Me suena esa cifra.

Treinta mil euros. Para alguien acostumbrado a vivir de ayudas públicas, esa cantidad puede parecer una fortuna.

—¿Y cómo se lo tomó él?

Adela mira de nuevo por la ventana. El perro vagabundo que antes olía las ruedas de mi coche, ahora se ha tumbado al sol, junto a la entrada de la pequeña terraza trasera del bar.

—Mal. Muy mal. La última vez que los vi juntos, saliendo de la plataforma donde alojamos los vídeos, estaban discutiendo. Él le gritaba y ella le contestaba que ya le pagaría cuando pudiera. Fue desagradable.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace dos o tres semanas. Luego Yoel desapareció.

—¿Sabes dónde está ahora?

—Ni idea. No conozco su vida —me dice con un gesto adusto y casi replicante—. Solo sé que debió dejar el apartamento donde vivía y que no responde al teléfono. Como si se lo hubiera tragado la tierra.

—¿Por qué lo sabes?

—Porque tenía que hacer un *show* en directo con una chica rusa recién llegada. Una ilegal… —admite bajando el tono de voz—. Al final, como no lo localizaron, lo hizo con otro chico. Un marroquí que vive en Avilés, creo.

—Has dicho su apartamento. ¿Dónde vivía?

—En las afueras de Castropol. Es un adosado que le alquila por muy poco dinero una señora —me dice la dirección que anoto mentalmente—. Te doy también su teléfono —se adelanta a mi petición—. Y por si acaso os sirve, también pasaba por un hotel de las afueras de Navia, *La Marea*, se llama. Ahí me contó que se veía con quien le consiguió todo lo relacionado con su estatus de refugiado político. —Adela se queda callada, mirándome—. Me dijo un día que se tiraba a una funcionaria… —hace un gesto de no

conocer o no querer dar más detalles—… una del *15M* —añade a pesar del gesto anterior.

—Esa funcionaria, ¿quién es? —pregunto.

—No lo sé. Ni siquiera si es verdad. Yoel es muy flipado.

Respiro y anoto que tengo también que investigar a ese hotel, por si hubiera alguna pista que me lleve a Yoel.

—Adela, necesito preguntarte algo importante. —le pregunto con el gesto arrugado y concentrado—. ¿Crees que Yoel podría haber matado a Malena?

La respuesta llega sin dudarlo ni un segundo.

—Sí.

—¿Por qué estás tan segura?

—Es un cabrón. Disfruta haciendo daño.

Se queda callada un momento, removiendo los restos de su café, ya frío, con la cucharilla. Entonces suspira, me mira y veo que los ojos se le aguan.

—A mí, una vez que trabajé con él, me hizo daño… Me violó… —De pronto coloca una sonrisa ladeada, sarcástica, de mucha más edad que la suya—. Ya sé que suena a mentira, violar a una mujer que se dedica a hacer contenido para adultos… porno, vamos… suena muy *random*. —Se detiene y cierra los ojos no dejando que las lágrimas salgan—. Pero me violó. Me forzó y me la introdujo por delante… por detrás… me golpeó… me hizo sangre… —Abre los ojos y me mira—. Me violó —remarca.

—Lo denunciaremos, Adela —le digo con seriedad y asco hacia el tal Yoel.

Ella compone un gesto de incomprensión hacia mí. Luego, un segundo después niega despacio.

—Ni hay testigos, ni fui al hospital, ni nada… Sería una pérdida de tiempo. No merece la pena, porque no puedo probarlo. Pero me violó, te lo juro.

Me quedo un momento en silencio y apoyo mi mano en la suya. La tiene fría, con la piel algo áspera, sin cuidados ni un trato de cremas. Siento lástima por ella en ese momento.

—Hay algo más que debería contarte —añade un par de segundos después, tras calmarse un poco.

—Dime.

—Yoel no trabajaba solo. Tenía socios. Gente de por aquí, de Asturias.

Siento como se me acelera el pulso. *Ahí puede estar el hilo del que tirar Mariloli…*

—¿Qué tipo de socios?

—Tipos chungos. Ni grandes, ni poderosos. Son de aquí de la zona… Traficantes, matones, porteros de discoteca… Yoel es de esos que se dedica a cobrar deudas por las malas.

—¿Conoces los nombres de para quién trabaja?

Adela duda. Veo que está sopesando hasta dónde puede llegar sin meterse en problemas.

—Yo no sé si trabaja para ellos o… les hace favores, por llamarlo así. Hay uno al que llaman *El Nano*. Es de Navia o por ahí. Y otro que es *El Bicho*.

El Bicho. Intento que no se me note cómo se me han erizado los pelos del cogote y todos mis sentidos, poniéndome alerta. El supuesto novio de Malena. Las piezas empiezan a encajar.

—Nosotros también buscamos al *Bicho*. ¿Estás segura de que eran amigos?

—Sí. Lo he visto con Yoel varias veces. Es un tipo no muy alto, moreno, con muchos tatuajes. Y es una auténtica mala persona. Ese es el rollo que tenía Malena cuando empezó en esto… De hecho, fue él quien la introdujo en ese ambiente y le presentó a Yoel para que grabaran vídeos.

—Entonces, ¿*El Bicho* era pareja de Malena? ¿Cómo se llamaba? Le digo para probar si me dice la verdad o está intentado colarme información averiada.

—Roberto… no sé qué. Un apellido normal.

No te miente, Mariloli.

—Era una relación rara. Él aparecía y desaparecía cuando le convenía. Y cuando estaba, siempre era para pedirle dinero o para meterse en sus trabajos.

—¿Se metía en los trabajos de Malena?

—Lo que hacía era controlar con quién trabajaba, cuánto cobraba… ese tipo de cosas.

—¿Malena tenía miedo de él?

—Al principio no. Pero últimamente yo creo que sí, porque cuando la veía, estaba nerviosa. Me dijo que había empezado a amenazarla, que le decía que si le ponía los cuernos con Lucas la iba a matar.

—¿Sabía *El Bicho* que Malena tenía algo con Lucas Zárate?

Adela asiente con la cabeza.

—Lo sabía. O lo sospechaba. No le gustaba, porque decía que le afectaba al trabajo. Malena me contó que una noche se presentó en su casa borracho, gritando que la iba a matar a ella y al maricón del cocinero.

—¿Tienes alguna fotografía de *El Nano* y *El Bicho*?

Adela mira hacia la barra otra vez. Los jubilados han empezado a marcharse. Solo quedan dos, enzarzados en una discusión sobre fútbol.

—Yo creo que sí —dice finalmente, buscando en la galería de su móvil—. También tengo alguna de las fiestas.

—¿Fiestas?

—Sí. Las organizaba Yoel y otro que hace también contenido de adulto. Le llaman *Pacorro*, pero no sé el nombre. Yo no he trabajado con él.

—¿Qué tipo de fiestas?

—De las que no salen en las revistas del corazón —dice con sarcasmo—. Drogas, sexo, alcohol…

Me muestra una fotografía con cinco hombres sonrientes y brindando hacia la persona que les enfoca.

—¿Estos son *El Nano*, *El Bicho*, Yoel y el tal *Pacorro*?

—Sí. El otro no sé quién es.

—¿Y es en una de esas fiestas? —pregunto mirando la fotografía con atención.

—Sí. En esa yo no estuve —se apresura a decirme.

—¿Grabaron algo?

Adela inspira largamente, se coloca el cabello, traga saliva y me mira. Un segundo después, aprieta los labios y asiente.

—Yoel grababa todo. Siempre. Decía que era para tener material extra, pero yo creo que era para otra cosa.

—¿Para qué?

—Para presionar. Para tener algo con lo que joder a la gente si las cosas se torcían.

Chantaje, Mariloli. Otra pieza del puzle.

—¿A quién chantajeaba?

—No lo sé seguro, pero si lo hacía, es que le interesaba. Gente que no querría que se supiera qué habían hecho.

Doy otro sorbo al café. Mi cabeza va a mil por hora, conectando datos, buscando patrones.

—¿Cómo sabes todo esto, Adela?

Vuelve a sentirse insegura y mira hacia los jubilados que se van. Se estruja las manos, frotándolas nerviosamente. Cierra los ojos y confiesa que ella lo hacía a veces con él.

—En esas fiestas… Joder… —murmura pesarosa—… yo he participado alguna vez. Vamos, sabiendo que Yoel grababa —termina confesando con voz tenue y avergonzada.

—¿Era gente importante? —le pregunto—. ¿Políticos, empresarios…?

—No. Gente normal. O de la calle, vamos. Pero si cada uno de esos te suelta trescientos euros porque no sueltes las fotografías o vídeos por ahí, a poco que tengas a veinte o treinta extorsionados… te sacas un buen dinero.

De seis mil a nueve mil euros al mes, Mariloli.

—¿Repartía contigo o ese es el dinero que te debe?

Un destello de rabia le brilla en la mirada a Adela.

—Eso es. Me lo debe —me confirma apretando las mandíbulas y con una mirada en la que se veo furia contenida.

—¿Hay alguien de los que sale en esas grabaciones que pudiera querer la muerte de Malena?

—No lo sé… Pero no creo. Yoel no se metía con gente chunga para esas cosas. Prefería a pardillos que soltaran la pasta y que no fueras a casa a decirle a la mujer o a la novia que habías estado en una orgía…

—¿Y con Lucas? ¿Yoel tenía algo contra él?

—Yoel es bastante amigo de *El Bicho*… —reflexiona un instante —, y muy posesivo. Es de los que entiende que las mujeres le

pertenecemos o algo así. Si *El Bicho* sospechaba que Malena estaba con Lucas, no me extrañaría que Yoel entrara a amenazarle o a decirle algo. Él era así, entendía una lealtad a un amigo hasta las consecuencias que fueran… Si había que dar una paliza, se daba.

—Antes no te lo he preguntado, pero me da la impresión por lo que dices que Yoel estaba por Malena. ¿Es así?

—No lo creo. Simplemente se sentía su dueño.

—¿Su dueño? —inquiero extrañada.

—Malena era una buena fuente de ingresos…

—O sea, que la controlaba.

—Sí. Entre él y *El Bicho*. Yo no me quería meter ahí, porque Malena era bastante orgullosa, cabezona y un poco… no sé, me da cosa decirlo, pero muy soberbia a veces. Se pensaba que era la última cerveza del desierto…

—Otra cosa… Adela, ¿sabía Malena que tú cobrabas de lo que grababa Yoel?

Con pesadumbre, Adela cierra los ojos y niega despacio.

—No. Y sé que hice mal… pero me hace falta el dinero.

—¿Deudas? —le pregunto.

Ella sonríe amargamente y desvía la mirada.

—Más bien vida desenfrenada… —termina confesando apenas mirándome un instante.

—Ropa, discotecas… —enumero

—Sí… y también coca, viajes… —se encoge de hombros y esconde la cara entre las manos—. Hubo un momento en que todo se me fue de las manos y… bueno —suspira—, me dejé llevar por Yoel. Ahora estoy mucho más tranquila. Desde hace un par de meses o así…

—¿Conocías a Lucas?

—No. Bueno, de vista alguna vez. Pero no sé si he hablado con él siquiera.

—Y Malena no te contaría nada de una *ertzaintza* con la que tuvo algún problema Lucas, ¿no?

—Ni idea.

Tenías que intentarlo, Mariloli…

Saco una tarjeta de mi cartera y se la tiendo.

—Este es mi número personal. Si pasa cualquier cosa, si necesitas ayuda, si te acuerdas de algo más, me llamas. A cualquier hora. Entendido, ¿Adela?

Adela coge la tarjeta y se la guarda en el bolsillo de la sudadera.

—¿Crees que vais a encontrar al que lo hizo?

—Lo vamos a encontrar. Estas cosas nos las curramos —le digo con toda la convicción que puedo reunir.

—Sí, lo sé. Salís mucho en la televisión.

Pago la cuenta y nos levantamos. Cuando salimos a la plaza, el perro vagabundo sigue tumbado al sol. Adela se para junto a mi coche.

—Otra cosa, Adela. ¿Has visto al *Bicho* últimamente?

—No. Yo nunca he tenido contacto con él antes. Yoel me dijo unas semanas atrás que no le cogía el teléfono.

—A nosotros tampoco nos lo coge —le miento—. Nos gustaría hablar con él.

—No sé dónde para.

—También lo encontraremos —le digo con una sonrisa.

La veo alejarse en su coche, un pequeño utilitario blanco. Cuando desaparece por la carretera que baja hacia Oviedo, me quedo un momento en la plaza, organizando las ideas.

Yoel. *El Nano*. *El Bicho*. *Pacorro*… Una red de extorsión. Vídeos comprometedores. Chantajes a gente corriente para hacer fácil y sencillo los cobros de esa extorsión. Lo que empezó como un caso de asesinato por dinero o celos, se está convirtiendo en algo bastante más complejo. Me monto en el coche sin dejar de pensar en ello, y antes de salir a la autovía, de vuelta hacia Tapia de Casariego, llamo a Paones.

—¿Cómo ha ido la reunión con Adela?

—Tenemos dirección y un hotel al que Yoel iba a veces con Malena y otras chicas. Hacía fiestas con sexo y grabaciones. Extorsión a pardillos y confirmación de que trabajaba con *El Nano* y *El Bicho*. Hay un tal *Pacorro*, también.

—Parece que te ha cundido el desayuno

—Sí. Ahora os cuento más en detalle. Voy con una fotografía de todos ellos que me ha pasado Adela.

—Perfecto, pues aquí estamos.

Cuelgo y acelero. La carretera serpenteante me obliga a reducir la velocidad en las curvas, pero mi mente va a toda velocidad. *Yoel Herrera*. Un cubano que se hace pasar por refugiado político para cobrar ayudas mientras se dedica al porno, al chantaje y la extorsión. *El Nano*, un traficante local con historial violento. *El Bicho*, la pareja maltratadora de Malena que ha desaparecido justo cuando empezaba la relación con Lucas. *Pacorro*, un actor porno de medio pelo que no sé si pinta algo o no, pero que con ese nombre no creo que llegara muy lejos en el estrellato del cine pornográfico. Y en el centro de todo, Lucas Zárate y Malena Morán. Ella, una chica que empezó haciendo contenido para adultos para ganar dinero. De él, todavía no sé qué pinta en este asesinato, salvo el tema de la ex *ertzaintza*.

En ese momento, mientras pienso en todo esto, se me ocurre una cosa. Llamo a Míguez.

—Buenos días, mi teniente —me dice con chanza el capitán Míguez cuando descuelga el teléfono.

—Buenos días, mi capitán. Me preguntaba varias cosas. La primera, si un tal *El Bicho* es conocido por la comandancia…

—Sí, bastante —se detiene un instante—. ¿Por qué me lo preguntas?

—Y la segunda, si la juez Vega se pondría nerviosa si una periodista le presionara.

—No te cojo, Barrena.

—Me refiero a que si su carrera política se podría ver dificultada si una periodista, progre y de su misma cuerda, le preguntara por qué no investiga un asesinato con connotaciones de abuso sexual, amenazas, prostitución, cine porno…

—No sé por dónde vas, teniente, pero me gusta eso que me planteas. —Y escucho una risita baja, pero contundente por parte del capitán Míguez—. Cómo sois las mujeres, Barrena… —añade un segundo después.

25
El gigante de La Habana

Ovés dirección Tapia de Casariego, Asturias
22 de noviembre. 12:21 horas

Conduzco de regreso hacia Tapia de Casariego, mientras mi cabeza va armando el rompecabezas. Adela me ha dado más de lo que esperaba. *Mariloli, Yoel Herrera tiene muchas papeletas para ser el malo*. El *Hércules* del porno. Los treinta mil euros que ella le debía, si es que es verdad, pueden ser la clave. Todo empieza a cobrar sentido, aunque soy consciente de que todavía faltan bastantes piezas fundamentales.

Marco el número de la sargento Rosa Maté. Responde al segundo tono, con esa eficiencia que la caracteriza y que tanto aprecio cuando necesito que las cosas se hagan bien y rápido.

—Buenos días, mi teniente.

—Hola, Rosa. Necesito que te pongas con algo de forma urgente. Coordínate con el cabo primero Esteban y buscadme todo lo que podáis sobre un tal Yoel Herrera. Es un cubano y tiene la tarjeta roja de refugiado político. Quiero saber todo lo que figure en la *Oficina de Asilo y Refugio*. Cuándo llegó, quién tramitó sus papeles, qué ayudas cobra, dónde se alojó inicialmente. Todo.

—Entendido. Yoel Herrera, me has dicho, ¿no?

—Sí, exacto.

—Perfecto. Me pongo con ello ahora mismo.

—Gracias, Rosa.

—A tus órdenes.

Cuelgo y marco inmediatamente el número del cabo primero Daniel Cortina. Suena varias veces antes de que conteste.

—Buenos días, mi teniente. —Su tono es el menos coloquial de todo el grupo, a pesar de que tiene sentido del humor. Se acaba de

incorporar y todavía anda un poco justo de confianza. A eso se le une que, por mucho que disimule, los de Delitos Económicos, que es de donde viene, siempre han tenido fama de formales y un poco serios.

—Hola, Daniel. ¿Te pillo en mal momento?

—No, qué va. Estaba repasando unas facturas del caso que tenemos de Valencia.

Sí, es un caso que casi hemos resuelto, aunque aquí quien ha llevado la mayor parte del trabajo han sido dos guardias de pueblo, haciendo un trabajo impagable, por conocerse al dedillo todo lo referente a su comarca. Nosotros, únicamente, y en especial Paones y Crespo, porque yo estaba testificando en varios juicios, son los que han terminado de abrochar el tema.

—Necesito que te centres en otro tema. Yoel Herrera y Malena Morán. Alias *Hércules* y *Chanel* en el mundo del porno. Él es cubano. Rosa Maté y Esteban están con ello y les puedes preguntar sin problema. Es importante que mires todo lo referente a él en materia fiscal. Ingresos, declaraciones de renta, movimientos bancarios si podemos acceder. Ha estado trabajando, siendo solicitante de refugiado político, así que, aunque sea poco lo que cobrara, debería haber realizado como autónomo su declaración de la renta. Quiero su domicilio fiscal, si tiene asesores que le ayuden a cumplir con la siempre poco entendida Hacienda Española.

—Entiendo que tiene relación con Malena Morán, ¿no?

—Sí. A ver… —intento resumir el tema para no complicarlo, tiempo habrá de que sepa exactamente todas las implicaciones—, es largo de contar, pero te lo pongo en vena: eran compañeros de porno. No sé si de películas, escenas o de *shows* en directo.

—Vaya tela…

—Al parecer, ella le hacía de pantalla fiscal. Si lo que me han dicho es cierto, el tipo este cobraba unas subvenciones por la *Oficina de Asilo y Refugio*, y si facturaba más de lo que debía, las podría perder. Así que, Malena cobraba por ambos y luego le pagaba en efectivo. Según tengo entendido, le debe una cantidad considerable. Alrededor de treinta mil euros.

Cortina silba quedamente al otro lado del teléfono.

—Eso es móvil suficiente para cometer una burrada.

—Lo sé. Por eso necesito que me confirmes los números. Quiero saber cuánto facturaba realmente Malena, cuánto era de ella y cuánto del cubano. Y si hay algo más que no te cuadre.

—Me pongo con ello. ¿Lo quieres para ya?

—Para antes de ya, si puede ser —le digo con una media sonrisa que él no ve pero que, de seguro, intuye.

—Entendido. Te llamo en cuanto tenga algo.

—Gracias, Daniel.

Cuelgo y respiro hondo. La carretera serpentea entre colinas verdes y el mar Cantábrico aparece y desaparece a mi derecha según avanzo. Es un paisaje precioso, pero apenas le muestro atención. Mi cabeza está demasiado ocupada conectando puntos. *Malena, Lucas y Yoel. El Nano. El Bicho. Pacorro*. *Muchos pollos picando de lo mismo, Mariloli.* Una red de extorsión sexual. Vídeos hechos sin consentimiento. Fiestas donde se grababa a la gente para comprometerla.

Marco entonces el número del capitán Míguez. Necesito tantear el terreno con la juez Vega antes de moverme. Las diligencias para escuchas y registros de la casa de Yoel y *El Bicho*, al menos. Del *Nano*, no creo que podamos pedirlas aún. Y del tal *Pacorro*, que se llama Francisco Cruz, no tenemos nada, por ahora. No quiero dar un paso en falso que pueda echar por tierra todo el trabajo. *Pero si son malos de la zona, lo mismo puedes atajar, Mariloli.*

—Hola, Barrena —contesta con su voz seca y directa.

—Buenos días, mi capitán.

—Tengo tu número guardado, como buen Benemérito de pueblo, necesito estar a bien con los de la capital —me dice con una pizca de sorna.

—No sea tan modesto, mi capitán.

—¿No vas a tutearme nunca, verdad? —se me queja.

—Lo había olvidado —le miento, pero con un tono de voz un punto suave, para hacerla fácil de digerir.

—Dime, ¿en qué puedo ayudaros?

—Información de *El Nano*. O *Pacorro*.

—¿*El Nano*? Un chingo de todo a cien de la parte de Ribadeo, Figueiras, Castropol… Trabaja esa zona hasta Luarca o por ahí. Un pieza. Y *Pacorro* es un amigo suyo desde pequeños. Van juntos siempre, como si se comieran los mocos uno a otro… ¿Hay algo que os haya salido en la investigación? —En este momento detecto el punto de policía de Míguez. Ya no hay chanza ni gracietas. Pero sí instinto de cazador.

—Por ahora, nada. Nos ha dicho que iban a esas fiestas con Yoel Herrera. El mulato que trabajaba con Malena.

—Al tal Yoel no lo tenemos cogido. Pero a los otros dos sí. De hecho, hay una investigación en curso, que la llevamos, precisamente, con el juzgado de Luarca. Un tema de palizas, robos en casas y un pequeño vuelco. Estamos con ello. Te ruego, Barrena, que si vais a por ellos, me lo digas y que no se nos joda esto que tenemos.

—No nos meteremos sin informar a la comandancia, mi capitán.

—Eso espero, Barrena. Llevamos seis meses con este tema, que puede tener implicaciones con un alijo de droga de unos cuarenta kilos de coca. Que ya sé que para vosotros eso es poco, pero para nosotros, es un tema gordo —me dice Míguez con voz seria y en un tono ligeramente duro.

—Compartiremos toda la información. Prometido.

Un par de minutos después, he colgado y acelero un poco. La carretera está despejada y no hay mucho tráfico a estas horas. Llego al cuartel de Tapia poco antes de las dos y cuarto. Aparco el coche en la zona reservada para vehículos oficiales y me bajo estirando las piernas. He estado demasiado tiempo sentada y noto cierta rigidez en la espalda. Entro y me cruzo con el guardia Maldonado, que me saluda con un gesto de cabeza.

—Buenos días, mi teniente.

—Hola, Maldonado. ¿Han llegado el sargento primero Paones y la cabo Crespo?

—Acaban de llegar. Están en la sala que les habilitamos.

—Perfecto. Gracias.

Subo las escaleras con paso rápido y empujo la puerta de la sala. Juan y Maite están de pie junto a la mesa, con expresión de

satisfacción. Cuando entro y me ven, Paones esboza una sonrisa. Están a punto de colocar varios papeles en la pizarra blanca que hemos puesto para que no nos perdamos en la investigación

—Justo a tiempo, Lola. Traemos novedades.

—Y yo —les digo dejando mi bolso sobre una silla—. Pero primero contadme vosotros. Parecéis contentos.

—Tenemos motivos —dice Maite con una de esas sonrisas suyas que aparecen de vez en cuando—. Hemos ido a la gasolinera. A pedir más grabaciones y a intentar sacar información a ese tipo de la gasolinera. El de los cobros extraños que sale en los vídeos que tenemos. Si nos atenemos a las que hemos podido ver, suceden siempre con él.

—¿Y?

—Le hemos preguntado de forma suave, sobre la noche de la muerte, si reconocería a la persona que pagó con la tarjeta de Malena. Hemos preferido ir como quien no quiere la cosa. Para que no sospeche lo de los cobros raros —explica Paones—. Es un tío anodino, sin vida apenas. Parecía un zombi contestando. Pero ha soltado algo interesante. Estuvo trabajando de camarero en una discoteca —le mira Paones a Crespo, que mira sus notas.

—*Bardot* —contesta la cabo, precisa y segura—. En Castropol —puntualiza un segundo después.

—Y aquí viene lo bueno: *El Bicho* era relaciones públicas allí. Y uno de los inversores es el mismo que tiene la mitad de la productora de contenido para adultos

Arrugo ligeramente la mirada y me quedo quieta un segundo, procesando la información. Las piezas empiezan a encajar con una claridad casi dolorosa.

—Joder —murmuro—. El círculo se cierra.

—Eso mismo he pensado yo —dice Maite, cruzándose de brazos —. Me pregunto si *El Bicho* no tendrá algo que ver con toda esa faceta de *pornstar* de la *influencer*. La línea está clara: el tal *Bicho* podía conocer al dueño de la productora o que este le dijera que las chicas y chicos que subían contenido cobraban un buen dinero por ello. Y cada vez estoy más convencida de que las cantidades raras son una clave. Un código.

—Lo de que *El Bicho* tuviera que ver con la entrada en el porno de Malena es exactamente lo que piensa Adela. Según ella, fue *El Bicho* quien metió a Malena en todo esto. Le dijo que podía ganar mucho dinero haciendo contenido para adultos. Y le presentó a Yoel Herrera.

—El cubano —dice Paones.

—*Hércules*, en este mundillo —corrijo—. Así es como le llamaban en su época de chulo en Cuba. Dos metros de altura, cien kilos de músculo y, según cuentan, bien dotado para el negocio del porno interracial.

Maite hace una mueca.

—Qué asco de mundo.

—Lo es —coincido—. Y conoce al *Nano*, al *Bicho* y a un tal *Pacorro*. —Enseño la fotografía que me ha pasado Adela al móvil.

—Eso es muy interesante —asiente Crespo.

—Según Adela, a Yoel le debía Malena treinta mil euros. O eso iba diciendo él. Malena le hacía de pantalla fiscal, cobraba por ambos y luego le pagaba en efectivo. Pero en los últimos meses empezó a quedarse con más dinero del que le correspondía. Yoel no es de los que perdona una deuda así. De cara a la galería, vivía de subvenciones por ser refugiado político.

—Treinta mil es mucho dinero —reflexiona Paones.

—Exacto. Y además, según Adela, Yoel es violento. Posesivo. Del tipo de hombres que piensan que las mujeres les pertenecen. Si *El Bicho* le contó que Malena tenía algo con Lucas, quizás decidiera darle un escarmiento.

—¿Y acabó matándola? —pregunta Crespo.

—Es lo que no me cuadra. Porque Malena le debía dinero y si la mata no lo recupera. Y, por otro lado, se le acababa su pantalla fiscal. He puesto a Rosa Maté y a Carlos Esteban a investigar todo lo relacionado con su estatus de refugiado político. Y Cortina está mirando el tema fiscal.

Juan se rasca la coronilla, ese tic suyo que aparece cuando está dudando.

—Necesitaríamos diligencias para ver sus teléfonos, posicionamientos, correo electrónico… De todos ellos.

—Sí… pero tenemos a la juez. No los dará con esto que tenemos. Para ella estarían poco motivadas las peticiones.

—¿Y qué vamos a hacer con la juez Vega? —pregunta Paones de forma retórica, mirándonos a ambas.

—Míguez cree que podría concedernos las diligencias si planteamos el caso como violencia machista. A la juez le toca la fibra ese tema. O al menos aparenta que sí.

—¿Y si no traga? —pregunta Maite.

—Hay periodistas que estarían encantados de ponerle un micrófono delante y preguntarle por qué no está haciendo todo lo posible en un caso de asesinato con abuso sexual, prostitución, cine porno con puntos muy oscuros…

—¿Es tuya la idea, mi teniente? —pregunta Crespo.

—Digamos que sí.

—Retorcido y maligno, pero brillante —sonríe Paones.

—Es lo que hay. No me gusta, pero…

Me siento en una de las sillas y abro mi libreta. Repaso mis notas de la conversación con Adela, subrayando algunos puntos clave.

—Hay algo más que me tiene mosqueada —les digo—. Adela me contó que en las fiestas que organizaba Yoel se grababa todo. Siempre. Decía que lo hacía para tener material extra, pero ella cree que era para chantajear.

—¿A quién? —pregunta Juan—. ¿Empresarios, políticos, jueces…? —Enumera sabiendo que aquello es lo habitual que nos solemos encontrar.

—A gente normal. Pardillos que iban a esas fiestas, se drogaban, se enrollaban con quien fuera y luego no querían que nadie se enterara. Yoel los extorsionaba. Trescientos euros por cabeza o así, me ha dicho Adela, y le concedo credibilidad a esa cantidad, porque tengo la sensación de que estaba en el ajo, aunque a mí me haya contado que solo acudía en alguna ocasión. Si tienes a veinte o treinta personas pagando mensualmente, te sacas un buen dinero.

—Entre seis y nueve mil al mes —calcula rápidamente Paones —. Seguramente más lo que cobraba por el porno y las ayudas del

Estado. Menudo chollo.

—Un chollo que Malena no le ponía fácil —digo—. Porque si ella no le pagaba, chungo… —dejo colgada la frase.

Me levanto y me acerco a la ventana. Fuera, el cielo se ha cubierto de nubes grises que amenazan lluvia.

—Hay que encontrar a Yoel Herrera y pedir diligencias para investigarlo —digo sin girarme—. Y necesitamos hacerlo rápido. Porque si él está detrás de esto, cada día que pasa es un día más que tiene para largarse del país. O para hacer desaparecer pruebas.

—¿Y *El Bicho*? —pregunta Juan—. Sigue desaparecido.

—Yo sigo pensando que *El Bicho* puede estar muerto —digo con convicción—. El padre de Malena habló de él en pasado y sé que no es razón suficiente, pero es una intuición.

—¿Sigues creyendo que fue el padre? —inquiere Paones.

—No lo sé. Pero *El Bicho* era el nexo entre Malena, Yoel y la plataforma de vídeos. Suponed que lo de quedarse con el dinero de Yoel, aunque lo hiciera Malena, fuera idea del *Bicho*.

Los tres nos quedamos algunos segundos pensativos, seguramente procesando todo lo que hemos comentado.

—Nos queda por ver qué pinta Miren Górriz López en todo esto. Y el vecino… —apunta el sargento primero.

—Sí, nos quedan cosas por atar… Por cierto, Míguez tiene una investigación abierta al *Nano* en el juzgado de Luarca. Me ha pedido que no hagamos nada de nada sin decírselo a él, por si hay implicaciones que puedan afectar a este tema. Al parecer hay un vuelco y cuarenta kilos de droga. Se me ocurre que nos puede facilitar el acceso al *Nano* y de ahí, a Yoel.

—No sería la primera vez que se nos cruzan temas. Como en Marbella… —dice Paones con esa tranquilidad suya que tanto me reconforta.

Nos ponemos a trabajar en silencio y no tardo mucho en recibir la llamada de Rosa Maté, que pongo en alto para que la escuchen también Maite y Juan.

—Mi teniente, tengo algo de la información que me pediste sobre Yoel Herrera.

—Hola, Rosa, dime.

—Llegó a España hace tres años. Solicitó asilo político alegando persecución en Cuba por motivos ideológicos. Cobra unos novecientos euros de ayuda y otra de trescientos que no tiene mucho que ver, pero que le han concedido de forma un tanto extraña. Su expediente lo tramitó una funcionaria de la *Oficina de Asilo y Refugio* en Asturias. Se llama Mercedes Inclán Rivas.

—Intuyo que esa funcionaria tiene algo que me vas a contar, ¿verdad, Rosa?

—Me conoces muy bien, mi teniente —ríe abiertamente la sargento—. Sí, hay algo que tiene algo de tufo. Según los registros, Yoel tuvo una resolución favorable en tiempo récord. Lo normal es que estos expedientes tarden entre seis meses y un año. El suyo se resolvió en menos de dos.

—Sí, atufa… —apunto.

—Y hay más. He estado mirando otros expedientes tramitados por la misma funcionaria y he encontrado un patrón. Varios casos de hombres jóvenes cubanos, todos resueltos en tiempo récord, todos con resolución favorable.

—¿Todos mulatos o negros? —pregunto con intención.

—Te lo iba a comentar ahora, pero lo has adivinado.

—Y todos alojados inicialmente en el mismo hotel. *La Marea*, en las afueras de Navia.

Doy un respingo casi involuntario y rebusco en mi libreta las anotaciones de esta mañana. *Bingo, Mariloli*.

—En ese hotel Yoel se veía con la persona que le tramitó todo el expediente —digo con evidente muestra de asombro e intuición de que estamos en el buen camino.

—En fin, no hay que ser muy Einstein para sospechar, ¿no? —dice la sargento Maté desde el otro lado de la línea.

—La verdad es que huele mal, Rosa. Excelente trabajo.

—A tus órdenes, mi teniente.

—Otra cosa, Rosa. Intenta averiguar lo que puedas de Mercedes Inclán.

—Entendido.

Cuelgo y miro a Juan y Maite, que me observan expectantes.

—Vaya chollo tenía montado la funcionaria —murmura Paones, entre serio y un punto asombrado o divertido—. Todo apunta a que se acostaba con él a cambio.

—Qué ascazo de tía… —reniega Maite.

Mi teléfono vuelve a sonar en ese mismo momento. Esta vez es Cortina. También lo pongo en alto.

—Buenas tardes, mi teniente. Ya tengo los números que me pediste.

—Hola, Daniel. Dime.

—Malena Morán declaró el año pasado unos ingresos de doscientos cuarenta y ocho mil euros. Facturó a través de su empresa unipersonal. Las facturas son prácticamente todas de la productora de contenido para adultos con sede en Holanda. Esto ya lo sabíamos. A la pregunta que me has dicho de que cuánto de eso era de Yoel, he hecho una estimación.

—¿Cómo?

—Fácil… o al menos, si no hay nada más.

—¿Cómo nada más?

—Si tecleas en el buscador su mote o apodo en el mundo del porno, salen algunas escenas de él. Y se ve a Malena.

—¿Cómo dices? —pongo cara de sorpresa—. ¿Has estado viendo porno en horas de trabajo? —le pregunto con guasa.

—Gajes del oficio, mi teniente. Pero no ha sido necesario. Si tecleas su nombre, y buscas por vídeos, salen bastantes. Y al menos, hay tres con ella todavía en internet. A ella no se la ve, pero pone *Chanel*, su alias… No son escenas, en sí, sino grabaciones de shows en vivo. El hecho es que, si hacemos números, aunque todo son suposiciones claro, podemos intuir lo que cobraba por esas escenas, porque los ingresos son inmediatamente posteriores a la grabación de esos *shows*, que luego se grababan y subían a la plataforma.

—Joder… —murmuro.

—Pero hay más. Malena no sacó de su cuenta casi nada en los últimos meses. Y las salidas de efectivo son siempre después de los ingresos mensuales de la plataforma. Como si tuviera que pagar a alguien por algún servicio.

—*El Bicho*… —murmuro.

—Puede ser. Pero con estos datos, no lo puedo saber —dice con voz de catedrático el sargento Cortina.

—Gracias, Daniel. Excelente información.

—Para eso estamos. ¿Necesitas algo más?

—Por ahora no. Te mantendré informado.

Cuelgo y me quedo mirando al vacío durante unos segundos. Todo empieza a encajarme.

—Tenemos un móvil —digo en voz alta—. Si Yoel fue a presionar a Malena para cobrar esa deuda, puede que se le fuera la mano. Y si eran dos personas, como todo indica, lo mismo fue el otro y no Yoel. Parece plausible, ¿no? —les digo asintiendo ambos, aunque Paones se queda pensativo.

—¿Y Lucas? —pregunta.

—Quizás lo mataron porque estaba allí —apunta Crespo con un ligero encogimiento de hombros.

Esto se está poniendo interesante, Mariloli, me digo. *Y tú te mueres de ganas*.

Porque eso es lo que más me gusta de este trabajo. El momento en que todas las piezas empiezan a encajar. Cuando la niebla se disipa y empiezas a ver con claridad lo que pasó. A los sospechos de carne y hueso con nombre, apellidos y motivos. *Cómo te gusta vestir de verde, Mariloli…*

26
Códigos de violencia

Tapia de Casariego. Asturias
22 de noviembre. 13:24 horas

El sargento primero Juan Paones observa la pantalla del ordenador con los ojos entornados. Lleva casi dos horas seguidas revisando grabaciones de la gasolinera y empieza a notar el cansancio en la nuca. Se pasa la mano por la coronilla y se reclina en la silla, dejando escapar un suspiro que suena más cansado de lo que pretende.

Maite Crespo está sentada frente a él, en la sala habilitada para la investigación del cuartel de Tapia de Casariego. El espacio es pequeño, con paredes de un color crema desvaído y dos mesas de trabajo repletas de carpetas, ordenadores portátiles y vasos de plástico vacíos. La ventana da a un patio interior donde apenas entra luz natural. Es un sitio funcional, sin más pretensiones que servir de base operativa.

La teniente Barrena ha salido hace tres cuartos de hora para reunirse con la juez Vega. Les ha dicho que no sabe cuánto tardará, que intentará convencerla para que les firme las diligencias de investigación a Yoel Herrera y *El Nano*, pero que sigan revisando las cintas. Y eso es exactamente lo que están haciendo el sargento primero y la cabo. Y ha dado sus frutos, porque él ya ha localizado otros dos pagos extraños.

—Tengo otra… —dice Crespo sin levantar la vista de su ordenador.

—¿Otro pago más? —pregunta el sargento primero incorporándose y acercándose a la pantalla de la cabo.

—Sí, mira. Otra cantidad extraña. Cuatro euros con cuarenta y cuatro céntimos. —Crespo señala la pantalla con el bolígrafo—. Es

del martes. Y el empleado hace exactamente lo mismo que en las otras ocasiones: cobra, asiente levemente al sujeto que paga, coge su teléfono y marca.

—¿Es el mismo tío del día de la muerte de Malena y Lucas?

—Hum… No sé. No me parece, pero no se le ve. Lleva capucha de sudadera y gafas. Por la estatura y complexión, creo que no, pero no lo puedo asegurar —les responde la cabo.

Paones se frota los ojos y se acerca más. En la imagen congelada se ve a un hombre de mediana edad, gafas oscuras, complexión robusta y gorra de béisbol, además de la capucha, pagando en el mostrador de la gasolinera. El empleado, el mismo que ha atendido al sospechoso con la tarjeta de Malena Morán, cobra el dinero, lo guarda y, segundos después, coge el teléfono móvil del bolsillo trasero del pantalón.

—Esta vez es en efectivo… —apunta Paones.

—Sí. No sé si eso tiene algo de diferente. Porque el empleado de la gasolinera hace lo mismo. Exactamente igual.

—¿Tienes la hora exacta? —pregunta Paones.

—Las veinte y treinta y dos minutos del diecinueve.

El sargento primero se vuelve hacia su mesa y busca entre los papeles. Encuentra la lista que han elaborado con las transacciones sospechosas de los últimos días. La primera es la del sospechoso con la tarjeta de Malena: cinco con cincuenta y cinco euros. Hay otras dos más en días anteriores con tres con treinta y tres y otra de cuatro con cuarenta y cuatro euros.

—Tenemos cuatro transacciones con importes extraños en una semana —dice Paones, más para sí mismo que para la cabo—. Todas seguidas de una llamada del empleado.

Paones asiente despacio. Algo empieza a encajar, aunque todavía no sabe exactamente qué.

—Sigo pensando que son códigos. Una especie de mensaje… —murmura Crespo con el bolígrafo entre los labios.

—Se me ocurre algo… —Se levanta Paones de la silla pensativo —. Voy a pedirle a Maldonado que nos traiga un listado de denuncias de la zona en esos días —dice finalmente—. A ver si hay algo que coincida.

Crespo lo mira con una ceja levantada.

—Bien pensado.

El sargento primero sale de la sala y cruza el pasillo corto que lleva a la mesa del cabo Maldonado, que en ese momento está redactando un atestado por un enfrentamiento entre dos vecinos por el pago de la gasolina de un tractor.

—Maldonado, necesito un favor —dice Paones asomando la cabeza por la puerta.

El cabo levanta la vista de su pantalla.

—Dime, mi sargento primero.

—Necesito un listado de denuncias en la zona de Tapia de Casariego y alrededores. Agresiones, robos con violencia, altercados… todo lo que tenga que ver con violencia física. De los últimos veinte o treinta días. Es urgente… Disculpa.

Maldonado parpadea un par de veces.

—¿Algo específico que busques?

—No. Solo las denuncias. Con fecha y hora, si es posible. Y el tipo de agresión. No hace falta el informe completo, solo los datos básicos.

—Dame diez minutos.

Paones vuelve a la sala. Crespo ha avanzado con las cintas y está tomando notas en su libreta. Cuando el sargento primero entra, levanta la vista.

—Tengo otra más —anuncia—. Tres euros con treinta y tres. Del sábado pasado. Mismo patrón.

—¿Cuántas llevamos en total?

—Cinco. Si contamos la del tipo que usó la tarjeta de Malena.

Paones se sienta y se queda mirando la lista que tiene delante. Cinco transacciones. Cinco cantidades extrañas. Cinco llamadas inmediatas del empleado. Piensa durante unos instantes, mientras Crespo sigue mirando grabaciones. Está convencido de que ahí hay algo importante.

—¿Qué estamos viendo, Maite? —pregunta en voz baja.

Crespo deja el bolígrafo sobre la mesa y se recuesta en la silla con un resoplido largo y contenido.

—No lo sé, pero sea lo que sea, no es casualidad.

Antes de que Paones pueda responder, Maldonado aparece en la puerta con varias hojas impresas en la mano.

—Aquí tienes, mi sargento primero. Denuncias de los últimos quince días en un radio de cuarenta kilómetros. He incluido Castropol, Luarca, Navia… y pueblos de alrededor.

Paones coge las hojas y las extiende sobre la mesa. Crespo se levanta y se acerca para verlas también. Hay una lista de dieciséis denuncias. Cada una tiene fecha, hora aproximada de los hechos, localidad y una breve descripción del tipo de agresión.

El sargento primero coge un rotulador y empieza a marcar. Primero, busca las fechas que coinciden con las transacciones de la gasolinera. Su mano se detiene sobre una de las denuncias.

—Martes nueve. Agresión en Castropol. Víctima varón de cuarenta y dos años. Lesiones leves. Golpes en el rostro y el costado. El agresor huye sin identificar. El denunciante tiene antecedentes por robo y estafa.

Crespo mira la hora de la transacción en la gasolinera.

—La llamada del empleado fue a las veinte y treinta y dos. La denuncia se presenta a las diecinueve y diez. Una hora y poco. Creo que es un mensaje de que el encargo está realizado.

Paones sigue revisando la lista. Encuentra otra coincidencia.

—Sábado catorce. Agresión en Navia. Víctima, mujer de treinta y ocho años. Lesiones moderadas. Corte en el antebrazo derecho por arma blanca. Agresor no identificado. La víctima tenía interpuestas varias denuncias por incumplimiento de la orden de alejamiento de su pareja.

—La transacción de cuatro con cuarenta y cuatro fue ese mismo día —dice Crespo mirando sus notas—. A las diecinueve y quince. Y la denuncia a las veintitrés horas.

El pulso de Paones se acelera levemente. Sigue marcando. Encuentra tres coincidencias más. En total, cinco denuncias que corresponden exactamente con los cinco días en los que han detectado transacciones extrañas en la gasolinera.

—Todas coinciden —murmura Paones.

Crespo se inclina sobre la mesa y empieza a comparar las cantidades con la gravedad de las agresiones. Su mirada se agudiza.

—Espera —dice—. Mira esto. La agresión del martes fue leve. Solo golpes. Y la transacción fue de tres euros con treinta y tres céntimos.

Paones sigue la línea de pensamiento.

—La del sábado catorce fue más grave. Herida con arma blanca. Cuatro euros con cuarenta y cuatro.

—Exacto. —Crespo señala otra denuncia—. Y esta del miércoles diez, que fue solo intimidación y una paliza, corresponde con una transacción de tres euros con treinta y tres.

Paones se queda inmóvil. Los números empiezan a tener sentido. Un sentido horrible, pero sentido al fin y al cabo.

—Son códigos —dice finalmente—. Códigos de nivel de violencia.

Crespo asiente despacio, con la mandíbula tensa.

—Tres con treinta y tres para un susto. Golpes menores. Cuatro con cuarenta y cuatro para una agresión con heridas leves. Cinco con cincuenta y cinco para algo más serio. Armas blancas, palizas entre varios… La de Malena y Lucas fue de cinco con cincuenta y cinco…

Paones se pasa la mano por la cara. El cansancio ha desaparecido, reemplazado por una mezcla de adrenalina y rabia.

—Es una red de extorsión —dice—. Alguien paga por dar un escarmiento. Cuando se hace, se paga en la gasolinera como indicación de que se ha cumplido el encargo. El empleado marca un número y transmite el nivel de violencia que se ha aplicado. Entiendo que para ver si se han cumplido las expectativas. El código está en la cantidad.

Los dos guardias se quedan mirando la lista en silencio. Paones siente una opresión en el pecho. La violencia codificada convertida en un servicio que se puede pedir como una pizza.

—Tenemos que contárselo a la teniente —dice Crespo.

Paones asiente, pero antes de que pueda responder, su móvil vibra en el bolsillo. Lo saca y ve el nombre de Lola Barrena en la pantalla.

—Paones —contesta.

—Juan, soy yo. Salgo ahora del juzgado. ¿Cómo va todo por ahí?

El sargento primero mira a Crespo, luego a las hojas extendidas sobre la mesa.

—Tenemos algo, Lola. Algo muy importante.

Hay una pausa al otro lado de la línea.

—¿Qué tenéis?

—Las transacciones de la gasolinera. Las cantidades extrañas. Tenemos la certeza de que son códigos. Códigos de nivel de violencia. Cada cantidad corresponde con una agresión registrada en la zona el mismo día.

Escucha la respiración de Lola al otro lado. Cuando habla, su voz suena más tensa.

—¿Estás seguro?

—Cien por cien, Lola. Cinco transacciones, cinco denuncias. Todas coinciden en fecha. Y la gravedad de la agresión se corresponde con la cantidad pagada.

—Joder.

—Sí. Joder.

Otro silencio. Paones imagina a Lola apoyada contra su coche, mirando al horizonte, procesando la información. Sabe cómo funciona su cabeza. Rápida, analítica, pero también intuitiva.

—Escúchame, Juan —dice finalmente—. Voy para allá. Tardo quince minutos. Mientras tanto, quiero que saques toda la información que puedas de esas denuncias. Nombres de las víctimas, descripción de los agresores si la hay, todo. Y prepárame un esquema claro de cómo funciona este sistema.

—A tus órdenes.

—Y Juan… buen trabajo. Muy buen trabajo. Dale a Maite mi felicitación, también.

Paones cuelga y mira a Crespo.

—Viene para acá. Quiere todo el esquema montado.

La cabo asiente y vuelve a coger su libreta. Durante los siguientes quince minutos trabajan en silencio, organizando la información, trazando líneas entre las transacciones y las agresiones, construyendo un mapa visual de lo que empieza a

parecer una red de extorsión bien organizada. Cuando Paones termina de escribir el último dato, se recuesta en la silla y observa el tablero que han montado en la pared. Cinco columnas. Cinco días. Cinco transacciones. Cinco agresiones.

—Es limpio —murmura Crespo—. Demasiado limpio para ser casualidad.

—Y probablemente solo estamos viendo la punta del iceberg —añade Paones—. Si esto lleva funcionando más tiempo, puede haber docenas de víctimas.

Abro la puerta y entro en la sala con cierta excitación para ver lo que han descubierto mis compañeros. Llevo una camisa vaquera, camiseta blanca, cazadora de cuero negra tipo *biker*, vaqueros y zapatillas deportivas. Mi expresión es seria, pero hay algo más en mis ojos. Mezcla de esa efervescencia por el avance en la investigación y un punto de rabia contenida por lo descubierto. Me acerco a la mesa sin decir nada y observo el esquema que han montado. Mis ojos recorren las líneas, las fechas, las cantidades, las descripciones de las agresiones. Cuando termino, me cruzo de brazos y miro a Paones.

—Cuéntamelo todo.

Paones y Crespo se levantan y, junto a mí, me van señalando el esquema.

—Tenemos cinco transacciones en la gasolinera durante los últimos quince días. Todas con cantidades extrañas: tres con treinta y tres, cuatro con cuarenta y cuatro, cinco con cincuenta y cinco. En cada caso, inmediatamente después de cobrar, el empleado hace una llamada. Hemos comprobado las denuncias presentadas en la zona en esas mismas fechas y hay una coincidencia perfecta. Cinco agresiones. Cinco cobros. Cinco cantidades extrañas. Todas relacionadas.

Me acerco más al tablero.

—¿Y eso que me has dicho de la gravedad o intensidad de las agresiones?

—Ahí está la clave —interviene Crespo—. Tres con treinta y tres parece ser el código para un susto gordo. Intimidación, algún golpe, palizas, pero no más allá de una cura médica. Cuatro con cuarenta y cuatro es una agresión con lesiones leves pero visibles. Hospitalización, incluida si hay algo roto, desgarros, golpes más fuertes… —enumera—. Cinco con cincuenta y cinco es lo más grave: armas blancas, palizas entre varios, fracturas.

Asiento despacio, sin apartar la vista del esquema.

—Es una escala —digo—. Un menú de servicios de violencia. Cuando pagan en la gasolinera es la señal de que el encargo está hecho. Sin móviles, sin mensajes… Sin nada que los incrimine. Simple pero efectivo… —murmuro.

—Exacto —confirma Paones—. La gasolinera funciona como centro de comunicaciones. El cliente encarga el tema a quien sea. Eso lo desconocemos. El encargado de avisar que se ha hecho el encargo paga el código y el empleado transmite la orden.

Me paso la mano por el pelo, pensativa. Estoy procesando, conectando cabos, buscando el siguiente paso.

—¿Sabemos quién es el empleado? —pregunto.

—Lo tenemos identificado de las cintas anteriores —responde Crespo—. Se llama David Romero. Treinta y cuatro años, natural de Viavélez. Sin antecedentes.

—¿Y la propiedad de la gasolinera?

—Rosa Maté está investigándolo —dice Paones—. Es una sociedad, pero todavía no tenemos los nombres de los titulares.

Asiento y me quedo mirando el esquema durante unos segundos más. Cuando hablo, mi voz suena firme, decidida.

—Esto lo cambia todo. Ya no estamos solo ante un doble asesinato. Estamos ante una red organizada de extorsión con violencia sistematizada. Y me apuesto mis galones a que Yoel Herrera y *El Nano* están metidos en esto hasta el cuello.

—¿Qué hacemos con la juez? —pregunta Paones—. Necesitamos diligencias para investigar a fondo. Escuchas, órdenes de registro...

Siento cómo mi expresión se endurece. Noto un destello de frustración en mis propios ojos, pero también algo más.

Determinación. Rabia fría.

—La juez me ha denegado todas las diligencias —digo finalmente.

Crespo y Paones intercambian una mirada.

—¿Qué? —pregunta Crespo—. ¿Todas?

—Todas. Dice que no hay motivación suficiente. Que estaríamos exponiendo sin razón procesal o criminológica a personas que, en principio, no están implicadas o su implicación es escasa, tangencial o difusa. Lo ha dicho así, con esas palabras. Literal.

Paones siente una oleada de frustración. No tiene simpatía por ese tipo de jueces. Los que anteponen los derechos del sospechoso a la investigación. Los que exigen certezas antes de permitir investigar para obtener esas mismas certezas. Un círculo vicioso que paraliza casos.

—Es una idiotez —murmura Crespo.

—Es una juez que quiere ser política —corrijo con un tono que roza el desprecio—. Y no quiere mancharse las manos con una investigación que pueda complicarle la carrera.

Paones me mira. Sé que he cambiado en los últimos meses. La teniente insegura que llegó a la UCO, la despreciada, ninguneada y con infinidad de motes ridículos y vejatorios, ya no es la misma después del caso de Marbella. Sigo siendo justa, sigo siendo meticulosa, pero ahora hay en mí una determinación que antes no estaba. Y también una rabia. Una rabia que sé canalizar.

—Con todo su cuajo me ha dicho que tenemos que trabajar más… Menuda gilipollas —rezongo—. Pero tengo una idea… —inicio una sonrisa algo maliciosa.

—¿Lo del periodista? —me pregunta Paones.

—Eso es…

Recuerdo su cara cuando me ha dicho que no nos concede las diligencias de escucha, seguimiento y posicionamiento de móviles y aparatos informáticos. Su expresión de superioridad moral. Sus argumentos leguleyos que me suenan a música distorsionada. Su miedo a complicarse la vida. Y en ese momento, justo ahí, ha sido cuando he decidido que es una especie de enemigo. No un enemigo como Yoel Herrera o *El Nano*. Ellos son criminales. Ella es un

obstáculo institucional complicado de solventar. Alguien que debería facilitar la justicia y en cambio la entorpece.

—¿Y qué vamos a hacer? —pregunta Paones.

—Voy a declararle la guerra.

Saco el móvil del bolsillo y marco un número. Paones y Crespo me observan en silencio mientras espero a que contesten.

—Mi capitán —digo cuando alguien responde al otro lado—. Soy Barrena. Necesito activar la operación *Porno Star.*

Hay una pausa. Paones no escucha lo que dice Míguez, pero ve cómo mi expresión se endurece aún más.

—Sí, mi capitán. La jueza no me ha firmado las diligencias para investigar a Yoel Herrera ni al *Nano*. Alega falta de motivación y que vulnera derechos fundamentales de gente que no está directamente implicada en el caso. Que trabajemos más, me ha soltado. —Míguez se carcajea.

Otra pausa. Me paseo por la sala con el teléfono pegado a la oreja. Paones me observa con una mezcla de admiración y preocupación. Sabe que lo que estoy haciendo es arriesgado. Presionar a un juez, aunque sea indirectamente, puede tener consecuencias.

—Entendido, mi capitán. Le mantendré informado.

Estoy a punto de colgar cuando me detengo. Paones ve cómo mi expresión cambia. Como si acabara de ocurrírseme algo. Una idea que me inmoviliza inmóvil durante un segundo.

—Espere, mi capitán —digo de pronto—. Una cosa más.

Paones y Crespo intercambian otra mirada.

—¿Tiene abiertas escuchas o permitidas órdenes de registro para *El Nano* en la investigación con el juzgado de Luarca?

27
El peso de lo que viene

Dependencias de la UCO. Madrid
22 de noviembre. 17:15 horas

El coronel Alejo Aláiz está de pie frente a la ventana de su despacho, con las manos enlazadas a la espalda, mirando sin ver realmente lo que sucede en el exterior de su ventana. La última luz del atardecer se filtra entre los edificios, proyectando sombras alargadas que parecen moverse con parsimonia, como si el tiempo se hubiera vuelto más denso, más espeso. Fuera, el ruido lejano del tráfico de Madrid se mezcla con el sonido ocasional de pasos en el corredor. Sobre su mesa, el informe de la Comandancia de Vizcaya descansa junto a otros papeles. Doce folios. Solo doce folios que pesan como si fueran de plomo.

Alejo Aláiz no es hombre dado a la aprensión. Lleva demasiados años en esto, ha visto muchas cosas, ha navegado por aguas turbias como para asustarse con facilidad. Pero esos doce folios son una pequeña bomba. No se va a asustar, pero tampoco es un hombre dado al sobresalto o a la imprudencia. Cuando esta mañana pidió, por intercesión de Sobarriba, un informe a la comandancia de Vizcaya sobre Lucas Zárate Arizmendi, no se imaginaba que en unas pocas horas, el mismo general Gallo, jefe del *SIGC*, Servicio de Información de la Guardia Civil, contactase con él. Y cuando pasa poco tiempo y un alto mando, general para más señas, es quien te llama directamente, el tema es radioactivo.

En esos doce folios hay información muy sensible de Lucas Zárate Arizmendi, colaborador habitual de la Unidad de Información de la Comandancia de Bilbao los tres últimos años. Pero el meollo de la información no está en él, o al menos, no solo en él, sino en Miren Górriz López, ex *ertzaina*, expulsada y expedientada. Demasiados

«ex», como para no tenerlos en cuenta. Pero además, ahora detective privada y en Tapia de Casariego la noche del asesinato de Lucas Zárate y una tal Malena Morán.

Aláiz exhala despacio. No le gusta cómo está tomando forma todo esto. Y no es porque su gente sea mala o no sepa buscar. Todo lo contrario. El expediente y la investigación a un grupo de agentes de la *Ertzaintza*, con contactos en la izquierda más *abertzale* y con evidentes sospechas de corrupción, está pausado por alguna orden ministerial de un Ministro del Interior demasiado atento a las quejas de sus socios de gobierno.

Hay casos que se resuelven con paciencia, método y un poco de suerte. Hay otros que requieren cintura política, saber cuándo presionar y cuándo esperar. Y luego están los casos como este. Los que quedan estancados, difuminados entre rogatorias procesales, cambios de juzgados, pruebas que se contaminan y patadas judiciales. Los que te obligan a caminar por un campo minado, donde cada paso puede hacer saltar por los aires no solo la investigación, sino carreras enteras, relaciones políticas e institucionales, y hasta la delicada convivencia entre cuerpos de seguridad.

Aláiz es veterano. Estuvo en los años duros de ETA, también en los del yihadismo, y entiende que los políticos tienen sus ritmos y sus querencias. Pero él, no. Él, aunque se le tilde de un tinte político que incluso es cierto, nunca dejará de trabajar y de investigar sea quien sea.

Y su gente, lo mismo. Sobarriba aún no lo sabe. Ni Barrena, Paones o Crespo que, sin sospecharlo, han pisado un avispero que lleva mucho tiempo escondido y agazapado. El general del *SICC* le ha pedido un favor. Algo que no puede y no quiere negarse porque, además de su deber, cree que relanzar este caso es algo positivo. Le pese a quien le pese. Sabe que esto le puede costar la carrera, pero también entiende que con este gobierno va a ser complicado llegar a ser general, aunque los números y logros de la UCO sean excepcionales.

La bandera española cuelga en su mástil junto a la ventana. Aláiz la mira un instante, como buscando en ella algún tipo de

respuesta o de consuelo. No lo encuentra o más bien encuentra la de siempre: *El honor es mi divisa*. Se acerca a la mesa y recoge de nuevo la carpeta con los doce folios impresos. Vuelve a leerlos.

> *Lucas Zárate denunció un caso de abuso policial por parte de dos agentes de la Ertzaintza en agosto de hace dos años. La denuncia prosperó. Los dos agentes fueron expedientados. Uno de ellos era Miren Górriz López. El otro, Andoni Martínez Iriarte. Este último se dio de baja voluntaria un mes después del expediente. Paradero actual: República Dominicana, regentando un bar en Puerto Plata. Viaja habitualmente a Bilbao.*

Aláiz respira profundamente, vuelve a mirar unos instantes por la ventana, y sigue leyendo.

> *La Unidad de Información de la Comandancia de Bilbao llevaba meses investigando a una célula de apoyo logístico a presos de ETA y colaboradores radicales del independentismo, incluso sus vinculaciones con partidos de extrema izquierda. Algunos agentes autonómicos estaban bajo sospecha de filtrar información o facilitar movimientos.*

Aláiz sabe lo que significa meter a la *Ertzaintza* en medio de una investigación de la UCO. Sabe, por supuesto, lo que representa que haya implicaciones políticas, que haya vínculos con el independentismo radical, que haya nombres de agentes autonómicos salpicados. Y le fastidia, aunque esa no es la palabra exacta, que todo esté empantanado a la espera del olvido judicial y oficial del tema. Que llegará con un juez fácil, con un fiscal que no quiera problemas y un gobierno débil o con necesidad de votos. Y no le gusta ese paisaje. Nada de nada.

Y luego está el plan que ha esbozado el general Gallo, que ahora mismo se lo debe estar explicando al *DAO*[13]. Barrena tiene una madre política, que aunque no es muy conocida, sí tiene mucho poder en la sombra. Una mujer que, por lo que le ha dicho el *DAO* mismo y alguno más de ese nivel de mando, no se achanta ni

amilana para nada, ni en intentar conseguir la mayor y mejor posición de su hija en la Guardia Civil. La chica, que ha demostrado ser buena, es posiblemente la idónea para relanzar este caso y que no quede moribundo en algún expediente judicial.

Aláiz se queda pensativo, porque esta jugada tiene sus inconvenientes. Uno de ellos es la utilización de sus hombres y mujeres a su cargo. No le gusta hacerlo, pero tampoco es necesario ni conveniente que sepan todo lo relacionado con Lucas Zárate. Al menos, de momento. La ventaja que Barrena tiene es que, por muy poderosa que sea su madre y que esta investigación dañe a su partido, será muy difícil que vaya contra su propia hija. Sin embargo, el coronel Alejo Aláiz se muestra intranquilo. El plan del general Gallo es simple: si esta ex agente de la *ertzaintza* sale en una investigación por asesinato, será imposible detenerlo. No costará enlazar ambos casos, utilizando a la prensa, lo que llevará, sin ninguna duda a que el hecho de los agentes de la *Ertzaintza* involucrados con los partidos abertzales y presos de ETA, vuelva a las portadas, a abrir telediarios y a ser investigado. Aláiz se sienta en su mesa. Cierra los ojos, respira hondo y se pasa una mano por el pelo, algo escaso, ondulado, canoso y peinado hacia atrás. Está cansado. Más de lo que quisiera admitir. Le gustaría terminar de general. Era la aspiración de su padre, un sargento de pueblo, fiel como un mastín a la Benemérita y a su historia. Es muy posible que no lo consiga y de alguna forma, falle en esa aspiración de su padre. Pero, por una razón de simple lealtad paterna, Aláiz entiende que le debe este caso y su resolución al viejo sargento de pueblo. Lleva muchos años al frente de esta unidad, numerosas noches sin dormir, bastantes decisiones tomadas en el filo de la navaja. Y por eso, debe terminar la investigación iniciada. Aunque para eso, y no sea de su agrado, utilice de alguna forma a Barrena.

Asiente levemente; no puede permitirse el lujo de estar cansado ahora. El móvil vibra sobre la mesa. Es el número del general Gallo. Lo mira durante dos tonos, como si pudiera adivinar el contenido de la llamada antes de descolgar. Finalmente, coge el teléfono y pulsa el botón verde.

—Mi general —dice con tono neutro, sin inflexiones que delaten nada.

—Hola, Alejo. —Hay un escueto silencio, donde el coronel Aláiz parece masticarlo—. El *DAO* está de acuerdo. Tenemos que hablar para que todo salga bien.

Aláiz piensa en ese momento en Barrena y en las implicaciones que de una conversación como la que está teniendo en ese momento pueden derivarse.

Media hora más tarde, está hablando con el comandante Sobarriba. Cuando la cadena de mando más alta de un cuerpo como la Guardia Civil se pone en marcha, todo gira a una velocidad inusual.

—Javier —la voz de Aláiz suena grave, cansada también, pero firme—. ¿Has leído el informe de Vizcaya?

Hace veinte minutos que se lo ha enviado, tras tener el visto bueno del general Gallo. Aláiz confía en Sobarriba. Es un buen tipo y tiene una mente analítica.

—Sí, mi coronel. Lo acabo de terminar de leer.

—¿Y?

Sobarriba vuelve a mirar por la ventana. Las sombras se han alargado aún más. Pronto será de noche.

—Es… complicado —dice finalmente, eligiendo con cuidado la palabra.

—Complicado es quedarse corto —responde Aláiz con un suspiro—. Más bien es un petardo en el culo de alguno, Javier.

—Lo sé.

Se hace un silencio al otro lado de la línea. Es un silencio denso, espeso, en el que parecen escucharse los pensamientos de cada uno.

—El general Gallo me ha preguntado solo una cosa.

—Barrena —deja caer, por obvio, el comandante.

—Eso es. Qué te parece.

—Mi impresión es que es buena, mi coronel. Le falta algo todavía, pero es buena.

—¿Y su madre? ¿Se inmiscuirá?

—Posiblemente —responde tras un par de segundos de reflexión—. Pero no creo que Barrena se arredre. Y tampoco que su madre vaya contra ella.

—Entiendo que podemos confiar en el resto del equipo, ¿no? Paones, Crespo, Maté, Esteban, Cortina…

—Sí. Siempre que seamos prudentes.

—No tenemos alternativa —responde con un ligero resoplido el coronel Aláiz.

—Barrena es buena. Paones y Crespo también. Van bien encaminados en el caso de Lucas Zárate y Malena Morán. Si la investigación que llevan conduce a que esta antigua *ertzaintza* esté implicada… —deja la frase en el aire.

—Sí, esa es la idea… pero en algún momento deben conocer la verdad y las implicaciones que la investigación de Servicio de Información tiene. O solo cuando no quede más remedio. No quiero que se vean salpicados por una intromisión política o de… en fin, ya sabes a qué me refiero.

—Eso está claro, mi coronel. No le veo problema —termina por decir Sobarriba con franqueza—. En su momento deben saber que hay una investigación que implica a agentes de la *Ertzaintza* y sus vínculos con movimientos radicales. Del resto… pues ya se verá.

Aláiz guarda silencio durante unos segundos. Cuando vuelve a hablar, su tono es más bajo, más cauteloso.

—Hay mucho interés en resucitar este caso. Provocará dimisiones en algunos partidos socios del gobierno…

Sobarriba frunce el ceño.

—Lo entiendo.

—Lo malo será cuando llamen del ministerio insistiendo en que lo dejemos morir. Pero si hay un asesinato de por medio, lo van a tener complicado. —Sobarriba siente cómo se le tensa la mandíbula.

—Y si se filtra a la prensa, será imposible que lo vuelvan a sepultar en un expediente interminable, que solo espera que se cumpla el plazo de prescripción.

—Eso está claro, Javier. —Cuando Aláiz llama tantas veces por el nombre de pila pueden significar dos cosas: una directa llamada a la implicación o que quiera hacer partícipe al interlocutor de alguna

confidencia—. Confío en ti y en tu gente, pero tenemos que ser prudentes. No debe ser un circo ni una confrontación institucional. Nos salpicaría, y me refiero a mí personalmente, incluso. Me voy a meter en un charco. Un charco que es jodido. —Implicación y confidencia, apunta mentalmente Sobarriba—. Los políticos no tienen ética, moral ni vergüenza. Ya sabes cómo están las cosas —termina Aláiz.

—Entonces, y dejando claro que hay que ser prudentes, ¿les digo que sigan adelante con la investigación a esta mujer? —inquiere Sobarriba, aunque sabe de sobra la respuesta.

—Sí. Barrena y su equipo deben seguir adelante con la investigación. Pero con cabeza. Sin aspavientos. Sin ruido. Sabiendo en todo momento los pasos que dan, no sea que pisen sin querer algún callo. ¿Estamos?

—Estamos.

—Y Javier… —vuelve a resoplar el coronel Aláiz.

—Dime, mi coronel.

—Si esto se tuerce, si empiezas a ver que la cosa se pone fea, me avisas. De inmediato.

—Entendido.

—Bien. Mantenme informado.

—A tus órdenes. —Y la llamada se corta.

Sobarriba baja el teléfono despacio y lo deja sobre la mesa, junto al informe. Se queda mirándolo durante unos segundos. Se levanta y va a la ventana, imitando, sin saber, la posición que en ese mismo instante su superior, el coronel Aláiz tiene en la suya.

Fuera, el cielo se ha oscurecido. El invierno en Madrid ya está entrando y la falta de luz, también. *Prudencia. Cuidado. Sin ruido excesivo*, se dice a sí mismo. Esas son las palabras clave. Porque eso es lo que hay detrás de todo. La política. Siempre la política. Las relaciones institucionales. Los equilibrios delicados entre Madrid y el País Vasco. Los pactos tácitos. Las líneas rojas que no se pueden cruzar. Y en medio de todo eso, una investigación. Un asesinato. Dos cadáveres. Una antigua *ertzaina* que aparece en el lugar del asesinato.

Sobarriba se pasa una mano por la cara. No le gusta no ser claro y diáfano con su gente, pero entiende que no tiene remedio. Sabe que Barrena va a tirar del hilo. Es su naturaleza. Es lo que la hace buena. Porque, a pesar de su madre, Barrena no piensa en consecuencias políticas. Piensa en resolver el caso. En hacer justicia. En encontrar al culpable. Y eso, en circunstancias normales, es exactamente lo que se espera de un investigador. Pero estas no son circunstancias normales.

Vuelve a su escritorio. Coge el informe de Vizcaya y lo lee por tercera vez, aunque ya está poco concentrado. Son muchas horas en el despacho y el remordimiento de estar utilizando, aunque sea en parte, a su gente. Se promete a sí mismo que en cuanto le sea posible, les dirá todo. Con pelos y señales.

Deja el informe sobre la mesa y se sienta en su sillón giratorio, recostándose ligeramente hacia atrás. Enlaza las manos sobre su estómago y mira al techo. Piensa otra vez en Barrena. En su tenacidad. En su inteligencia. En su madre. En su ambición, también. Porque Barrena es ambiciosa, aunque no lo admita abiertamente. Quiere demostrar que está aquí por méritos propios, no por el apellido de su madre ni por el enchufismo que todos le reprocharon al principio. Sabe que va a tener que hablar con ella, con Paones y con Crespo. Y que deberá pedirles disculpas. Él entiende los rangos y los empleos en la Guardia Civil como lo que son, estamentos de jerarquía, pero también sabe que entre él y su gente debe haber una especie de camaradería. Eso es lo que hace a la UCO especial.

Piensa en Barrena. En Paones. En Crespo. Piensa en Lucas Zárate. En Malena Morán. En Su Señoría… Piensa en todo y en que puede no salir bien. Mira el reloj. Les llamará mañana para decirles que tienen luz verde para investigar a esa antigua *ertzaintza*. Mira de nuevo a los doce folios. Respira hondamente, guarda la carpeta en la caja fuerte de su despacho y se dice mentalmente que mañana será un nuevo día. Cierra la puerta tras de sí y camina por el pasillo desierto hacia la salida. Y, con el peso del informe todavía resonando en su cabeza, el comandante Javier Sobarriba se permite un pensamiento que no comparte con nadie. *Ojalá me equivoque. Ojalá esto no sea tan grave como parece.*

28
Esto va a ser divertido

Cuartel de Tapia de Casariego. Asturias
23 de noviembre. 09:24 horas

—… pues le enseñáis al capitán lo que tenemos, pero con mucha prudencia. Interesa que el caso de Miren Górriz se reactive, pero hay que ir con cuidado. Sin pisar ningún callo. Ante cualquier duda, me llamáis y vemos cómo seguir. ¿De acuerdo?

Todos asentimos antes de despedirnos y dar por concluida la reunión telemática con el comandante Sobarriba. Cuando la pantalla del ordenador se apaga con un clic seco que resuena en el silencio de la sala, miro a Paones y luego a Crespo. Los tres nos quedamos unos segundos sin decir nada, procesando lo que acabamos de escuchar del comandante Sobarriba. En realidad la videoconferencia ha sido breve, pero cargada de mensajes que van más allá de las palabras.

—Bueno, pues —dice Paones finalmente, estirándose en la silla — al menos tenemos luz verde para seguir.

—Luz verde con intermitencias —corrijo, mientras recojo la libreta de la mesa—. ¿Os habéis fijado en cómo ha medido cada palabra? Necesito saber los pasos que dais. No ha dicho que quiere estar informado. Ha dicho que necesita saberlo. Y me da que Míguez es una buena excusa para que este caso no se quede en el limbo, sin meter directamente a la UCO.

Crespo se frota la nuca, un gesto que ya le he visto hacer otras veces cuando algo no le cuadra del todo.

—La teniente tiene razón. Y esa frase sobre corregir actuaciones si desde arriba así lo ordenan… Suena a que nos van a tener con la correa muy corta.

En ese momento suena su teléfono móvil.

—Es del abogado de David Romero. Me confirma que estarán aquí a las cuatro y cuarto —nos dice—. Vamos a ver qué nos dice de los cobros de la gasolinera…

—Sí, eso también es muy importante y hay que estar muy concentrados, Juan —le digo al sargento primero que me asiente—. Volviendo al tema de la *ertzaintza*, supongo que por motivos políticos la investigación está estancada… —reflexiono en voz alta para mis compañeros—. Y no le culpo. Si esto sale mal, algún político puede ponerse gallito y tonto para ver cabezas caer, y él quiere asegurarse de que la suya no esté entre ellas.

Paones se levanta y camina hasta la ventana. Observa el puerto y el mar desde el cuartel con las manos metidas en los bolsillos.

—¿Vosotras qué opináis? ¿Prudencia o valentía?

—Yo creo que debemos ser prudentes —responde Crespo, recogiendo sus papeles—. Pero tampoco podemos quedarnos parados. Si hay una conexión entre esa *ertzaina*, *El Nano* y Yoel, tenemos que tirar del hilo.

—Estoy de acuerdo —digo cerrando el portátil—. Pero vamos a ir con cuidado. Nada de dar pasos en falso o tomar iniciativas sin consultar. El comandante ha sido claro: no nos prohíbe compartir información con Míguez, pero quiere estar al tanto de todo. Y detrás de él, está Aláiz.

—Entonces, ¿qué hacemos con Míguez? —pregunta Paones girándose hacia nosotras—. ¿Le enseñamos todo, lo dosificamos…? Viene también esta tarde.

—Le enseñamos lo que tenemos. —Mi decisión está basada en que tengo la corazonada de que si hay algo de *El Nano* que nos lleve a Yoel en sus investigaciones, nos va a ser de mucha utilidad—. Lo necesitamos para avanzar, mientras su señoría no nos conceda los permisos de diligencias de investigación, escucha, seguimientos, posicionamientos… —contesto sin dudar—. Si va a venir, aprovechemos. Y a ver qué opina de todo esto. ¿Por cierto, os ha dicho algo Sánchez de que Morata y Maldonado hayan ido al domicilio de Yoel o a ese hotel? Le he pedido también que vigile al vecino, al tal —miro hacia la pizarra para recordar su nombre—… Tomás Ramos. Que le ponga una patrulla en la puerta o que pasen

por su domicilio. Lo que sea, pero que lo tengan controlado. Nosotros no damos abasto.

—Me parece bien —asiente Paones—. Y de lo de Yoel, a mí no me ha dicho nada.

—Ni a mí —corrobora Crespo—. Y yo he visto a Morata por aquí hace poco.

Mariloli, el viejo caimán de Sánchez no quiere involucrarse. Crespo me mira con ese gesto suyo de duda controlada.

—No esperes mucho del brigada, mi teniente. Y de Yoel, pues no sé qué decir… Yo he estado llamando a su móvil y no contesta. Está apagado.

—Lo sé, Maite, pero me jode que nos toreen. Unos y otros.

—Deben estar saturados. No es que le justifique…

Aprieto las mandíbulas y respiro lentamente. La pachorra de Sánchez no me gusta nada. Sé que son pocos, que un cuartel rural tiene muchísimas cosas que hacer, pero esto es una cuestión prioritaria. Y si no podía hacerlo, hubiera preferido que me lo dijera para organizarme yo de otra manera.

—Si el móvil de Yoel no está operativo, él tampoco. Me juego una comida —interviene nuevamente Paones con un gesto de cierta apatía—. Y Sánchez solo piensa en su jubilación.

—Sí, soy consciente. En fin… confío en que el capitán nos puede ayudar a abrir alguna nueva vía con *El Nano* que nos lleve a Yoel, ya que nuestra querida juez nos pone zancadillas.

—Eso que dices suena bastante bien en pura teoría, Lola —interviene Paones volviendo hasta nosotras—. Pero hay que ser juiciosos. Dar todos los pasos de acuerdo con el comandante. Nada de improvisar.

—Totalmente de acuerdo —confirmo.

Crespo se cruza de brazos y nos mira a ambos alternativamente.

—Me mosquea que por algo que huele tan mal de otro cuerpo de policía nos permitan indagar sin poner límites o marcar las líneas. Si los de Información están en esto, como dice el comandante, ¿cómo es que no nos llaman directamente o nos colocan un enlace? No tiene sentido.

—A no ser que lo que pretendan sea que su investigación avance, pero no por ellos, sino por las implicaciones que pudiera haber con otro caso. No es mala táctica, la verdad —termino la frase por ella—. Si hay un asesinato, no habrá escaño que lo pueda parar… —termino diciendo, sin evitar pensar en el resbaladizo mundo en el que se mueve mi poderosa madre.

Crespo y Paones cruzan una mirada. El sargento primero asiente lentamente, dándome la razón.

—Sea como sea —vuelvo a hablar—. Vamos a ir con pies de plomo. Cuando venga Míguez esta tarde, le enseñamos las fotografías de Miren Górriz con *El Nano* y vemos su reacción. Dependiendo de eso, decidimos los siguientes pasos. Y, por supuesto, todo se lo comunicamos al comandante.

—Me parece bien —asiente Paones.

—A mí también —añade Crespo.

Miro el reloj. Son casi las tres.

—Vamos a comer algo y seguimos con más calma. Aquí en el cuartel no podemos hablar de esto tranquilamente. Comemos fuera y nos despejamos.

Paones me mira con media sonrisa mientras recoge su chaqueta. Crespo se acomoda el pelo mientras nos dirigimos a la puerta. Salimos del cuartel y nos vamos caminando. El trayecto es corto. Menos de cinco minutos después, estamos frente al Restaurante *El Pilón*, un edificio sencillo pero acogedor. Tiene aspecto de ser un sitio familiar, de esos donde se come bien y sin pretensiones. Entramos y una mujer de unos cincuenta años nos recibe con una sonrisa amable.

—Buenos días. ¿Mesa para tres?

—Sí, por favor —contesto—. Si puede ser en algún sitio apartado, mejor.

Nos conduce hasta una mesa al fondo del comedor, junto a una ventana que da a los campos. Perfecto. Nadie podrá escuchar nuestra conversación desde aquí. Pedimos el menú del día.

Crespo tamborilea con los dedos sobre la mesa.

—Mi duda es ¿cómo convencemos al capitán? Lo mismo se nos acojona.

—Puede ser. Pero pienso que hay dos cosas que ayudan a que nos eche una mano. Una, porque ahí tiene tres números de móvil de una antigua *ertzaintza*, que puede pedir que se investiguen. Si en el juzgado de Luarca le conceden esas diligencias… —elevo los ojos y las cejas dando a entender la obviedad de mi argumento—. Pensad si con alguno de ellos se ha comunicado con *El Nano*. Para Míguez es un caramelito. Le pondría un broche de oro puro de muchos quilates. Y lo segundo que nos beneficia es porque tiene mucha manía a la juez Vega.

—Míguez no es tan impulsivo como aparenta —comenta Paones, pensando por mi parte que tiene razón.

—Estoy de acuerdo —le secundo—. Es bastante más fino y frío que todos sus chascarrillos de guardia de pueblo. —Les pongo de ejemplo, sacando sendas sonrisas a ambos—. Y es un poco petulante en el buen sentido. Eso nos puede ayudar…

—Explícate —me pide Paones con los ojos abiertos y las cejas arqueadas.

—Le enseñamos las fotografías, le contamos lo de Miren Górriz y le pedimos ayuda. Importante este detalle: la ayuda —me detengo un instante en mi argumento—. A él no le ha gustado que entráramos en la investigación, pero es un buen oficial y lo acata. Si de alguna forma puede ser de utilidad a la investigación, no dudéis que se lo comentará a su coronel y la comandancia sacará provecho, ayudando o siendo importante para la UCO. El capitán tiene olfato y sabe que esto puede ser importante.

—Impecable argumento —me concede Crespo—. De acuerdo, completamente, mi teniente.

Nos traen la comida. Yo he pedido un *pixin* a la plancha, que comparto con Crespo, Paones un cachopo de cecina y queso asturiano. Para el centro, un pastel de verduras para compartir. Comemos en silencio durante unos minutos, cada uno procesando la información.

Terminamos de comer hablando de detalles técnicos y de cómo plantear la conversación con David Romero, al que estamos dando menos importancia de la que tiene para nuestra investigación.

Cuando salimos del restaurante son casi las cuatro de la tarde. Míguez debe llegar sobre las cinco.

—¿A qué hora llega David Romero? —pregunto al salir del restaurante abrochándome la ropa, porque a pesar de que se ha templado el día, siento el golpe de frío de después de comer.

—A las cinco y cuarto. Con abogado —me dice Paones.

—No le vamos a detener, ¿no?

—En principio, no. No hay base aún, Maite —le puntualiza el sargento primero—. Pero ha preferido venir con asistencia letrada. No tiene por qué ser malo.

—No, la verdad es que no. Llevas tú el peso de las preguntas, ¿vale, Juan?

—Como quieras, Lola.

Cuando llegamos al cuartel, nos instalamos en la sala de reuniones. Extiendo sobre la mesa las fotografías que nos ha enviado Sobarriba a través de los de Información. Son imágenes de vigilancia, tomadas desde cierta distancia, pero bastante nítidas. En todas ellas aparece Miren Górriz. En algunas está sola, en otras acompañada de *El Nano*. Y en dos más, hay un par de varones que los acompañan. Hay una en particular que me llama la atención: están en una cafetería de Bilbao, sentados en una mesa junto a la ventana. Ella sonríe, él gesticula. Parece una conversación distendida, casi amigable.

—¿Qué opinas? —me pregunta Paones, que se ha acercado a mirar por encima de mi hombro.

—Que hay camaradería. No es la primera vez que se ven.

—Sí… —añade Paones con gravedad.

Esa posibilidad pesa en el ambiente como una losa. Una agente corrupta es lo peor que te puedes encontrar en una investigación. No solo porque dificulta el trabajo, sino porque nunca sabes hasta dónde llega su influencia. Justo en ese momento, llaman a la puerta. Es el guardia Maldonado.

—Mi teniente, ha llegado el capitán Míguez.

—Que pase —le indico.

Maldonado se aparta y Míguez entra en la sala. Va vestido de paisano, como siempre, con unos chinos azules marinos, una camisa

azul más clara y una chaqueta de color gris. El conjunto es un poco anodino. No es, desde luego, un seguidor de la última moda masculina.

—Buenas tardes —saluda con una media sonrisa.

—Gracias por venir, mi capitán —le digo.

—Siempre es un placer. Y, además, no deja de ser una oportunidad para aprender.

Vuelve con la pulla de su papel como guardia de pueblo y nosotros la élite. Aunque lo diga como un chascarrillo o en broma, tiene su punto agrio. Sin embargo, creo que ahora nos va a agradecer que seamos esa especie de boinas verdes.

—Tenemos esto —le digo señalando la fotografía donde sale *El Nano* con la ex *ertzaintza*.

Míguez toma asiento y mira con curiosidad. Primero la que le he señalado y después, el resto de las fotografías que están sobre la mesa. No se me escapa el brillo de astucia y de depredador que ha surgido en su mirada. Cuando vuelve a repasarlas, y hasta coge con la mano dos de las que muestran a *El Nano*, me mira.

—¿Quién es?

—Pensaba que era conocido de la comandancia, mi capitán —le contesto con un punto de sorna, devolviéndole la que, generalmente, aunque de buen rollo, me suele lanzar.

—Me refiero a ella —apunta con el dedo y una sonrisa.

Entonces Paones y Crespo le cuentan todo y le largan la lista de los tres números de teléfono que usa la tal Miren Górriz, así como le explican las pesquisas que hemos hecho, llegando a localizarla en estos días en Tapia, cerca de los asesinatos, con nombre falso y uno de esos números de teléfono. Su expresión cambia de inmediato. Se inclina hacia adelante y las examina con atención, una por una.

—Los de la UCO sois unos putos *cracks* —dice finalmente, con una gran sonrisa—. ¿Cómo habéis conseguido esto?

—Tenemos nuestras fuentes —contesto sin dar detalles—. Lo importante es lo que vamos a proponer —le digo evitando el tuteo y yéndome a un trato impersonal.

Le explico brevemente la situación. Le cuento lo de Yoel, la posible conexión con *El Nano* y la sospecha de que Miren Górriz

pueda estar implicada de alguna forma. Míguez escucha sin interrumpir, asintiendo de vez en cuando. Le remarco, finalmente, la poca predisposición de la juez Vega a permitirnos escuchas y otras diligencias de investigación.

—Nuestra nunca bien ponderada la juez *Vaga*, digo Vega —dice cuando termino, ampliando la sonrisa—. ¿Qué necesitáis?

—Tenemos que enlazar a *El Nano* con el tal Yoel —digo directamente—. Si en el caso del juzgado de Luarca tiene abiertas escuchas, posicionamientos, investigación sobre móviles…

—Queréis que veamos si en alguna de las diligencias que estamos llevando aparece el tal Yoel.

—Así es. Y que la compartáis con nosotros.

Míguez se rasca la barbilla, pensativo. Sé que está evaluando los pros y los contras. No creo que el capitán sea uno de los que toman decisiones a la ligera, a pesar de dar una imagen algo frívola. Míguez nos mira a los tres, calibrando.

—Si, además de esclarecer un asesinato, puedo meterle el dedo en el ojo a la juez… dadlo por hecho. —Y emite una corta carcajada, algo seca y alegre—. Pero hay que poner reglas. Primera —dice con autoridad—: todo lo que hagamos tiene que estar coordinado. Nos jugamos que las diligencias sean anuladas si no somos inteligentes. Segunda: si esto llega a oídos de mis superiores sin que yo lo haya autorizado, me desentiendo. Tercera: el mérito es compartido. Y cuarta: si conseguimos algo gordo, pagáis vosotros la comida o cena de celebración.

Miro a Paones y a Crespo. Ambos asienten. Las condiciones de Míguez son razonables.

—Trato hecho —digo tendiéndole la mano.

—Entonces vamos a darle caña a esto —dice con una sonrisa el capitán—. Pero necesito ver todo lo que tenéis. Y me refiero a todo. Fotos, informes, testimonios. Lo que sea.

Durante la siguiente hora, le ponemos al día de toda la investigación.

—Creo que esto va a ser divertido. Pero por favor, teniente, no abandones la operación *Porno Star…* me muero de ganas de joder a nuestra querida juez.

29
Un buzón de voz y trece Bizums

Tapia de Casariego. Asturias
23 de noviembre. 16:44 horas

—Y yo que había hablado con la fiscalía —sigue Míguez hablando—, que es una tía cojonuda, para presionar a la juez *Vaga*, digo Vega… Pero reconozco que el plan de la teniente es fantásticamente canalla. Y ese aderezo con una bonita campaña de prensa y salseo, me ponía mucho. No la aparquéis, por favor, que quiero sentarme con un bol de palomitas a ver la cara de nuestra señora juez. Pero veo que los de la UCO sois más listos que los guardias de pueblo…

Y dale con lo del pueblo, Mariloli, aunque me limito a sonreír y elevar las cejas.

—Retorcido… pero puede ser útil —concede Paones, a la vez que Crespo asiente.

Míguez se ha ido contento, tras hablar con su coronel. En principio, si nada se tuerce y todo fluye como debe ser, tenemos una nueva vía de posible investigación, aunque sea indirecta. *Minipunto para ti, Mariloli.*

Pero ahora nos toca concentrarnos en David Romero. La sala de interrogatorios no es muy grande, pero nos sirve. Una mesa de formica blanca y cuatro sillas forman todo su mobiliario. David Romero está sentado al otro lado de la mesa, con las manos entrelazadas sobre el regazo. Calculo que tendrá unos treinta años, aunque su postura encorvada le da un aire más joven. Lleva una sudadera gris con el logo de una marca deportiva y unos vaqueros gastados. No parece peligroso. Ni siquiera parece preocupado, solo incómodo. A su lado, Luis Terrazos, su abogado, revisa unos papeles con parsimonia profesional. Tiene pinta de no ser la primera vez que

acude a la declaración de un investigado. Tampoco está nervioso ni alterado.

Paones se acomoda en su silla frente a ellos, desplegando una carpeta con documentos. Yo me quedo de pie, apoyada contra la pared lateral, con los brazos cruzados. Prefiero esta posición. Me permite observar mejor los gestos, las microexpresiones que escapan al control consciente.

—Hola, David. Lo primero, muchas gracias por venir. No estás detenido ni siquiera eres investigado. Solo queremos hacerte unas preguntas y son sencillas —comienza Paones con tono neutro—. Antes de empezar, letrado —mira a Terrazos— ¿quiere dejar constancia de algo?

—Mi cliente desea declarar voluntariamente. Que conste que no está aquí bajo presión ni coacción alguna. Viene por propia voluntad para colaborar con la investigación.

Paones garabatea una nota en su libreta.

—Perfecto. —Levanta la mirada hacia David—. Entonces, empecemos por lo básico. Trabajas en la gasolinera, ¿verdad?

—Sí, desde hace cuatro años.

La voz de David es suave, casi monocorde. Detecto un ligero temblor al final de la frase, pero nada alarmante. Nerviosismo normal.

—Y tu turno suele ser nocturno, ¿no es así?

—De lunes a viernes, sí. De diez de la noche a seis de la mañana.

—Un horario duro.

David se encoge de hombros.

—Es lo que hay. Me pagan un plus por la nocturnidad.

Paones asiente. Está tanteando el terreno, buscando el ritmo adecuado. Es metódico. A veces demasiado, pero eficaz. Yo, en ocasiones puedo ser más impetuosa, intuitiva. Pero hay veces en que es mejor ir paso a paso. David Romero no parece una persona de carácter ni de personalidad acusada. Conviene llevarlo con mano izquierda y tiento.

—David, hemos estado revisando las cintas de la gasolinera que tu jefe dijo que nos dieras. Te acuerdas, ¿no?

Asiente un par de veces lentamente y sigue mirando con ese gesto algo pastueño, de vaca mirando un tren.

—Hay una serie de pagos extraños que se repiten. De tres con treinta y tres, cuatro con cuarenta y cuatro y cinco con cincuenta y cinco. ¿Sabes lo que son?

Antes de contestar mira a su abogado que asiente de forma casi imperceptible. Obviamente, han hablado entre ellos y tiene todo medido y consensuado.

—Sí. Son pagos que hacen en la gasolinera.

—Y, ¿significan algo? Son cantidades raras… —La voz de Paones es pausada, casi paternal.

David baja la mirada hacia el papel. Veo cómo traga saliva. No es culpabilidad, decido. Es incomodidad.

—Son pagos que hacen… como propinas —dice al fin.

—¿Propinas? —repite Paones sin inflexión.

—Sí. Bueno, más o menos.

Terrazos se inclina ligeramente hacia su cliente.

—Explícalo con claridad, David.

David asiente y se pasa una mano por el pelo revuelto.

—No son por nada en concreto. De hecho, no se llevan productos ni repostan. Por eso le decía lo de propinas…

Paones se queda en silencio, yo también. Hay que dejarlo hablar y que sea él quien lo cuente.

—Hace unos meses, me pidieron un favor. Me dijo que si cada vez que alguien me decía que le cobrara esas cantidades exactas, *tres treinta y tres*, *cuatro cuarenta y cuatro*, *cinco cincuenta y cinco*, llamara a un número de teléfono y dejara un mensaje, me pagaría una cantidad. Nada más.

Paones alza una ceja.

—¿Qué tipo de mensaje?

—Solo decir la cantidad. *Tres treinta y tres* o *cuatro cuarenta y cuatro*. Y la hora en que se hacía ese pago. Eso es todo. Sale un buzón de voz y yo dejo el mensaje. Después me llega el *Bizum*.

Me despego de la pared y me acerco a la mesa, apoyando las manos sobre el borde metálico. David alza la vista hacia mí, sorprendido.

—¿Y no te pareció extraño? —pregunto con suavidad.

—Pues sí, un poco. Pero no le di importancia… y bueno, que tampoco me meto yo en nada. Pensé que a lo mejor era algún tipo de control interno, no sé. Gente que comprueba si se registran bien las transacciones o algo así.

—¿Se lo preguntaste a tu jefe? —pregunta Paones con intención.

—No. Me dijeron que era confidencial. Yo pensé que podía ser de la marca…, vamos.

—¿Quién te dijo que lo hicieras? No nos intentes colar nada, David. Sabemos más de lo que te estamos preguntando. Solo queremos comprobarlo y corroborar lo que ya hemos investigado. —Me tiro el farol porque veo que es una persona insegura y que, aunque esté protegiendo a alguien, no me da la sensación de que tenga madera de héroe, ni que se vaya a comer un marrón él solo.

David duda un instante. Veo cómo sus dedos tamborilean sobre la mesa, un gesto inconsciente que delata ansiedad, pero no mentira.

—Lucio. Lucio Fernández.

—Le llaman *El Nano*, ¿no? —afirmo con una media sonrisa.

David asiente. Esta vez con los ojos algo más agrandados por la sorpresa. No esperaba que conociéramos ese nombre. Paones no anota el nombre, para que vea que es cierto eso que le hemos dicho sobre que sabemos más de lo que parece. Creo que da resultado. Observo a David tras responder. Sus hombros están tensos pero no encogidos de forma defensiva. Mantiene contacto visual intermitente, natural, aunque con un punto de nerviosismo. No está mintiendo.

—¿Y cómo conociste a Lucio? —vuelve a ser Paones quien le pregunta para ir alternando y que no fije su atención en uno solo de nosotros.

—Fuimos juntos al instituto. No éramos muy amigos, pero nos conocemos de toda la vida. Un día vino a repostar y me lo propuso. Me dijo que era fácil y que no me iba a meter en líos.

—Pues te ha metido —digo sin dureza.

David me mira con ojos cansados.

—Ya veo.

Terrazos carraspea.

—Mi cliente no tenía conocimiento de que estuviera participando en ninguna actividad ilícita. Actuaba de buena fe.

—Letrado —intervengo sentándome en la silla al lado de Paones —, estando de acuerdo, deje que le diga solo una cuestión. Estamos investigando un doble asesinato. Y su defendido, por razones que todavía desconocemos, está mezclado.

—Eso es mucho decir… —me dice con una media sonrisa con algo de suficiencia.

Yo le mantengo la mirada y estiro un poco mis labios. Sé hacer este teatro. *Con Fadel, en Marbella, te salió de lujo, Mariloli.*

—Sí, letrado. Mezclado, porque una de esas cantidades corresponde con alguien que pagó con la tarjeta de la mujer a la que le pegaron un tiro. Y no quiero ser presuntuosa pero, si de esta reunión no sacamos algo en claro, y qué significan esos cobros, quién le dijo cómo hacerlo y todo lo que tenga relación con ellos, su defendido duerme hoy en el cuartelillo. Por muy voluntario que haya venido y colaborativo que se muestre.

—No creo que cobrar unas cantidades… —intenta desviar el tema en cuestión.

—No se trata de cobrar esas cantidades. Eso no es ilícito. Pero sí lo es, estar en medio de una red de extorsión o de pagos por propinar escarmientos —le espeta Paones con suavidad, pero firmeza—. Así que, es preferible que nos digas todo lo que sabes, David. ¿Está de acuerdo, letrado?

Este titubea un instante, porque no le ha hecho gracia que le hayamos tirado de las orejas, pero termina diciendo a David que responda a las preguntas que le vayamos haciendo.

—A ver… yo no sé mucho. Lucio me dijo eso, y yo cuando llega alguien y me dice que le cobre esa cantidad lo hago, llamo por teléfono y me olvido, lo juro. Solo sé que me llega un *Bizum*.

Ni Paones ni yo movemos un músculo de la cara. Nuestra mirada está clavada en la de David, lo que le provoca un punto de ansiedad. Es lo que pretendemos para sacar toda la información posible.

—¿Quién te hace ese *Bizum*? —pregunta Paones muy despacio, dejando que las palabras calen en David.

—No lo sé. Es de un número que desconozco.

—Pues necesitamos ese número de teléfono, el alias y todas las veces que lo hayas recibido. Puedes no decírnoslo y negarte, claro —miro al abogado—, pero entonces te quedas aquí esta noche y las dos más que le siguen.

—Le ruego que no acose a mi cliente, teniente —me dice serio y circunspecto el abogado.

—Disculpe si lo ha entendido así. Pero no le presiono. Muy al contrario —le contesto inmediatamente y con deje algo tajante—. Solo le informo, igual que a usted, lo que va a pasar. Si no nos queda meridianamente claro que su defendido no tiene nada que ver, será sospechoso de pertenecer a un grupo que reparte bofetadas o incluso provoca heridas de arma blanca por encargo. Tenemos bastantes indicios que nos lo demuestran y el juez —evito decir quién es, aunque no le costará saber a Terrazos el nombre de la instructora— nos apoyará en la detención. De hecho, ya lo hace.

—Solo le digo que no lo acose —insiste.

—Y le repito que no lo hago. Solo informo —me mantengo y endurezco algo más la mirada—. No tengo ningún interés en enviar al calabozo a su representado, letrado. Pero es mi obligación. Estoy segura de que lo entiende.

David asiente y saca su móvil del bolsillo. Lo desbloquea y navega por la pantalla durante unos segundos antes de anotar dos números en un papel que Paones le desliza. Después empuja el papel hacia el centro de la mesa.

—Me hicieron *Bizum* en trece ocasiones —termina diciendo tras comprobar su cuenta bancaria en su móvil—. El nombre que sale es Anselmo C. B. No lo conozco. Y al que tengo que llamar, ni idea. Nunca he hablado con nadie. Solamente dejo el mensaje en un buzón de voz. Poco después me llega el *Bizum*.

—¿Quién te lo envía?

—En el mensaje de *Bizum* no sale… —inicia la protesta el abogado.

—Pero sí en la aplicación del banco. O el número o el nombre. ¿Lo tienes, David?

—Esa información, teniente, debería estar bajo permiso judicial.

—Seguramente tiene toda la razón, letrado. Pero como estamos en una conversación amigable, yo se lo pido. Si quiere, me lo da. Y si no, mando detenerlo, le requisamos el móvil, lo mantenemos setenta y una horas y cincuenta y nueve minutos en el calabozo, y mientras vemos si el juez nos autoriza o no a destriparle el teléfono. Y lo demás. Mail, redes… todo. —Mis ojos se clavan en el letrado que traga saliva.

David le mira, le pone una mano en el antebrazo y asiente ligeramente. El letrado aún aguanta un par de segundos la mirada en su cliente, pero termina por ceder.

—No me importa, de verdad —le dice en voz baja, pero de forma audible a su abogado, tecleando en su móvil, justo después—. Aquí lo tiene —me dice mostrándomelo.

—Muchas gracias —le digo.

—Espero que esto ayude a que mi defendido quede fuera de las investigaciones que llevan a cabo y que está prestando toda la ayuda que puede de forma voluntaria.

—Por supuesto, letrado —le contesta Paones, mientras yo recojo con gesto rápido el papel y lo estudio un momento. Los números no me dicen nada a simple vista, pero sé que Esteban podrá sacarles información.

—Esperad aquí un momento —digo, y salgo de la sala.

El pasillo del cuartel está vacío. Camino hasta la sala que tenemos para llevar el caso, donde se ha quedado la cabo Crespo, esperando todo lo que nos pueda ir adelantando Esteban, Rosa Maté o Cortina, además de intentar sacar toda la información que pueda de la funcionaria Mercedes Inclán Rivas. Veo que está concentrada en su ordenador, mirando la pantalla y apuntado alguna cosa en su libreta. Al verme entrar, levanta la cabeza.

—¿Algo interesante?

—Números de teléfono —le tiendo el papel—. Que Esteban los mire. Uno de ellos está a nombre de un tal Anselmo C.B. En el banco sale Anselmo Cruz Barquero.

Crespo coge el papel y lo mira con interés.

—Hablo con él ahora mismo —dice buscando en su móvil el número del cabo primero—. ¿El tipo está cantando?

—Es un mindundi. Solo hacía llamadas por cuatro duros. Pero alguien le pagaba, y ese alguien es quien nos interesa.

Crespo asiente y se coloca el móvil. Oigo levemente los tonos de llamada, la dejo y vuelvo a la sala. Cuando entro de nuevo a la sala de interrogatorio, Paones está mostrándole a David una fotografía en su teléfono. Reconozco la imagen: es la que tenemos de Yoel, *El Bicho*, *El Nano* y *Pacorro*, en esa fiesta que nos dijo Adela.

—A Lucio lo conoces. ¿A estos otros?

—Al de en medio no. A este lo vi un día con Lucio, pero ni sé cómo se llama. —Se refiere al *Bicho*—. El de la derecha sí.

—¿A este sí lo conoces? —le señala Paones al tal *Pacorro* con evidente interés.

Siento un chispazo de adrenalina y cruzo los dedos mentalmente.

—Conocerlo no. Pero un par de veces me pagó tres con treinta y tres euros….

—¿No sería el que me pagó los cinco cincuenta y cinco euros el día que mataron a esta chica y al otro?

—No, no —niega convencido.

—¿Estás seguro? —insisto con un latigazo de tensión que me asciende desde el vientre.

—Sí. El que pagó esa noche iba con una gorra negra y una sudadera roja con un signo… no sé, como una hoja de árbol. Me fijé porque fue raro. Primero intentó pagar con una tarjeta que no funcionaba. La banda magnética estaba rota o algo así. Entonces buscó otra en otra cartera y con esa sí pudo pagar.

Intercambio una mirada rápida con Paones. La segunda tarjeta es la de Malena. Nuestro hombre, sea quien sea, en una de esas suertes que el destino aguarda a los buenos y juega en contra de los malos, pagó con la tarjeta que no debía. Y como David solo se limitaba a llamar, no pudo saber —ni él ni nadie—, que lo había hecho con la tarjeta robada de la muerta. *Ha habido suerte, Mariloli.*

La entrevista no dio para mucho más, salvo la insistencia del abogado en dejar meridianamente claro que su defendido era inocente y que actuaba de buena fe, colaborando con la Guardia Civil. Obviamente, se lo concedimos todo, punto por punto. Antes de irnos, paso por el despacho de Sánchez, que ya no está. Solo queda la guardia Morata.

—Hay que sacar una imagen de ese tipo, lo más nítida que se pueda.

—No será fácil. Está borroso —me dice Paones—. No es una buena grabación.

—Lo sé, pero es lo único que tenemos de quien puede saber qué paso esa noche y quién mató a Lucas y Malena.

—Incluso puede que fuera él —apostilla Paones.

—Sí, pudiera ser —digo mirando la imagen congelada de ese tipo en la gasolinera—. Voy a preguntarle a Morata si sabemos algo del vecino. Es otro cabo suelto que tenemos.

—Tenéis muchos, por desgracia… —me dice.

Llego hasta Morata, que está recogiendo para irse.

—Disculpa —me dirijo a ella—, ¿algo novedoso con el vecino? ¿Con Tomás Ramos? Lo tenéis controlado, ¿no?

—Sí, mi teniente… —veo que duda en la respuesta—. Nos pasamos de vez en cuando por su casa.

—¿De vez en cuándo? —insisto extrañada—. ¿Vais ahora?

—No. Maldonado y yo ahora tenemos que hacer patrulla por la entrada a Tapia.

—¿Habéis ido hoy?

—Sí… por la mañana. Nos pasamos por allí. Vimos su coche y nos vinimos.

Cierro los ojos de desesperación.

—Es lo que nos dice el brigada —me responde con una cara de exculpación y entendimiento de que su respuesta no es la que yo buscaba.

Mariloli, este interviene menos que Drácula en hacer un gazpacho…

30
Números de muertos

Cuartel de Tapia de Casariego. Asturias
24 de noviembre. 08:12 horas

Me despierto antes de que suene el aviso rítmico y penetrante del móvil. Llevo días así, con el cerebro en modo alerta permanente. Miro el techo de la habitación de la casa rural mientras la luz gris del amanecer se filtra por la ventana. Afuera, el mar suena con su respiración constante. Me levanto, me ducho y me visto. Vaqueros, jersey y un tres cuartos para la lluvia. Hoy el día está nublado y amenaza agua. Bajo al comedor y encuentro a Paones tomándose un café con leche humeante.

—Buenos días.

—Buenos días, Lola —responde, dando un sorbo a su taza—. ¿Has dormido bien?

—Más o menos.

—¿Molesta por algo? —me pregunta.

—Sánchez. No nos ayuda…

—Tendrás que hablar con él. O con el capitán Míguez.

—Lo sé… —le contesto con un medio gruñido.

Crespo baja poco después, con aspecto de haber dormido poco. Desayunamos juntos en silencio, cada uno sumido en sus pensamientos sobre el caso. Tostadas, café, zumo. Rutina. Yo, y según mi entrenador de *taekwondo*, que es, además, nutricionista, más proteína que hidratos de carbono.

A las ocho y veinte salimos hacia el cuartel de Tapia de Casariego en el coche. Paones conduce. El cielo está muy encapotado, con nubes bajas y grises que amenazan lluvia esa misma mañana. Llegamos al cuartel a las ocho y media. El brigada

Sánchez ya está en su despacho, revisando papeles. Nos saluda con un gesto de cabeza cuando entramos.

—Buenos días.

—Buenos días —respondemos.

Nos instalamos en la sala que nos han cedido para trabajar. Enciendo el ordenador y reviso los correos. Paones repasa las notas del día anterior. Crespo se sirve otro café de la máquina.

—Esteban dijo que nos llamaría sobre las nueve y media con la información de los números —comenta Paones.

Asiento lentamente. Tengo esa sensación incómoda en el estómago, como cuando sabes que algo está a punto de torcerse. Me preocupa Yoel, que en ningún momento ha contestado al móvil, ni tampoco tenemos noticias de Sánchez sobre Maldonado y Morata cuando fueron a su domicilio. A las nueve en punto, como por ensalmo, entra el jefe del puesto con un gesto de absoluta tranquilidad. Morata le ha debido decir que ayer no puse buena cara cuando le pregunté por la vigilancia a Tomás Ramos. El brigada Sánchez ni me mira siquiera.

—¿Cómo va todo? —nos pregunta muy sereno.

—Estamos esperando novedades y algunas periciales —responde Paones.

—¿Y qué hay de Yoel? ¿Y de Tomás Ramos? —pregunto mordiendo un poco las palabras—. ¿Mandaste a alguien ayer, mi brigada?

Sánchez se gira hacia mí con gesto incómodo.

—Lo de Yoel dejé para hoy. Ayer tuvimos un accidente en la carretera y con el poco personal que tenemos, se me fue el santo al cielo. Maldonado y Morata salieron hace media hora a buscarlo. Y del vecino, lo vamos controlando. Pasa una patrulla por su casa para comprobar que sigue allí.

Me aguanto decirle que no es de recibo que haya tardado cuarenta y ocho horas en hacer lo de Yoel. Sé que los cuarteles pequeños están siempre desbordados, pero necesitábamos algo de ayuda por su parte. Como mínimo, comprobar que Yoel no estaba, y pedir una orden de búsqueda, que tendremos que tramitar con la juez Vega. Un día más le da tiempo a nuestro malo.

—Hubiera sido mejor ayer o antes de ayer, brigada —digo, intentando que no se note mi decepción.

—Si está en su casa, lo traeremos —dice Sánchez—. Y si no, porque al móvil no contesta, se le buscará. —Ahora sí me mira, y en sus ojos no veo una pizca de responsabilidad.

—Eso está claro, brigada. Pero en lo sucesivo, le ruego que sea más diligente. Y lo de Ramos, por favor, que no sea una vigilancia laxa. Es un sospechoso de asesinato.

—Y yo le ruego, mi teniente, que hable con mi superior si no está conforme. —Lo ha dicho tranquilo, sereno. Sin un ápice de nerviosismo.

—No lo estoy, y lo haré —le contesto también tranquila y pisando las palabras—. No soy su superior directo, Sánchez, pero sí soy un superior. Hablaré con el capitán Míguez sobre este tema.

—A la orden. —Su contestación vuelve a ser suave, tranquila, sin apenas pulsaciones.

Sé que le da igual que hable o no con el capitán. Que me queje o diga lo que sea. Como muy bien dijo Paones, solo piensa en su jubilación.

A las nueve y treinta en punto, ya sin Sánchez en nuestra sala de reuniones, el teléfono de Paones vibra sobre la mesa. Lo coge rápido y activa el altavoz.

—Buenos días, mi sargento primero —se escucha la voz del cabo primero Esteban, joven y dinámica.

—Buenos días, Esteban.

—Tengo la información sobre los números de teléfono.

—Te escuchamos. Estoy con la teniente y con Crespo.

—Perfecto. Bueno, las noticias no son buenas. He rastreado los dos números que me disteis. El número de teléfono al que David Romero hacía las llamadas está registrado a nombre de un tal Jesús María Pardo Abalde. Varón de setenta y dos años, fallecido hace tres años en Oviedo.

Siento cómo se me tensa la mandíbula. Paones toma nota rápidamente.

—¿Y el otro número? ¿El de la cuenta del *Bizum*? —le pregunto en voz alta.

—Ese está registrado a nombre de Anselmo Cruz Barquero. Cincuenta y ocho años, fallecido hace dos años en Gijón. Accidente de tráfico en la autovía.

—¿Las líneas siguen activas?

—Son de tarjetas prepago, mi sargento primero. Es decir, que han colado esas identidades. Necesitaríamos saber las cuentas corrientes para conocer quién paga. Voy a mandar un informe completo por correo con todos los datos. Entiendo que los necesitaréis para pedir la diligencia a su señoría.

—Perfecto, Esteban. Gracias.

—Una cosa más. De los tres números que me pasasteis, y amparándome en la diligencia que sí aprobó vuestra juez, he revisado si alguno hizo alguna llamada a los teléfonos de Malena Morán y Lucas Zárate. Solamente hay una llamada, hace seis días, a las cuatro de la mañana al teléfono de Lucas Zárate. Solo tres segundos y se corta. Lucas llama a ese número dos veces tras eso, pero por la duración no se lo cogen.

—¿Una llamada a las cuatro de la madrugada? —pregunta Crespo con extrañeza.

—Llamada de amenaza… Si es un teléfono de los que tenía Miren Górriz, posiblemente es para hacerle ver que lo han localizado —argumento—. Como cuando le llamaban en Bilbao y no le decían nada. Mismo patrón.

—Eso me cuadra… —cabecea Paones pensativo.

—Mándanos toda esa información, Esteban. Y buen trabajo —le felicito.

—Os lo envío ahora mismo.

Esteban cuelga y durante unos segundos nos quedamos en silencio.

—Identidades de muertos y llamadas de madrugada —dice Crespo—. Esto ya lo hemos visto unas cuantas veces.

—Sí, eso es —secunda Paones.

—Mientras esperamos lo que nos manda Esteban, vamos a ver si se nos ocurre cómo localizar al tal *Pacorro*. Su teléfono está inoperativo y la última dirección es de un piso de alquiler en el que ya no está.

—Solo se me ocurre buscar en Luarca. Enseñar la fotografía a nuestros compañeros de allí y que nos digan quién es. Si es que vive allí, claro —señala Crespo.

—No tenemos otra cosa, así que, ponte con ello, Maite —le digo con cierta esperanza de poder identificarlo.

Maite hace la llamada a nuestros compañeros del cuartel de Luarca, que se muestran bastante receptivos. Su jefe de puesto es un sargento primero joven y, al menos por lo que escucho de la conversación con Crespo, bastante más colaborador que el brigada de Tapia de Casariego. También hablo con nuestro comandante y le pongo al día de todo lo que estamos haciendo. Se muestra algo preocupado al no haber avanzado apenas en las líneas de investigación, a pesar del progreso en lo referente a la gasolinera. De todas formas, queda con nosotros en ver si nos puede ayudar a agilizar el tema con la juez Vega.

Cuando cuelgo, me levanto y ordeno el croquis que tenemos en la pizarra. Coloco las novedades y me quedo pensando en todo ello. Paones se me acerca y Crespo, a los pocos minutos.

—Por algún lado tiene que salir algo que nos valga… —digo casi más para mí que para ellos.

—Seguramente. Esto es cuestión de pico y pala, Lola —me secunda Paones.

En ese momento, se abre la puerta y entra el brigada Sánchez. Por su expresión, sé que no trae buenas noticias.

—Maldonado acaba de llamar. No han encontrado a Yoel en su domicilio. Debe llevar días fuera.

Siento cómo se me cae el estómago y me aguanto las ganas de pegarle un puñetazo al brigada. Es posible que aunque hubiese sido más diligente tampoco hubiéramos llegado a atraparlo, pero habiéndonos retrasado, ha tenido tiempo de largarse.

—Han preguntado a los vecinos, ¿no? —le infiero sin desviar mi mirada de la pizarra.

—Sí, claro —me contesta sin mirarme tampoco—. El hecho es que no está en su casa. La puerta estaba cerrada, las ventanas con las persianas bajadas… Con uno de los vecinos con los que han

hablado, dice que no lo ven desde hace días. Han preguntado por el barrio, pero nadie sabe dónde está.

—Joder —murmura Paones.

Me reprimo, nuevamente, una sensación de cabreo monumental. Ni el *Bicho* ni Yoel. Y el cubano era la pieza clave.

—¿Han comprobado si se ha llevado algo? —vuelvo a preguntar al brigada—. Coche, maletas, mochilas…

—Los vecinos no lo saben. Maldonado y Morata están haciendo más preguntas, pero de momento nada.

—Lo más normal es que se quiera quitar de en medio —dice Crespo con un ligero resoplido.

Sánchez, con su pachorra, se encoge de hombros tras escuchar aquello y empieza a salir de la sala.

—Mi brigada —le detengo con mi voz—, Maldonado y Morata tienen que traernos algo. Lo que sea. Que busquen y no dejen de preguntar. Algo sacarán…

Sánchez se cruza de brazos.

—Su señoría puede emitir una busca.

Paones niega con la cabeza.

—No tenemos motivos suficientes. Solo sabemos que hacía porno con la muerta y que no está en su domicilio. Para la juez Vega eso no estará motivado.

—Haremos lo que podamos. Pero Morata y Maldonado tienen servicios… —nos dice con esa seguridad, quizá malsana, de quien le importa poco lo que suceda a su alrededor.

Miro al brigada, que me aguanta sin hacer el más mínimo gesto. Con lentitud, y sin despedirse de un superior como yo, se da la vuelta. Pero de pronto me sube el genio.

—Brigada —lo fulmino con la mirada—, ya sé que no le va a afectar lo que le digo —Paones me mira con un gesto de ligera sorpresa por mi tono—, pero hablaré con el capitán Míguez.

Ni siquiera me contesta y sale de la sala.

—Por el momento, seguimos con *Pacorro* —digo tras unos segundos de silencio en donde se palpa la tensión que ya es evidente entre el brigada y yo—. Y voy a insistirle al capitán Míguez para que nos asigne a Morata y Maldonado. Si no… —dejo la frase

en el aire, recibiendo la comprensión de Paones y de Crespo, a los que tampoco parece gustarles mucho Sánchez, pero por grado, no pueden ni deben enfrentarse a él.

Menos de un minuto después, veo el nombre del capitán Míguez en la pantalla de mi móvil.

—Buenos días, mi capitán —rezo para que sea de ayuda.

—Teniente, ¿qué tal? Escucha, tengo varias cosas que creo que pueden venirte bien para vuestro caso.

Mi cara se ilumina. ¡*Vamos, Mariloli!*

—Soy toda oídos.

—Nos vemos en Oviedo. Primero os acercáis a la comandancia y os enseñamos posicionamientos de teléfonos que os interesan. Luego, os invito a comer y os cuento más cosas sobre vuestra antigua *ertzaintza* y *El Nano*. El tema promete, pero no os adelanto nada. Hay bastante miga.

—A la orden, mi capitán. Allí estaremos —le contesto mientras apunto el nombre del restaurante.

—Maite, aprovechando que nos vamos a comer a Oviedo, ¿nos podría recibir Mercedes Inclán y así aprovechamos el viaje?

—Ahora mismo la localizo y llamo.

31
Los tornillos de un submarino

Oviedo. Asturias
Oficina de Acogida e Integración Social
24 de noviembre. 12:45 horas

El edificio de la Oficina de Acogida e Integración Social es completamente institucional. Aparcamos en la calle lateral, bajo unos árboles que ya han perdido casi todas sus hojas. El cielo sigue encapotado, grisáceo. Paones apaga el motor y se queda un momento con las manos en el volante, mirando hacia el edificio.

—¿Qué esperamos encontrar aquí? —me pregunta con una ligera duda, girándose hacia mí.

—Es un tiro al aire, Juan. Pero si podemos tener algo que nos indique dónde puede estar Yoel, perfecto —contesto, pasándome la mano por el pelo.

—Puede que esta mujer sepa más de lo que aparenta —comenta Crespo desde el asiento trasero, ajustando su parka azul marino—. Los registros del hotel son muy claros. No es casualidad que se vieran tantas veces.

—A eso voy —secundo a la cabo.

Paones asiente y abre la puerta del coche.

—O simplemente… se lo pasaban bien. Si lo hacía con otros hombres de raza negra… —deja colgada esa frase con intención—. Pero bueno, ya he aprendido que tus intuiciones suelen funcionar. Vamos a ver qué nos cuenta la señora Incián.

Tras identificarnos y pasar el control de la puerta, subimos hasta la tercera planta en un ascensor que huele a ambientador industrial. Una placa dorada indica: *Oficina de Asilo y Refugio*. La secretaria, una mujer de unos cincuenta años con gafas colgadas de una cadena, tras identificarnos, nos recibe con cortesía profesional.

—Mercedes Inclán los está esperando.

Llamo con los nudillos. Dos golpes secos.

—Adelante.

La voz suena segura, casi desafiante. Mercedes Inclán está sentada en su silla giratoria, mirando a la calle por la ventana y termina de hablar por teléfono con alguna amiga, por la conversación insustancial que nos llega. Tras vernos, se despide, cuelga y se gira despacio, estudiándonos con una mirada que pretende ser evaluadora. Tiene unos cuarenta años, pero se esfuerza por aparentar diez menos. El pelo rizado, teñido de un castaño rojizo poco natural, le cae hasta los hombros en una media melena trabajada con productos que brillan demasiado bajo la luz artificial del despacho. Va maquillada con esmero. Un punto excesivo para mi gusto; sombra de ojos azulada, rímel abundante, labios con un *gloss* intenso. La ropa es ajustada, diría que desatinada para un despacho administrativo. Viste una blusa negra y una falda tubo gris que le marca —o más bien aprieta y contiene— cada curva. Unas botas negras con más de medio tacón, complementan un atuendo que está más cerca de una dominatrix de todo a cien que de una proba y gris funcionaria. Es de esas mujeres que luchan contra el paso del tiempo con desesperación visible, pero pierden la batalla cada día frente al espejo. *Más apretada que los tornillos de un submarino, Mariloli.*

—Buenos días —saludo, mostrando mi identificación—. Soy la teniente Barrena, de la Unidad Central Operativa de la Guardia Civil. El sargento primero Paones y la cabo Crespo.

Mercedes Inclán mira las placas con gesto aburrido, como si le interrumpiéramos una tarea importante.

—Siéntense —dice, señalando dos sillas frente a su escritorio y otra que está en la pared. Se retrepa en su sillón ejecutivo con movimientos estudiados, cruzando las piernas de manera que la falda sube unos centímetros—. La cabo Crespo me llamó esta mañana. Algo sobre un tal Yoel Herrera, ¿verdad? No he entendido las prisas y su necesidad, pero en fin, aquí estoy.

Le sonrío con expresión pánfila, como una colegiala a la que acaban de premiar con una galleta de chocolate.

—Y se lo agradecemos, Mercedes. Mucho. —De inmediato, inspiro y tomo fuerza para preguntar. Hemos decidido que vamos a ser incisivos, y yo la que más—. Yoel Herrera García. Ciudadano cubano que obtuvo el estatus de refugiado político hace tres años. Usted tramitó su expediente.

—Seguramente. Tramito muchos —responde con un encogimiento de hombros.

—Este seguro que lo recuerda —le puntualizo con una pizca de malicia, abriendo mi libreta—. Varón cubano, casi dos metros de altura, complexión atlética. Le concedieron no solo el estatus de refugiado, sino también ayudas sociales que suman cerca de mil doscientos euros mensuales. Un expediente bastante generoso, diría yo.

Mercedes Inclán mantiene la compostura, pero veo cómo comprime levemente la mandíbula.

—Como le he dicho, tramito muchos expedientes. Si Herrera cumplía los requisitos…

—¿Los cumplía? —la interrumpo con suavidad.

Hay un instante de silencio, denso e incómodo, pero ninguno de nosotros hace el menor gesto.

—Evidentemente —contesta finalmente con tono seco, tras un parpadeo que intenta ser de sorpresa—. No aprobaría un expediente que no cumpliera con la normativa. ¿Qué se cree?

Paones carraspea y se inclina ligeramente hacia adelante.

—Señora Inclán, estamos investigando un doble asesinato y Yoel Herrera es una persona de interés en este caso.

Ella se recuesta en su silla, adoptando una postura más relajada que no me termina de convencer.

—Pues no sé. Revisen su documentación, comprueben que cumplía los criterios. Yo ya lo hice. Si ven algo raro, hagan su trabajo. —Su respuesta ha sonado con tono chulesco, incluso despreciativo a nosotros. O a la Guardia Civil en general.

—¿Cuántas veces se entrevistó con él? —pregunta Crespo, con su tono metódico y preciso, obviando lo recientemente dicho por la funcionaria.

—Si han investigado, entiendo que lo sabrán. Yo no lo recuerdo exactamente. Dos o tres veces, supongo. Lo habitual.

—¿Y todas esas entrevistas fueron aquí, en su despacho? —insisto con lentitud estudiada, queriendo decir que sabemos que no ha sido así.

Por primera vez, veo un destello de incomodidad en sus ojos. Se recoloca un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Sí, claro. O seguramente sí, salvo en alguna ocasión que requiriera algo diferente… —Su encogimiento de hombros ha sido bastante rígido—. ¿Dónde si no? —añade con cierto grado de sorpresa, a todas luces fingida.

Dejo que el silencio se instale durante unos segundos. Observo cómo Mercedes Inclán cruza y descruza las piernas, cómo sus dedos tamborilean sobre el escritorio. Son gestos pequeños, casi imperceptibles, pero revelan nerviosismo.

—¿Conoce el hotel *La Marea*? —pregunto de repente, cambiando aparentemente de tercio.

Veo cómo se le tensa la espalda. Es un gesto involuntario, rápido, pero suficiente.

—Es un hotel de las afueras de Navia —responde con cautela—. Lo conozco como cualquier persona que viva aquí.

—¿Ha estado allí? —interviene el sargento primero, esta vez con ese tono amable y firme, que utiliza en los interrogatorios.

—Puede ser. No lo recuerdo. —Se encoge de hombros con afectación—. ¿A qué viene esto?

No contesto. En su lugar, miro a Crespo, que abre la carpeta que lleva bajo el brazo y extrae varios folios. Los coloca sobre el escritorio con cuidado, ordenados cronológicamente.

—Estos son registros del hotel *La Marea* —explica Crespo con voz serena y profesional.

Mercedes Inclán mira los papeles sin tocarlos, como si quemaran.

—No entiendo qué tiene que ver esto conmigo —dice, pero su voz ha perdido mucha de la firmeza y gallardía inicial.

—Se lo explico —digo con pausa venenosa—. Las reservas coinciden con días laborables —continúo, señalando las fechas

marcadas en los documentos—. Siempre a media tarde. Siempre la misma habitación. Y siempre, curiosamente, justo después de que Yoel Herrera tuviera cita con usted.

—Eso es… —empieza a decir, pero se detiene.

—¿Una casualidad? —termino por ella—. No lo creo.

Paones se inclina hacia adelante, apoyando los codos en los muslos y entrelazando las manos.

—Señora Inclán, le vamos a ser francos. No nos importa su vida personal. De verdad que no. Pero estamos investigando dos asesinatos y Yoel Herrera está en el centro de esta pesquisa. Si usted tiene información que nos pueda ayudar…

—No tengo nada que decir —corta ella, cruzándose de brazos—. Y no veo que tengan nada que ver esto que me enseñan con la muerte de alguien. Y tampoco veo ninguna orden judicial o que me hayan detenido, para hacerme este tipo de preguntas.

—Sí, es verdad. Tiene razón —admito con calma—. De momento —añado con la mirada quieta y sujeta a las pupilas de Mercedes Inclán—, porque siempre podemos conseguirla. Y una vez que la tengamos, esta conversación se llevará a cabo en dependencias judiciales o en el cuartel, con su declaración registrada oficialmente. Y todo lo que acabamos de comentar aquí, en privado, constará en un atestado que leerán muchas personas. Incluidos sus superiores. Además de pedir que nos permitan el registro e investigación de teléfonos, mensajes y mails.

Veo cómo palidece ligeramente bajo el maquillaje. Se remueve en su silla, incómoda.

—Hay más registros —añade Crespo, mostrando otro documento—, tenemos de otras fechas y otras habitaciones. No solo de Yoel Herrera. Hay al menos tres hombres más, todos con expedientes tramitados por usted.

El silencio que sigue es denso, tangible. Mercedes Inclán mira los documentos, luego a nosotros, y finalmente desvía la vista hacia la ventana.

—Esto es acoso —murmura, pero sin convicción.

—Esto es una investigación de asesinato —replico con voz firme —. Y usted está obstaculizando nuestro trabajo.

Dejo que el silencio se prolongue durante dos, tres segundos. Veo cómo traga saliva.

—¿Qué tipo de relación tenía con Yoel? —pregunto. Mi voz es seca, concisa, dura. Metálica.

Ella parpadea varias veces, como si las palabras la hubieran golpeado físicamente.

—¿A usted qué le importa? —contesta, pero su voz tiembla ligeramente.

Sin apartar la mirada de sus ojos, extiendo la mano hacia Crespo que me pasa otra serie de documentos. Los coloco frente a Mercedes Inclán, como cartas de póker sobre una mesa.

—Habitación doscientos tres. Usted hizo esta reserva. Habitación ciento ocho, también reserva a su nombre. Habitación cuatrocientos cinco… lo mismo —digo, señalando una a una las hojas, con lentitud estudiada—. En todos los casos nos han confirmado que también estuvo Yoel.

—Esto es inadmisible… —protesta.

—… Habitación ciento diez. Usted de nuevo, pero con Omar Bensalem, refugiado sudanés. Habitación doscientos tres otra vez. Usted con Amadou Diallo, refugiado somalí. Habitación trescientos quince. Usted y Kwame Mensah, refugiado de Guinea Bissau. ¿Cree que nos costará mucho que nos confirmen de forma oficial y procesal, todo esto?

Mi voz ha sonado contundente. Con una pregunta que la ha noqueado. Con cada nombre, con cada documento, veo cómo se le van abriendo los ojos. Primero sorpresa, luego incredulidad, finalmente algo parecido al pánico contenido.

—Esto… esto no… —balbucea.

—Todos sus expedientes han sido tramitados por usted —continúo, implacable—. Todos con una rapidez inusual. Y todos… en ese hotel. A media tarde…

—No tienen derecho… —susurra.

—Tenemos todo el derecho del mundo —le corto con tono grave y duro—. Esto es una investigación de asesinato, señora Inclán. Y según estos registros, usted mantenía una relación que va mucho

más allá de lo profesional con uno de nuestros principales sospechosos.

Mercedes Inclán mira de nuevo los documentos como si fueran serpientes venenosas. Su mano tiembla ligeramente cuando intenta apartar uno de los papeles.

—No tengo nada más que decir —murmura finalmente.

—¿Está segura? —insisto, volviendo a clavar mis ojos en los suyos—. Porque si no nos dice nada sobre Yoel Herrera ahora mismo, se verá implicada formalmente en una investigación sobre un doble asesinato. ¿Entiende lo que eso significa?

Veo cómo la realidad de la situación va calando en ella. Los hombros se le hunden ligeramente. La postura desafiante se desmorona como un castillo de naipes.

—Yo… yo no sé nada de ningún asesinato —dice con voz temblorosa.

—Entonces ayúdenos —le pide con suavidad Paones, bajando un poco el tono—. Díganos lo que sabe sobre Yoel. Dónde está. Con quién se relaciona. Cualquier cosa.

Ella cierra los ojos durante un momento. Cuando los abre, hay lágrimas contenidas en ellos.

—No sé dónde puede estar Yoel… Ni idea, de verdad. Sé que vivía en un apartamento… El que dio como domicilio habitual, pero también que se movía y pasaba días fuera —titubea y se muestra incómoda al hablar—. Hay veces que se iba a Gijón, al puerto…

—¿Al puerto? —pregunto extrañada.

—Sí. No sé la razón, pero hay veces que se acercaba por allí.

—¿Nunca le preguntó? —insisto.

—No… no era de mi incumbencia. —Traga saliva y desvía la mirada—. O sea, que no… me metía yo en esas cosas.

—¿Y cómo lo sabe? —vuelvo a preguntar.

—Me comentó alguna vez que tenía… no sé, negocios o que ayudaba a alguien en el puerto. Un restaurante, creo recordar.

—¿Cree recordar? ¿Qué nombre?

—Teniente, de verdad que no sé más. Solo eso. Que solía estar en su casa y que en ocasiones pasaba días fuera. Y el puerto de Gijón era uno de esos sitios adonde iba.

—¿No nos puede decir nada más?

—Es que no sé nada más —me dice recuperando un poco la compostura—. Y si quieren que declare, pues lo hablaré con mi abogado —dice finalmente, con un hilo de voz—. No diré nada más sin él.

Y ahí se acaba. Veo en su mirada que no vamos a sacar nada más. Al menos no hoy. Al menos no aquí. Me incorporo despacio, recojo los documentos de su escritorio y los devuelvo a Crespo. Paones se levanta también, alisándose los pantalones.

—Muy bien —digo con un tono glacial—. Hable con su abogado. Veinticuatro horas o comenzaremos la investigación oficial. Volveremos. Y la próxima vez, será con una orden judicial y con la investigación oficial abierta también sobre usted.

Ella no responde. Se limita a mirar hacia la ventana, con los brazos cruzados sobre el pecho, ya sin aquella postura de superioridad y desprecio que mostraba al principio. Ahora solo parece una mujer asustada que acaba de darse cuenta de que el suelo bajo sus pies es mucho menos sólido de lo que creía.

Salimos del despacho en silencio. Crespo cierra la puerta con suavidad tras nosotros. No es hasta que estamos en el ascensor cuando Paones habla.

—Mi teniente, no me gustaría ser tu enemigo —me dice Paones con una sonrisa—. No creo que se haya quedado muy tranquila…

—De vez en cuando hay que sacar a pasear la mala leche —le contesto abriendo los brazos—. Veremos el abogado. Lo mismo nos encontramos con uno de esos que se aferra a que hasta que la mierda no le llegue al cuello, no debe confesar nada.

—Yo creo que la mierda ya le ha llegado a la barbilla. Ha cantado sin cantar —añade el sargento primero, apretando el botón de la planta baja.

—Sí —asiento—. Su reacción lo dice todo. Y tiene miedo.

—¿Piensas que sabe dónde está? —pregunta Crespo.

—No lo creo —contesto—. Pero cualquier cosa nos puede llevar a él. El tema de Gijón nos da para empezar a buscar. Habrá que decírselo a Míguez.

Las puertas del ascensor se abren y salimos al vestíbulo. Afuera sigue lloviendo, una lluvia fina y persistente que empapa sin hacer ruido.

—¿Y ahora qué? —pregunta Paones mientras caminamos hacia el coche.

—Vamos a ver a Míguez, luego, a comer. Tengo hambre, además —contesto, subiendo el cuello de mi parka—. A ver qué tiene para nosotros sobre los móviles.

—Me da que hoy vas a tener que olvidarde tus comidas frugales, mi teniente —me sonríe Paones.

La comandancia de Oviedo es un edificio sobrio, de ladrillo visto y ventanas pequeñas, de aspecto funcionarial. Aparcamos en la zona reservada y nos identificamos en la entrada. El guardia de servicio nos indica dónde está el despacho del capitán Míguez. Andamos por un pasillo, subimos a la primera planta y nos adentramos en las tripas de la comandancia. Cuando llegamos, Míguez está junto a un sargento veterano viendo unas imágenes en un ordenador de mesa. Nos recibe con un apretón de manos firme. De inmediato se mira el reloj.

—Siempre puntuales los de la UCO —saluda con su tono habitual, entre jocoso y profesional—. Pasad a mi madriguera. Esta tarde seguimos, Álvarez —le dice al sargento que vuelve a teclear y a repasar unos documentos.

Su despacho es funcional: mesa como la de un oficinista, archivadores, dos carpetas, un portátil, y varios mapas de Asturias clavados en la pared. Sobre la mesa hay varios documentos extendidos.

—Sentaos, por favor —nos invita, señalando las dos sillas frente a su escritorio—. ¿Te importa acercar una de la mesa, mi sargento primero? —le dice a Paones que la coge de las que rodean una pequeña mesa de reuniones y la acerca—. Os he preparado los posicionamientos de los móviles.

—Deseando verlo, mi capitán —le digo tomando asiento.

Míguez teclea en el portátil y enchufa un pequeño proyector que apunta a una pizarra blanca y magnética, de la que se ven varios imanes sobre tarjetas y papeles. De inmediato, tras el haz de

luz, aparece un mapa digital de Asturias con varios puntos marcados en distintos colores.

—Bien, vamos al grano —empieza, señalando el mapa con un puntero láser—. Aquí tenemos los dos móviles que os interesan: el de Yoel Herrera y el de *El Nano*. Permiso para rastrear sus posicionamientos durante los últimos tres meses. Obra y gracias de nuestro querido juez de Luarca.

—¿Qué tenemos? —pregunta Paones.

—Todo un completo catálogo de excursiones de estos dos —responde Míguez con una media sonrisa.

El mapa se llena de líneas que conectan puntos. Rojas para Yoel, azules para *El Nano*. Y en muchos lugares, las líneas se superponen.

—Oviedo, Gijón, Avilés, Ribadeo, Luarca… —enumera Míguez, señalando cada localización—. Coinciden en los mismos sitios, a las mismas horas, durante días enteros. No hay duda de que trabajaban juntos.

—¿Y la noche del crimen? —pregunto animada por aquello—. ¿Estaban en Tapia de Casariego?

Míguez niega con la cabeza.

—Negativo. Los móviles dejaron de emitir esa tarde.

—O sea que los apagaron —reflexiona Crespo en voz alta—. O no los llevaban.

—O les quitaron la batería… Es la mejor forma para que no emitan nada de nada —añado.

—Exacto —confirma Míguez.

—¿Y de los posicionamientos anteriores, hay algo que nos pueda servir? —pregunta Paones.

—No sé. Lo que sí vemos aquí es por dónde se movían.

—Entiendo que ahora mismo siguen sin dar señales, ¿no? —pregunto con cierto desencanto.

—Ninguna. Y llevan así unos días.

—¿El tal *Pacorro*? —pregunta Crespo.

—De Francisco Cruz no tenemos permisos para escuchas, ni posicionamientos, pero… —coloca una medio sonrisa el capitán—, lo

tenemos localizado. Para lo nuestro no sabemos si es importante o no, pero visto lo que me contasteis, no es cuestión de dejarlo suelto.

—¿Dónde está ahora? —inquiero pensando a toda velocidad al saber que ni *El Nano* ni Yoel están localizados.

—En la zona de Luarca. Después de que nos dijisteis que estaba metido en lo vuestro, le hemos puesto rabo[14].

Me quedo mirando el mapa. Las líneas y puntos que reflejan los momentos en que han coincidido, junto con los lugares que están señalados.

—Entiendo que todos esos lugares se han vigilado, ¿no?

—Claro, teniente. Ya sabes que aunque somos guardias de pueblo, hacemos nuestro trabajo.

El Viernes Santo de pueblo, Mariloli…

—Sé que no os estoy dando la situación de ninguno de ellos, pero si os fijáis, es posible que alguna conclusión se pueda sacar… —nos reta con una media sonrisa.

—¿Algún punto en donde se encuentren en varias ocasiones? —pregunto.

—Eso es, teniente.

—Hay tres ubicaciones en las que ambos coinciden más de tres veces. Un indicio de que ese lugar es importante para ellos —nos explica—. Y son: esta casa de las afueras de Luarca, un almacén en Avilés y el puerto de Gijón. —Cuando dice esto, Paones, Crespo y yo nos miramos—. Las dos primeras las tenemos controladas, porque pensamos que son destinos en donde dejan parte de la droga que meten. La del puerto, también. Es un tinglado y unas oficinas. Pero hay algo… —le da al ordenador y una nueva imagen se proyecta en la pared—. Hace tres días, la cosa cambia… —señala con el láser un punto en donde solo está el posicionamiento de Yoel, sin el de *El Nano*—. Es un restaurante o un bar, más bien, que da menús para pescadores, estibadores y trabajadores del puerto. El dueño es un tipo con pasado, pero no nos consta que haya traspasado la ley últimamente. Aunque ya lo tenemos en el radar, claro.

La dominatrix no nos ha mentido, Mariloli…

—¿A qué hora fue eso?

Crespo nos mira a Paones y a mí. Creo entender lo que dice.

—A las cuatro de la mañana —nos comenta Míguez tras colocarse las gafas de cerca y mirar sus informes.

—¿Es posible que se haya ido en barco? —pregunto.

—A esa hora suelen zarpar para faenar los arrastreros, ¿no? Antes del amanecer —puntualiza Crespo.

—Pudiera ser… —se queda pensando el capitán.

—Mi capitán —digo despacio, sin apartar la vista del mapa—. ¿Me puedes dar el listado de barcos que salieron del puerto de Gijón esa noche?

Míguez me mira durante un segundo, sorprendido por la pregunta. Después sonríe y eleva las cejas.

—Solo porque me has llamado de tú, dalo por hecho.

Todos nos quedamos mirando al mapa. Creo que Yoel se ha largado dejando a *El Nano* y a todos sus problemas atrás. Incluyendo a Malena, Lucas o la funcionaria Incián.

—Os lo daremos. Ahora —dice levantándose y mirándose el reloj—, vamos a comer. Tenemos más cosas para vosotros.

32
Verdinas con almejas y *pixin*

Oviedo. Asturias.
Alrededores de la Comandancia de la Guardia Civil
24 de noviembre. 14:45 horas

Llegamos a un restaurante que tiene la pinta de ser uno de esos sitios donde la gente viene a comer en serio, no a hacerse fotos. Las paredes están forradas de madera oscura y hay manteles blancos de verdad, de los que se planchan y se almidonan. Huele a guiso, a sidra y a pan recién hecho.

Seguimos al coche del capitán, con el nuestro. Paones conduce mientras Crespo ha estado tecleando en su móvil. *No pienses en ello, Mariloli*. En el trayecto, Paones me ha estado contando cosas sencillas de su familia. Su hija, sus dos hijos, su mujer. Conversaciones sin ninguna trascendencia pero que humanizan y agradan. Dejamos el coche en un sitio que por suerte queda justo enfrente del restaurante y caminamos hasta la entrada.

Míguez ha aparcado también cerca y entra casi a la vez que nosotros, junto a un tipo más joven al que no conozco y que se ha unido a él al terminar nuestra pequeña reunión de los posicionamientos.

—Hoy estamos en mi zona, así que, os dejáis aconsejar por nosotros —nos dice indicándonos la mesa que un camarero, que sin duda lo conoce, le ha señalado.

—Sin problema, mi capitán —respondo.

—La teniente tendrá que no seguir las reglas de la talla treinta y seis, pero se las arreglará —suelta Paones, con una confianza que me agrada y sorprende.

—Me hago a todo, mi sargento primero —le respondo dejando mi parka en el respaldo de la silla.

—Este es José Miguel Sevilla, cabo primero de la Policía Judicial. Trabaja conmigo y se metió a fondo en el caso de Luarca.

Sevilla se presenta y nos da la mano, de forma bastante reglamentaria. Es más joven que nosotros, treinta, como mucho. Moreno, más bien alto, de ojos marrones y profundos, barba de un par de días, complexión atlética y gesto serio. Tiene pinta de ser de los que no hablan mucho pero cuando lo hacen, merece la pena escuchar.

—Ahora os cuenta, que es el que mejor conoce al *Nano*.

—Ojalá nos puedas servir de ayuda —le digo con una sonrisa.

—Eso espero, mi teniente —me dice.

—Una *sidrina* antes, ¿no? —nos pregunta de forma protocolaria Míguez que, no ha terminado la frase, y ya está haciendo señas a la camarera para que la traiga.

Nos sentamos. La camarera se acerca con la carta pero Míguez la detiene con un gesto.

—Como os he dicho, aquí estáis en nuestra zona. Verdinas con *pixin* y almejas para todos. Y sidra. Como son de Madrid, con eso que ponéis para que cada uno se sirva.

—Perfecto —dice la camarera y desaparece hacia la cocina.

—No tendréis intolerancia a la buena comida, ¿no? ¿Qué es eso de la talla treinta y seis, mi teniente?

—Cosas del sargento primero.

—Se cuida mucho, mi capitán. Y la cabo también. El otro día fui el único que se pidió verdinas para comer…

—Eso es casi pecado en Asturias —me dice mirándome.

—Hoy no cometeré ese sacrilegio —le devuelvo la broma.

Míguez se reclina en su silla y nos mira con esa expresión que conozco bien. Es la de alguien que tiene información importante y está calibrando cómo soltarla.

—Bueno —dice al fin—. Supongo que queréis saber qué tenemos.

—Así es —le digo—. Hoy he intentado hablar con la juez Vega y no me lo ha cogido. Sin esas diligencias que nos permitan investigar, estamos un poco parados. Dando vueltas a cosas que no nos van a resolver el doble asesinato.

Míguez sonríe levemente y bebe un sorbo de agua.

—La nunca bien ponderada juez *Vaga*, digo Vega. En fin… no podéis decir que no os lo avisé. Os pongo en situación. El caso de Luarca es una investigación de narcotráfico que llevamos desde hace casi un año. Tráfico de cocaína desde el puerto, red de distribución por toda Asturias y parte de Galicia. Conseguimos permisos de escucha para varios teléfonos de los principales implicados. Entre ellos, *El Nano*, que es un distribuidor. No grande, no importante, pero que como es un poco bocazas, nos da juego y tiramos del hilo gracias a él.

Siento un brote interno de vivo interés. Me inclino ligeramente hacia adelante y cruzo los brazos concentrada. Paones y Crespo están como yo, expectantes.

—¿Cuánto hace que lo tenéis pinchado, mi capitán? —le pregunta Paones.

—Unos cuatro meses. Y es un tipo interesante, *El Nano*. Habla mucho por teléfono, y de vez en cuando, nos deja perlitas, pero generalmente lo hace con cuidado. Usa códigos, no muy complicados, pero eso hace que nunca diga nada directamente. Es un superviviente.

La camarera vuelve con las botellas de sidra y los vasos. Míguez sirve a todos como se dice por ahí, un culín. El líquido espumea y desprende ese olor ácido y frutal.

—Salud —dice, y bebemos todos.

La sidra está fría y seca, con ese punto amargo que limpia la boca. Dejo el vaso en la mesa y espero a que Míguez continúe.

—Sevilla conoce muy bien a estos tipos. El mejor de todos nosotros —continúa Míguez, pasándole el turno al cabo primero—. Lleva años siguiéndolos. Explícaselo.

Sevilla asiente y se aclara la garganta.

—El *Nano*, Lucio Fernández, es un narco local. Pequeña escala, sin mucha actividad fuera de su zona, pero conocido en la Comandancia. Lleva en esto desde que era un chaval. Empezó con hachís, luego pasó a la cocaína. No es muy importante, como dice el capitán, pero sí interesante. Sobre todo, porque aunque su volumen de distribución no es extenso, tiene contactos. En lo que se refiere a

la cantidad que maneja, no es grande ni muy interesante. Pero conoce a todo el mundillo. Desde los más altos a los que solo trapichean. Es un tipo de la calle y solo sabe estar en ella.

—¿Y *El Bicho*? —pregunto.

Sevilla asiente.

—Su colega de toda la vida. En este caso, es más variada su actividad. Fue portero de discoteca, relaciones públicas… Pero en realidad, lo que hacía era conseguir tipos que le distribuían al *Nano*. Él no se mancha, o al menos, no lo hizo hasta ahora. La impresión que tenemos es que él no se metió en el negocio de la distribución, como sí lo está *Nano*. *El Bicho* es un tipo de gimnasio, esteroides, mucho bíceps y poco argumento. Y pensamos que no son socios, porque no tenemos información de que repartan beneficios ni nada por ese estilo, pero, en ocasiones, sí que cooperan y se ayudan. En lo de Luarca, que el hilo del que tiramos son unas palizas y un vuelco, en realidad se trata de la entrada de unos cuarenta kilos de cocaína por el puerto de Gijón. Ahí trabajaron juntos. Pero *El Bicho* un día se esfumó.

—Sí, sabemos que *El Bicho* desapareció y tiene una busca. Estafa y allanamiento. ¿Cuándo se largó? —pregunta Crespo.

Sevilla intercambia una mirada con Míguez.

—No lo tenemos muy claro, pero sí hay constancia de que ya no contesta a su móvil ni se le ve, desde hace un mes, más o menos —dice Míguez—. Pero pudiera ser algo más. Esta gente es bastante irregular en sus actuaciones. Se pueden tirar una semana sin aparecer, porque se fueron de farra unos días. No son muy profesionales y eso, sorprendentemente, nos hace más complicado seguirles la pista continuamente.

El restaurante sigue con su murmullo de conversaciones y cubiertos, pero en nuestra mesa se hace un silencio denso. Miro a Paones. Veo en sus ojos la misma excitación que yo, y que nos tenemos que aguantar, hasta que el capitán Míguez, que domina las situaciones con mucha labia, nos dé lo que nos interesa.

—En lo que os afecta, *El Bicho* desaparece hace un mes o así, antes de la muerte de Malena Morán y Lucas Zárate —dice Míguez.

La camarera llega con una fuente de barro en donde humean unas verdinas con *pixin* y almejas que huelen magníficamente. Míguez nos sirve ceremoniosamente, primero a mí, luego a Crespo y finalmente a ellos, dejándose él para el final. Durante casi un par de minutos, los cinco nos concentramos en hundir las cucharas en el guiso y apreciar su sabor. Las verdinas son pequeñas, mantecosas, y el pescado y las almejas las aderezan de forma espléndida.

—Entre las escuchas del caso de Luarca —dice tras apreciar satisfactoriamente una nueva cucharada de verdinas—, encontramos comunicaciones entre *El Nano* y Yoel. Sale el número de teléfono del cubano varias veces. Se desecharon, porque no trataban de nada de nuestro caso, pero las recuperamos para vosotros. Ojo, mi teniente coronel me dijo que no os las puedo dar, hasta que no tengáis una orden judicial. Si las utilizarais, nos podéis tirar todo esto. Pero como hay algunas conversaciones que os van a interesar, os las decimos. Luego, si queréis, vemos cómo podemos hacer que os den esas diligencias y vayáis a tiro hecho.

Yo asiento en silencio. No pensaba que nos iban a dar las grabaciones sin un consentimiento del juez, ni el de Luarca ni nuestra querida Vega. Así que, *por el momento, vamos bien, Mariloli*.

—¿Qué tal las verdinas? —pregunta Míguez sabiendo que las vamos a aprobar con nota alta.

— Soberbias. Hacía mucho tiempo que no las comía así de buenas. —Me adelanto a mis compañeros.

Y es cierto, las verdinas están muy sabrosas. Cremosas, con ese sabor intenso que solo se consigue con tiempo y buen producto. Pero aunque las noto y saboreo, siento que mi cabeza está en otra parte, conectando piezas.

Míguez le hace un gesto a Sevilla, que saca una carpeta de una mochila que tiene colgada de la silla. También abre la pantalla de una tableta que, igualmente, guardaba junto a esos papeles. De la carpeta saca un folio mecanografiado con tipografía de ordenador. Busca algo en él y finalmente nos mira.

—En una de las conversaciones —dice Sevilla—, *El Nano* le pregunta a Yoel si ha visto movimientos raros en la gasolinera, si alguien ha preguntado por ellos. Yoel le dice que no, que todo está

tranquilo. Pero *El Nano* no parece convencido. Le dice, y cito textualmente: «Esta cabrona nos la va a pagar.» Como no tenía interés en nuestro caso de Luarca, se archivó y no lo incluimos en nuestro informe al juez. Pero creo que es algo que se refiere a vuestro caso.

Dejo el tenedor sobre el plato. Paones hace lo mismo.

—Sí, lo es. Y es muy interesante, porque esto nos prueba que Yoel estaba al tanto de lo que se hacía en la gasolinera.

—¿Cabrona? —pregunta Crespo—. ¿Se refiere a Malena?

—Eso creemos —contesta Sevilla—. Al principio no teníamos ni idea, pero ahora sí pensamos que pudiera ser Malena. —Nos mira y cuando ve que entre cucharada y cucharada seguimos expectantes, continúa leyendo—. Yoel le pregunta de quién habla. Y *El Nano* responde: «De la gilipollas esa. *El Bicho* fue a verla y no sabemos nada de él.»

—Es Malena. —Paones me mira—. ¿El padre nos dijo que *El Bicho* habló con su hija y que este se puso muy intenso, no?

—Sí, eso es. Crespo debe tener el informe que hicimos.

—Sí, lo tengo en el portátil. Pero sí, confirmo que dijo que *El Bicho* amenazó e insultó a Malena. Luego —me señala ligeramente —, es cuando dijiste que el padre había hablado de él en pasado.

—¿Y después de esa conversación? —pregunta Paones—. ¿Qué más dice?

—No mucho más. Pero Yoel se pone nervioso —continúa Sevilla —. Le dice a *El Nano* que *El Bicho* estará de putas o se habrá ido con alguna por ahí. *El Nano* se queda intranquilo y le dice que no, porque se lo habría dicho. Yoel le dice que se va a enterar, que va a preguntar por ahí, a ver qué averigua. *El Nano* le dice que tenga cuidado, que no se exponga demasiado.

—¿Cuándo fue esa conversación? —pregunto.

Sevilla consulta su tableta.

—Hace dos semanas.

Termino el culín del vaso de sidra que me ha servido el capitán. Siento no poder disfrutar más de las verdinas, que están verdaderamente buenas, pero estoy concentrada en encajar la cronología y que no sea todo una casualidad. Mi cabeza bulle; *El*

Bicho va a ver a Malena y desaparece. *El Nano* está preocupado y enfadado. Yoel tiene que investigar. El padre habla de él en pasado… *Mariloli, es posible que El Bicho esté en el fondo del mar.*

—¿Es posible que *El Bicho* esté muerto? —les pregunto a Sevilla y Míguez que se miran y cabecean con gesto de duda.

—Pudiera ser —me contesta el capitán—. Pero no tenemos ni cuerpo, ni denuncia, ni pistas de que eso haya sucedido. Es raro que haga un mes desaparecido y que nadie, ni sus amigos, lo localicen. Eso es verdad, pero hay más —dice Míguez—. En otra escucha posterior, *El Nano* habla con alguien más. Y ahí es donde aparece *Pacorro*.

—¿Qué dice? —interviene Paones.

—Esto ha sido hace diez días. *El Nano* le dice a *Pacorro*: «Yoel tiene que irse, a este cabrón lo van a pillar.» *Pacorro* le pregunta si está seguro. *El Nano* dice que sí, que es lo mejor para todos. Y entonces *Pacorro* dice, y esto también es textual: «Yo me encargo. Nunca debimos fiarnos de ese puto negro.»

—*Pacorro*, de actor porno de segunda a matón de cuarta… —murmura Crespo con sorna.

—Sí —dice Míguez con gesto serio—. Nos ha aparecido en ese momento. Hasta esa llamada, no tenía el más mínimo interés. No sale en ninguna conversación, ni nada. Pero ahora sí, claro.

—Hay algo interesante —digo más bien reflexionando que argumentando—. *Pacorro* se ofrece para encargarse. Sea lo que sea eso, implica que tiene un rol activo en todo esto. ¿Podría ser él quien la mata?

Paones y Crespo se miran. Míguez se encoge de hombros y Sevilla nos observa a los tres de la UCO.

—Es un candidato, sin duda —determina Paones con el asentimiento de Crespo.

—¿Podéis pedir permiso de escuchas y seguimientos para *Pacorro*? —pregunto.

Míguez niega con la cabeza.

—No creo, porque no tenemos nada concreto contra él. Solamente podemos escuchar si le llama *El Nano*. Y no sé si mi señoría me daría esa diligencia. *Pacorro* no sale en nada que tenga

referencia a la droga del puerto de Gijón, ni las palizas, ni el vuelco. Pero, de alguna forma, lo controlamos, porque sí que ha llamado a *El Nano* en un par de ocasiones más. Nada importante, ni para vosotros, ni para nosotros.

Como en silencio durante unos minutos, masticando tanto las verdinas como la información. Es frustrante que nuestra juez no nos conceda esas diligencias que a Míguez sí se las ha concedido su juez de Luarca. Entiendo que un juez de instrucción no pueda permitir escuchas a diestro y siniestro, pero cuando los indicios son medianamente claros, debería habérnoslas concedido. Y estaríamos mucho más avanzados en el caso, sin duda. Me quedo pensativa. ¿De qué se encarga *Pacorro*? ¿Qué le pasó a *El Bicho*? ¿Dónde está Yoel ahora? *Haz lo que sea para que la cabrona de la Vaga te dé esos permisos, Mariloli.*

—Los números de teléfono que nos diste —me dice Míguez mirándome como si yo hubiera sido quien los consiguió—, abrieron muchas líneas de investigación.

Salgo de mis pensamientos y dirijo la vista hacia él. Son los tres números que le pasé hace unos días. Los que conseguimos de la investigación sobre Miren Górriz.

—¿Habéis podido identificarlos?

—Sí —dice Míguez con una sonrisa satisfecha—. Y aquí es donde la cosa se pone todavía más interesante. Uno de esos teléfonos es el de *Pacorro*. Lo hemos confirmado. El segundo es de un tipo que no conocemos. Apenas ha tenido comunicaciones y las pocas que hay son muy cortas. Estamos trabajando en identificarlo. Y el tercero es de *El Nano*. Un móvil de seguridad que no teníamos localizado. Así que, nos vino niquelado. Obviamente, se pidió a nuestro juez y señor, que nos concediera las escuchas. Ya lo tenemos firmado —concluye con una amplísima sonrisa.

—¿De *El Nano*? —repite Paones—. ¿Un número que no teníais identificado?

—Exacto. Tiene varios móviles, como es habitual en este tipo de actividad. Este era uno que no teníamos en nuestro radar. Pero gracias a vosotros, ahora sí.

—¿Y qué hay de Miren Górriz? —pregunto—. ¿Aparece en las escuchas?

Míguez asiente y le hace un gesto a Sevilla, que vuelve a consultar su tableta y la carpeta. Me doy cuenta de que sus verdinas están a la mitad y que ha detenido su ingesta.

—Sevilla, come, que están buenísimas y los de la UCO somos insaciables —le digo sonriéndole, y él llevándose una cucharada a la boca.

—Sí, ya lo veo —dice Sevilla sonriendo, tras tragar—. Con uno de esos teléfonos, el de *Pacorro*, Miren se comunica varias veces. Tres en concreto. Y también dos con *El Nano*. En una de esas conversaciones, ella pregunta por los detalles del trabajito. Lo llama, así, literal: «trabajito». *El Nano* le dice que hable con *Pacorro*, que él se encarga de esa parte operativa.

—¿Qué tipo de trabajo? —pregunta Crespo.

—No lo especifica —responde Sevilla—. Pero por el contexto, parece que Miren está colaborando con ellos en algo relacionado con la ampliación de su zona de influencia al País Vasco. Y eso, para nosotros, es muy importante, porque estamos convencidos de que están esperando otro alijo.

—¿Al País Vasco? —pregunto.

El cabo primero asiente y continúa hablando, esta vez volviendo a intercalar una cucharada de verdinas. Yo, empiezo a estar llena, pero veo que no me queda mucho. Míguez se está sirviendo, junto con Paones, un segundo plato. Yo, con un signo de mi mano y una negación de mi cabeza, me aparto de esa posibilidad. *La treinta y seis, Mariloli…*

—Exacto. Esa es nuestra teoría. —Sevilla, consulta un papel y mueve el dedo índice en la tableta—. Miren, como antigua *ertzaina*, conoce gente allí. Los circuitos, los contactos, las maneras de moverse. Puede ser muy valiosa para alguien como *El Nano* si quiere expandirse fuera de Asturias.

—Entonces, ¿la implicación de Miren es como facilitadora? —pregunto—. ¿Les abre puertas en el País Vasco? No participa, pero les abre contactos.

—Eso creemos —dice ahora Míguez, dando tiempo a que Sevilla ajuste su plato con los de nosotras que casi hemos terminado—. Ella tiene los contactos. Ellos tienen el producto. Es una simbiosis.

Bebo otro pequeño culín de sidra que me he servido y dejo el vaso sobre la mesa. Las piezas empiezan a encajar pero todavía hay zonas oscuras.

—¿Y qué más dice Miren en esas conversaciones?

Sevilla vuelve a consultar la tableta buscando algo en concreto.

—Esto es importante para vosotros. En una de ellas, pregunta por un tal Lucas. Le dice a *El Nano*: «¿Y qué hay de Lucas? ¿Está controlado?» *El Nano* le responde que sí, «…tal y como quedaron». Y dejan el tema. No lo vuelven a tocar.

—Esto es oro puro… —comenta Crespo con los ojos muy abiertos.

—Sí. Lo es —asiento repetidas veces, concentrada y notando que mi cerebro está funcionando a toda velocidad.

La camarera retira los platos vacíos y nos ofrece postre. Míguez pide arroz con leche.

—Y es obligatorio probarlo —nos advierte sonriendo.

Cuando llega, lo pruebo mecánicamente. Está muy bueno, cremoso y dulce, pero, de nuevo, no lo disfruto como debería. Mi cabeza está demasiado ocupada procesando información.

—Resumiendo. En lo que se refiere a nuestro caso —digo a modo de colofón—, tenemos a *El Nano* conectado con el narcotráfico local. A Yoel trabajando con él, probablemente en lo de las llamadas de la gasolinera. Tenemos a *Pacorro*, que parece ser el músculo, el que se encarga del trabajito o de lo que sea. Tenemos a Miren Górriz, que está colaborando con ellos para expandirse al País Vasco. Una conversación de ella interesándose por Lucas, tal y como quedaron, según le contesta *El Nano*. Y tenemos a dos desaparecidos: *El Bicho*, que fue a ver a Malena y no volvió, y Yoel, que ha desaparecido por deseo de *El Nano*. Y tres teléfonos, uno de ellos sin identificar.

—Exacto —dice Míguez—. Esa es la foto que os podemos dar ahora mismo.

—Una foto, muy interesante, pero todavía incompleta —murmura Paones.

—Todas las fotos lo son hasta que encajan las piezas. Si sale algo más, os lo pasaremos, pero es importante que consigáis esas diligencias de la juez —dice Míguez mirándome.

—La cosa va encajando, pero aunque falte algo, como dice el sargento primero, concuerdo con la teniente.

Es curioso que Crespo me haya dado la razón y haya opinado como yo en varias ocasiones últimamente. No es que lo que yo haya dicho sean tonterías, pero me sorprende que lo haga en público de esta manera. *Te estás rayando, Mariloli.*

La conversación se detiene mientras la camarera retira los platos de postre y nos ofrece café. Todos aceptamos. El café llega en tazas pequeñas, fuerte y amargo.

—Hay algo que no entiendo bien —dice Crespo de repente—. Si *El Bicho* fue a ver a Malena y desapareció, ¿por qué iba a ir? ¿Un aviso? ¿Sobre qué? ¿Para pedir el dinero que le debía a Yoel? ¿O se lo daba ella a él?

—Es una buena pregunta, Maite —concede Paones—. Me inclino a pensar que es por el dinero.

—¿Y no le preguntan a Malena por *El Bicho*?

—Supongo que sí lo hacen. No por móvil, ni en una llamada. Los mensajes que tenemos de *whatsapp* son mucho menos interesantes que las llamadas. No tenemos casi nada ahí, aunque os los dejaremos ver también.

—¿Creéis que Malena lo mató? —pregunta Paones.

—¿Y si fue su padre? —digo yo ahora.

Míguez se encoge de hombros.

—Es una posibilidad. O Lucas… O nadie y se ha largado.

—*Pacorro* —digo—. *Pacorro* dijo que iba a averiguar la verdad. Y poco después, mueren Malena y Lucas. A lo mejor él sí sabe la verdad de lo que le pasó a *El Bicho*.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunta Paones.

Míguez sonríe. Es una sonrisa escueta pero significativa.

—Nosotros, detener a *El Nano*. —Pone unos ojillos traviesos—. Ya tenemos todo contra él. Y si queréis implicarlo en lo vuestro,

debéis atornillar la investigación. Necesitáis que la juez *Vaga*, digo Vega, os amplíe diligencias.

—Se lo tenemos que dar muy masticado. Se ha avanzado mucho, pero no sé si nos admitiría una diligencia de registro sin tener muy clara su implicación en el asesinato…

—Siempre os queda la idea de tu teniente —le dice al sargento primero—. Su idea es maquiavélica, pero excelente. Y ahí también os podemos ayudar. Si necesitáis de un redactor o una periodista con retranca y coraza para que no le asusten los jueces, y ganas de salir por la televisión de aquí, podemos tocar un par de puertas.

En ese momento suena el teléfono de Crespo, que lo atiende. Por su gesto concentrado es un tema serio y, al arrugársele las cejas y colocar un rictus preocupado, sé que lo que nos va a decir no es bueno.

—El vecino… —dice colgando y emitiendo un suspiro de fastidio —. Ha desaparecido. Se ha esfumado también…

33
La bella en Bolivia

Juzgado de Instrucción de Castropol. Asturias
24 de noviembre. 18:15 horas

La juez les ha recibido a esa hora, no porque tenga una devoción innata por un cumplimiento exagerado de sus funciones procesales y judiciales, sino porque a las siete de la tarde tiene un sarao político e ideológico, al que debe acudir. A pesar de ello se ha mostrado reticente a recibirlos, pero la insistencia de la teniente le ha hecho claudicar en ese sentido.

Paones está de pie junto a la puerta del despacho de la juez Vega y sabe que esto no va bien. Lleva diez minutos escuchando a la teniente Barrena exponer el caso con esa precisión suya, esa manera de enhebrar los hechos como si fueran cuentas de un collar, cada una en su sitio, cada una llevando a la siguiente de forma inevitable. Le ha escuchado explicar los pagos de la gasolinera y su significado, puesto en combinación con las denuncias sucedidas en esas fechas. Los ingresos de Malena Morán que superan con creces lo que una *influencer* de su nivel debería facturar. El dinero proveniente de una productora de contenido para adultos. Yoel, el actor porno que trabajaba con ella, desaparecido como si se lo hubiera tragado la tierra. *El Nano*, narco local y amigo de Yoel. Las grabaciones de otra investigación en el juzgado de Navia donde se escucha a *Pacorro* y *El Nano* hablar, supuestamente, de Malena. Pero si el sargento primero se atiene al semblante de la juez, es pesimista.

La teniente ha expuesto todo esto con calma, sin levantar la voz, pero con una contundencia que a Paones le ha recordado a esos abogados buenos que ha visto en los juicios. Los que no necesitan gritar porque los hechos hablan por ellos. Ha usado datos

concretos, fechas exactas, cantidades precisas. Ha citado artículos del Código Penal y jurisprudencia del Tribunal Supremo. Ha construido su argumentación como un albañil levanta una pared: ladrillo a ladrillo, argamasa entre medias, comprobando que cada pieza está en su sitio antes de colocar la siguiente.

Y sin embargo, la juez Vega permanece impasible tras su escritorio, con las diligencias que Barrena ha traído sin firmar frente a ella. No ha tomado notas. No ha hecho preguntas. Se ha limitado a escuchar con esa expresión pétrea que parece tallada en granito, moviendo ocasionalmente la cabeza en un gesto que podría significar asentimiento o simplemente fastidio.

El sargento primero observa a la magistrada mientras Barrena termina su exposición. Manuela Vega tiene unos cuarenta y cinco años, el pelo rizado y oscuro y una expresión en el rostro que parece diseñada para intimidar. No es fea, sino más bien poco atractiva, piensa Paones. Y tiene un gesto severo, como si hubiera decidido conscientemente eliminar cualquier rasgo de frivolidad o calidez de su apariencia. Viste un pantalón gris oscuro y un jersey negro, que le da un aire austero, casi conventual, y lleva unas gafas de montura gruesa y negra que le hacen los ojos más pequeños, más duros, de un marrón difuminado y sin brillo. Sobre su escritorio, además de las diligencias, hay un ordenador portátil cerrado, un código —no distingue si penal o civil— con decenas de señaladores de colores asomando entre las páginas.

Paones conoce el arquetipo. Ha visto muchos a lo largo de su carrera. Jueces garantistas hasta la médula, que ven en cada petición de escucha o seguimiento un atentado contra los derechos fundamentales. No es que estén equivocados en defender esas garantías, piensa el sargento primero. El problema surge cuando esa defensa se convierte en una barrera infranqueable, cuando el miedo a equivocarse paraliza la investigación. Cuando la ortodoxia jurídica se convierte en una excusa para no hacer nada. Y peor aún cuando hay intereses políticos de por medio.

Porque eso es lo que hay aquí, sospecha el sargento primero. Aspiraciones, cálculos y ambiciones que van más allá de la toga. Manuela Vega no es solo una juez. Es una mujer con planes, con un

futuro trazado fuera de los juzgados, en los despachos de un partido político de izquierda radical. Sobarriba se lo advirtió a Barrena y el capitán Míguez lo dejó clarísimo: la togada quiere ser alcaldesa, diputada, lo que sea que le permita salir de este juzgado en Asturias y pisar moquetas en un ayuntamiento, diputación o parlamento autonómico. Y eso, para una investigación como esta, puede ser letal. Porque cada decisión judicial se convierte también en una decisión política. Cada auto se mira no solo desde el prisma del derecho, sino desde el del cálculo electoral.

—Señoría —dice Barrena, y Paones nota un cambio sutil en su tono—, he expuesto los hechos de la forma más clara posible. Tenemos indicios suficientes para solicitar estas diligencias. Indicios sólidos.

La juez Vega suspira y se recuesta en su silla. Tiene ese gesto propio de quien está acostumbrada a ejercer autoridad y no está dispuesta a cederla fácilmente.

—Teniente Barrena —dice con un tono que suena condescendiente, como si estuviera hablando con una novata—, entiendo su exposición. Es completa y minuciosa, se lo concedo. Pero necesito tiempo para estudiar todo esto con calma. Los derechos fundamentales de los ciudadanos no son algo que se pueda tomar a la ligera. Cada diligencia que autorizo debe estar perfectamente justificada y ajustada a derecho.

—Con todo respeto, señoría —responde Barrena, y su voz baja un tono, se vuelve más dura—, puede hacerlo sin ningún miedo. Y, además, no hay tiempo.

—Siempre hay tiempo para hacer las cosas bien, teniente.

Paones ve cómo la teniente aprieta ligeramente la mandíbula. Es un gesto casi imperceptible, pero él lo conoce. La teniente Barrena está cabreada. Muy cabreada, pero lo disimula con ese estoicismo tan suyo, esa capacidad de mantener la compostura incluso cuando por dentro debe estar hirviendo.

—No, cuando el principal sospechoso ha huido y cada hora que pasa aumenta la probabilidad de que salga del país —dice la teniente, y ahora su voz suena completamente neutra, casi mecánica —. Yoel ha desaparecido. No está en su domicilio. No contesta al

teléfono. Sus vecinos dicen que no saben dónde está. Y tenemos dos muertos, señoría. Dos. Por eso, cada minuto que perdemos es tiempo que él puede usar para cruzar una frontera.

La juez Vega tuerce levemente los labios.

—¿Tienen alguna prueba de que haya salido del país? ¿Algún control fronterizo que lo haya detectado intentando salir? ¿Billetes de avión o tren?

—No, señoría. Pero…

—Entonces debo decirle que no hay urgencia real, teniente. Solo suposiciones. —La juez se inclina hacia adelante y coloca las manos sobre las diligencias sin firmar—. Mire, entiendo que quiera avanzar rápido en la investigación. Es natural. Pero yo no puedo autorizar medidas tan invasivas basándome en conjeturas.

Paones ve cómo Barrena cierra los ojos un segundo. Cuando los abre de nuevo, hay algo diferente en ellos. Algo frío y furioso. La mala leche le brilla en sus pupilas verdes.

—Señoría —dice la teniente, y su voz ahora suena completamente desprovista de emoción—, voy a ser muy clara. Los indicios que le he presentado no son conjeturas. Son hechos probados. Malena Morán cobraba dinero de una productora pornográfica. Eso es un hecho. Yoel trabajaba con ella en esas producciones. Eso es un hecho. *El Nano* es un delincuente conocido y amigo de Yoel. Eso es un hecho. Hay grabaciones donde se les menciona en relación con Malena. Eso es un hecho. Una gasolinera que sabemos que actuaba como intermediación en extorsiones. Eso es un hecho. Yoel ha desaparecido después de dos asesinatos. También es un hecho.

La juez Vega entrecierra los ojos.

—Teniente, le agradecería que no adopte ese tono conmigo. Soy perfectamente consciente de lo que me ha expuesto. Y como le he dicho, necesito tiempo para estudiarlo.

—¿Cuánto tiempo?

—El que sea necesario.

—¿Una semana? ¿Dos? ¿Un mes?

—El que considere oportuno.

Paones siente que la tensión en el despacho se puede cortar con un cuchillo. Barrena permanece inmóvil frente al escritorio de la juez, con la espalda recta y los brazos a los lados. Frente a ella, la juez Vega y su expresión pétrea. Dos mujeres. Dos concepciones del deber. Y ninguna dispuesta a ceder.

—Señoría —dice Barrena, y ahora su voz suena aún más fría, más cortante—, voy a decirle algo que quizá no le guste escuchar. Pero creo que es importante que lo sepa.

La juez arquea una ceja.

—Le escucho.

Paones ve cómo Barrena se toma su tiempo antes de hablar. Un segundo. Dos. Tres. Incluso cuatro. Como si estuviera calculando exactamente qué palabras usar, qué tono emplear, qué efecto quiere producir. Y cuando habla, lo hace con una frialdad que al sargento primero le pone la piel de gallina.

—Si no firma esas diligencias en este momento, cuando salga de aquí muy posiblemente sucederá una cosa que nadie desea: todos y cada uno de los medios de comunicación del Principado sabrán que una juez de instrucción…

—Jueza —le corta con soberbia la togada.

—… que una juez de instrucción —repite lentamente, terca y dura la teniente— se ha negado a investigar un caso de asesinato con claras connotaciones de violencia y abuso sexual. Que ha tenido todas las pruebas sobre la mesa y ha decidido no actuar. Que ha dejado escapar al principal sospechoso porque consideraba que los derechos fundamentales de un posible asesino eran más importantes que la justicia para dos víctimas muertas a tiros.

El sargento primero Paones siente que se le para el corazón. No puede creer lo que acaba de escuchar. Ha estado en situaciones tensas antes. Ha visto negociaciones duras. Ha presenciado enfrentamientos entre oficiales y jueces. Pero nunca, nunca, ha visto a nadie decirle algo así a una autoridad judicial. Y mucho menos con esa tranquilidad, con esa absoluta falta de emoción en la voz, como si estuviera comentando el resultado de un partido de fútbol.

Mira a Lola Barrena y lo que ve le deja sin palabras. La teniente no parece alterada. No hay rabia en su rostro. No hay tensión en su

postura. No hay emoción alguna. Solo una frialdad absoluta, una determinación que roza lo inhumano. Está de pie frente al escritorio de la juez con los brazos a los lados, la espalda recta, la cabeza ligeramente ladeada, mirando a Vega con una expresión completamente neutra. Podría estar hablando del tiempo. Podría estar pidiendo la hora. Podría estar preguntando cómo llegar a una dirección. La desconexión entre la gravedad de lo que está diciendo y la forma en que lo dice es absoluta.

Y eso, piensa Paones, es lo que hace que sea tan efectivo. Porque la juez Vega está viendo que Barrena no está amenazando. Está informando. No está negociando. Está presentando hechos. No está faroleando. Está diciendo exactamente lo que va a hacer si las cosas no salen como ella quiere.

La juez Vega se pone pálida. Luego enrojece. Es como ver un semáforo cambiando de color. Sus manos, que estaban sobre las diligencias, se cierran en puños. Los nudillos se le ponen blancos. Una vena se le marca en la sien. Respira hondo, como intentando controlarse, pero Paones puede ver que está al borde de perder los nervios.

—¿Me está amenazando, teniente? —pregunta, y su voz sale estrangulada, como si las palabras tuvieran que abrirse paso a través de un obstáculo físico.

—No, en absoluto, señoría. Dios me libre. —Sonríe ligeramente. De lado. Irónica. Glacial—. Le estoy informando de lo que puede suceder. —Barrena hace una pausa, brevísima, y luego añade—. Usted decide si no autoriza las diligencias. Y la prensa decide si expone el caso a sus lectores, oyentes y televidentes. La libertad de prensa. Si no recuerdo mal, ya que soy licenciada en Derecho, señoría, es el veinte de la Constitución Española.

—Teniente, esto es completamente inaceptable. Voy a…

—Y déjeme añadir algo más —continúa Barrena, como si la juez no hubiera hablado—. Y esto, tómelo como una simple sugerencia. O un consejo, aunque no soy quién para darlos. Una noticia así no le conviene a nadie que tenga aspiraciones políticas.

Paones ve cómo la juez Vega palidece aún más. La teniente ha tirado la bomba nuclear y ha dado en el blanco. El silencio que se

produce es ensordecedor. Paones contiene la respiración. No puede apartar los ojos de Barrena. La teniente permanece inmóvil, con esa frialdad suya, pero el sargento primero puede ver la intensidad en su mirada. Está jugándosela. Está jugándoselo todo. Y lo está haciendo con una sangre fría que a él le produce una mezcla de asombro y admiración.

Joder, piensa el sargento primero. La tía tiene dos cojones. Además de guapa, es una cabrona con todas las letras. Porque esto que está haciendo no es una negociación. Es, en efecto, una amenaza pura y dura. Disfrazada de información, envuelta en ese tono neutro y profesional, pero una amenaza al fin y al cabo. Y la juez Vega lo sabe perfectamente. La togada se pone de pie. Sus manos tiemblan ligeramente. Tiene el rostro congestionado y los ojos brillantes de rabia contenida.

—Teniente Barrena —dice, y su voz suena como un látigo—, voy a tomar medidas contra usted. Lo que acaba de decir es una coacción. Una amenaza directa a una autoridad judicial. Voy a informar de esto a su superior inmediato y voy a pedir que se le abra un expediente disciplinario. Puede estar segura de que esto no va a quedar así.

Paones espera que Barrena retroceda. Que se disculpe. Que intente suavizar las cosas. Pero la teniente no hace nada de eso. Permanece inmóvil, mirando fijamente a la juez. Y cuando habla, su voz sigue sonando completamente neutra.

—Señoría, antes de tomar ninguna medida contra mí, le recomendaría que hiciera una cosa.

—¿Qué cosa? —pregunta la juez, desafiante.

—Indague sobre mi segundo apellido.

—¿Su segundo apellido? ¿Qué tiene que ver eso con…?

—Indague sobre él, señoría —repite Barrena, con algo parecido al cansancio. O a la resignación—. Búsquelo o pregunte a sus compañeros de partido. Al menos sabrá con quién está tratando realmente.

La juez se queda mirándola en silencio. Paones puede ver cómo procesa las palabras de la teniente. Nunca se podía imaginar que la teniente utilizara aquello de esa forma. Porque él sabe que es

enemiga de aquello, que no quiere, por nada del mundo que se la vincule con su madre. Esa madre política, poderosa y que fue la fuente de problemas de la teniente cuando entró en la unidad. Usar su segundo apellido va en contra de lo que ella quiere ser. En contra de su voluntad de labrarse un camino por sí misma, sin ayudas ni padrinos.

Barrena da un paso atrás, como si quisiera poner distancia física entre ella y lo que acaba de decir. Paones la conoce lo suficiente como para darse cuenta de que ese último movimiento le ha costado. Se pasa una mano por el pelo, un gesto que Paones le ha visto hacer cuando está nerviosa o incómoda. Pero su voz, cuando vuelve a hablar, sigue siendo firme.

—Señoría, voy a ser completamente honesta con usted. No quiero usar mi apellido para nada. No quiero que nadie me haga favores por ser quien soy o de dónde vengo. Quiero resolver este caso porque soy una buena investigadora y porque esas dos personas muertas merecen justicia. Pero si usted me obliga a elegir entre mi orgullo personal y hacer mi trabajo, voy a elegir mi trabajo. Siempre.

El silencio se prolonga durante varios segundos que parecen horas. Las dos mujeres se miran fijamente. Paones puede sentir la tensión, la batalla de voluntades que se está librando en ese despacho. Y entonces, lentamente, algo cambia en el rostro de la juez Vega. La rabia da paso a otra cosa. Cautela, quizá. O cálculo.

—Teniente Barrena —dice finalmente, y su voz suena diferente. Más comedida—, voy a estudiar estas diligencias con detenimiento. Y le daré una respuesta… pronto.

—¿Cuándo, señoría?

—Mañana.

—Le ruego que sea hoy mismo —insiste Barrena, y Paones se da cuenta de que la teniente no va a ceder ni un milímetro—. No es capricho, es necesidad.

La juez aprieta los labios.

—Mañana a las diez de la mañana tendrá mi resolución.

La teniente reta a la juez. Esos dos ojos verdes, ligeramente rasgados no se apartan y taladran. Seguramente está sopesando si

puede permitir esa ligera tregua o victoria que le haga a la juez imaginar que no ha sido completamente derrotada por la teniente.

—Gracias, señoría. —Barrena hace una pequeña inclinación de cabeza—. Estaremos esperando su decisión.

Se da la vuelta y camina hacia la puerta. Paones la sigue, aún en estado de asombro por lo que acaba de presenciar. Cuando salen al pasillo y la puerta del despacho se cierra tras ellos, el sargento primero espera que Barrena diga algo. Que comente lo sucedido. Que explique qué ha sido todo eso. Pero la teniente permanece en silencio, caminando por el pasillo con pasos firmes hacia la salida del juzgado. Con una señal le indica que le dé las llaves, que conduce ella. Y no es hasta que están en el coche, con las puertas cerradas y el motor aún apagado, cuando Paones se atreve a hablar.

—Lola… —comienza, y no sabe muy bien cómo continuar—. Eso de ahí dentro…

—No quiero hablar de ello —dice ella, cortante con la mirada perdida en el frente, tensionada, y un brillo que denota que hay unas lágrimas pugnando por salir.

—Vale, pero…

—He dicho que no quiero hablar de ello, Juan.

El sargento primero se queda callado. Mira a la teniente. Tiene los nudillos blancos de lo fuerte que está apretando el volante, aunque el coche todavía no está en marcha. La mandíbula tensa, y su pecho sube y baja al ritmo de una respiración profunda y espaciosa. Al final, la teniente suelta un largo suspiro.

—Las va a firmar, eso es lo importante.

Paones asiente despacio. No insiste. Lleva suficientes años trabajando con gente como para saber cuándo hay que respetar los límites de alguien.

—Vale. No quieres hablar, pero deja que lo haga yo. Seré breve. —El sargento primero mira a la teniente que, por fin, gira su vista hacia él un único segundo. Sí, tiene los ojos con algo de agua—. Has estado impresionante ahí dentro —dice finalmente, despacio y convencido—. Con una mala leche que daba miedo. Y con agallas. Muchas agallas.

Barrena esboza una media sonrisa sin humor.

—No tenía otra opción, Juan. Esa mujer no iba a ceder por las buenas. Y no podíamos permitirnos perder más tiempo. Tenemos dos muertes y hay que investigarlas. Esa es la razón. Solo esa… —añade bajando la voz.

La teniente arranca el coche y ambos se quedan en silencio. No entiende bien por qué, pero Paones nota que el triunfo de la teniente es, en parte, suyo también. Y eso que no ha abierto la boca. En el primer semáforo que cogen y han de detenerse, Paones vuelve a mirar a la teniente. Sigue algo crispada, pero ya no hay tanta tensión en sus ojos.

—¿Lo hubieras hecho de verdad?

Ella lo mira y Paones ve la respuesta en sus ojos antes de que hable.

—Sin dudarlo.

El sargento primero asiente y se recuesta en el asiento mientras la teniente inicia de nuevo la marcha. Piensa en todo lo que acaba de presenciar. En la frialdad calculada. En su disposición a usar herramientas que claramente le disgusta tener que usar, pero que utiliza sin vacilar cuando es necesario. Paones ha trabajado con muchos oficiales a lo largo de su carrera. Buenos, malos, mediocres. Ha visto de todo. Oficiales valientes que no tenían ni idea de cómo investigar. Investigadores brillantes que se acobardaban en el momento de la verdad. Gente con conexiones que no sabía usarlas y gente sin recursos que conseguía milagros. Pero nunca había visto nada como lo que acaba de presenciar en ese despacho. Lola Barrena no ha levantado la voz. No ha perdido los nervios. No ha mostrado una pizca de emoción. Y precisamente por eso ha sido tan efectiva. Porque la juez Vega ha visto en sus ojos que hablaba completamente en serio. Que no estaba faroleando. Que iba a cumplir cada una de sus amenazas si era necesario.

Y luego está lo del segundo apellido, que Barrena ha usado como última carta, como parapeto final, y que claramente le ha dolido tener que sacar. Algo que, evidentemente, va en contra de esa imagen que la teniente quiere proyectar: la de una profesional que se gana todo por sí misma, sin ayudas, sin padrinos, sin apellidos que abran puertas. Y sin embargo, lo ha usado.

El sargento primero piensa en los motes que algunos compañeros le pusieron —alguno todavía sigue con esa matraca— a la teniente. *La Niña*, *Loli Panoli*, *Lolamento*. Motes crueles, despectivos, que hablaban de una oficial enchufada, de alguien que está donde está por ser hija de quien es. Y Paones sabe que por eso no usa su segundo apellido. Por eso trabaja el doble que los demás. Por eso se esfuerza tanto en demostrar que es buena, que merece estar en la UCO, que no es una niñata privilegiada jugando a ser policía. Y por eso sabe el fastidio y la molestia que la ha debido provocar sacar ese arma definitiva.

—¿En qué piensas? —pregunta Barrena, sacándolo de sus reflexiones, ya más tranquila.

—En que acabas de darle una lección de realismo político a una jueza con aspiraciones políticas —responde Paones con una sonrisa —. Y que me alegro de estar en tu equipo y no en otro.

Barrena suelta una risa breve, sin humor.

—No ha sido mi mejor momento, Juan.

—¿Estás de coña? Ha sido magistral.

La teniente traga saliva, carraspea ligeramente y se coloca el pelo con su mano derecha.

—Ha sido una barbaridad que ha salido bien. No estoy orgullosa. Y sabes… —se detiene en sus pensamientos antes de iniciar un giro a derecha—, sabes que no quiero que mi madre…

—Lo sé. Y por eso te honra todavía más lo que has hecho —le contesta con un punto de afinidad que de verdad siente por la teniente—. Para mí, has estado impecable —sentencia.

La teniente vuelve a mirar un segundo al sargento primero, pero no dice nada y se concentra en conducir en silencio. Paones se queda callado, mirando por la ventanilla mientras atraviesan las calles de Castropol camino de Tapia de Casariego. Piensa en todo lo que ha aprendido hoy sobre la teniente. En las capas que hay debajo de esa fachada de chica guapa y elegante. En la dureza. En la determinación. En esa capacidad para hacer lo que sea necesario, aunque le cueste, aunque vaya en contra de sus principios, si es lo que el caso requiere. Y piensa también en algo más. En que, más allá de ser guapa, más allá de vestir bien y tener ese estilo que hace

que todo el mundo se la quede mirando, Lola Barrena es una tía con dos cojones. Una tía que no se amilana ante nadie. Una tía que, cuando hay que plantarse, se planta. Y que cuando hay que jugar sucio, juega sucio. Pero siempre, siempre, por las razones correctas.

—No lo sé… No estoy segura de que haya actuado bien —dice la teniente moviendo la cabeza dudosa.

—No lo pienses más. Que se joda… ¿cómo la llamabas?

—*Bolivia*. Alta y plana. —Razona y responde la teniente mirándole de nuevo un instante, casi de soslayo, y Paones cree advertir una ligerísima sonrisa—. Y *Darth Vaper*… —añade.

Paones suelta una media carcajada y no puede menos que estar de acuerdo. Ambos motes son clavados.

—Mañana a las diez tendremos las diligencias firmadas —añade Barrena. Su voz suena segura—. Y entonces podremos empezar a trabajar de verdad. Eso es lo que importa.

—Eso es, mi teniente.

Tiene razón, vuelve a pensar Paones. Porque dos personas están muertas y merecen justicia. Y porque ella, con todos sus defectos y sus virtudes, con su orgullo y su vulnerabilidad, es una guardia civil de la cabeza a los pies.

El resto del trayecto hasta Tapia lo hacen en silencio. Paones mira ocasionalmente a la teniente. Tiene la mirada fija en la carretera, la mandíbula aún tensa, un brillo acerado en sus ojos verdes. Seguramente sigue procesando lo que ha pasado. Asimilando el hecho de que ha tenido que usar su apellido, esa carta que tanto le disgusta tener que jugar. Y el sargento primero decide que no va a preguntarle más. Que no va a insistir. Que va a respetar ese límite.

Porque al final del día, lo único que importa es que han dado un paso adelante. Que mañana tendrán las herramientas que necesitan para investigar. Que Yoel, *El Nano*, *Pacorro* y todos los demás que estén involucrados en esto, van a tener que responder. Y que Malena Morán y Lucas Zárate, muertos a tiros en esa casa de Tapia de Casariego, van a tener la justicia que merecen.

—Una cosa, Juan… —le dice la teniente entrando en las calles de Tapia de Casariego—, que esto quede entre tú y yo. —Se vuelve

hacia él—. ¿De acuerdo?

Esa noche, después de cenar, en su habitación de la casa rural, Paones piensa en todo lo sucedido mientras teclea el informe del día en su portátil. Piensa en Paloma y en sus hijos. En lo afortunado que es de tener una vida normal, sin apellidos que cargar, sin expectativas que cumplir más allá de ser un buen marido y un buen padre. Y piensa también en Lola Barrena, que carga con un peso que él conoce, pero no quiere imaginar.

Se duerme con esa certeza y con la imagen de Barrena plantada frente a la juez, inmóvil como una estatua, fría como el acero, diciendo con esa voz neutra suya: «Indague sobre mi segundo apellido. Quizá se le quiten las ganas, señoría». Porque Paones sabe, con seguridad casi absoluta, que la teniente lo ha hecho para que Malena Morán y Lucas Zárate tengan la suerte de que su muerte sea investigada como se merece.

—Joder, qué par de huevos con la *Bolivia* y *Darth Vaper*… —admite mientras apoya la cabeza en la almohada, sonriendo.

34
Un barco

Cuartel de Tapia de Casariego. Asturias.
25 de noviembre. 10:15 horas

La pantalla del ordenador muestra el rostro serio del comandante Sobarriba. La conferencia telemática lleva ya diez minutos en marcha y aunque la conexión es estable, hay algo en la expresión de mi superior que indica que lo que está a punto de decirme no me va a gustar. Paones y Crespo están sentados a ambos lados, formando un semicírculo frente a la cámara. Los tres mantenemos esa postura de atención militar que nunca se pierde del todo, ni siquiera en las videollamadas.

—Teniente —la voz de Sobarriba suena metálica a través de los altavoces—, tengo novedades sobre el vecino.

Me inclino ligeramente hacia delante. A mi lado, Paones deja de tomar notas en su libreta y levanta la vista. Crespo apenas arquea una ceja.

—Dígame, mi comandante.

Sobarriba consulta algo fuera de cámara, probablemente unos papeles sobre su escritorio. Cuando vuelve a mirar al objetivo, su expresión es aún más grave.

—Tomás Ramos no es quien decía ser. O mejor dicho, Tomás Ramos existe y tiene esa tapadera de periodista trabajando para varias empresas, pero en realidad es un compañero del Servicio de Información de la Guardia Civil, destinado en la Comandancia de Bilbao.

El silencio que sigue es denso. Siento cómo se me acelera el pulso. A mi lado, Paones se echa hacia atrás en la silla, cruzando los brazos sobre el pecho. Crespo permanece inmóvil, pero sus dedos se tensan sobre el bolígrafo que sostiene.

—¿Del Servicio de Información? —repito, aunque sé que he escuchado perfectamente.

—Afirmativo. Su cometido era vigilar a Miren Górriz y Andoni Iriarte. Pero perdió el rastro de Iriarte aproximadamente hace tres semanas.

Por eso estaba tan incómodo cuando fuimos a verle. Las piezas empiezan a encajar en mi cabeza como un puzle macabro. La llamada al cuartel, los ladridos del perro que difícilmente podía haber escuchado desde su casa, la torpeza de su discurso cuando nos recibió. Miro de reojo al sargento primero Paones, que asiente imperceptiblemente. Sobarriba mantiene una expresión comprensiva, pero firme.

—¿Y qué hay de Iriarte? A Miren Górriz la tenemos controlada, pero a Iriarte no.

—No lo sabemos, ni lo saben.

Paones carraspea.

—Mi comandante, con el debido respeto, pero esto no entiendo por qué Ramos avisa a la Guardia Civil…

—Al parecer, y se lo digo para que tengan clara la situación, Ramos había avisado a Lucas Zárate de la presencia de Miren y Andoni en la zona. Esa noche Lucas debía hacer una llamada de control que no realizó. Y cuando Ramos intenta ponerse en contacto, Lucas no responde. Sabe que estaba en la casa de Malena, por el coche. Para no verse comprometido, ni levantar sospechas sobre su identidad, resuelve que lo mejor es llamar a la Guardia Civil para que vieran lo sucedido en la casa de Malena. Por eso no llama a los locales. No se imaginaba el asesinato, por supuesto.

Asiento, aunque internamente estoy rebotada. No me gusta cuando las cosas quedan fuera de mi control, cuando hay información que se me niega por razones de seguridad o jerarquía.

—Entendido, mi comandante —digo a la vez que emito un resoplido—. ¿Algo más que debamos saber?

Sobarriba vuelve a consultar sus papeles. Cuando levanta la vista, su expresión se ha vuelto aún más seria, si cabe.

—Sí. Una cosa más, y esto es importante. —Hace una pausa, como si estuviera midiendo sus palabras—. Es posible que recibamos

presión para que la investigación se ralentice o incluso se paralice. Ver implicados de alguna forma a estos dos antiguos *ertzaintzas* no es cómodo para alguno…

—¿Y qué se supone que debemos hacer si eso pasa? —pregunto, aunque ya conozco la respuesta.

—Continuar, por supuesto. Es nuestro trabajo. —Sobarriba zanja con contundencia—. Tenemos dos asesinatos y hay que esclarecerlos.

—Entendido.

—Bien, teniente. Manténganme informado de cualquier avance. Y si hay problemas, con total rapidez.

—A sus órdenes, mi comandante —respondo.

—Perfecto. Mucha suerte y adelante.

La pantalla se queda en negro. Los tres nos quedamos mirando el monitor apagado durante unos segundos, como si esperáramos que Sobarriba volviera a aparecer para decirnos que todo ha sido una broma. Pero, por supuesto, no lo hace.

Paones es el primero en romper el silencio.

—Un sospechoso menos…

Me levanto y me acerco a la ventana, mirando hacia el exterior sin ver realmente nada. Luego voy a la pizarra y empiezo a recolocar a Ramos y sus conexiones marcadas.

—Hay que concentrarse en Yoel —añado.

Como si lo hubiera invocado, mi teléfono comienza a sonar. En la pantalla aparece el nombre del capitán Míguez. Intercambio una mirada con mis compañeros antes de descolgar.

—Mi capitán, buenos días. ¿Alguna noticia?

—Teniente. —La voz del capitán suena tensa, excitada—. Tengo novedades. Buenas y frescas, como las andaricas en esta época.

Coloco el teléfono en altavoz y lo deposito sobre la mesa. La voz férrea de Míguez llena el espacio pequeño y algo cargado del despacho.

—Mi capitán, estoy con Paones y Crespo. Te tengo en altavoz.

—Perfecto. —Se escucha un crujido, como si Míguez estuviera cambiando de postura—. Os llamo porque tenemos avances

importantes. Acabamos de terminar el registro en casa de *El Nano* hace menos de una hora.

Siento cómo se me acelera el pulso. *Por fin algo concreto, Mariloli.*

—¿Habéis encontrado algo?

—Sí. Y no es poco. —La satisfacción es evidente en la voz del capitán—. Una escritura de una sociedad y un contrato de compraventa de un arrastrero. Se llama *Marvia*.

Crespo, apenas escucha el nombre, ya está tecleando en su portátil, buscando información sobre el barco. Paones se inclina hacia delante, con los codos apoyados en la mesa.

—¿*Marvia*? —repito—. ¿Está relacionado con Yoel?

—Eso parece. Aquí viene lo interesante: el *Marvia* es uno de los tres barcos que salió del puerto de Gijón justo la madrugada que desapareció Yoel. Y no ha vuelto…

Intercambio miradas con Paones y Crespo.

—Los otros dos barcos que también salieron tienen justificaciones: uno tuvo problemas mecánicos y está en el puerto de Santander, el otro cambió de puerto base y avisó. Pero el *Marvia*… nada. Silencio de radio.

—¿Y el SEMAR[15]? —interviene Crespo sin apartar la vista de su pantalla.

—Ahí voy. —Míguez suena casi entusiasmado—. Los del Servicio Marítimo lo tienen localizado a través del AIS. O mejor dicho, lo tenían. El sistema de identificación automática les da datos de posición, velocidad y rumbo. El problema es que el *Marvia* ha apagado el AIS en varias ocasiones.

—¿Apagado? —Frunzo el ceño—. ¿Eso no es ilegal?

—Sí, lo es. Pero reportaron fallos en el funcionamiento. Dicen que es un problema técnico. —El tono de Míguez deja claro lo que piensa de esa excusa—. Los del SEMAR tienen que rastrearlo por radar ahora, pero no es fácil.

—¿Por qué? —pregunto.

—Porque un pesquero, especialmente si sabe lo que hace, puede ocultarse detrás de embarcaciones más grandes, navegar en

zonas de sombra de radar si hay mala mar o marejada… —Míguez hace una pausa—. Y además, el *Marvia* tiene el casco de madera. Los barcos de madera son malos reflectores de señal de radar, generan una mucho más débil que un pesquero metálico moderno.

—O sea, que están haciendo todo lo posible para no ser encontrados —resumo.

—Eso pensamos.

—Yoel está en ese barco… —digo en un susurro.

—Podría ser… —comenta Paones asintiendo.

—Si no tuvieran nada que ocultar, no estarían haciendo todo esto para que no los encuentren. Un barco honesto no apaga el AIS, no reporta fallos técnicos falsos, no se esconde. —Hago una pausa —. Ese barco lleva algo, o a alguien, que no quiere que encontremos. Y estoy dispuesta a apostar lo que sea a que ese alguien es Yoel Herrera.

Me pongo de pie y comienzo a caminar por la pequeña sala. Es mi forma de procesar información cuando las cosas se ponen intensas. Paones me conoce lo suficiente como para no interrumpirme. Crespo sigue tecleando, probablemente buscando más información sobre el barco, su tripulación, su historial.

—Mi capitán —digo finalmente—, ¿cuánto tiempo creen que tardarán en localizarlo?

—Difícil de decir. Puede ser cuestión de horas o de días. El SEMAR tiene una patrullera en la zona, pero el Cantábrico es grande y el *Marvia*, como os he dicho, sabe cómo esconderse. —Míguez suena frustrado.

—¿Quién es el patrón del barco? —interviene Paones.

—Se llama Ramiro Pidal. Cincuenta y dos años, natural de Cudillero. Sin antecedentes penales, pero…

—¿Pero? —insisto.

—Nunca hemos podido probarle nada, pero hay sospechas de que ha estado involucrado en transportes de hachís. Pequeñas cantidades, nada grande. Lo justo para ganarse un dinero extra.

—O sea, que no le temblaría el pulso para meter a Yoel en su barco si le pagan bien —concluye Crespo.

—Exacto.

Vuelvo a sentarme. Miro a Paones, luego a Crespo. Creo que los tres estamos pensando lo mismo.

—Si Yoel está en ese barco —digo despacio, articulando cada palabra—, es porque está huyendo. Y si está huyendo, es porque sabe algo. O ha hecho algo.

—O ambas cosas —añade Paones.

—Los del SEMAR me van a mantener informado —continúa Míguez—. En cuanto tengan una posición clara del *Marvia*, os aviso.

—De acuerdo. Gracias por la información, mi capitán. Manténganos al tanto de cualquier novedad.

—Lo haré.

—Gracias, mi capitán.

Cuelgo y me quedo mirando el teléfono durante unos segundos. Luego levanto la vista hacia mis compañeros. Hay una cosa que no entiendo. Mi cabeza está pensando a toda velocidad. Cierro los ojos, me froto las sienes y respiro hondo. Necesito ordenar las ideas y concentrarme.

—Si el *Marvia* va con silencio de radio y con el AIS apagado… deben tener alguna forma de recibir información. Si suponemos que Yoel está en ese barco, debe tener alguna manera de comunicarse o de que le digan qué hacer.

—Su teléfono sigue apagado, ¿no? —pregunta Crespo.

—No tenemos su posicionamiento. Hoy los recibía la sargento Maté —le contesto—. Pero no creo que lo utilicen de voz… Aunque si es un *iPhone* nuevo… Voy a llamar a Esteban…

Con rapidez, busco en contactos su nombre y tecleo.

—¿Esteban?

—Sí, mi teniente.

—El teléfono de Yoel Herrera, si no lo ha cambiado es un *iPhone* nuevo, de los últimos. Estos teléfonos dan señal… No sé exactamente cómo es, pero los de Delitos Telemáticos seguro que sí. Emiten señales de *Bluetooth* —recuerdo algún caso que nos pudieron en los cursos de Policía Judicial—. Debe tener la batería cargada, y entiendo que debe ser así, porque por algún modo tienen que enviarle las órdenes. Y en algún momento tiene que encenderlo para leer los mensajes o bajárselos a un ordenador…

—Lo pregunto a nuestra gente. No te puedo contestar a eso, mi teniente.

—Hazlo, por favor.

—El caso es que iba a llamarte yo en unos minutos, mi teniente. Ya tenemos los gráficos de posicionamiento de los teléfonos móviles que pedisteis. Os los acabo de enviar por correo. Pero… —hace una pausa— deberías verlos tú misma. Hay algo que no cuadra.

Abro mi correo electrónico con dedos que de repente se sienten torpes. Paones y Crespo se acercan, flanqueándome. Los tres miramos la pantalla mientras se cargan los archivos adjuntos. Son varios documentos PDF. Gráficos que muestran la posición de diferentes teléfonos móviles en distintos momentos. Cada punto representa una conexión a una antena, cada línea traza un movimiento. El primero es el teléfono de Malena Morán. Los movimientos son predecibles: su casa, el supermercado, el restaurante donde cenó con Lucas la noche de su muerte. Todo encaja con lo que ya sabíamos. El segundo es el de Lucas Zárate. Similar. Nada sorprendente. El tercero es *El Bicho*. Este es más interesante. Los últimos días antes de desaparecer, su teléfono se movió por varios puntos de Asturias. Pero el último registro es en Punta Campón, cerca de Tapia, a las doce de la noche del día en que desapareció. Después, nada. El teléfono se apagó o fue destruido.

El cuarto es el teléfono de Yoel Herrera. Los datos son de los días anteriores y posteriores al asesinato. Y lo que muestra me deja desolada. La noche del asesinato, el teléfono de Yoel estaba en Oviedo. No en Tapia de Casariego. No cerca de la casa de Malena. En Oviedo, a más de cien kilómetros de distancia. Las conexiones a antenas son claras. Hay registros cada pocas horas. El teléfono estuvo allí toda la noche. Y a la mañana siguiente, se movió. Pero no hacia Tapia. Hacia el este. Hacia Gijón.

Me quedo quieta, mirando la pantalla sin parpadear. Siento cómo mi teoría, la que había estado construyendo pacientemente durante días, se desmorona como un castillo de naipes.

—No puede ser… —murmuro.

—Lola —dice Paones en voz baja—, ¿qué pasa?

No respondo. Estoy repasando mentalmente todos los datos, todas las conexiones, tratando de encontrar una explicación. Pero no la hay. Los datos son claros. Irrefutables. El teléfono de Yoel Herrera no estaba en Tapia de Casariego la noche del asesinato.

—Joder —digo finalmente, con una mezcla de frustración y asombro—. No ha sido él…

Paones se inclina sobre la pantalla, verificando los datos. Crespo hace lo mismo, su rostro reflejando la misma incredulidad que siento. Me echo hacia atrás en la silla, pasándome las manos por el pelo. Mi mente trabaja a toda velocidad, reorganizando la información, buscando nuevas conexiones, nuevas posibilidades. Me levanto a la pizarra y me quedo observando el complicado esquema de sospechosos y relaciones entre ellos. Me detengo en la imagen borrosa de la persona que pagó con la tarjeta de Malena.

—¿Quién coño eres? —susurro.

35
Un mensaje y una sudadera

Cuartel de Tapia de Casariego. Asturias
25 de noviembre. 17:57 horas

El cuartel bulle con una energía diferente esta tarde. Es esa electricidad que precede al cierre de una investigación, cuando todas las piezas empiezan a encajar y puedes sentir que el final está cerca. Llevo despierta desde las seis, incapaz de conciliar el sueño más allá de unas pocas horas intranquilas. La cabeza no para de darle vueltas a los cabos sueltos, a las conexiones que aún no terminan de cerrarse del todo. La mañana ha sido intensa, muy complicada, pero fructífera. Paones ya está en la sala cuando entro, con dos latas de *Coca Cola Zero Zero* sobre la mesa. Me tiende una sin decir nada.

—Maite, ¿algo de Mercedes Inclán? Se le han pasado las veinticuatro horas… —le pregunto a la cabo.

—Cuando le he llamado, me ha remitido a su abogado, que a su vez, me ha puesto un mail. Nos dice que está sopesando las acciones que su cliente puede tomar. Nos dirá algo.

—Si no le apretamos, se nos va a escabullir… —digo restregándome los ojos.

—¿Le demos un toque mañana? —me propone Crespo.

—Sí, me parece bien.

—Gracias —digo, aceptando la lata de Paones—. ¿Cómo lo sabías?

—Te voy conociendo —me sonríe.

—Ya veo.

Maite está coordinando todo, teléfono móvil en mano. A la sargento Maté, el cabo primero Esteban, la patrullera del SEMAR y alguien de la comandancia. Todo es frenético, caótico, pero va funcionando.

Aquel caos controlado surgió esa mañana, poco después de que nos enviaran los posicionamientos de los teléfonos móviles y nos percatáramos, para nuestra desolación, de que Yoel no podía ser el asesino de Lucas Zárate y Malena Morán. Mi teléfono vibró sobre la mesa. Era la sargento Rosa Maté con la solución a nuestro problema. O a uno de los problemas.

—Dime, Rosa.

—Mi teniente, buenos días. Hemos estado dándole vueltas al problema de localización del barco.

—Sí, aquí también…

—En Delitos Telemáticos nos proponen algo que ha funcionado otras veces. Creo que vale la pena intentarlo.

Me incorporo en la silla, mi atención completamente centrada en la conversación. Paones y Crespo se dan cuenta y se acercan.

—Te escucho.

—Habéis dicho que Yoel tiene un móvil, ¿no? Y que probablemente no lo usa para llamadas, sino solo para recibir mensajes o instrucciones.

—Correcto. Su teléfono lleva días sin dar señal. Nada de llamadas, nada de datos. Pero alguien le debe estar informando.

—Si lo enciende para recibir mensajes, aunque sea brevemente, hay una forma de localizarlo. Como te he dicho, nos hemos puesto en contacto con un suboficial de Delitos Telemáticos aquí en la unidad. Se llama Ernesto Villar, es un crack en esto. Y me ha explicado una técnica que podríamos usar.

—¿Qué técnica?

—Se trata de usar un *IMSI catcher*. También se llama *Stingray*. Es un equipo portátil que simula ser una antena de telefonía móvil, y disponen de ellos en la comandancia de Asturias. Cuando un teléfono se enciende, intenta conectarse automáticamente a la torre más cercana, ¿vale? Pues bien, si tenemos uno de estos aparatos cerca, el teléfono se conecta a nuestro falso repetidor en lugar de a una antena real. Solo hay que embarcarlo, llegar a la última posición que se tuvo en el AIS del *Marvia* y esperar.

Siento cómo se me acelera el pulso. Paones se inclina hacia adelante, escuchando atentamente.

—¿Y eso qué nos permite hacer?

—Varias cosas. Primero, identificar el número o el IMSI del teléfono. Segundo, interceptar metadatos: hora de conexión, localización aproximada. Y tercero, confirma que ese teléfono está realmente donde creemos que está.

Me quedo en silencio durante unos segundos, procesando la información. No sé si es posible, si es arriesgado o técnicamente complejo. Lo que me ha dicho Rosa Maté es como si me hablara casi en sánscrito. Pero si funciona…

—¿Seguro que tenemos ese cacharro?

—Sí, seguro. El barco del SEMAR zarpa a las Trece Cero Cero. Si embarcan el equipo, estarían listos para rastrear al mediodía, más o menos.

—¿Y qué necesitamos nosotros para autorizar esto?

—Ya tenéis la orden de la juez para las escuchas y el seguimiento de Yoel, ¿no? Pues con eso debería ser suficiente.

—La tenemos. La juez Vega nos la firmó ayer.

—Perfecto. No perdéis nada por intentarlo.

Miro a Paones, que asiente. Crespo hace lo mismo.

—Muchas gracias, Rosa. Vamos a hablar con el capitán de la policía judicial de la comandancia para coordinar todo —le hago una seña a Paones y a Crespo para que se pongan ya con ese tema, sin pérdida de tiempo.

—A tus órdenes, mi teniente. Os mantengo informada.

Cuelgo y miro a mis compañeros. *Reza, Mariloli.*

—Puede funcionar —dice Paones con cautela.

—Tiene que funcionar —replico.

Crespo habla con Míguez que promete acelerar al máximo todo. A las doce nos confirmaron que en efecto, la patrullera del SEMAR embarcaría ese *Stingray* y que, en cuanto llegaran cerca de las coordenadas donde se perdió esa mañana a las nueve cuarenta la señal del AIS del *Marvia*, se pondrían a rastrear.

Las siguientes horas transcurren con una lentitud exasperante. Cada minuto parece una hora. Son las cinco de la tarde y apenas hemos comido un sándwich y un café con leche. Me paseo por la sala como un animal enjaulado, incapaz de concentrarme en nada

más. Paones intenta mantenerme ocupada revisando los informes, pero ambos sabemos que es inútil. Mi cabeza está en el Cantábrico, con ese barco que se esconde, con Yoel que huye de algo o de alguien. A las cinco y media, mi móvil suena. Es el capitán Míguez y activo el altavoz. Estoy nerviosa, expectante, y en cierta medida, esperanzada.

—Teniente, tengo novedades. —La voz de Míguez suena dicharachera y eso hace que sonría. *Cruza los dedos, Mariloli.*

—Dime, mi capitán —le respondo, intentando ocultar esa esperanza que se me ha abierto por su tono de voz.

—El barco del SEMAR captó algo y se están acercando. La patrullera detectó una señal de radar débil, intermitente. Podría ser el *Marvia* porque está en la zona donde pensamos que tomó rumbo tras la última ubicación por el AIS.

—¿Cuánto tiempo necesitan?

—Una hora, quizá hora y media. Depende de la señal.

—De acuerdo. Llámame, por favor, cuanto haya algo más.

—Eso haremos —me responde Míguez.

Otra vez la espera. Paones se levanta y se acerca a la ventana, mirando hacia el exterior sin ver realmente nada. Crespo teclea algo en su portátil, probablemente actualizando los informes. Yo me quedo sentada, con la vista fija en mi teléfono, como si el simple acto de mirarlo pudiera hacer que sonara más rápido. A las seis menos pocos minutos, suena de nuevo mi teléfono, esta vez es un mensaje de texto del capitán Míguez:

> *Nos debéis una buena fabada. Señal detectada. Móvil encendido cuarenta y siete segundos. IMSI identificado. Es el de Yoel. Posición confirmada.*

Me pongo de pie de un salto, el corazón acelerado.

—¡Lo tienen! —exclamo—. ¡Han detectado el móvil de Yoel! *Tienes a ese cabrón, Mariloli.*

Paones se gira bruscamente. Crespo levanta la vista del ordenador.

—¿Seguro?

—Seguro. Míguez acaba de confirmarlo. El *Stingray* captó la señal. Es el móvil de Yoel. Y tienen su posición.

Antes de que pueda decir nada más, el teléfono suena. De nuevo es Míguez.

—Teniente, ya tienen confirmación visual. Es el *Marvia*.

—¿Dónde están?

—A unas treinta millas náuticas al noroeste de Gijón. El *Marvia* está navegando lentamente, como si estuviera faenando, pero el AIS sigue apagado.

—¿Qué van a hacer?

—Interceptarlo. La patrullera del SEMAR va a darle el alto y ordenarle que pare motores para una inspección en puerto.

—¿Y si no obedece?

—Entonces usaremos los medios necesarios. Pero no creo que llegue a eso. Es un pesquero, no una narcolancha. No puede huir de una patrullera.

—¿Cuándo harán la detención?

—En las próximas dos horas, calculo. Primero tienen que abordar el barco, asegurarlo, identificar a la tripulación. Luego lo escoltarán de vuelta a puerto.

—¿A cuál?

—Gijón.

—Estaremos allí. ¿A qué hora calculáis que llegarán?

El capitán Míguez hace una pausa, probablemente consultando con alguien.

—Si todo va bien, sobre las ocho de la tarde.

—Perfecto. Nos vemos allí.

Cuelgo y miro a Paones y Crespo. Están expectantes.

—Lo tienen y van a interceptar el barco ahora. Lo escoltarán a Gijón. Llegada estimada a las siete u ocho de la tarde.

—Vamos, ¿no? —pregunta Paones, aunque ya sabe la respuesta.

—Claro que vamos. Quiero estar allí cuando desembarque.

Crespo cierra su portátil y se levanta.

—Pues en marcha. Hay una hora de camino y es mejor estar con tiempo para estas cosas —dice también alegre.

—Esperad —digo—. Antes de irnos, quiero asegurarme de que tenemos todo listo. Maite, llama a la juez Vega. Infórmale de que vamos a detener a Yoel Herrera y que necesitaremos una orden de registro para el barco y para su domicilio. Y tú, Juan, díselo al comandante. No tenemos al asesino, pero esperemos que nos lleve a él.

—Lola, ¿crees que nos firmará *Bolivia* o *Darth Vaper* las nuevas diligencias? —me pregunta con una sonrisilla Paones.

—¿Apuestas algo, mi sargento primero? —Ambos nos reímos abiertamente.

—¿Me estoy perdiendo algo?

Crespo nos mira extrañada y menea la cabeza, mientras empieza a marcar el número de la juez y sale de la sala con su móvil. Paones hace lo mismo, pero para llamar al comandante. Me quedo sola durante unos minutos, mirando la pizarra. Todos esos nombres, todas esas conexiones. Malena Morán. Lucas Zárate, *El Bicho*, *El Nano*, Yoel, Miren Górriz, *Pacorro*, y en el centro de todo, la persona que pagó con la tarjeta.

—Secreto de sumario —le responde jocoso Paones a la cabo que nos mira alternativamente, y desecha hacer cualquier otro comentario, con una mueca de socarronería.

Yo, entretanto, mientras miro la pizarra y clavo mis ojos en Yoel y sus conexiones. Con cierta pesadumbre me reprocho a mí misma no tener todavía resuelto el asesinato de Malena y Lucas. Quizás con demasiada precipitación y premura pensaba que Yoel era el asesino, pero cuando tuvimos el posicionamiento del móvil del cubano en Oviedo, todo se me vino abajo y ahora no tengo nada claro quién pudo ser el autor. En mi cabeza pasan las imágenes de Malena, de Lucas. Incluso la de Adela y las diferencias físicas y de aspecto de su alter ego pornográfico, *Erika Bum*. Recapacito y pondero, mientras paseo mi mirada en el esquema criminal, en todo el entramado complejo y subterráneo de *El Nano*, *El Bicho*, *Pacorro* y la gasolinera y sus códigos de violencia.

—¿Nos vamos? —me dice Paones desde la puerta.

Maite Crespo y él ya están esperándome para salir. Vuelvo al presente, obviando mis reflexiones y miro de nuevo a Yoel.

—Algo te sacaré cuando te tenga delante… —musito sin demasiado convicción, por desgracia.

36

La jugada está apretá y el picheo bajito

Comandancia de la Guardia Civil. Oviedo. Asturias.
25 de noviembre. 21:32 horas

Salimos del cuartel a las siete y diez. El cielo sigue encapotado, gris, con amenaza de lluvia. Paones conduce, yo voy de copiloto, Crespo atrás. Durante el trayecto, ninguno de los tres hablamos mucho. Cada uno está sumido en sus propios pensamientos, procesando lo que está a punto de suceder.

Llegamos a Gijón a las ocho menos pocos minutos. Todavía queda media hora, según nos han dicho, para que el *Marvia* llegue a puerto, pero no quiero arriesgarme a llegar tarde. Aparcamos cerca de las instalaciones portuarias y nos identificamos ante el personal de la Guardia Civil que ya está allí esperando. Míguez ha coordinado todo con antelación. Un sargento primero se acerca a nosotros.

—Teniente Barrena, supongo.

—Así es.

—Sargento primero Laredo, de la Comandancia de Gijón —se presenta saludándome militarmente—. El capitán Míguez me ha puesto al corriente. Tenemos un equipo preparado para cuando llegue el barco.

—¿Cuántos hombres?

—Ocho guardias, más el equipo del SEMAR que viene escoltando el *Marvia*. Suficiente para asegurar el barco y detener a quien haga falta.

—Bien. ¿Alguna novedad?

—La última comunicación fue hace veinte minutos. El *Marvia* está colaborando. No ha habido resistencia. La tripulación son cuatro personas, incluido Yoel Herrera.

—¿Solo cuatro?

—Así es. El patrón, Ramiro Pidal, dos marineros más y Yoel, que al parecer ha estado ayudando a faenar para justificar su presencia a bordo.

El tiempo pasa lentamente. A las ocho y quince minutos la oscuridad es total. Las farolas del puerto están encendidas, proyectando charcos de luz amarillenta sobre el asfalto mojado por la humedad del mar. Poco después, veo luces de navegación en el horizonte. Un barco que se acerca lentamente, escoltado por otro más grande y más moderno. El *Marvia* y la patrullera del SEMAR.

—Ahí están —digo en voz baja.

Paones y Crespo se ponen a mi lado. Los tres observamos cómo los barcos se acercan al muelle. Es un proceso lento, casi ceremonioso. La patrullera se queda a una distancia prudencial mientras el *Marvia* atraca. Cuando el pesquero está amarrado, veo figuras moverse en cubierta. Guardias del SEMAR que aseguran el barco, que ordenan a la tripulación que salga. Uno a uno, cuatro hombres desembarcan. Tres de ellos son claramente pescadores: curtidos, con ropa de trabajo, botas de goma. El cuarto es diferente. Alto, muy alto. Casi dos metros. Complexión atlética, incluso bajo el jersey grueso de lana que lleva puesto. Piel oscura. Rasgos que delatan su origen caribeño. Yoel Herrera. Camino hacia el grupo, con Paones y Crespo a mi espalda. El sargento primero Laredo ya está hablando con el patrón del *Marvia*. Me acerco a Yoel, que mira con una mezcla de miedo y desafío.

—Yoel Herrera García —digo con voz firme—, queda usted detenido como sospechoso, en relación con el asesinato de Malena Morán y Lucas Zárate.

Él no dice nada. Se limita a mirarme, con esos ojos que ya han visto demasiado.

—Tiene derecho a guardar silencio, a no declarar si no quiere hacerlo y a la asistencia de abogado.

Uno de los guardias le pone las esposas. Yoel no se resiste. Parece cansado, derrotado. Como si supiera que esto era inevitable.

—A la comandancia, ¿no? —le pregunto a Laredo.

—Sí, en una hora estará disponible. En cuanto se le reseñe, todo suyo, mi teniente.

—Bien. —Me miro el reloj—. Que descanse una hora y nos ponemos con él. Y mañana vendrá un equipo de criminalística a registrar el barco. Hay que poner vigilancia.

—Lo tenemos previsto.

Veo cómo se llevan a Yoel. Camina con la cabeza alta, sin mirar atrás. Hay algo casi digno en su manera de aceptar la derrota. Me giro hacia Paones y Crespo.

—Nos vamos, que nos queda faena —dice Paones.

Volvemos al coche en silencio. Son casi las nueve de la noche. Estoy cansada, hambrienta, y necesito una ducha, pero hay que empezar a trabajarnos a Yoel. También siento algo parecido a la satisfacción. Aunque no sea el asesino, sabe cosas. Cosas que nos van a llevar hasta quien realmente apretó el gatillo.

Hemos descansado y comido un bocadillo. En mi caso, un sándwich de jamón y queso. Justo una hora después del traslado de Yoel Herrera a la comandancia, nos sentamos con él.

La sala de interrogatorios de la comandancia de Oviedo es exactamente como casi todas las que he conocido en mi corta carrera: aséptica, con paredes de un blanco institucional desvaído, una mesa, cuatro sillas algo incómodas y una iluminación proyecta una luz blanquecina que le da a todo un aspecto lechoso.

Yoel Herrera García está sentado frente a nosotros, con las manos cruzadas sobre la mesa. No lleva esposas. Casi dos metros de altura, ciento y pico kilos de músculo bajo un jersey de lana grueso que no logra ocultar su envergadura. Piel oscura, rasgos caribeños marcados, y una mirada que alterna entre el desafío y el aburrimiento. Paones está a mi lado, con su libreta abierta y el bolígrafo en la mano. La grabadora digital parpadea en rojo sobre la mesa.

—Señor Herrera, esto es una conversación informal. No se trata de una toma de manifestaciones —comienzo, dejando caer sobre la mesa una carpeta con papeles—. Vamos a hablar de Malena Morán.

Yoel me mira con una media sonrisa. Se echa hacia atrás en la silla, cruzando los brazos sobre el pecho en una postura deliberadamente relajada.

—Ya le dije a tus compañeros cuando me detuvieron que no sé *na* de *na* —dice con ese acento caribeño espeso, arrastrando las palabras—. Yo estaba en Oviedo esa noche. Ni me acerqué por Tapia.

—Ya llegaremos a esa noche —respondo con calma, abriendo la carpeta—. Primero háble me de su relación con Malena Morán.

—¿Qué *bolá* con eso? —Se encoge de hombros—. Trabajábamos juntos. Hacíamos contenido para adultos. Ya tú sabes, internet, plataformas, todo legal. No es delito.

—¿Cuánto tiempo trabajaron juntos?

—No sé… como un año. Quizá uno y medio.

—¿Y cómo se conocieron?

Yoel se rasca la barba con parsimonia, como si estuviera reflexionando sobre algo trivial.

—Un amigo nos presentó. Ella necesitaba… un compañero de escenas. Yo necesitaba dinero. Funcionó.

—Ese amigo era Roberto Gómez, ¿verdad? *El Bicho*.

Por primera vez, veo algo parecido a la tensión en su rostro. Dura apenas un segundo antes de que vuelva a componer esa expresión de indiferencia estudiada.

—Puede ser. No me acuerdo bien.

—¿No se acuerda? —insisto—. Según nuestras fuentes, ustedes eran amigos. Buenos amigos incluso.

—Conocidos —corrige—. En este negocio conoces a mucha gente, mi amor. No puedo acordarme de todos.

Paones interviene, con ese tono pausado y razonable que tanto me gusta de él.

—Señor Herrera, creo que le conviene colaborar. Tenemos testimonios de varias personas que confirman que usted y el señor Gómez eran socios. Organizaban fiestas juntos, ¿no es así?

Yoel se gira hacia Paones con una sonrisa torcida.

—Oye, compadre, tú no me calculas. La jugada está *apretá*, ¿verdad? Pero yo estoy arriba de la bola.

—¿Qué quiere decir con eso? —pregunto.

—Que ustedes no tienen *na* contra mí. Están tirando palos de ciego, *asere*. Tratando de meterme en un lío que no sé.

Abro otra carpeta y saco varias fotografías. Las coloco una a una sobre la mesa. Son capturas de pantalla de vídeos de la plataforma para adultos. En todas ellas aparecen Yoel y Malena.

—Estas son algunas de las escenas que grabaron juntos. Según nuestros cálculos, facturaron aproximadamente doscientos cuarenta y ocho mil euros el año pasado.

Yoel ni siquiera mira las fotografías.

—Y qué con eso. Ya te dije que trabajábamos juntos.

—No, no lo es —concedo—. Pero hay un problema, señor Herrera. Malena Morán facturaba por los dos, ¿verdad? Usted cobra ayudas del Estado como refugiado político. Si trabajara oficialmente, perdería esos ingresos. Así que ella facturaba y luego le pagaba en efectivo.

—Eso lo tendrás que probar, mi amor —dice con una sonrisa de suficiencia.

—Lo probaremos —respondo sin alterarme—. Pero aquí viene lo interesante. En los últimos meses, Malena empezó a quedarse con más dinero del que le correspondía. Le debía unos treinta mil euros. Eso es mucho, señor Herrera.

Por primera vez, Yoel se inclina hacia delante. Su sonrisa se ha desvanecido y hay algo oscuro en sus ojos.

—Eso era un problema entre ella y yo. Cosa nuestra. No tiene *ná* que ver con lo que le pasó.

—¿Seguro? —pregunto, mirándolo fijamente—. Porque treinta mil euros es un motivo poderoso para enfadarse. Y según nuestros testimonios, se cabreó mucho. Hubo testigos de una discusión fuerte entre ustedes unas semanas antes de su muerte.

Yoel se echa para atrás de nuevo, componiendo otra vez esa expresión de indiferencia.

—La gente discute. No es delito.

—Tiene razón —dice Paones—. Discutir no es delito. Pero matar sí lo es. Y tenemos testimonios de que usted es violento con las mujeres.

—Tú no sabes *na* de mí, compadre —replica Yoel, señalando a Paones con el dedo índice—. Esos testimonios son puro cuento. Gente que me tiene tirria.

Saco otra fotografía. Esta es de la fiesta que me envió Adela. Yoel, *El Bicho*, *El Nano*, *Pacorro* y otro hombre más que no identifico.

—Esta fotografía es de una de sus fiestas. Las organizaban ustedes, ¿verdad? Sexo, drogas, alcohol y grabaciones.

Yoel mira la fotografía. Su mandíbula se tensa.

—Eso no prueba *na*.

—No, no prueba nada por sí sola —admito—. Pero tenemos testimonios de que usted grababa esas fiestas. Y luego usaba esas grabaciones para extorsionar a la gente que aparecía en ellas. ¿Trescientos euros por cabeza? Con veinte o treinta personas pagando mensualmente, eso son entre seis y nueve mil euros al mes. Un buen negocio, ¿no le parece?

—No son acusaciones sin fundamento, señor Herrera —interviene Paones—. Tenemos testimonios de víctimas de su extorsión. Y también tenemos testimonios de que violó a al menos una mujer durante esas fiestas.

Yoel suelta una carcajada seca, desprovista de humor.

—¿Violar? No, mi amor —dice mirándome—, eso sí que es un cuento de camino. Todas las jineteras que estaban ahí sabían a lo que iban.

—Hay quien dice lo contrario —respondo con frialdad.

Yoel se inclina hacia mí, apoyando los codos en la mesa. Su sonrisa es ahora puramente depredadora.

—Adela… ¿no? —dice arrastrando el nombre—. Esa sí que tiene más rollo que película, *asere*. Habla mucho. Y si te cuenta que yo le hice algo, está mintiendo. Ella estaba encantada. Todas lo estaban. Porque yo tengo mucho amor *pa* dar. Ya tú me entiendes…

Se toca la entrepierna con descaro, sin apartar sus ojos de los míos. Es un gesto deliberadamente obsceno, pensado para intimidar, para humillar.

—De hecho —continúa con esa sonrisa repugnante—, si tú quisieras probar, teniente, yo te puedo enseñar lo que es un hombre de verdad. Esos tipos pálidos que tienes por aquí no saben. Yo sí que te dejaría satisfecha, chica.

Sostengo su mirada sin pestañear. He visto y escuchado cosas peores en mi carrera. No voy a dejarme amedrentar por un chulo de

medio pelo que cree que puede intimidarme con insinuaciones sexuales. Apago la grabadora con lentitud.

—Señor Herrera, si se me acerca le pongo los huevos en el techo de una patada, ¿me entiende? —digo con voz glacial, taladrándole con la mirada tres o cuatro segundos. Vuelvo a encender de nuevo la grabadora—. Vamos a centrarnos en los hechos. La noche del siete de noviembre, Malena Morán y Lucas Zárate fueron asesinados en Tapia de Casariego. Usted tenía un móvil: el dinero que ella le debía. Usted tenía medios: es violento, tiene historial de agresiones. Y conocía a la víctima íntimamente.

—Ya te dije que yo estaba en Oviedo esa noche —replica con fastidio—. Pueden comprobarlo. Tengo coartada.

—Sí, ya lo comprobaremos —dice Paones—. Pero pudo enviar a alguien. A *El Nano*, por ejemplo. O a *Pacorro*. Trabajaban juntos, ¿no es así?

Yoel se echa a reír, pero es una risa forzada.

—Ustedes están más perdidos que Colón buscando las Indias, compadre. Están tirándome palos sin tener ni idea de dónde está la pelota.

—¿Dónde está Roberto Gómez? —pregunto de repente, cambiando de tema—. *El Bicho*. Su amigo. Desapareció hace semanas y nadie ha vuelto a saber de él.

Por un instante, veo algo parecido al miedo en los ojos de Yoel. Es fugaz, pero está ahí.

—No tengo ni idea. Cada uno va a lo suyo.

—¿No le preocupa que su amigo haya desaparecido? —insisto.

—Yo no sé *ná* —dice—. Si se perdió, es problema suyo.

—¿Se perdió? —repito—. Qué expresión más curiosa. No ha dicho si desapareció o si se fue. Ha dicho si se perdió. Como si usted supiera que no va a volver.

Paones se inclina hacia delante, adoptando un tono más conciliador.

—Mire, Yoel, le voy a ser sincero. Las cosas no pintan bien para usted. Tenemos testimonios de su relación conflictiva con Malena. Tenemos el móvil económico. Tenemos testigos de su violencia. Y

tenemos la desaparición de *El Bicho*. Todo apunta hacia usted o hacia su entorno.

—Pues apuntan mal —replica Yoel, cruzándose de brazos.

—Pero todavía puede ayudarse —continúa Paones—. Si colabora con nosotros, si nos cuenta la verdad, eso se tendrá en cuenta a la hora de determinar su responsabilidad. Puede reducir su condena considerablemente.

Yoel lo mira con desprecio.

—¿Reducir condena? ¿De qué condena hablas, compadre? Solo tienen testimonios de gente resentida y teorías.

Tiene razón y lo sabe. Por ahora, solo tenemos indicios. Nada concluyente. Nada que pueda sostener una acusación sólida por asesinato.

—Señor Herrera —digo, intentando un último enfoque—, piense en su situación. Está en España viviendo de ayudas públicas mientras trabaja en negro y extorsiona a gente. Tenemos suficiente para hundirlo. Fraude, extorsión, violación… Son muchos años de cárcel. Y cuando salga, será deportado a Cuba. ¿De verdad quiere eso?

Yoel me mira durante un largo momento. Veo cómo procesa mis palabras, cómo calcula las opciones. Pero entonces, lentamente, vuelve a sonreír.

—Tú eres buena, mi teniente. Se nota que estás arriba de la bola. Pero yo también sé jugar. Y la jugada está *apretá*, sí, pero el picheo está bajito y yo todavía tengo batazos que dar.

—¿Qué significa eso? —pregunto, aunque me imagino el sentido de ese dicho cubano.

—Significa que no voy a decir *ná* más sin un abogado. Uno. Y significa que ustedes van a tener que soltarme pronto, porque no tienen pruebas.

Miro a Paones. Él me devuelve la mirada y asiente levemente. Sabe lo mismo que yo: por ahora, no vamos a sacarle nada más.

—Bien, señor Herrera —digo, levantándome—. Vamos a hacer un descanso. Pero no se relaje. Esto no ha terminado.

—Aguanta, chica —dice Yoel con una sonrisa burlona—. Porque yo no voy a ningún lado. Y cuando salga de aquí, me voy a acordar

de ti.

Es una amenaza velada, pero no me inmuto. Me limito a recoger mis papeles y salir de la sala, seguida por Paones. En el pasillo, me apoyo contra la pared y cierro los ojos. Estoy exhausta. Hambrienta. Frustrada. No hemos conseguido nada. Ni una confesión, ni un desliz, ni una pista útil.

—No ha salido como esperábamos —dice Paones con suavidad.

—No —admito—. Es más listo de lo que pensaba. Y tiene razón: no tenemos pruebas sólidas. Solo testimonios e indicios.

Crespo sale de la sala de observación, seguida por Míguez. La cabo tiene el ceño fruncido.

—¿Quieres que lo intente yo? —pregunta—. A veces un cambio de interlocutor funciona.

La miro durante un momento. Está cansada, igual que yo. Pero en sus ojos veo determinación.

—Adelante —digo—. Pero no te hagas muchas ilusiones. Ese tipo sabe muy bien cómo jugar.

Crespo asiente y entra en la sala de interrogatorios y se sienta frente a Yoel, que la observa con esa misma sonrisa arrogante. Paso los siguientes cuarenta y cinco minutos viendo cómo Crespo intenta diferentes enfoques. Alterna entre la firmeza y la empatía, entre la amenaza y la promesa. Pero Yoel no muerde el anzuelo. Se limita a repetir lo mismo una y otra vez: que estaba en Oviedo, que tiene coartada, que no sabe nada de los asesinatos. Cuando Crespo sale de la sala, parece tan frustrada como yo.

—Nada —dice, negando con la cabeza—. Es como hablar con una pared.

Míguez suspira y se frota los ojos.

—Bueno, gente, creo que por hoy ya está. Todos estamos reventados y no vamos a sacar nada más de este tipo. Vamos a descansar y mañana lo retomáis con la cabeza más fresca.

Paones y Crespo asienten. Yo reprimo un bostezo. Me duele la cabeza y me siento espesa y lenta de pensamiento. Sé que tienen razón, pero me cuesta aceptarlo. Me desespera rendirme y dejar las cosas a medias. Pero miro a Paones y a Crespo y veo el cansancio en sus rostros. El mismo cansancio que debo reflejar yo misma.

—Está bien —digo finalmente—. Vamos a descansar. Pero mañana a primera hora, antes de hablar con este imbécil, vamos a llamar a Mercedes Inclán. —En mi cabeza, aunque no de una forma concreta, se empieza a esbozar una posibilidad.

—Podemos intentarlo… —dice Paones.

Salimos de la comandancia en silencio. El aire fresco de la noche me golpea el rostro y me ayuda a despejarme un poco. Subo al coche y dejo caer la cabeza contra el reposacabezas. Conduce Crespo y en el camino, estoy a punto de quedarme dormida un par de veces.

37

¿A qué número le llamaba?

Autovía A-8, entre Oviedo y Tapia de Casariego. Asturias.
26 de noviembre. 09:15 horas

La mañana ha amanecido gris y húmeda, como casi todas en esta parte de Asturias. Una llovizna fina, casi imperceptible, empapa el paisaje y deja las carreteras brillantes y resbaladizas. Paones conduce con prudencia por la autovía, mientras yo voy en el asiento del copiloto y Crespo detrás, revisando papeles en su portátil.

He dormido apenas seis horas. Me he despertado a las siete, incapaz de seguir en la cama con la mente dándole vueltas al interrogatorio de anoche. Me he duchado con calma y vestido con vaqueros, la parka, una camiseta básica de algodón y encima un jersey de color negro. Desayunamos rápido en la casa rural; en mi caso, café con leche, jamón york y fruta.

Antes de salir, llamo al comandante Sobarriba. Le pongo al día de todo: la detención de Yoel en el barco y el interrogatorio frustrante de anoche. Sobarriba me escucha en silencio, interrumpiendo solo para hacer alguna pregunta puntual. Al final, me da su apoyo completo.

—Rosa Maté ha ampliado el informe que recibimos hace unos días. Lo tengo en el portátil. Aún no he tenido tiempo de revisarlo a fondo —comenta Crespo—. Tenemos copia todos.

—Pues es un buen momento —sugiere Paones—. Todavía nos queda una hora de viaje.

Asiento y saco mi portátil de la mochila. Lo enciendo y abro el archivo que Rosa me envió anoche: un PDF de más de cincuenta páginas con todas las comunicaciones del móvil de Yoel Herrera durante los últimos tres meses. Llamadas, mensajes de texto, *whatsapp*, correos electrónicos. Todo.

—¿Qué buscamos? —pregunta Crespo desde atrás.

—No lo sé —admito—. Algo que se nos haya escapado. Un nombre, un número, un mensaje…

Empiezo a revisar el informe. Las primeras páginas son llamadas rutinarias. Yoel llamaba mucho a números que ya hemos identificado: *El Nano*, *El Bicho*, *Pacorro*. También llamaba a números de contactos de la plataforma para adultos, a restaurantes, a su casera. Nada fuera de lo común.

Los mensajes de *whatsapp* son más interesantes. Hay conversaciones con Malena. No muchas más de las que ya teníamos, pero suficientes para confirmar lo que ya sabíamos: que trabajaban juntos, que discutían por dinero y que ella le debía. Los mensajes son crípticos, pero el tono es inconfundible. En uno de septiembre, Yoel le escribe: *Ya tú sabes que no voy a esperar más. Necesito esa plata*. Y Malena responde: *Te pagaré. Dame tiempo*. Rosa me pone, también, todas las amenazas que le profirió y que, por desgracia, es lo único que tenemos contra él.

Hay otro mensaje de octubre, más agresivo: *No me juegues con esto, chica. Ya tú sabes lo que pasa cuando la gente me debe*. Y otro de principios de noviembre, apenas unos días antes del asesinato: *Última oportunidad. O me pagas o nos vemos las caras*.

Sigo revisando. Hay mensajes con números que no reconozco. Algunos son de clientes, otros de contactos del mundo del porno, otros de conocidos. Anoto los números que me parecen sospechosos para investigarlos después. Y entonces, algo me llama la atención. O más bien, la ausencia de algo.

—¿Qué pasa? —pregunta Paones, que nota mi gesto.

—Aquí no hay nada de Mercedes Incián.

—¿La funcionaria?

—Quizá usaban otro medio —sugiere Crespo—. *Telegram*, *Signal*, alguna aplicación más segura.

—Demasiado complicado para solamente revolver sábanas, ¿no crees? —comento dudosa.

—Entonces, ¿cómo lo hacían? —pregunta Crespo—. Si no hay rastro en el móvil ni en el correo, ¿cómo se comunicaban?

Me quedo mirando la pantalla, repasando mentalmente las posibilidades. Y entonces se me ocurre algo.

—Voy a llamarla.

—¿A quién? —pregunta Paones.

—A Mercedes Inclán. Quiero hablar con ella.

Saco mi móvil y busco el número que tengo anotado de la Oficina de Acogida e Integración Social. Marco y suena tres veces antes de que una voz de mujer conteste.

—Oficina de Acogida e Integración Social, buenos días.

—Buenos días. Soy la teniente Barrena, de la Unidad Central Operativa de la Guardia Civil. Necesito hablar con Mercedes Inclán, por favor. Es muy urgente.

—Un momento, por favor.

Suena una musiquilla insoportable, una versión instrumental de una canción reguetonera. Tarda casi dos minutos en volver.

—La señora Inclán está en su despacho. Le paso con ella.

—Gracias.

Otro clic. Y entonces, suena su voz que reconozco de inmediato. Pero suena diferente. Nerviosa. Temblorosa. Sin duda le han dicho que es la Benemérita la que llama. Y recuerdo que le dimos veinticuatro horas para que nos dijera algo sobre su relación con Yoel. *Y le has dejado unas cuantas horas más, Mariloli…*

—¿Diga?

—Buenos días, señora Inclán. Soy la teniente Barrena. Hablamos antes de ayer en su oficina.

Un silencio. Largo. Incómodo.

—Sí… sí, me acuerdo. Buenos días, teniente.

Su voz tiembla. Noto la tensión al otro lado de la línea. Algo ha cambiado desde la última vez que hablamos. Algo importante.

—Señora Inclán, la llamo porque quedamos en que hablaríamos. Necesitamos que nos diga cualquier cosa que nos pueda servir para avanzar en este caso.

Otro silencio. Más corto esta vez, pero igual de tenso.

—Sí. Sí, yo… —carraspea dos veces. La segunda más larga que la primera—. Verá, teniente, precisamente estaba revisando su dossier esta mañana. El del señor Herrera.

Ahora es señor Herrera, Mariloli.

—¿Ah, sí? ¿Por qué? —le pregunto con verdadero interés.

—Porque… —duda, como si estuviera buscando las palabras adecuadas—. Porque he tenido información de que su condición de refugiado la obtuvo mediante fraude o información falsa. Tengo información relativa a este tema que les indico. De forma pormenorizada.

Durante un minuto largo me dedica una serie de explicaciones muy técnicas y concretas. *Lo está grabando, Mariloli. Cuidado…*

—Me parece muy bien que esté revisando el expediente, señora Inclán. Pero, insisto, lo que nos preocupa, y por eso le llamamos —sospechando que tiene la grabadora del teléfono u otra, soy comedida y pongo un tono comunicativo, suave y casi inocente— es su posible implicación en amenazas, extorsión y asesinato de Malena Morán y Lucas Zárate.

—Yo… no sé nada de eso —dice rápidamente.

—No le estoy acusando de nada, señora Inclán. Solo necesitamos información. Cualquier cosa que pueda ayudarnos a entender quién es Yoel Herrera. Con quién se relacionaba. Qué hacía. Qué decía. Cualquier detalle puede ser importante.

Hay un nuevo silencio.

—Yo solo… solo le tramité los papeles. Eso es todo. Mi trabajo es administrativo, teniente. No… no tengo contacto personal con los solicitantes más allá de las entrevistas oficiales.

Los tres nos miramos con una sonrisa cáustica. Con un gesto, Paones me confirma que también sospecha que está grabando la conversación.

—Señora Inclán, necesito que piense y se concentre durante unos segundos. Es importante. ¿Yoel nunca le habló de Malena Morán? ¿O de Lucas Zárate? —insisto de nuevo con mi mejor voz y tono.

—No. Los nombres me son completamente desconocidos. Insisto en que yo me limitaba a tramitar su expediente y valorar si merecía la condición de refugiado. Nada más —apunta con cierta contundencia.

—¿Y hablaron por teléfono en alguna ocasión? Quiero decir, ¿tuvieron contacto telefónico —remarco la palabra— para esa tramitación del expediente?

Mientras ella habla, sigo revisando el informe de comunicaciones en mi portátil. Y hay algo que no cuadra. Según este informe, Yoel no llamó a Mercedes Inclán. Ni una sola vez en los últimos tres meses. Ni ella a él.

—Sí… siempre pedimos un número de contacto. No recuerdo si hablamos dos o tres veces, pero es lo habitual.

—Claro, lo entiendo. —Ahora soy yo quien hace una pausa—. Señora Inclán, ¿a qué número le llamaba a Yoel Herrera? Debería tenerlo en su expediente, entiendo, ¿no?

38

Más fría que el pasillo de los yogures

Comandancia de la Guardia Civil, Oviedo. Asturias.
26 de noviembre. 10:28 horas

Cierro la puerta tras de mí, y con una sonrisa camino despacio hasta situarme enfrente de Yoel. Está esposado, porque voy sola y la diferencia de peso y estatura conmigo es considerable, y eso que alcanzo el metro y setenta y un centímetros, que *para mujer no está mal, Mariloli*. Y afuera, por si acaso, hay dos GRS de metro noventa y más fuertes que el vinagre, atentos a lo que pudiera suceder.

Yoel me observa desde el otro lado de la mesa, recostado en la silla y con las manos engrilletadas, encima de la mesa. Intenta mantener un gesto o pose estudiada, relajada. Dejo una carpeta azul sobre la mesa sin abrirla. El gesto es deliberado y quiero que se concentre en ella, como si fuera un cofre del tesoro del que voy a ir sacando cosas interesantes. Yoel sigue mi movimiento con la mirada. Tiene los labios curvados en algo que podría ser una sonrisa o un tic nervioso. Sus ojos recorren mi figura con descaro, deteniéndose donde no debería.

—Buenos días —le digo obviando su gesto y acercando la silla antes de sentarse—. ¿Ha dormido bien?

—Qué *bolá*, teniente. —La voz de Yoel es grave, con ese acento caribeño que alarga las vocales—. ¿Vino sola? Pensé que traería a su escuadra completa. Aunque así, los dos solos, también me gusta. Tremenda yegua está usted hecha.

Le sonrío. No le voy a dar el gusto de molestarme. *Fría como el pasillo de los yogures, Mariloli.*

—Esto no es una declaración formal —le digo, cruzándome de brazos—. Es más bien una conversación. Una charla informal donde yo le voy a exponer mi punto de vista sobre su situación. Usted

puede escuchar, asentir, protestar… Lo que le apetezca. Pero voy a decirle su situación. Procesal, me refiero, claro.

Yoel entrecierra los ojos y dibuja sombras bajo sus pómulos marcados. Se pasa la lengua por los labios, lento, obsceno.

—Una tertulia. Tremendo. ¿Y después qué más hacemos los dos aquí solitos?

—Después le tramito la expulsión de España que va a recordar toda su vida. ¿Le parece un buen plan? —le espeto con rapidez, seca como un disparo, pero con la sonrisa de una cobra.

El silencio se adensa. Yoel se ríe, una risa corta y burlona.

—Usted habla mucho. Pero no tiene *ná* contra mí.

Entonces abro la carpeta con teatralidad provocada. El primer folio es un informe mecanografiado con el membrete de la *Oficina de Asilo y Refugio de Asturias*.

—Esto es un informe de Mercedes Inclán. Creo que se conocen bien… Varias tardes en el hotel *La Marea*… Supongo que para la entrevista de su expediente, ¿no? —Le muestro entonces con mi mano izquierda otra hoja con varias anotaciones, aunque no se la dejo encima de la mesa—. Resulta que… no sabemos el motivo —me encojo de hombros con una sonrisa casta y venerable—, pero esta impecable funcionaria ha revisado su expediente y tiene dudas razonables sobre la legitimidad de su condición de refugiado político. Fraude y engaño, dice aquí —le señalo la frase en donde lo expresa.

Hay un parco instante de temor en sus ojos, pero se repone.

—Dudas. —Repite la palabra despacio, recobrada su insolencia, momentáneamente—. Todo el mundo tiene dudas.

Le señalo la hoja con mi dedo, muy despacio, teatral y casi cómicamente. Yoel echa un vistazo al papel. Su sonrisa se mantiene, pero algo ha cambiado en su mirada.

—Significa que si esas dudas se confirman, pierde usted su estatus. Y con él, la ayuda económica que cobra cada mes. Y lo más importante: la protección que le impide ser devuelto a Cuba. Extraño cómo se puede comportar una funcionaria despechada, ¿no? O a la que, de pronto, le ha entrado la cordura y ha hecho examen de conciencia.

Dejo que la información se asiente. Observo cómo Yoel aprieta ligeramente la mandíbula. El tipo tiene experiencia siendo interrogado. Probablemente por gente mucho más dura que yo. Pero la amenaza de perderlo todo es universal.

—¿Me está amenazando, teniente? —dice, pero su voz conserva ese tono burlón—. Porque si quiere amenazarme de verdad, hay mejores formas. Más íntimas.

Ignoro el comentario, de nuevo con una sonrisa.

—Yoel, corazón, te estoy informando —cambio al tuteo de forma rápida—. Te informo que Mercedes Inclán ya no está de tu parte, que no vas a volver a verla por *La Marea* y que te vas a quedar sin un puto euro, ¿me entiendes, Yoel? Y que te vas a comer una buena temporada de barrotes por amenazar a Malena.

La mención de la muerta hace que Yoel cambie de postura. Se inclina hacia adelante, los codos sobre la mesa.

—¿Malena? —Se ríe—. ¿Esa jibarita dijo que la amenacé? Malena y yo éramos amigos. Compañeros de trabajo, ya tú sabes, teniente. —También me tutea con el mismo descaro que yo.

—Compañeros de escenas pornográficas…

—Eso mismo, teniente. Trabajo honrado. Ella y yo nos conocemos bien. Muy bien. —Hace un gesto obsceno con las manos —. Así que no me venga con cuentos de amenazas. —Yoel niega con la cabeza, la sonrisa todavía en su rostro—. No tienes nada, teniente. Pura *comepinga*. Perdón, quise decir especulación.

Qué elegante es el mulato, Mariloli. Saco otra hoja y deslizo el dedo por ella, despacio, muy concentrada. Lo giro hacia Yoel.

—Estos son registros de llamadas de tu móvil. Veintitrés llamadas en dos meses al *Nano*. Traficante de todo a cien.

Yoel mira la hoja sin tocarla.

—La gente se equivoca de número. Pasa.

—Debes ser muy torpe al teclear tantas veces ese número equivocado, Yoel. Voy a tener que hacer caso a los que dicen que eres tonto de cojones. —Suspiro artificial y teatralmente—. También hay diecisiete llamadas a *Pacorro*. Otro prenda.

Me apoyo con los codos en la mesa, y le miro.

—Buena yegua… —me susurra silabeando.

Me limito a sonreír, porque quiero que se desconcentre.

—Hueles bien, teniente. ¿Qué perfume usas?

Es un completo idiota, Mariloli. Me apoyo en el borde de la mesa, ignorando el comentario.

—Voy a ser clara contigo, Yoel. Las amenazas a Malena Morán están documentadas. Y tenemos las conexiones telefónicas con tipos malos. Eso me da para pedirle al juez una condena por amenazas y colaboración con esos dos *Al Capones* de mercadillo. Tres años. Cuatro si el juez se levantó de mal humor.

Yoel se encoge de hombros.

—Pues me condena. He estado en sitios peores.

—Voy a ir a por ti, Yoel… —le digo muy despacio, con la mirada fija y hasta diría que torva.

Por primera vez, la sonrisa de Yoel vacila. Es apenas un segundo, pero lo noto. Un destello de algo parecido al miedo cruzando su rostro antes de que vuelva a componerse.

—No tienes *ná*… —dice, pero con una voz que ya está muy distante a la seguridad y chulería de ayer.

—Puedo. Y lo haré.

Yoel se recuesta en la silla, intentando recuperar su pose relajada. Pero ahora hay tensión en sus hombros, en la forma en que se frota las manos engrilletadas. Saco otra fotografía de la carpeta. Es una imagen tomada desde lejos, en la calle. Dos hombres en ropa civil conversan con un tercero junto a un coche. Uno de ellos es claramente *El Nano*.

—Te voy a dar una oportunidad. —Le señalo la foto, golpeándola tres veces con el dedo índice derecho—. ¿Reconoces a alguien? El de la derecha es *El Nano*, eso lo sabemos.

Yoel la mira con desdén.

—Los otros dos no tengo ni idea.

—¿Seguro? Míralos bien.

Yoel vuelve a mirar. Niega con la cabeza.

—No los conozco. ¿Quiénes son?

No digo nada y Yoel me observa con más atención ahora, intentando leer mi expresión. El juego ha cambiado y lo siente. Yoel se rasca la barbilla. Está pensando y calculando. No tengo claro que

sepa que son Miren Górriz y Andoni Iriarte, pero sabe más de lo que aparenta. Cruzo las manos sobre la mesa, mientras la lluvia sigue golpeando contra la ventana, un ritmo constante entre nuestro silencio. Momento de cambiar de táctica.

—El día que asesinaron a Malena Morán y a Lucas Zárate, tu móvil estaba aquí. En Oviedo. Lo sabemos por la triangulación de antenas. Así que técnicamente, tienes coartada.

Yoel sonríe, ampliamente esta vez.

—Ahí lo tiene. No maté a nadie. Estoy limpio.

—Podría ser. O no… —le digo sonriendo—. En fin, Yoel, que como te dije ayer, voy a por ti, corazón.

Entonces mi teléfono vibra en el bolsillo. Un mensaje de *whatsapp*. Lo saco y miro la pantalla.

Ya tenemos la orden del rastreo del teléfono culebra[16].

Sonrío. Perfecto. Me vuelvo hacia Yoel, que sigue sentado, mirándome con recelo.

—Se me olvidaba comentarte algo —digo, con tono falsamente casual—. Mis compañeros acaban de conseguir la orden de rastreo y posicionamiento de otro móvil tuyo. Justo con el que hablabas con Mercedes Inclán, Yoel de mi corazón.

Dejo que las palabras floten en el aire. Yoel se queda inmóvil, la expresión congelada en su rostro. La sonrisa burlona ha desaparecido por completo. Sus labios se entreabren ligeramente, pero no dice nada.

—Quiero un abogado.

—Claro, tesoro. Llama a quien quieras y si no te asignamos uno de oficio.

Lentamente, con una sonrisa plácida, salgo de la sala y cierro la puerta. Mientras camino y los dos GRS me saludan militarmente, el silencio tras de mí es absoluto.

—Juan —llamo al sargento primero—, ¿dónde estáis?

—¿Has visto el mensaje?

—Sí, claro. *Timing* perfecto —le contesto riéndome.

39
Lo hemos tenido delante

Comandancia de la Guardia Civil. Oviedo, Asturias
26 de noviembre. 10:28 horas.

Mi móvil vibra en el bolsillo al salir de la sala donde acabo de estar con Yoel Herrera, al que se lo han llevado los dos GRS de nuevo al calabozo. Voy pensando y atando cabos, los que soy capaz de ver y no me quito de la cabeza que a pesar de que Yoel no sea el asesino, tengo la certeza de que estamos muy cerca. Paones y Crespo se me unen.

—¿Qué tal?

—Pues no ha estado mal… —le contesto al sargento primero—. Al menos tiene miedo a perder su condición de refugiado y la pasta que gana. Pero al final ha pedido un abogado.

Suena mi móvil y me señala que es *El Cinturón Negro*. Acepto la llamada del comandante Sobarriba. Paones me mira de reojo, con una ceja levantada.

—Mi comandante, buenos días.

—Barrena, tengo noticias. —La voz de Sobarriba suena firme, pero hay algo en su tono que me pone en alerta—. Los de Información han acelerado todo. Han dado prioridad absoluta a la investigación de ese segundo móvil de Yoel.

—¿Han encontrado algo?

—No lo sé todavía. Pero me han confirmado que el análisis se va a realizar en tiempo récord. Cuestión de horas, me han dicho. Y cuando digo horas, me refiero a esta misma mañana.

Me miro el reloj de mi muñeca, uno de la nueva colección que me acaban de enviar. De esfera grande y blanca, deportivo, con correa de caucho color coral. Las once menos cuarto.

—Entendido, mi comandante.

—El cabo primero Esteban está con los de Delitos Telemáticos. Deberían tener los posicionamientos listos en breve. Los gráficos, las llamadas, todo. Y el coronel Aláiz me ha dejado claro que los de Información nos facilitarán todo lo que puedan para nuestro caso.

Aquello me deja pensativa por un par de segundos. Es posible que, en algún momento, necesite hablar con alguno de ellos para saber algo más de Miren Górriz y de Andoni Iriarte. Aunque solo sea para descartar definitivamente su implicación en el asesinato de Malena Morán y Lucas Zárate. Intercambio una mirada con Paones, que arquea las cejas preguntando con ese gesto qué me está contando nuestro superior.

—Entendido, mi comandante. ¿Algo más?

—Mantenme informado de cualquier avance. Y me refiero a cualquiera, Barrena. Por mínimo que sea.

—Por supuesto.

—Adelante, pues.

Me quedo mirando el teléfono durante un segundo antes de volver a guardármelo. Crespo se asoma desde el asiento trasero.

—¿Qué ha pasado?

—Información ha acelerado todo —le explico—. Vamos a tener los datos del segundo móvil de Yoel esta misma mañana.

—¿Esta mañana? —repite Paones, sorprendido—. Eso es… inusualmente rápido.

—Presión desde arriba —digo sin más—. Alguien quiere resultados. Y nos viene bien… —le digo mientras marco el número de Esteban, poniendo el altavoz para oírlo los tres. Contesta al segundo tono.

—Mi teniente, buenos días.

—Buenos días, Esteban. Me acaba de llamar el comandante Sobarriba. Me dice que estáis con el análisis del segundo teléfono de Yoel.

—Sí, así es. —Oigo el tecleo de fondo—. Ya tenemos destripado el móvil. Estoy generando los gráficos de posicionamiento, que la compañía de teléfonos ha sido diligente al máximo. Debería tenerlo todo listo en menos de una hora.

Una hora. *Mariloli, alguien quiero que esto fluya de verdad*. Miro de nuevo el reloj. Las once menos trece.

—¿Puedes mandármelo en cuanto lo tengas?

—Por supuesto. ¿Correo o *whatsapp*?

—Correo. Y copia a Paones y a Crespo.

—A la orden.

Cuelgo y me recuesto en la pared del pasillo pensando. Siento la adrenalina empezando a circular por mis venas. Ese cosquilleo familiar que aparece cuando una investigación está a punto de dar un giro importante. No dejo de pensar en la persona que pagó con la tarjeta. Tengo la certeza de que ahí está el caso.

—¿Una hora? —pregunta Crespo.

—Menos, si Esteban se da prisa. Y conociendo a Esteban, se va a dar prisa.

Crespo tamborilea con los dedos sobre el portátil que lleva sobre el pecho y recogido con sus brazos. Nos bajamos a la cantina de la comandancia. No tenemos otra opción que esperar e ir poniendo en orden todo lo que recibamos.

—¿Queréis un café? —nos pregunta Paones, pidiendo él otro a su vez.

—Sí, por favor. Solo, sin azúcar —responde la cabo.

—Uno con leche, corto de café para mí, Juan.

—Coged esa mesa y os los llevo.

Nos sentamos Crespo y yo, pero me mantengo en silencio. La cabo está contestando una conversación por *whatsapp*, con cara complacida. *Mariloli, ese es el cabrón de tu ex*. Paones llega con los cafés y los deja sobre la mesa, junto al portátil. El vapor sube formando espirales. Tomo un sorbo. No está mal y me ayuda a concentrarme. A las doce y veintitrés, mi correo emite un pitido.

Nuevo mensaje de: Nacho Esteban
Asunto: Análisis segundo móvil Yoel Herrera

Hago clic antes de que el mensaje termine de cargarse. Paones y Crespo acercan las sillas, flanqueándome a ambos lados. El correo tiene tres archivos adjuntos: un PDF con el informe completo y una

serie de imágenes JPG con los gráficos de posicionamiento. Abro primero las imágenes. Son mapas de Asturias con puntos rojos marcando las ubicaciones donde el móvil ha emitido señal. Hay fechas y horas junto a cada punto.

—Interesante… —murmura Paones.

—Sí —asiento—. Mucho…

El móvil ha estado activo. Y los posicionamientos dibujan un patrón claro. Oviedo, también Gijón, Avilés, Navia, Luarca…

—Y Tapia de Casariego… —Crespo señala con el dedo.

Ahí está. Un punto rojo en Tapia de Casariego. *Fecha: 7 de noviembre. Hora: entre las 23:45*. La noche de los asesinatos.

—Ahí está… —siseo entre dientes.

Abro el *PDF*. Leo rápidamente el resumen ejecutivo que Esteban ha preparado. Es conciso, claro, profesional.

El dispositivo móvil analizado, con IMEI…

Salto los detalles técnicos. Voy directo a las conclusiones.

El terminal registra actividad en Tapia de Casariego el día 6 de noviembre entre las 20:15 y las 23:56 horas. El posicionamiento por triangulación sitúa el dispositivo en la vivienda donde se produjeron los hechos investigados. A las 23:56 deja de emitir y posteriormente, el terminal se desplaza hacia Oviedo, porque vuelve a transmitir en esa ciudad a las 01:30 del día 8 de noviembre.

Leo la frase tres veces para asegurarme de que no estoy alucinando. Su teléfono principal, el que nos dio, ese sí estuvo en Oviedo todo el tiempo, como él dijo. Pero este otro está a la hora en la que mataron a Malena y Lucas en Tapia de Casariego. Es decir, podemos situar a Yoel en la casa y en la hora del asesinato.

El terminal registra múltiples comunicaciones durante el período analizado. Se destacan las siguientes:
Llamada entrante desde número oculto. 7 de noviembre, 19:32 horas. Duración: 3 minutos 47 segundos.

Mensaje SMS desde número oculto. 7 de noviembre, 20:15 horas. Contenido no disponible (eliminado).
Llamada saliente hacia número desconocido. 7 de noviembre, 23:47 horas. Duración: 1 minuto 12 segundos.

Pero hay más. Sigo bajando por el listado.

Llamada entrante desde número marcado como investigado el 8 de noviembre, 01:15 horas. Duración: 1 minuto 23 segundos.
Llamada saliente hacia el mismo número. 8 de noviembre, 02:03 horas. Duración: 4 minutos 51 segundos.

Necesito pensar, porque esto cambia de nuevo el sentido de la investigación. Sorprendentemente, tenemos a los dos móviles de Yoel situados en lugares diferentes. Mi móvil vibra en ese instante en mi bolsillo. Lo saco y compruebo que es un mensaje de Míguez. Escueto y esperanzador.

Ven a verme. Ahora.

Salimos los tres con rapidez hacia su despacho. Lo encontramos inclinado sobre su escritorio, revisando unos documentos. Llamo a la puerta con los nudillos.

—Adelante.

Entramos Paones, Maite y yo. Míguez levanta la vista y sonríe. Está demacrado y tiene ojeras, que se acentúan en su rostro afilado.

—Sentaos, por favor.

Nos acomodamos. Paones cierra la puerta tras de sí. Míguez nos mira expectante, se restriega los ojos y coge una carpeta con el logotipo de la comandancia de Asturias. Se queda callado durante un momento, buscando lo que nos tiene que dar. Veo cómo sus ojos se mueven ligeramente, como si estuviera revisando mentalmente el inventario del registro.

—Hemos encontrado algo —dice tecleando en su ordenador portátil, y cuando llega a la imagen, le da la vuelta y nos señala una fotografía de un disco duro externo.

—¿Qué hay dentro? —pregunta Paones.

Míguez se sienta de nuevo. Su expresión se vuelve seria.

—Algunas fotografías, dos hojas de cálculo con apuntes de dinero cobrado, que no sabemos aún a qué se refiere.

—Los chantajes de las fiestas de sexo —apunta Crespo.

—Podría ser, porque son muchas cantidades y pequeñas. Eso lo descubriremos. Lo que más me ha impactado son las grabaciones —declara con seriedad—. Contenido sexual.

Me tenso en la silla.

—¿De Yoel y Malena?

—Sí. Y de otros. Pero hay varios de ellos dos. —Hace una pausa —. No son… agradables de ver.

—¿Cuál es la razón? —le pregunto.

Míguez se frota la cara con ambas manos.

—Son escenas de sexo muy duro. Muy violento. Malena no quiere. Se le nota. Intenta apartarse, pero Yoel sigue. La fuerza. Es… —busca la palabra—. Es un poco brutal.

—¿Hay fecha de esas grabaciones? —sigo inquiriendo.

—Algunas. Las más recientes son de septiembre.

—¿Podríamos acusarle por violación? —digo, más como una reflexión—. ¿O por abuso sexual?

Míguez asiente.

—Técnicamente sí. Pero el problema es que muchas de esas grabaciones fueron hechas en contextos de contenido para adultos. Su abogado podría alegar que era actuación. Que estaba consensuado. Ya sabes cómo son estas cosas.

—Que diga lo que quiera, mi capitán, pero se las llevamos al juez y le sumamos ese delito —le corto—. ¿Hay algo más en ese disco? Algo que los vincule directamente con los asesinatos.

Míguez hace un gesto de duda con la cabeza.

—No creo… Os las pongo en pantalla, aunque las tengo en esta memoria externa —nos señala un *pendrive* negro que tiene al alcance de su mano derecha. Teclea en el portátil durante un par de segundos y lo vuelve hacia nosotros.

Son seis fotografías de Miren, Andoni y Mikel. Dos, de todos ellos con *El Nano* en lo que parece una fiesta o una discoteca. Otra más de los cuatro con *El Bicho* en lo que parece ser esa misma

celebración. Las siguientes son solamente de los antiguos *ertzaintzas*. En la primera salen los tres brindando en una terraza. La segunda sentados en algún asador vasco, con otras dos personas que desconozco. Y la última, de Andoni y Mikel cogidos de los hombros mientras ríen sentados en un sofá de un domicilio.

Miro las fotografías sin prestarle mucha atención. En principio no me dicen nada hasta que, de pronto, como por ensalmo, un velo mental se descorre en mi cabeza. Y como si se tratara de un engranaje, varias piezas empiezan a conectarse y a enlazarse unas con otras. Despacio, vuelvo a repensar lo que acabo de ver. Una vez, dos, tres. *Joder, Mariloli, lo tienes*… Abro los ojos como platos soperos y miro las últimas dos imágenes por tercera y cuarta vez. Tras cerciorarme y casi sin creerme que todo el tiempo ha estado ahí, delante de nosotros, empiezo a sonreír lentamente.

—Te tengo, cabronazo…

—¿Qué tienes? —me pregunta.

Miro durante más de cinco segundos a la imagen. Empiezo a sonreír muy despacio. *Es él, Mariloli.* Asiento lenta y repetidas veces. Emito un ligero bufido y me acuerdo de la imagen del hombre que pagó en la gasolinera. Sonrío con desgana, pero feliz. Miro a los tres.

—Creo que ya sé quién es el asesino…

40
Porque yo lo valgo

Bermeo. Bilbao.
2 de diciembre. 18:23 horas

El dron no hace ruido o yo, al menos, no lo detecto. Es cierto que vuela alto, a unos treinta metros y que no es mucho más grande que un portátil estándar. Y que el cabo que lo maneja, atento a la pantalla con gesto serio y concentrado, es tremendamente diestro.

El sargento Ortiz me mira con una media sonrisa. Luego me señala la pantalla del ordenador, donde se ven las imágenes del dron que está utilizando para seguir a Miren Górriz. La antigua *ertzaintza* conduce un todoterreno por la carretera que une Bermeo y un par de caseríos del interior. Paones, a mi lado, sorbe un café con leche caliente, de un vaso de plástico que ha conseguido en el bar cercano. Yo todavía aguanto el ambiente húmedo y frío de esa tarde, gracias a mi abrigo negro hasta media pierna, con forro de piel sintética de estilo *animal print*, el jersey de cuello alto de rayas horizontales azules y blancas, una bufanda color blanco roto, un pantalón azul marino de pana gruesa y pierna ancha, y unas botas clásicas *UGG*, que me costaron una pasta, pero que me calientan.

—Ya se detiene… —me dice Ortiz.

Me cuesta imaginarlo, ahora que sé que es compañero, como el vecino de Malena Morán, cuando fuimos a hablar con él Paones y yo. Ha resultado ser un tipo serio, de pocas palabras, pero eficiente en su trabajo. Hasta hace dos días había algo de nerviosismo porque los movimientos de Miren Górriz eran erráticos, sin contactar con el resto de los interesados para el servicio de Información de la Comandancia de la Guardia Civil de Bilbao. Pero ahora, y tras

esperar con paciencia, Ortiz la vuelve a tener localizada, bajo la mirada discreta de drones y compañeros del equipo de seguimiento.

—*Pájaro*, para *Bravo* —dice por el intercomunicador Ortiz.

Llega, a los dos segundos, una voz metalizada por las comunicaciones.

—*Bravo*.

—*Reina* en *Punto A.*

—Tenemos visual —le contesta *Bravo*, el jefe del operativo de seguimiento.

—*Alfa* para toda la malla. —La voz del capitán al cargo de toda la operación de seguimiento a Miren Górriz suena firme y clara—. En cuanto se detenga y entre en la casa, nos colocamos. *Delta*, preparados.

Se escuchan varias voces con la señal de que se ha recibido el mensaje. Miro entonces a Paones que acaba de terminar su café con leche. Me mira, sonríe y se frota las manos.

—Estamos muy cerca… —me dice.

Sí, es verdad. Nos ha costado, y en particular estos últimos días, donde se ha tenido que poner en colaboración al equipo de Información de Bilbao con nosotros. Establecer prioridades, actuaciones y responsabilidades, mientras se retomaba el seguimiento de Miren Górriz, que tampoco fue fácil, desde la detención de *El Nano* por el equipo del capitán Míguez. Aunque, para asegurar que todo fuera completamente legal, se amplió la diligencia ya concedida por el juez instructor.

El caso era que el móvil del que se tenía noticias y fue usado por Miren, había quedado en completo silencio —entendimos que apagado—, desde la detención del *Nano*. Pero como era sabido por nuestros técnicos, los modelos recientes de *iPhone* y *Android* pueden seguir emitiendo breves paquetes *Bluetooth Low Energy* que otros dispositivos *Apple* detectan y reenvían a los servidores de la marca de la manzana mordida, permitiendo ubicar el *iPhone* aun tras un apagado suave, es decir mientras la batería no estuviera agotada y la opción *Find My* esté activada. Y así, de esta forma y por esta técnica, de pronto el móvil de Miren que los compañeros de Información tenían rastreado, empezó a emitir. Y eso, tras varias

indagaciones intermedias, los llevó a lo que nos encontrábamos en ese momento. Miren Górriz aparcando su todoterreno en un caserío algo apartado de la localidad de Bermeo.

No tardó mucho en entrar en la casa, no sin antes mirar por encima del hombro en ambas direcciones. Yo dudaba de que tuviera sospechas de ser seguida, tanto por el aire, como telefónicamente o de forma visual desde una furgoneta aparcada a unos doscientos metros. Pero, al tratarse de una conocedora de las mínimas reglas de seguridad, tomaba sus precauciones.

Tres minutos después, y como salidos de la nada, una quincena de agentes de la Unidad Especial de Intervención, con sus monos oscuros, sus subfusiles y embozados, entran por la puerta delantera, la trasera y la terraza del primer piso, a la vez.

Desde donde estoy solo puedo ver las imágenes del dron y no se escuchan gritos, ni voces ni ruidos. Pero apenas un par de minutos después se empezaron a oír comunicaciones por la malla de radio.

—De *Delta*. Casa asegurada.

—*Alfa* para toda la malla. Buen trabajo.

—Pues ya está, mi teniente.

Paones y yo chocamos el puño y después miro a Ortiz.

—Algún día me contarás todo, ¿no, sargento?

El suboficial, que se limita a dar una palmada al cabo que ha sido el técnico que ha manejado el dron, y que ahora se posa suavemente en el lugar donde partió hace apenas un cuarto de hora, me mira con una media sonrisa.

—En cuanto me den permiso, mi teniente —me responde.

—La verdad, Ortiz —le dice ahora Paones—, no nos la colaste. La teniente te cazó… —Sonríe con los ojos muy abiertos.

—Lo sé. Por eso me ordenaron retirarme. La verdad que no caí en que los cristales de la ventana eran dobles y que impedían escuchar lo que os declaré —nos confiesa encogiéndose de hombros —. Toda la vida preparándome para esto y me pillan por un tema tan burdo. —Respira hondo y vuelve a mirarme—. Felicidades por ser tan observadora, mi teniente.

—Teniente —la voz del capitán que manda el operativo me llama por el intercomunicador.

—Sí, mi capitán.

—Ya puede proceder. Los detenidos están asegurados.

—Muchas gracias. Vamos para allá. —Miro a Paones y Maite, y resoplo—. Nos toca.

Avanzamos los tres hacia la casa, junto con la comitiva judicial, que componen el Letrado de la Administración de Justicia de un juzgado de Bermeo, así como el juez titular de él. Nuestra juez Vega, intuyo que debido a la problemática de su puesto y a la ingente cantidad de trabajo que debía estar procesando en ese instante, ha delegado en su compañero. *Modo irónico en on, Mariloli.* Cuando la detención se realiza en una demarcación judicial distinta de la que investiga el asesinato, la policía judicial que actúa puede proceder bajo la coordinación o autorización del juez de guardia del lugar donde se produce la detención. Así se lo propuso *Darth Vaper* al juez de Bermeo, de nombre Ezpeleta, un tipo alto, fornido y campechano que con naturalidad y buena predisposición se encarga de todo. Eso sí, establecieron ambos togados, que se debía poner a los detenidos a disposición del juzgado territorialmente competente de forma inmediata. De esta forma, la juez Vega se libraba de viajar a Bermeo y la actuación de la comitiva judicial del juez Ezpeleta garantizaba la legalidad del procedimiento.

Además de los coches sin rotular de la Guardia Civil, varios de la *Ertzaintza* figuraban por allí. Quizá por ser antiguos miembros de ese cuerpo policial, la policía judicial comisionada para esta detención eran nuestros compañeros de La Salve y una sección de la UEI de Logroño venida para este caso ex profeso, y no los de la policía autonómica vasca.

Entramos en la casa, que olía a campo y a cerrada. Varios de nuestros compañeros de la Unidad Especial de Intervención, con sus uniformes oscuros, pasamontañas y subfusil, me recordaron a tiempos infaustos y funestos, donde la banda terrorista ETA asesinaba semanalmente a algún ciudadano —civil, militar, policía, magistrado, guardia o político—, pero que los tiempos actuales se

estaban ocupando de olvidar, con el beneplácito político del partido de mi madre.

En el salón, embridados y con caras de pocos amigos, Miren Górriz, con gesto desafiante y mirada hosca, Andoni Iriarte, más sumiso y mirando al suelo. Hay tres detenidos más. Los dueños del caserío y Mikel Garmendía, otro antiguo *ertzaintza*, que también estuvo en los hechos que denunció, en su momento, Lucas Zárate. Todo esto me lo fue comunicando, mientras avanzaba a nuestro lado, el sargento Ortiz, aunque este se cuida mucho de entrar en el caserío y se queda en la puerta.

—Buenos días —les dice Paones a los antiguos *ertzaintzas*. Nada a los dueños del caserío—. Miren Górriz, Andoni Iriarte y Mikel Garmendía, quedan detenidos por su implicación en un delito de homicidio o asesinato de Malena Morán y Lucas Zárate, a la espera de determinar su grado de participación. Con nuestros compañeros, también deberán hablar —les señala con el pulgar hacia los de Información que van con pasamontañas.

—Puto *txacurra* —masculla uno de ellos entre dientes.

Entonces lo miro, compruebo visualmente un detalle que, todavía más, me hace comprender que es el verdadero asesino de Malena y Lucas. Sonrío levemente y carraspeo. *Ahí tienes al cabronazo de la gasolinera y al que se cargó a estos dos, Mariloli*.

—Venga, arreando que nos espera un viajecito a Asturias. Ya tendremos tiempo de conocernos y de que nos piropees.

—Vete a tomar por culo —me suelta sin mirarme.

Le miro unos segundos. Tranquila, cerciorándome de que lo que vi en las fotografías, vuelve a estar presente delante de mis ojos. *Confirmado, Mariloli.*

—Hay que cambiarse de sudadera de vez en cuando. —Le miro con cándida expresión que hace sonreír, incluso, a Ezpeleta—. Venga, arriba con ellos —les indico a cuatro UEI que han permanecido a nuestro lado y que, con pocos miramientos, los levantan y conducen a la furgoneta que nos espera.

41
Posiciones y deseos políticos

Comandancia de Oviedo, Asturias
2 de diciembre. 21:13 horas

Hemos llegado a Asturias hace unos veinte minutos y el comandante Sobarriba nos ha indicado que antes de nada, debe hablar con nosotros.

—Buenas tardes, Barrena y Paones. —Nos dice mientras busca una hoja que no está mecanografiada y que son apuntes que ha debido ir tomando en otra reunión—. Llamo para deciros la razón por la que Información buscaba a Miren Górriz y todos los demás. Esto que os voy a decir, no hace falta resaltar que es confidencial. —Carraspea ligeramente y mira a la cámara—. Zárate denunció un caso de abuso policial por parte de unos *ertzaintzas* en agosto de hace dos años. La denuncia prosperó: hubo testigos, grabaciones de una cámara de un comercio cercano, un juez de instrucción valiente, una fiscal que cumplió su trabajo… Pero los políticos entorpecieron todo y el expediente quedó sepultado con patadas procesales que todavía continúan. Para salvar la cara, a los dos agentes se les abrió un expediente informativo que, por lo que sabemos, no llegó a nada. Uno de ellos era Miren Górriz. Sin embargo, y por si acaso, esos dos agentes expedientados, más otro, se acogieron a una excedencia especial y voluntaria por interés particular. En las manifestaciones y testificales, Zárate declaró que, durante la intervención, escuchó a los dos *ertzaintzas* hablar de un *paquete que había que entregar en San Francisco*, que es el barrio más conflictivo de Bilbao. A todo esto, la Unidad de Información de La Salve[17] llevaba meses investigando a una célula de apoyo logístico a presos de ETA y colaboradores radicales del independentismo. Creían que algunos

agentes autonómicos filtraban información o facilitaban movimientos. Cuando les llegó a sus oídos lo del *paquete de San Francisco* que testificó Zárate, contactaron con él y se ofreció a ayudar. Tenía acceso a ciertos ambientes de hostelería donde esa gente se movía. Durante año y medio, pasó información puntual, pero útil. Hasta que hace unos meses dejó de colaborar porque alguien debió sospechar y Zárate recibió amenazas indirectas. Un amigo suyo que le iba a dar trabajo en una hamburguesería se echó atrás. Otro le dijo que mejor que se fuera de Bilbao por una temporada… El asunto es que todo parece indicar que Górriz empezó a acosarlo. Llamadas, seguimientos. Iriarte, lo mismo, pero ni uno ni otro dejaron constancia de ello en mensajes o comunicaciones. Y el tercero en discordia, el tal Garmendia, parece ser que no tuvo nada que ver en esos acosos, pero nuestra gente de Información lo enlazó en asuntos de Górriz e Iriarte. En lo que se refiere al supuesto juicio que debería haberse celebrado, una vez que el expediente abandonó el de instrucción, se sepultó procesalmente la causa. Hubo rumores de que la *Ertzaintza* no hizo todo lo que debía por alguna presión política. En fin, que el tema ha quedado ahí. El caso es que lo que Zárate contaba a la gente de Información encajaba con una investigación abierta de una red de apoyo a jóvenes simpatizantes del independentismo radical y que volvían con la *kale borroka* a las calles, pegando a periodistas, haciéndose notar en los homenajes de etarras o recaudando dinero de comerciantes y empresarios para ayudar a esta gente. Una especie de impuesto revolucionario callejero. Y, como os podéis imaginar, algunos *ertzaintzas* estaban salpicados, pero no se tenían pruebas concluyentes. Cuando se investigó todo, nuestra gente de Información descubrió el entramado que antes comentaba, bajo una asociación humanitaria vinculada a presos de ETA y al entorno del radicalismo vasco. Las investigaciones siguieron, pero, de pronto, otra vez todo empezó a detenerse, a ralentizarse. En los juzgados no se avanzaba, los equipos encargados de la investigación eran desmantelados, no se recibían a tiempo los presupuestos, y los informes que se enviaban a la dirección se quedaban sin respuesta.

—Políticos… —murmuro.

—Eso es lo que pensamos y no hay que ser muy inteligente para darse cuenta de que todo va por ahí. En fin —respira profundamente el comandante—, que a nuestra gente de Bilbao les ha venido muy bien que Miren Górriz saliera en la investigación del asesinato de Malena Morán y Lucas Zárate, porque eso ha revitalizado todo. Y con un asesinato, ya es muy complicado detenerlo.

—Pues, mi comandante, esto va a detonar, ya.

—Sin ninguna duda —le contesta Sobarriba al sargento primero, cabeceando afirmativamente, con lentitud y cierta gravedad—. No solo por la asociación con el pequeño narco de Asturias, que habrá que probarlo, aunque esta gente tiene para cargar contra ellos…

—Pero un asesinato son muchos más años… —intervengo.

—Exacto, teniente. Y eso, quizás, haga que políticos a los que no les guste esta operación intenten detenerla… A pesar de que haya dos asesinatos por medio.

—No veo manera, mi comandante —le digo.

—Nunca se sabe con el poder judicial, Barrena.

—Procesalmente, está todo bien atado. Y las pesquisas son legales y conforme a las diligencias efectuadas.

—Lo sé, teniente. Alguno habrá que quiera anular lo que les implique en el juicio. Estos tres —se refiere a Miren, Andoni y Mikel —, no dejan de ser peones de un juego en donde hay dinero público financiando asociaciones y ONGs que dan trabajo a antiguos terroristas de ETA o miembros ya no útiles de partidos radicales vascos. Y hablo de varios millones de euros, más las implicaciones que se puedan sacar de asociaciones, empresas públicas de diputaciones forales o ayuntamientos…

Me quedo pensando en que, muy posiblemente, la juez Vega, al conocer mis orígenes y la posición de mi madre, se debatiría en oscilar entre su visión política de la justicia o su posición política propia. *Y me juego unas gafas y un par de relojes que ha ganado la propia, Mariloli*.

—Nosotros hemos cumplido, así que, mis felicitaciones.

—Muchas gracias, mi comandante —le contesto—. Como los detenidos han pedido asistencia letrada desde el inicio, y tenemos

todo bastante atado, mi sugerencia es que les dejemos dormir esta noche en el calabozo y que mañana, frescos, hablemos con ellos y su letrado.

—Descansad y a primera hora os ponéis con ellos. Al ser el nuestro el delito más grave los interrogaremos primero. Ya se pondrán de acuerdo los juzgados para el resto. Buen trabajo.

Cuando salimos de la reunión telemática estoy cansada. No me apetece cenar, pero debo comer algo, así que, me obligo a ir con Paones y Crespo, que van hablando, delante de mí.

Pero justo antes de entrar, tengo una llamada del capitán Cantelar, *El Tungsteno*.

—Dime, mi capitán.

—*Lolita*, ya tengo el informe completo del *Zippo*. El que encontramos en el coche abrasado. Te lo acabo de mandar por correo, pero te adelanto lo importante.

Es cierto, ni siquiera me había acordado del mechero encontrado en el coche robado y quemado, ya que me dijo que tardaría bastantes días en tenerlo.

—Te escucho.

—Es un *Zippo Armor*. Resistió el incendio porque ese acero aguanta hasta mil cuatrocientos grados y el fuego del coche no pasó de ochocientos. Grabado láser en el lateral: una corona de cinco puntas. Profundidad de medio milímetro. Bisagra fracturada previa al incendio, con oxidación antigua. Ese mechero llevaba un par de semanas o así roto.

—Seguramente no sospechaba que resistiría el fuego.

—Eso mismo creo yo, *Lolita*. Más cosas… —escucho el sonido de pasar unas hojas de papel—. Hemos analizado los residuos del depósito. Es combustible *Zippo* estándar, pero con trazas de cinamaldehído y eugenol. Aceite esencial de canela. Alguien aromatizó el combustible.

—¿Canela?

—Sí. Para el olor. La cromatografía de gases es inequívoca. Si encuentras una lata de combustible o un frasco de aceite de canela en los registros, podemos cotejarlo.

—Lo miro. ¿Algo más?

—Sí. Sangre.

—¿Sangre? —pregunto sorprendida.

—Confirmada en el grabado en forma de corona. Reacción positiva. Extrajimos muestras de las ranuras. ADN humano degradado pero analizable. Perfil parcial: doce marcadores. Probabilidad de error: uno entre siete millones.

—¿Doce marcadores?

—Doce. No es un perfil completo, pero sí sólido y suficiente para un tribunal. Las ranuras del grabado actuaron como microprotección. El fuego carbonizó la sangre superficial, pero en las hendiduras quedó material orgánico adherido, por combustión incompleta.

El corazón se me acelera, porque si tenemos un *match* de ADN con alguno de los detenidos, cerramos el círculo.

—¿Y tenemos coincidencia?

Escucho la risa algo desarmada del capitán.

—Te lo pongo en el informe. Nombres y apellidos.

—Voy a leerlo ahora mismo, mi capitán. Muchas gracias.

—De nada, *Lolita*. Suerte.

Colgamos, justo cuando me mira Paones.

—¿Algo interesante?

Le sonrío por respuesta porque quiero saber de quién se trata, así que abro el correo en el móvil. El informe de Cantelar está ahí, con todos los anexos.

> *Perfil genético parcial (12 marcadores STR) obtenido de muestras hemáticas en grabado del mechero Zippo. Cotejo con base de datos de referencia: COINCIDENCIA POSITIVA. Probabilidad de error: 1/7.142.857.*

Después de ese cálculo, un nombre. Me quedo mirando la

—Acabamos de cerrar el círculo —les digo justo cuando me siento con ellos en la mesa.

42
Match ball

Comandancia de Oviedo. Asturias.
3 de diciembre. 09:23 horas

El abogado, que se llama Jon Izaguirre, abre su maletín de cuero negro con esa parsimonia estudiada que deben enseñar en primero de Derecho, justo después de *Cómo Facturar Mucho Sin Pestañear*. Saca una libreta, un elegante bolígrafo *Mont Blanc* —por supuesto— y los coloca sobre la mesa como si fueran las tablas de la ley. Me mira con cierta condescendencia. Esta asignatura la ha debido cursar en el bufete. *Faltaste ese día a clase, Mariloli.*

—Quiero ver las pruebas que incriminan a mi defendido.

Bajo la mirada y ni siquiera levanto la vista de mi carpeta cuando le escucho. Paso una hoja, luego otra.

—Fotografías, grabaciones, indicios de diversa índole y hasta ADN, por la toma de muestras debido al artículo 363 de la Ley de Enjuiciamiento Criminal, con el consiguiente permiso de la autoridad judicial.

Lo miro un segundo mientras lo suelto de corrido, sin pausas. Como el menú del día en un bar de carretera. El ceño del abogado se frunce. Respira molesto con alguna ofuscación.

—Recurriremos si no nos muestra esas pruebas, teniente. Esto no es un juego. —Su gesto es pomposamente serio.

—Lo sé. Y también que es muy libre de perder su tiempo y de cobrárselo a precio de oro a su detenido. —Al instante sonrío pero sin prestarle mucha atención.

Cierro la carpeta. Ahora sí le miro directamente al abogado. Que vea que me importa un bledo su recurso. Abre la boca para protestar pero ya he girado la cabeza hacia Andoni Iriarte. El tipo está sentado ahí como un mueble mal colocado. Manos sobre el

regazo, mirada perdida en algún punto de la pared que debe de ser fascinante. Pelo revuelto, barba de dos días, camiseta gris que ha visto tiempos mejores. Tiene esa inmovilidad de quien ha decidido convertirse en estatua. Paones pulsa la grabadora.

—Señor Iriarte, ¿conoce a Malena Morán?

Dejo caer la pregunta como quien suelta un martillo sobre un yunque. Silencio. Andoni no abre la boca. No mueve un músculo. Ni un parpadeo. Paones, a mi lado, tiene los brazos cruzados y el gesto de quien está viendo una película cuyo final ya conoce. No hay prisa en su postura. Solo la paciencia infinita del profesional que sabe que el tiempo juega a nuestro favor. Le hago una señal para que muestre las fotografías en donde se le ve con *El Nano* y Miren Górriz en un bar en Bilbao.

—¿Y a Lucas Zárate? ¿Tuvo algún altercado con él?

Nada. El abogado garabatea algo en su libreta. El bolígrafo araña el papel con un sonido que llena el silencio. Entonces Paones le muestra las dos denuncias que les puso Lucas Zárate a Miren Górriz y a Andoni Iriarte. La primera por extralimitación en el uso de la fuerza y la segunda por acoso e intimidación.

—¿Estuvo en Tapia de Casariego la noche del siete de noviembre?

El abogado deja de escribir. Levanta la vista hacia su cliente. Luego hacia mí. Vuelve a la libreta. Retoma su garabateo. Me pregunto cuánto le estará cobrando por hora. Silencio otra vez.

Paones me pasa un nuevo documento de una carpeta. Abre esta y vuelve a desplegar más imágenes. La hoja que ha dejado sobre la mesa es una fotografía ampliada de una gasolinera. En ella se ve a un hombre de espaldas, con una sudadera oscura, pagando en el mostrador. La calidad de la imagen no es excelente, pero se distingue lo suficiente.

—¿Quién es esta persona, señor Iriarte?

Mira la fotografía. Su respiración se acelera, pero sigue sin decir nada. Paones me pasa otra imagen, donde ya se ve a esa persona de cara. Y ese rostro, aunque no sea meridianamente claro que es el de Andoni, induce a que, en efecto, es él.

—Yo diría que se parece mucho a usted. Y lo interesante es que esta persona pagó con la tarjeta de Malena Morán. Cinco euros con cincuenta y cinco céntimos, exactamente.

Izaguirre se inclina sobre la fotografía, entornando los ojos.

—Ese no es mi cliente —me dice mientras yo sonrío.

—Tenemos una grabación bastante más limpia, letrado. Pero además, cuando se comete un asesinato, lo mínimo es deshacerse de la ropa. Pero parece que le gustaba ponérsela. —Le señalo la imagen en la que se le ve igualmente vestido en la fotografía con Miren y *El Nano* en Bilbao, y que es la que me hizo intuir quién era el asesino cuando nos la mostró Míguez en su ordenador—. Esta sudadera la tenemos, señor Iriarte. La hemos conseguido en el registro que se ha efectuado en su casa. Y, qué casualidad, tiene los mismos roces y rotos que aquí aparecen —Paones saca una fotografía con ese detalle y la deja en la mesa—. Yo diría que es la misma, señor Iriarte. —Me detengo y lo miro de nuevo—. ¿Quién le acompañó?

Andoni parpadea. Una vez. Dos. Pero su boca permanece herméticamente cerrada. Tiene la mandíbula tensa. Está conteniendo algo. Miedo, rabia, pánico. Quizá las tres cosas. Paones se rasca la barbilla con calma y lleno de parsimonia le señala dos fotografías que se han conseguido tras las declaraciones de Yoel. Son grabaciones de tráfico, tanto en las inmediaciones del casco urbano de Tapia, como de la carretera.

—Se le ve bastante bien… —tamborileo con mi dedo en una de ellas—. Yoel Herrera también está detenido…

Le miro a él. Compongo un gesto serio y dejo que pasen unos segundos. Luego suspiro teatralmente.

—También se ha encontrado su ADN en la casa de *El Nano*. Que, por cierto, está detenido y si tiene la esperanza que haya cantado menos que un pollo al horno, ha sido al contrario. Parecía Bisbal en un concierto —le miento, porque nosotros no lo hemos interrogado. *Pero eso, Mariloli, él no lo sabe.*

Andoni me mira y luego a las fotografías como si fueran granadas de mano. Su rostro palidece hasta un tono grisáceo.

—¿Por qué mataron a Lucas y Malena?

Dejo la pregunta en el aire. Sin énfasis dramático. Sin golpes de efecto. El abogado se remueve en su asiento.

—Teniente…

—¿Quién disparó la escopeta? —insisto cortante.

Hablo por encima de él. Sin alzar la voz. Como si no hubiera empezado una frase. Porque francamente, me importa muy poco lo que tenga que decir. Silencio, de nuevo. Andoni tiene la mandíbula apretada ahora. Ya no lo disimula. La tensión le recorre toda la cara. Está empezando a agrietarse. Como esas grietas finas que aparecen en una pared antes de que se derrumbe.

—Esto termina aquí. Mi defendido declarará ante la autoridad judicial, no ante dos guardias civiles que solo intentan involucrarle en algo que no ha cometido.

Lo dice con suficiencia que me provoca urticaria. Con ese tono de superioridad moral de quien cree que acaba de jugar la carta definitiva. No respondo. Me limito a mirarle durante tres segundos.

—Como quiera, letrado. Tal y como pedía, le hemos enseñado pruebas bastante concluyentes de los motivos por los que su defendido está detenido. —Miro ahora a Andoni—. Si me permite una opinión, tiene usted un grave problema, señor Iriarte. Tenemos pruebas que lo sitúan en el lugar del crimen. Pruebas que lo vinculan con la logística del asesinato. Y pruebas que demuestran que usted, el señor Garmendia y la señora Górriz, trabajaron juntos para matar a dos personas inocentes.

El abogado va a hablar de nuevo, cuando el móvil de Paones vibra en su bolsillo. Lo saca y lee la pantalla. Sus labios se curvan. No es una sonrisa amplia, pero sí el gesto de satisfacción contenida del jugador de póker que acaba de ver cuatro ases en su mano. Gira el teléfono hacia mí. Lo leo y sonrío. Más que el sargento primero. No puedo evitarlo.

—Tenemos *match* —dice Paones en voz baja.

—Un *match ball*, más bien —completo.

Y miro con dureza metálica al abogado durante tres larguísimos segundos. De inmediato, nos levantamos ambos al mismo tiempo. Recojo mi carpeta con calma, sin prisa.

—Puede regresar al calabozo —digo mientras—. En breve le llevaremos al juez. A Tapia de Casariego.

El abogado abre mucho los ojos. Parpadea y procesa.

—¿Qué? ¿Qué ha pasado? ¿Qué acaban de recibir?

Paones y yo nos miramos. Me detengo cuando ya estoy abriendo la puerta y sonrío, amplia y tranquilamente.

—Su defendido debería cuidar el tema de la caspa.

PRIMER EPÍLOGO

El resto de los interrogatorios dieron mucho juego, y era de esperar. Miren Górriz y Mikel Garmendia optaron, en un primer momento, por callar ante nuestras preguntas.

Con referencia a Iriarte, teníamos un culpable muy sólido y como nos temíamos, ante la avalancha de indicios en su contra, Andoni habló largo y tendido con su abogado en las horas siguientes. Tal y como previeron Maite y el sargento primero Paones, menos de cuatro horas después, Andoni pidió volver a declarar. A través de su abogado solicitó ampliar su declaración, sospechando que el resto lo iba a utilizar como tonto útil al que endosarle todo. Así que, adujo en su segunda declaración que, aunque él estaba en la casa —irrefutable por la presencia de su ADN en las motas de caspa en el cadáver de Lucas Zárate—, nos explicó que no disparó. Que fue Mikel, que también le acompañó a la gasolinera, y se puso nervioso, disparando la escopeta, tanto a él como a ella.

Nos dijo que su caspa estaba en el cuerpo de Lucas, porque hubo un forcejeo previo entre el asesinado y él, pero que no llegó a mayores. Incluso, nos detalló que intentó aplacar a Mikel, visiblemente nervioso. A mi juicio, podría ser verdad, porque eso explicaría las motas de caspa. Si tuviera que apostar algo, sí pudo existir ese forcejeo, pero también que fue él quien disparó. Iriarte tenía más experiencia, cuajo, y su perfil psicológico era más violento y resolutivo que el de Garmendia, novato, sumiso y manipulable.

El hecho de pagar con la tarjeta de la asesinada fue un error mayúsculo y de principiante. Explicó que cogieron las carteras pensando en que podrían simular un robo una vez ocurrieron los asesinatos, pero que de inmediato, y ante el temor a que los ruidos de los disparos los hubiera escuchado alguien, cogieron el coche con el que habían venido y salieron de allí. El pago con la tarjeta fue

debido a que no llevaban carteras ni móviles, porque los habían dejado en Bilbao para que no pudieran relacionarlos con las muertes de Lucas y Malena. Pero que debían realizar el aviso mediante pago en la gasolinera. En este punto, tanto Paones, Crespo como yo, no tuvimos clara la relación entre los tres antiguos *ertzaintzas* y la necesidad de hacer ese pago. Salvo, claro está, que de alguna forma la red de extorsión de *El Nano*, *Yoel* y *Pacorro*, fuera imprescindible o hubiera colaborado, hasta el punto de recibir algún pago o beneficios. Y aquí nos surgieron dos teorías. La primera, que hubiera dinero o droga de por medio y que ese paso de ir a la gasolinera y realizar el pago fuera necesario para liberarlos, uno u otro. La segunda era que el hecho de que *El Bicho* hubiera desaparecido tras quedar con Malena, hizo que sus colegas, *El Nano*, *Pacorro* y *Yoel*, aprovecharan la circunstancia para ordenar asesinarla. Eso nos dejaba la duda de la implicación directa de, por ejemplo, *Pacorro*. La opinión de Crespo, Paones y yo era que se trataba de una mezcla de ambas. Había un dinero de por medio de la persona interesada en terminar con la vida de Zárate y, de paso, liquidaban a quien ellos suponían que había hecho desaparecer a su amigo y compañero de fechorías. Los de Información de Bilbao llegaron hasta a un diputado foral de un partido radical independentista y antiguo etarra, como la persona que estaba detrás de todo aquello, aunque para inculparle, y según nos confesó Ortiz, iban a tener que sudar tinta todavía.

Con todo lo que teníamos, y que Andoni había confesado en contra del resto, el letrado defensor de Mikel pidió declarar otra vez al tenor de lo que le dijimos, y rebatir completamente lo dicho por Andoni Iriarte. Según él —también Mikel se volvió repentinamente muy locuaz—, nos detallaron que fue Andoni quien disparó, que las órdenes provenían de Miren y que Mikel, por un error de apreciación, pensó que solamente darían un susto para que Lucas dejara de testificar o ayudar a la Guardia Civil de Vizcaya. *Poco más o menos, que él pasaba por allí, Mariloli.* Y debo decir que, a tenor de los indicios que mostrábamos, él era el que menos involucrado salía. Salvo su propio testimonio y el de sus compinches, apenas teníamos un par de imágenes de él por la zona. Nos ayudó a situarlo en la trama el mismo Yoel, que viendo que se aclaraba que él no

había sido el asesino, empezó a cantar como un canario en primavera. No solo nos dijo que los tres estaban relacionados, sino que le obligaron a que le dejara su móvil a Andoni para que se le situara en el lugar del crimen. Por suerte, los tres antiguos *ertzaintzas* desconocían que tenía otro teléfono operativo.

El hecho de que Andoni tuviera su móvil obedecía también a una segunda cuestión, y era tan simple como tener comunicación con Miren o quien fuese, al haber dejado ellos sus respectivos en Bilbao ese día, para que no se les posicionara en Tapia de Casariego. Un limpiado de la carcasa y de la funda poco efectivo, y que siempre se cometen errores, nos indicó que ese móvil de Yoel lo tuvo en sus manos Andoni y que esa noche estaba en Tapia de Casariego. El cubano, gracias a su otro teléfono, podía demostrar, junto con dos testimonios —el del dueño del bar del puerto de Gijón y uno de sus camareros—, que estuvo en el puerto a la hora del asesinato.

Miren, por su cuenta, se intentó zafar de todas las acusaciones de sus compañeros, argumentando que se limitó a estar en la zona y que ni sabía ni tenía el más mínimo conocimiento de los planes de ambos. Que ella, muy al contrario de lo que decían, era ajena a sus chanchullos con *El Nano* y que se desvinculó tiempo atrás de todo lo relacionado con Lucas Zárate. Las fotografías de ella junto al narco asturiano, Andoni y Mikel, desacreditaban su versión, así como el uso de un nombre falso en su estancia en Tapia de Casariego o la matrícula de la moto que alquiló, también con ese nombre falso. Es cierto que solo podíamos situarla en Tapia de Casariego la misma noche del crimen, por la testifical de Manuel Cortés, y con casco, por lo que, en realidad, no estaba identificada. Lo que no llegamos a entender fue la razón por la que regresó a Tapia de Casariego días después del crimen. Mi opinión es que debía rematar los acuerdos entre ellos, relativos a la droga, y a Yoel, para que este no se fuera de la lengua. Incluso, llego a pensar, que es la que le induce a salir de allí y le convence al *Nano* para que le hiciera hueco en el *Marvia*. La agencia de detectives en la que supuestamente trabajaba resultó ser una mera tapadera de blanqueo de dinero. Pero de eso se encargó la *Ertzaintza*.

A las setenta y dos horas, tal y como establece la ley, los llevamos a la juez Manuela Vega. Debo confesar que sentí una ligera aprehensión y algo de temor, cuando la vi de nuevo en su estrado, mirándome en algún momento casi de soslayo y temiendo que los soltara con alguna cuestión jurídica en la línea de su excesivo garantismo. De hecho, los abogados defensores, que sin duda se informaron de ello, lo intentaron. Pero para mi sorpresa, no solo no lo hizo, sino que ponderó nuestra actuación de forma contundente. Cuando terminamos la vista y se llevaron detenidos con prisión incondicional a los tres antiguos *ertzaintzas*, se limitó a felicitarnos, con un gesto adusto y serio. En un aparte al que me llevó, y con una mínima sonrisa, se dirigió a mí.

—Dé recuerdos a su madre, teniente. —Compuso un gesto de afabilidad, mínimo, pero visible—. Y enhorabuena —añadió ya casi girada de espaldas y con los bajos de la toga volando por la energía de sus pasos.

Yoel quedó en libertad condicional bajo fianza. Colaboró en casi todo, incluso en lo referente al *Nano*, aunque ese tema ya pertenecía a la gente del capitán Míguez, que consiguieron un más que merecido éxito en la aprehensión de casi cuarenta kilos de cocaína, doce detenidos y el precinto de dos barcos pesqueros que les hacían de transportistas marítimos —uno de ellos el *Marvia*—, la localización de dos guarderías[18], varios vehículos y el registro de un despacho de abogados y dos empresas que actuaban de tapadera para el blanqueo de dinero.

Los dueños de la gasolinera fueron investigados, lo mismo que el empleado de ella, David Romero, pero no se les pudo demostrar otra cosa que pasividad o poca diligencia en su gestión. La red de extorsión, en la que sí se incluyó al *Nano*, *Pacorro* y Yoel, se desarticuló y siguió los pasos procesales pertinentes.

Los dueños de la plataforma de contenido para adultos también fueron investigados por nuestros compañeros de la Comandancia de Asturias, en lo referente a temas fiscales y laborales. Sus abogados se sorprendieron de que la autoridad judicial fuera una mujer y que

no atendiera al nombre de Míguez. Pero eso, tanto Paones como yo, y el capitán, lo dejamos correr sin darnos por aludidos.

—Nos debéis una fabada… —Se echó a reír Míguez, tal y como él hacía, de esa forma tan peculiar.

—Mejor, y para seguir la tradición, verdinas, mi capitán.

—Pues *ye* verdad…

Y las tomamos, y las pagué yo; disfruté esta vez de ellas, pero al día siguiente me metí sesión doble de gimnasio y salida a correr. *Tu puñetera tallita treinta y seis, Mariloli, y los sacrificios que exige.*

SEGUNDO EPÍLOGO

La puerta se abre y entra *Pacorro* escoltado por un guardia. Es alto, fibroso, de mirada oscura y torva, patillas largas que le llegan al inicio de unas quijadas angulosas. Tiene aire de gimnasio y productos capilares caros, aunque no terminan de ocultar que es un tipo de medio pelo. Vaqueros ajustados, camiseta negra ceñida y camisa verde militar abierta por encima. Marca bíceps trabajados con esmero pero sospecho que con poco cerebro detrás. Tatuajes en los antebrazos, pelo negro y peinado hacia atrás, aunque las horas de calabozo se lo han dejado desordenado y sin la gomina que sabemos que usa. Me mira y coloca una sonrisa de quien cree que todo esto es un trámite menor.

Detrás de él entra su abogado. Lleva un traje gris marengo, camisa azul cielo con cuello blanco, corbata granate con nudo *Windsor* tan gordo que parece que sufre de anginas inflamadas. Pelo rubio peinado con raya lateral perfecta, gafas de pasta con cristales, aunque me fijo que son sin graduar, un complemento estético. Se mueve como si estuviera en una pasarela, no en un cuartel de la Guardia Civil. Lleva un maletín de piel que deposita sobre la mesa como si fuera a presentar el caso del siglo.

Hasta hace unas horas, nuestra única sospecha de que él estaba implicado era que los tres antiguos policías vascos habían pagado los cinco cincuenta y cinco en la gasolinera, por lo que su implicación —él, *El Nano* o Yoel— debía ser necesaria. Ya sabíamos que el capitán Míguez, sí podía probar la asociación de *Pacorro* con *El Nano*. Y que los tres *ertzaintzas* estaban dispuestos a colaborar para expandir la red de narcotráfico en algunos puntos de Vizcaya, principalmente. Aunque los detalles más concretos, ya no los conocí.

—Buenas tardes —les saludo sin ninguna inflexión ni levantarme de la silla.

El abogado me tiende la mano con una sonrisa de anuncio de blanqueamiento dental.

—Íñigo Larrañaga, letrado del señor Francisco Cruz Barquero. Encantado.

Se la estrecho brevemente. Tiene la mano blanda y la piel suave, de cuidados cosméticos.

—Teniente Barrena. Ella es mi compañera, la cabo Crespo.

Pacorro se sienta, cruza las piernas con descaro, apoya el codo en el respaldo de la silla. Su abogado se acomoda a su lado, saca del maletín una libreta *Moleskine* negra y una tableta cubierta por una funda de piel. Todo en él grita dinero mal gastado. Estoy cansada, porque llevamos varios interrogatorios y el día ha sido complicado por todas las diligencias que hemos tenido que practicar e informes que rellenar. Pulso la grabadora y respiro hondo. No quiero perder mucho tiempo.

—Señor Cruz Barquero, está usted detenido como presunto cómplice de un delito de asesinato y otro de daños por incendio intencionado. ¿Entiende lo que le digo?

—Sí —responde con voz ronca.

—Perfecto. La madrugada del siete de noviembre fueron asesinados Malena Morán y Lucas Zárate en Tapia de Casariego. Horas después, el coche usado por los asesinos, robado esa misma tarde en Gijón, apareció quemado. ¿Sabe algo de esto?

Pacorro se rasca la barbilla con aire aburrido.

—Lo que salió en las noticias.

—¿Conoce a Lucio Fernández, alias *El Nano*, a Roberto Gómez, al que llaman *El Bicho* y a Yoel Herrera?

—De vista.

—¿De vista? —Repito, mientras Maite saca una fotografía y la coloca sobre la mesa. Es la imagen de la fiesta: *Yoel*, *El Nano*, *El Bicho*, *Pacorro* y un varón más, al que se ha identificado, pero que no tiene ningún interés en nuestra investigación—. Una fiesta en que se grababa sin consentimiento a otras personas. ¿Sigue siendo de vista?

Pacorro mira la foto sin inmutarse.

—Vale, la conocía algo más. No es delito.

—Claro que no. Pero esas personas, todas ellas, salvo Roberto Gómez, están detenidas y han testificado que con usted tenían una relación cercana. —Antes de que el abogado proteste, que le veo con cara de intervenir, saco otra fotografía. El *Zippo* ennegrecido en su bolsa de pruebas—. ¿Reconoce esto?

—Es un mechero.

—Es un *Zippo Armor*. Acero cepillado. Encontrado en el *Peugeot 206* robado y que apareció quemado. ¿Lo reconoce?

—No.

—¿No? Mire bien. Aquí hay un grabado. Una corona. Cinco puntas. ¿Le dice algo?

Pacorro niega con la cabeza. El abogado, ahora sí, tras un carraspeo que pretende ser casi nobiliario, interviene ajustándose las gafas que no son de ver. *Menudo cretino, Mariloli*.

—Teniente, un mechero con una corona no vincula a mi cliente con nada.

—Tiene razón, letrado —admito—. Un mechero solo, no. Pero esta corona es la misma, exactamente igual, que la que grabó en el *Zippo* nuevo que adquirió hace unos días.

—Eso tampoco prueba nada. Es una… simple casualidad.

Entonces, con una medio sonrisa, que también coloca Maite Crespo, la cabo saca otra imagen. Es la del *Zippo* nuevo hallado en el registro.

—Este lo hallamos en su mesilla de noche. *Zippo Armor*, acero cepillado. Comprado en *Amazon* el ocho de noviembre. Un día después del asesinato. Factura a su nombre. Cincuenta y dos euros con cuarenta y cuatro céntimos.

—Sigue sin ser concluyente —interviene nuevamente el abogado, con una media sonrisa, mirando a su defendido, intentando transmitirle tranquilidad.

No se esperan todo lo que tenemos, Mariloli.

—Este tiene una bisagra fracturada. Aquí. —Señalo con dos golpecitos de mi dedo índice derecho la imagen ampliada del *Zippo* encontrado en el coche carbonizado—. Rota antes de que el coche ardiera. El análisis metalúrgico lo confirma: oxidación antigua en la grieta. Un par de semanas, quizá.

Crespo me pasa otra imagen.

—La publicación de *Instagram* —dice la cabo fríamente, mirando a *Pacorro* y al abogado.

—Tres de noviembre. *La Galga*, Luarca. En el vídeo usted hace trucos con un *Zippo*. Y dice, cito literal: *Lo voy a tener que jubilar, está jodido, ya no abre bien, pero a pesar de todo, soy un crack*. —Levanto la vista—. ¿Le suena ahora?

Pacorro aprieta los labios.

—Mi cliente ha tenido varios mecheros —vuelve a hablar el abogado con petulancia, pero algo menos de seguridad.

—Claro, estoy segura. Pero este es un *Zippo Armor* como el del coche quemado. Y al parecer con la bisagra rota. Como el del coche quemado. Y usted dice que lo va a jubilar cuatro días antes de que aparezca en la escena del crimen.

El abogado abre las manos teatralmente.

—Eso tampoco prueba nada.

Pacorro se encoge de hombros.

—Yo no sé nada de ese *Zippo* —me dice con una sonrisa retadora, señalando con la barbilla la fotografía del mechero en la bolsa de pruebas.

Aparenta tranquilidad, pero el movimiento compulsivo de su pie derecho le delata. No tiene todas consigo. Seguramente, ni se imaginó que el *Zippo* pudiera sobrevivir al incendio.

—Muy extraño. —Me quedo mirándolo con expresión condescendiente—. La cabo tiene algo más que le interesa. —Crespo me da un nuevo papel, que cojo y hago que leo unos segundos para retardar lo que voy a decir. Me interesa crearles nerviosismo—. El problema es que ese *Zippo* —apunto a la fotografía del encendedor encontrado en el coche carbonizado— tiene su sangre.

Se hace un silencio fragoso, muy condensado. El abogado parpadea y mira a su defendido.

—¿Perdón? —pregunta con extrañeza.

—Sangre de su defendido, letrado. En la corona.

El abogado se inclina hacia adelante.

—Eso es imposible. El fuego destruye el ADN. —Ya no hay petulancia ni engreimiento. Solo, y lo noto claramente, nervios e

intranquilidad.

—Letrado, no siempre. En ese mechero se ha encontrado ADN degradado pero analizable. Doce de dieciséis marcadores coinciden con el señor Cruz Barquero. —Enlazo las manos a la altura de la barbilla y compongo un gesto buscado y ensayado de falsa inocencia —. Las ranuras del grabado láser tienen hasta medio milímetro de profundidad. Eso ha actuado de microprotección. Probabilidad de error: uno entre siete millones.

El abogado entrecierra los ojos pero no responde. Crespo, ante el gesto atónito de *Pacorro*, interviene nuevamente, sin dar oportunidad a réplicas ni a nuevos comentarios.

—También está la compra de combustible.

—Ah, sí. —Saco el ticket—. Estanco de Luarca. Cinco de noviembre. Dos días antes del asesinato. Lata de combustible *Zippo*. Cuatro euros cincuenta. El estanquero lo recuerda.

Pacorro respira hondo.

—Compré combustible para mi mechero. Eso no es delito.

—No. Pero sí lo es cuando ese combustible coincide químicamente con el del coche quemado. Usted, además, le pone aromatizante de canela. Entiendo que un par de gotas por recarga. La cromatografía de gases no miente, señor Cruz. Noventa y ocho coma siete por ciento de coincidencia con lo que se encontró en el registro domiciliario de su vivienda.

El abogado se revuelve ajustándose la corbata como si le ahogara.

—Teniente, todos estos análisis estarán convenientemente realizados y la cadena de custodia…

—Sí, no se preocupe de eso, letrado —le atajo con calma.

—De todas formas, nada es concluyente.

—Según se mire, letrado. Uno —voy extendiendo mis dedos de la mano derecha—, su cliente conocía a la víctima y al entramado de extorsión. Dos, participaba en el sistema de códigos de la gasolinera, según testimonio del empleado. Tres, se comunicaba con Miren Górriz, como hemos podido comprobar en uno de sus terminales telefónicos. Cuatro, tenía un *Zippo* que aparece en el coche quemado. Cinco, compra un *Zippo* nuevo al que graba con el mismo

dibujo que el encontrado en el coche carbonizado. Seis, el acelerador del incendio del vehículo es compatible casi al cien por cien con el usado por su defendido. Siete, su sangre está en el *Zippo* quemado. Ocho, tres cómplices lo señalan directamente. —Hago una pausa—. Yo creo que a un jurado todo esto le va a parecer muy concluyente.

El abogado se tensa. Crespo disimula una sonrisa en su libreta y *Pacorro* se pasa las manos por la cara. Y yo veo que me queda poco para terminar el día de interrogatorios.

—Yo no maté a nadie —dice nuestro detenido con desgana y un gesto de confusión e inquietud.

—Señor Cruz, hace ya un tiempo que terminé mi carrera de Derecho, por lo que no creo que le pueda recitar la literalidad del artículo 28 del Código Penal. Pero, sí le puedo decir que define a los autores de un delito, estableciendo que son quienes lo ejecutan por sí solos, pero también utilizando a otro como instrumento. Y de igual manera, aquellos que inducen directamente a cometerlo o quienes cooperan con un acto esencial para su realización. Esto abarca a los autores directos, coautores e inductores. ¿Es así, letrado?

El abogado levanta un dedo intentando recuperar la compostura.

—Teniente, esto es absolutamente…

—Señor Cruz, sus compañeros ya han hablado —obvio lo que fuera a decir—. Ya han dado nombres. El único que puede salir algo mejor parado es quien colabore. Quien ayude a esclarecer quién dio la orden, quién pagó. Porque los que dispararon van a caer seguro. La pregunta es: ¿usted quiere ahorrarse unos años?

El abogado protesta.

—Teniente —me dice ampulosamente—, necesito hablar con mi defendido sobre todo esto.

Le miro complacida, porque ese era uno de los objetivos. Que *Pacorro*, ante la avalancha de indicios y pruebas, declare y *cante la Traviata si es necesario, Mariloli*. Me levanto recogiendo la carpeta y asintiendo.

—Por supuesto. Tiene todo el derecho del mundo. —Miro a *Pacorro* directamente—. Piense en una cosa: sus amigos ya están

hablando. Y alguno le querrá endosar todo este circo. No lo dude.

Salgo de la sala con Crespo detrás. Cuando cerramos la puerta, la cabo me mira y sonríe.

—En una hora estamos dentro otra vez.

—Eso creo, Maite. Estoy reventada y quería irme ya a descansar, cosa que el letrado de la corbata gorda y las gafas sin graduar no me va a conceder. —Respiro con hondura—. Pero si conseguimos que declare, es un tanto gordo a nuestro favor. Hemos hecho un buen trabajo, Maite.

TERCER EPÍLOGO

El objetivo fue, siempre, Lucas Zárate. Malena Morán, a pesar de sus actuaciones en el mundo del porno, de sus trampas fiscales y de que no le pagara debidamente a Yoel, fue una víctima secundaria, aunque suene espinoso el concepto. A nuestro juicio y a tenor de los indicios, *El Nano*, *Pacorro* y en menor medida Yoel, aprovecharon la situación y la decisión de terminar con Zárate por los antiguos *ertzaintzas*, para asesinarla.

Todo se orquestó a través de Miren y del peligro que suponía que la caída de esos antiguos *ertzaintzas* pusiera en notorio riesgo todo un entramado de asociaciones y ONGs afines a la izquierda radical abertzale. En ella se daba trabajo —simulado, generalmente — a simpatizantes y antiguos presos etarras, junto con políticos de segundo orden de ese entorno político. En total, sumadas subvenciones estatales y donaciones particulares, se trataba de más de diez millones de euros. Lo que no pensaron los políticos que sacaron tajada de esto fue que estos tres antiguos servidores de la ley se pasaran al lado oscuro.

Hubo un par de amagos de presión política para que la fiscalía no actuase o la instrucción se paralizara. Pero todo quedó en conatos y tentativas que no terminaron de arrancar. Dos asesinatos y la participación en una red de narcotráfico, aunque no de gran escala, eran motivos suficientes como para que aquello no prosperase. Mientras el embrollo se situaba en las denuncias de un joven chef, se pudo diluir o retrasar al máximo el tema. Y por eso, nuestras indagaciones en cuanto al asesinato de Lucas Zárate y Malena Morán empezaron a ser interesantes, los de Información se pusieron las pilas y la jefatura de la Benemérita vio acertado que se prosiguieran las investigaciones. Eso sí, supimos tiempo después que algún mando demasiado afín a la política y a los gobiernos en el

poder preguntó más de la cuenta y deslizó alguna insinuación sobre la conveniencia o no de que se les acusara de temas de narcotráfico. Todo por el fin de la gobernabilidad del país, por supuesto. Duró poco aquello. Y buena prueba de que el aspecto político quedó orillado fue la fiesta de cumpleaños de mi madre, a la que acudí. Lo mismo que mi hermano con su mujer, aunque ellos, fingiendo una urgencia con uno de los niños, se marcharon a la hora y media larga de hacer acto de presencia. Miré a mi hermano cuando me dijo que uno de sus hijos, el mayor, y del que yo era su madrina, se había puesto malo con casi cuarenta de fiebre.

—Miente mucho mejor tu mujer que tú, hermanito… —le susurro cuando se despide de mí, sonriéndome.

—Que disfrutes de la función, de los canapés y los cotilleos… Ya me contarás —me contesta en medio del abrazo.

Nosotros sí nos quedamos, porque fui acompañada, lo que sorprendió a mi madre, aunque no sé todavía si positivamente o no. Pegó un buen repaso a mi acompañante y, aunque solo fuera en lo físico, debió parecerle acertado. Dudo que en lo demás. O posiblemente, lo puso en cuarentena.

Debo confesar que no me lo pasé mal, que mi acompañante fue agradable, más de lo esperado y que me hizo sonreír en varias ocasiones con chascarrillos y comentarios ingeniosos. Incluso se permitió el placer de hablar, aunque someramente, con algún ministro y político de la cuerda de mi madre. Por un momento pensé que era de un pensamiento similar a ella. Aunque yo, sinceramente, creo que las lealtades de mi poderosa madre no van por un partido político, sino por afinidades y apuestas personales. En su caso, del Vicepresidente Primero del Gobierno.

—Es mono —me dice señalando con la barbilla a mi acompañante en el momento que se acerca a mí.

—Nunca he tenido mal gusto.

—Eso es verdad. *Manu* era muy guapo.

—Sí. Y lo sigue siendo, mamá. —Se hace el silencio entre ambas—. Pero no pienses que voy a volver con él. No le perdono su infidelidad.

Sé que aquello le debe hacer mella, porque la sonrisa que me dedica se queda algo seca y tiesa. Por un lado me siento mal porque no puedo evitar lanzarle esas indirectas, pero por otra, me digo a mí misma que se las merece. Lo que ya no sé es, si pasado tanto tiempo, merece la pena ahondar o hurgar en la herida. Sobre todo cuando mi padre es el que menos lo hace. En fin, no deja de ser una parte más de la relación especial y discontinua que mantenemos mi madre y yo.

—Me ha dado recuerdos para ti la jueza de instrucción de Castropol —comento casi de forma candorosa, y mientras mi madre bebe un sorbo de su copa de cava.

El champán, que tanto le gustaba en otros tiempos, parece que ha quedado oficialmente retirado, mientras el partido de mi madre tenga acuerdos y sostenes políticos mutuos con los catalanes, aunque fueran —nominalmente— separatistas y unos verdaderos artistas en vivir de pedir la independencia, pero no en trabajar para alcanzarla.

—Le mencionaste que eras hija mía, ¿no?

Aquella pregunta de mi madre me ruboriza y siento que la pulla que yo le he lanzado antes me es devuelta de una forma que solo los políticos de verdad saben hacer. Y mi madre, sin ninguna duda, es una veterana aventajada de ello.

—No lo recuerdo… —intento desviar el tema, no sé si con acierto o no, porque no vislumbro nada en el gesto de mi madre, aunque finalmente, me sonríe. Quizá porque sabe lo que dije o por orgullo de que, aunque fuera de aquella manera, hiciera uso de ella y de su persona.

—Al final ha entrado en política.

—Algo me dijeron —le contesto—. Parece que andaba en conversaciones con vuestros socios de más a la izquierda.

Mi madre se lleva de nuevo la copa a los labios y me sonríe de una forma que me hace pensar en que, como siempre, me falta información o que me estoy perdiendo algo.

—Será alcaldesa. Es buena —dice elevando un poco las cejas y saludando desde donde estaba conmigo a alguien algo alejado en el salón de su buena casa en Conde de Orgaz.

—No creo que tenga suficientes votos con ese partido.

Mi madre vuelve a mirarme mezclando un brillo de ternura y de frialdad metálica. *Te faltan datos, Mariloli…*

—Será alcaldesa, porque se presentará por el nuestro. —Manifiesta al fin tras varios segundos de silencio.

Y tras esta confesión, donde me queda demostrada, una vez más, que los intereses políticos tienen mucho de personal y poco de comunal para el ciudadano de a pie, me digo que ya he estado suficiente tiempo y que me apetece tomar una copa con mi acompañante. A fin de cuentas, me lo merecía, aunque esta vez, no iba a caer rendida en sus sábanas. *Mariloli, no bebas más que luego te me arrepientes.*

CUARTO EPÍLOGO

Todavía tuve que volver algunos días a Tapia de Casariego a finalizar algunos flecos de la investigación. Sánchez me pidió disculpas, aunque fue como si se lo dijera a uno de los pescados de la lonja. Era evidente que Míguez se lo había dicho u ordenado. A mí, particularmente, me dio un poco igual. No creo que lo fuera a ver más en mi vida, así que, le sonreí, le di las gracias y me dediqué a terminar las tareas que me habían llevado hasta allí.

La mayoría eran administrativas o procesales, pero hubo una en concreto que no podía dejar pasar. Paones ya se había encargado de hablar con la madre de Lucas Zárate, que le agradeció nuestra labor. No resolvía nada, y su hijo no iba a volver a la vida, pero sabía quién se lo había llevado por delante.

—La pobre madre se ha deshecho en halagos a nosotros.

—No le vamos a devolver a su hijo.

—Me ha dicho que gracias a nosotros, alguien empezó a mirar donde antes no lo había querido hacer nadie.

A mí me tocó el padre de Malena Morán y preferí hacerlo a solas, en persona y en Punta Campón. Quedé con él a las doce de esa mañana y se presentó puntual.

Mientras yo avanzaba le vi con su pinta de hombre maduro antiguo. Un pantalón vaquero pasado de moda, unas deportivas de senderismo muy básicas, un tres cuartos marinero y las manos metidas en los bolsillos.

—Buenos días —le digo.

Ramón Morán me mira serio, aunque inmediatamente compone una media sonrisa que se le estanca en la boca.

—Buenos días, teniente —me contesta al fin.

Ambos nos quedamos en silencio escuchando el mar bravo que golpea el acantilado al fondo. Le veo que tiene la vista fija,

concentrada en algún punto que creo que son sus recuerdos y sensaciones. Yo también pienso en lo que le voy a decir, porque no quiero quedarme con esa duda.

—Al final consiguieron descubrir al culpable… —se me adelanta en un susurro, que me llega a la vez que le veo agachar la cabeza y quedarse enganchado en alguno de esos pensamientos.

—Sí. —Asiento un par de veces—. Le echamos horas y no somos malos.

Me mira con algo en los ojos. Una especie de velo que no tenía la vez que nos vimos en el cuartel de Tapia de Casariego, cuando estuvimos preguntándole por su hija, sus ingresos y las relaciones con *El Bicho.*

—Se lo agradezco mucho. —Pronuncia aquellas palabras en medio de un sentido momento de emoción—. De verdad.

Volvemos a quedarnos en silencio. Ambos mirando de nuevo al mar, gris, infinito y bravo. Carraspea e hincha el pecho, hundiendo un poco más las manos en el chaquetón marinero.

—¿Sabe? —añade tras un instante de silencio—, debí ser más valiente. O inteligente. Mi hija empezó a vivir en un mundo irreal… Ese de las redes sociales. Un entorno que hace que las cosas parezcan siempre bonitas, fáciles. Incluso sencillas. Y en realidad, todo eso es falso. Ruido absurdo. —Me mira un instante, justo cuando estoy pensando en lo mío.

Hoy, desde la misma casa rural donde hemos vuelto a dormir, he editado los últimos seis vídeos que subiré en estas dos semanas. Dos de los relojes, que están muy contentos conmigo, otros tantos de las gafas y un par de un lápiz labial que mi superamiga ha conseguido para que lo muestre en las redes. Y he subido casi mil doscientos seguidores en este último mes. El último cheque ha sido de casi seis mil euros limpios para mí. Pero tiene razón. Es un mundo ilusorio, postizo y de cartón piedra.

—Pero entonces, cuando menos lo esperaba… —se detiene y respira con la vista todavía en el bravo mar—, llegó el día que no miró nadie la pantalla de su móvil cuando ella salía. Ahí comenzó a morirse, viendo que los seguidores bajaban y que todo aquello que empezó a imaginarse se esfumaba. —Niega despacio con la cabeza

baja, mirando ahora a la punta de sus deportivas anticuadas—. La vida con dinero es fácil y te acostumbras a ella rápidamente. Pero descender es muy difícil. Cuando le pasó, mi hija buscó un atajo cómodo. Ya me entiende…

Sí. Ese día que nadie miró, empezó a meterse en el mundo del porno, de los directos y las escenas con Yoel. Aquello le arrastró a una vida complicada y destructiva. Sin embargo, y paradójicamente, la muerte le llegó porque se juntó con un tipo normal. Y quizás, me digo a mí misma, intentando salir de ese mundo tan abrupto en el que se había metido.

—¿Está casada, teniente? —me mira un instante, para un segundo después volver sus ojos al mar.

—No. No lo estoy.

—El día que tenga un hijo o una hija, sabrá entenderme. Sobre todo si es chica y ve cómo alguien sin valores, inmoral y con la nula intención de hacerla feliz, se lleva por delante lo poco de mi niña que quedaba. Ese día, teniente —se gira y entonces me mira de nuevo, pero esta vez desde muy adentro—, me entenderá.

Pienso en lo que me dice y que, seguramente, puede llegar a ser verdad. Entonces, miro yo también al mar, respiro hondo, y me decido.

—Está ahí abajo, ¿verdad? —La voz me ha salido más floja de lo que había pretendido.

Ramón Morán no me contesta. Sigue mirando al vacío, a sus recuerdos y a ese mar infinito y gris. A esa hija que empezó a perder el día en que las redes sociales dejaron de quererla y un algoritmo entendió que ya no era el producto adecuado.

—Ese hijo de puta está donde debe —dice por fin con un deje de rabia contenida.

Miro al acantilado, a las olas golpeando los salientes rocosos. Le miro a él, impávido, sereno y casi orgulloso.

Quizá, Mariloli, no hace falta decir ni hacer nada más.

Cuando regreso a Madrid no dejo de pensar en esa escena. En sí, hice bien despidiéndome y cerrando ese capítulo inconcluso y que nadie parecía interesado en abrir. Ninguna denuncia de desaparición, ningún recuerdo para *El Bicho*, que sería todo lo asqueroso y

deleznable que un ser humano puede ser. Pero, incluso ellos, pienso en ocasiones, merecen ser defendidos, investigados y, en cierta medida, reconfortados. Pero no hice nada. Dejé que Ramón Morán se fuera con sus manos en los bolsillos y esa figura de hombre antiguo, de notario de otros tiempos. Le dejé ir sabiendo que había sido juez de algo insano, pero que, a su juicio, le correspondía.

No es que perdone a Ramón Morán ni que lo entienda, pero algo me hizo dejar pasar aquello. Algo de lo que no me siento orgullosa y que es una zona gris, y se supone que humana, de mí misma. No me atreví a decírselo al sargento primero.

QUINTO EPÍLOGO

Han pasado cinco semanas desde la fiesta de cumpleaños de mi madre. Hoy he vuelto a salir con él. No sé si acierto ni si me conviene. Pero, después de todo, tampoco puedo quedarme anclada en mí misma pensando. El día del cumpleaños de mi madre se comportó y me sorprendió ese don de gentes que desconocía. No es que sea un relaciones públicas, pero sí que desde una posición serena y tranquila, supo manejar la situación y salir airoso de un ambiente que no es el suyo. Tampoco es el mío, aunque todo hay que decirlo, yo jugara con la ventaja de ser la hija de la anfitriona. Fue extraño, pero revelador en cierta medida. No es que aquello me hiciera dar el paso, pero hoy, ya pasadas las Navidades y Reyes, puedo decir que quizás su comportamiento ayudara.

Aquella fiesta no fue mala, debo confesar. Ni tampoco me lo pasé mal. Por suerte, Ángela, la hija del actual compañero sentimental de mi madre, me dirigió apenas un saludo en la distancia. No nos tragamos y, lo agradezco. Intentamos permanecer con varios metros de distancia la una de la otra. Con Enrique, el hijo, al que mi madre ha colocado convenientemente en el Parlamento Europeo, al menos nos hemos saludado cortés y educadamente. Es bastante más amable y dispuesto que su hermana.

Le miro a los ojos, mientras corta con la pala de pescado un trozo del rodaballo que estamos compartiendo. Es mono, incluso guapete. Y creo que se le puede considerar un buen tipo. Quizás con eso es más que suficiente. Trabajador, sensato y un poco menos formal de lo que me imaginaba, lo que lejos de espantarme, me atrae.

—¿Qué me miras? —me dice sonriente.

Te tiene ganada esa sonrisa, Mariloli…

—Estaba pensando…

—¿Y puedo preguntar en qué?

—Sí, claro que puedes —contesto limpiándome la comisura de los labios como una niña fina que se supone que soy.

Me detengo un poco en algo que me ronda la mente, pero que no soy capaz de darle forma. O, sencillamente, no sé cómo enfocarlo. Tras lo de *Manu* me doy cuenta de que me he metido en un caparazón interno y abstracto. Y no me estoy refiriendo a que no sea capaz de expresar mis sentimientos, sino que estos se han quedado alborotados, noqueados y un poco huérfanos.

—No es fácil… —digo mirando al techo un instante.

Alonso no dice nada. Se limpia a su vez la boca y deja los cubiertos en el plato. Veo que solo le queda muy poco de la guarnición. Yo, que he comido menos que él, también me he dejado unas patatas que venían con el pescado y un par de tirabeques. Vuelvo a mirarlo, mientras mi cabeza piensa en cómo afrontar ese momento que estaba segura de que llegaría a lo largo de la cena. Suspiro ligeramente, me paso la mano por el pelo y sacudo un poco la cabeza. Luego apoyo los codos en la mesa, me sostengo la barbilla y le miro a los ojos.

—No te puedo prometer nada, Alonso. Salvo fines de semana de trabajo, días de mal humor, casos que me frustren, mandos que en algún momento me saquen de quicio. Políticos como mi madre que, aunque tengan buena voluntad, nos utilizan a la Guardia Civil, a la Policía y a todo el que se ponga por delante. Noches fuera de casa, jornadas ajenas a un mundo normal, en un ambiente que no es este —abarco ligeramente con las manos el restaurante—. No puedo prometerte que saldrá bien. Ni que yo estaré a la altura. Que no te defraude o termines harto de mí. Mi trabajo —añado un instante después— me apasiona, pero también es muy absorbente y pide muchas horas. Demasiadas, quizás. Solo puedo decirte… —me detengo y resoplo mientras meneo la cabeza.

—Ya me has asustado lo suficiente —me responde, cortándome con suavidad. Se detiene, sonríe y me mira despacio, como me imagino que lo haría un héroe tranquilo—. Yo tampoco puedo saber si saldrá bien. Pero creo que lo que merece la pena es intentar saberlo. Y no estoy poniéndome cursi, ni es una frase de ninguna

taza de café. Es la verdad, y no te pido nada que no estés tú dispuesta a dar cuando lo creas conveniente. Me pareces una mujer brutalmente atractiva. Inteligente, divertida, elegante…

—No es necesario que me hagas la pelota, ya estoy cenando contigo…

—Siempre me lo has parecido. Recuerdo cuando éramos más pequeños y el que te gustaba era mi hermano.

Me rio en ese momento, porque es verdad. Aquellos días de playa adolescente, de risas que hoy parecen extravagantes o ridículas, y que en mi adolescencia me parecieron trascendentales. De miradas furtivas a su hermano mayor, y que en ese momento, me parecía el hombre de mi vida. Aquello duró dos veranos. Dos veranos que hoy se me aparecen en mis recuerdos, como maravillosos, y que seguramente están idealizados, pero que me gusta recordarlos así.

—Yo tampoco te puedo asegurar que un día no termine con ganas de tirarte por la ventana. Harto de ti, de mí o de lo que nos rodee. Lo único que te puedo prometer, y esto es serio, Lola, es que lo intentaré. Que haré lo que pueda para que esto funcione… Y que soy paciente.

—No va a ser fácil, Alonso —le digo mirándole a los ojos.

En ese momento me contempla entre jocoso y falsamente alarmado.

—Sigue con lo de antes, por favor. Porque creo que te me estabas declarando, ¿no?

Me sale la risa y me tapo la cara. De inmediato me coloco el pelo y me aclaro la garganta sutilmente. En ese momento me coge la mano. Lleva un reloj caro. De buena marca, de esos que no pasan de moda aunque los años se sucedan. Un reloj de hombre serio, me digo.

—Me gustas mucho, Lola.

Me sonríe con los ojos de color castaño claro, con unos labios que se arquean de una forma muy atractiva. Con un gesto que le brilla y que me hace sentirme cómoda. Me acuerdo de mi padre, de *La Helen* y de que tendré que llamarles para decírselo.

Calma, Mariloli, calma…

EPÍLOGO FINAL

—¿Da su permiso, mi comandante?

El sargento primero Paones ha llegado pronto a la unidad. Sobarriba lo ha citado antes de la hora de entrada habitual para que no interfiriese la reunión con las agendas ya hechas de días atrás. El comandante, además, suele venir pronto. Ha confesado en varias ocasiones que le gusta trabajar esa hora antes de que la unidad cobre vida, sin las llamadas de teléfono, interrupciones o imprevistos que arruinan una mañana planificada.

—Pasa, Paones.

El sargento primero, a pesar de la confianza que su superior le granjea, es consciente de la diferencia de grados y hace lo posible por mantener ese equilibrio entre una cierta camaradería y el respeto jerárquico.

—Felicidades por lo de Tapia de Casariego.

—Gracias, mi comandante.

—Al final la presión política quedó en nada.

—Sí, eso parece.

—Aunque hubo un momento complicado —le dice Sobarriba—. Un momento… —menea la cabeza pensativo—, en que estuvimos cerca de tener que plegar velas y ponernos a la defensiva.

Paones se queda hierático, sin mover un músculo, porque se imagina la razón. Pero se ha dicho a sí mismo que, en la medida que pueda, será justo con Lola. Y con su valentía.

—¿En algún momento la teniente utilizó a su madre con la juez de instrucción? —pregunta finalmente Sobarriba.

—Mi comandante… —Paones piensa en lo que ha venido ensayando desde que se imagina que aquella conversación iba a tener lugar. No es por los corrillos de la máquina de café, sino porque alguien de la oficina de prensa lo soltó, aunque todo hay que

decirlo, no de una forma peyorativa para la teniente Barrena—, yo solo le puedo decir que la teniente fue inteligente, valiente y que sacó adelante la relación con una juez muy complicada.

Sobarriba le mira arrugando un poco los ojos. Es un veterano y sabe ver entre las palabras y leer entre líneas. Se pasa la mano por la barbilla, en ese gesto tan suyo, y respira profundamente hinchando el pecho.

—Eso mismo pensé yo —secunda tras un par segundos de silencio—. No es que haya un nuevo comentario sobre eso, sino más bien al contrario. Pero se dice que la teniente puso muy firme a la juez, utilizando o dejando caer que no le convenía a una futura política meterse con una madre como la suya.

—Siendo sincero, yo no escuché eso. Sencillamente, la juez amenazó a la teniente y ella se defendió. No le puedo decir mucho más, mi comandante, porque yo estaba a unos metros —exagera algo—. Tampoco oí que la teniente dijera su segundo apellido. De hecho, y esto le doy mi palabra, nunca lo ha usado delante de mí, ni en la unidad, que yo sepa. —Miente a medias.

Sobarriba sonríe. Zorruno y astuto, cree saber lo que le está diciendo su sargento primero Juan Paones, un gran investigador. Y alguien cuyo criterio es fiable.

—En fin… Estoy de acuerdo contigo. Lo que sí te puedo decir es que los socios de gobierno, los partidos vascos, han estado estudiando el caso y varios de sus abogados iniciaron una investigación para ver si podían tumbar las acusaciones de pertenencia a la red de narcotráfico asturiana. Pero, de forma sorpresiva, todo se detuvo. Hubo un momento en que alguien, y sin duda una figura poderosa, puso el punto final a esos intentos por parte de abogados vascos cercanos a la izquierda radical abertzale. Alguien, quizá en Moncloa… —se detiene y mira con un punto de intensidad especial al sargento primero—, a la que no hizo gracia que una oficial de la Guardia Civil fuera puesta en entredicho. No sé si me entiendes, Paones.

—Perfectamente, mi comandante.

—Esperemos que esa persona… poderosa, siga en ese camino y no vuelva a interceder por nadie aquí en la unidad. Lo conseguido

por Barrena quedaría opacado… Y, sinceramente, la teniente me empieza a caer bastante bien.

Estoy aparcada en un semáforo a escasas dos calles de las oficinas de la UCO. Voy de buen humor. Esta mañana le he puesto un mensaje a *La Helen*, con lo de Alonso. Y a mi padre, un *whatsapp*, donde le digo que he quedado un par de días a cenar con él. Con mi amiga es más fácil, pero a mi padre prefiero hacerlo cuando todo esté algo más sólido. No me quiero precipitar. Mi progenitor, madrugador empedernido, me ha llamado a las ocho de la mañana, casi en punto.

—¿He leído bien? ¿O me han traicionado las legañas? —me ha preguntado nada más descolgar el teléfono.

—Era lo que querías, ¿no? Que me arriesgara.

—Yo quiero tu felicidad, hija.

—Pero eso, con el Real Madrid ganando copas de Europa, también se consigue…

—Se necesita algo más. Y no te voy a explicar lo que es, hija.

—Lo sé, papá —le concedo tras mi broma—. He decidido seguir tu consejo y soltarme. Nos iremos viendo, con tranquilidad y sin ponerme metas ni desafíos. Como se dice ahora, voy a fluir y, quién sabe…

—Nadie lo puede saber, hija. Y no es cuestión de estar pensando siempre en el futuro. El presente merece que se le preste más atención de lo que solemos hacer.

—*La Helen* me ha puesto también un mensaje celebrándolo —le confieso—. Podríais fundar un club de fans de Alonso.

—Tu amiga Helena es inteligente. Siempre me lo ha parecido. Y tengo la impresión de que ambos ya pertenecemos a tu club. Ese es el que nos importa. En fin, hija, que si estás a gusto, a mí me parece bien. El tiempo dirá… o no.

En ese momento me quedo de piedra. Sin reacción y con cara de boba, aunque por otro lado no me sorprende nada. De un coche a mi derecha y dos delante del mío, se acaba de bajar la cabo Maite Crespo.

—¿Hija?

—Te tengo que dejar, papá, que entro en la unidad. Luego hablamos.

—Adiós, y un beso.

Sigo con la mirada a Maite, que se dispone a cruzar la calle despreocupada, camino de las oficinas de la UCO. Pero eso no es lo que me llama la atención, sino que el coche del que se ha bajado es el de *Manu*. *Por desgracia, lo conoces bien, Mariloli…*

---

[1] Tonto o imbécil, en jerga asturiana.

[2] Unidad Especial de Intervención. Unidad de élite central única especializada en operaciones de alto riesgo, como el terrorismo.

[3] El artículo 18.3 de la Constitución Española garantiza el secreto de las comunicaciones, y en especial, las postales, telegráficas y telefónicas, salvo resolución judicial.

[4] Novela *Los perros flacos*, la primera de la teniente Lola Barrena y su equipo de la UCO.

[5] SIRAJ 2 es una nueva versión del Sistema de Registros Administrativos de Apoyo a la Administración de Justicia (SIRAJ). Incluye el Registro Central de Penados, Registro Central de Medidas Cautelares, Requisitorias y Sentencias no Firmes, Registro Central de Delincuentes Sexuales y Trata de Seres Humanos, Registro Central para la Protección de las Victimas de la Violencia Doméstica, Registro Central de Rebeldes Civiles y el Registro Central de Sentencias de Responsabilidad Penal de los Menores. Su objetivo fundamental es servir de apoyo a la actividad de los órganos judiciales, a la del Ministerio Fiscal, a las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado y a la de otros órganos administrativos, de acuerdo con sus competencias

[6] Confidente

[7] Declaración trimestral de las operaciones económicas realizadas con empresas fuera del ámbito fiscal de la Unión Europea.

[8] Declaración de operaciones fiscales con paraísos fiscales.

[9] Declaración de operaciones económicas con países extracomunitarios.

[10] *¡Espérame en Siberia, vida mía!* La notaría de Don Claudio Folio se encontraba en Madrid, en la calle Peligros 26.

[11] Equipos Contra el Crimen Organizado

[12] Ver *Los perros flacos*, del mismo autor.

[13] Director Adjunto Operativo. Cargo que ostenta un Teniente General, al ser de los de mayor rango y responsabilidad dentro de la Guardia Civil.

[14] Seguimiento en el argot policial

[15] Servicio Marítimo de la Guardia Civil

[16] Hace referencia a un teléfono que la policía no tenía detectado

[17] El cuartel de La Salve es donde se sitúa la Comandancia de la Guardia Civil de Bilbao.

[18] Lugares donde se esconde la droga antes de ser distribuida.